



PRÓXIMO DESTINO:

LAS VEGAS

Dani Vera

PRÓXIMO DESTINO:
LAS VEGAS

Dani Vera

© Título: Próximo destino: Las Vegas.

© Dani Vera.

ASBN:

Corrección: Elisa Mayo.

Maquetación: Elisa Mayo y Dani Vera.

Diseño de Cubierta: Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Para vosotr@s, lector@s,
por hacer posible que los sueños se cumplan.*

Prólogo

Miré el enorme salón de mi casa repleto de muñecas Barbie, unicornios y purpurinas de todos los colores. Esta cría iba a terminar conmigo. Era sábado por la noche y, en lugar de ir a un garito para ligarme a alguna chica, estaba haciendo de niñera de Mara, la hija de mi amiga Rebeca, para que ella pudiera salir a cenar con su marido y echar un polvo en condiciones. Se casó hace unos tres años con Edward, un chico al que conocí en un viaje y que resultó ser su superior en el ejército. Que conste que quiero a la cría como si fuera su tío de verdad, pero la jodida es hiperactiva.

—¡Tito Julio, ven a jugar conmigo! ¡Te voy a disfrazar de Ariel! —me dijo la pequeña embaucadora, con su preciosa sonrisa en la boca.

—Mara, mi vida, ya tengo puesta la peluca de Ariel —le contesté en un tono casi de súplica. Quería embutirme en un vestido donde no me cabía ni una sola pierna. Mi paciencia se estaba agotando por momentos. Esperaba que, al menos, los padres echasen el polvo del siglo y les valiese para los próximos diez años.

Adoraba quedarme con esta pequeña chantajista, pero habíamos jugado tanto que estaba agotado. No sabía de dónde sacaba tanta energía la *jodía* niña.

—Pero, titoooo... ¡Ariel no es una sirenita si no tiene puesto su traje! —protestó la niña.

—Mara, no me entra el disfraz. ¿Prefieres que lo rompa, con lo bonito que es? —Intenté convencerla. Pero era igual de terca que su madre.

Miré la hora y pensé en darle un baño. Quizá eso la relajara. Pero, claro, Rebeca le había traído un pijama, y no un camisón, lo que provocó que tardase media hora en intentar persuadirla, hasta que terminé por claudicar y ponerle el disfraz de Ariel para dormir. La adoro. Juro por Dios que la adoro, pero estaba loco por que llegase el día siguiente y que su madre se la llevara. Terminaba con mi paciencia y mi energía. También con mi suministro de chuches y chocolatinas. Le encantaban y siempre devoraba más de la cuenta,

provocando tal subidón de azúcar que le costaba la misma vida coger el sueño. Intentaba racionalizárselas, pero como a mí también me gustaban, al final, me convencía. Era un blando, por eso siempre repetía que era su tito preferido.

Rebeca ni tan siquiera me había llamado. Los días que me quedaba con ella, o confiaban mucho en mí o se olvidaban de que tenían una hija. O se lo estaban pasando de puta madre, que también era una posibilidad.

Me duché, cogí una cerveza y me fui al despacho a trabajar un poco. La verdad era que mi vida estaba sumida en una monotonía que me aburría como una ostra. Trabajaba para una empresa como ingeniero de sistemas informáticos y experto en ciberseguridad; hacía tiempo que me habían ascendido y tenía mucha libertad a la hora de currar. También tenía un buen sueldo, pero no presentaba ningún reto. Siempre eran las mismas cosas; *software* súper aburridos que no suponían nada. Repeticiones de algoritmos una y otra vez.

Desde que dejé de verme con *Avispa* y de retarnos de manera constante, no me divertía. Al final, Rebeca tuvo razón, y ella solo se acercó a mí para sacarme información de una de las compañías para las que estaba trabajando. Me dolió mucho, ya que era una mujer muy divertida hasta que encontró una puerta trasera en mi ordenador por donde colarse. Eso me dejó tocado. Cuando salía, de vez en cuando, con los amigos, me tomaba alguna copa y, si se terciaba, me tiraba a cualquier mujer que se me pusiera a tiro... y para casa. Sin alicientes, sin adrenalina recorriendo por mis venas, sin ilusión.

Encendí el ordenador del despacho, puse música y *Highway To Hell*, de *AC/DC*, comenzó a sonar por los altavoces de manera suave para no despertar a la pequeña terrorista. Me gustaba trabajar con música cañera; al menos, eso provocaba que recorriese algo de emoción por mis venas. Además, al día siguiente, no iba a poder salir a correr como hacía a diario, ya que Rebeca acostumbraba a recogerla después de almorzar. Me afané en adelantar todo el trabajo que tenía atrasado. Al día siguiente pretendía llevarla al parque a saltar en las jodidas colchonetas.

Trabajé durante horas mientras fumaba un cigarro tras otro con la ventana abierta para que no se concentrase mucho el humo. Cuando ya no podía con el dolor de espalda y de cuello, decidí acostarme, aunque bien sabía que no podría conciliar el sueño. Dormía poco y mal y sabía que era porque no estaba demasiado conforme con mi vida.

A las siete de la mañana, los movimientos del colchón al otro lado de la cama me despertaron del estado de duermevela en el que me encontraba. Entreabrí los ojos, miré al lado para encontrarme a Mara dando saltos.

—Mara, mi vida, es muy temprano aún, duérmete aquí un ratito con el tito Julio. Anda, sé buena —casi supliqué un poco de piedad. Quizá no había sido buena idea eso de quedarme hasta tan tarde trabajando.

—¡Titooooo, ya es de día! Además, tengo hambre.

—¿Quieres cereales?

—Nooo. ¡Quiero donuts! —respondió, sentándose en la cama y cruzándose de brazos.

—Donuts no tengo. Pero tengo unos cereales especiales que sé que te van a encantar.

—No me gustan los cereales.

—Estos sí. Hazle caso al tito Julio. Verás.

La levanté de la cama, la cogí en brazos y me la llevé a la cocina mientras escuchaba sus protestas. En el momento que le mostré los cereales con forma de unicornios, la cara le cambió y una resplandeciente sonrisa apareció en ella.

—¡Yupiii! ¡Estos cereales sí me gustan! ¿Le ponemos purpurinas?

La *jodía* niña y sus purpurinas. Lo que me recordó que aún debía recoger el desastre del salón.

—No, peque, las purpurinas no son comestibles. No podemos comerlas o nos dolerá la barriguita. Le añadimos leche y listo.

La dejé desayunando mientras me preparaba una gran taza de café. La necesitaba para poder seguir el ritmo. Durante la mañana, paseamos por la playa, la llevé al parque a saltar en las colchonetas, mientras me tomaba una cerveza en la terraza de al lado, y comimos en una pizzería cercana. Todo con tal de que se cansara. Llamé a Rebeca y al teléfono de Edward en varias ocasiones, pero en todas estaban apagados. Pensé que estarían aprovechando el tiempo, echando el último mañanero, antes de que llegase la niña. Recordé el tiempo que hacía que no amanecía con una mujer en mi cama. Los últimos polvos habían sido en el coche o en el apartamento de ellas. No había habido ninguna, desde *Avispa*, que hiciera plantearme llevarla a casa o tener una relación más allá de una noche.

A las cuatro de la tarde, por fin, los afortunados papás dieron señales de vida y aparecieron por mi casa como si nada. Eso sí, con claros síntomas

de haber dormido poco y una sonrisa de oreja a oreja. Rebeca entró como una exhalación, me miró y comenzó a limpiarme con su saliva la cara.

—¡Joder, tío, no te has quitado la pintura de la cara!

—Pues anoche me duché.

—Ya, pero sabes que, con esas pinturas del demonio, tienes que frotarte bien para que salgan.

—Dijo la especialista en pinturas.

—En pinturas no. Pero en las pintadas que mi hija hace en la cara sí.

Los tres terminamos carcajeando, porque, en el fondo, sabíamos que la pequeña diablesa hacía con nosotros lo que le daba la gana. Nos sentamos en el salón y, durante el resto de la tarde, estuvimos charlando y tomando algunas cervezas. Rebeca, tan bruta como siempre, pensó que sería buena idea cenar en mi casa y así ella no tendría que preparar la cena.

—Y pregunto, Reb, ¿desde cuándo preparas tú la cena? Porque, por lo que yo recuerdo, siempre lo hago yo. —Ese era Edward que, con una sonrisa en la boca, le recordó que no sabía cocinar.

Mi amiga seguía fiel a sus principios y pensaba que habiendo tantos restaurantes buenos no hacía falta saber cocinar. Menos mal que a Edward se le daba bien y, además, la madre de Rebeca y su abuela Mara le llevaban *tuppers* con comidas caseras. Tenían el frigorífico repleto de ellos.

Los momentos con ellos eran divertidos. A veces, solíamos jugar en la playa o ver pelis de acción, sobre todo la del Capitán América, mi preferida, hasta las tantas de la madrugada. A pesar de que ella se fue a Nueva York a vivir, nunca perdimos el contacto y, cuando volvió, lo retomamos con más fuerza. Además, Rebeca no era la típica amiga que hacía de casamentera. Ella pasaba mucho de eso. Siempre me decía que echara polvos para desahogarme, que ya llegaría alguien.

Cuando se marcharon, mi casa se volvió a sumergir en el silencio de siempre. Como decía Alejandro Sanz, mi soledad y yo. Era patético. Me estaba volviendo gruñón y siempre estaba malhumorado por culpa del aburrimiento.

Volví a enfrascarme en el curro. Era lo único que me quedaba y lo que más me aburría en este mundo. A ver, mi trabajo no era aburrido, pero lo único que hacía era retocar el mismo *software* para diferentes compañías y eso sí me resultaba tedioso.

Al día siguiente, salí a correr como siempre. El mismo recorrido que

ya me sabía de memoria. Me retaba a diario con algún kilómetro más; unos metros que supusiesen alguna novedad en mi anodina vida. Ese día me encontré con Rebeca, que hacía el mismo recorrido que yo. Al terminar la carrera, nos sentamos en una terraza a desayunar.

—¿Qué te pasa, Julio? Y no me contestes con evasivas como siempre, porque te conozco. Sé que, en los últimos tiempos, estás más gruñón de lo normal.

—Nada, nena. En realidad, no sé lo que me pasa. Tengo un curro que me encanta, amigos geniales, una madre que me adora; pero, no sé, estoy hastiado, aburrido. No me apetece salir porque siempre es lo mismo; beber unas copas, acostarme con cualquier mujer de la que después no recuerdo ni el nombre y, ojo, ni me interesa...

—Te sientes solo —me interrumpió Rebeca.

—No. No se trata de eso. Estoy aburrido, ¿sabes? Aunque mi trabajo me gusta es siempre lo mismo, siempre igual, sentado detrás del ordenador sin ningún tipo de emoción, sin nada que haga que la adrenalina recorra mis venas. No supone ninguna emoción.

—Quieres emociones fuertes.

—Pero en el curro, que te conozco y me vas a proponer irme contigo de escalada, a tirarme desde un avión o lo que sea que se te cruce por esa cabeza que tienes para las locuras. Para el deporte, me conformo con correr o hacer *surf*, ya lo sabes.

—Creo que necesitas echar un polvo con urgencia. ¿Cuánto tiempo hace que no lo echas?

—Más que tú, seguro. Y eso que dicen que no hay nada como casarse para dejar de follar. En ti, eso no se ha cumplido.

Rebeca negó con la cabeza mientras los dos nos descojonábamos de la risa. Los momentos con ella eran siempre así; fáciles y divertidos.

Los días pasaban en una nebulosa repetitiva. Ir a la oficina, de la oficina a casa, cenar, seguir currando hasta las tantas, dormir y vuelta a empezar. Cada vez que me llamaba mi madre, terminaba discutiendo con ella. Se aliaba con Mara, la abuela de Rebeca, para querer presentarme a todas las hijas casaderas de sus amigas. Y, al parecer, tenía un millón de amigas, porque la lista nunca terminaba. Estaba hasta los *mismísimos*.

El verano llegó y, con él, las vacaciones. Me planteé en esos días intentar buscar otro curro, pero todo lo que encontraba era más de lo mismo,

con la diferencia de más horas y menos dinero. ¡Toda una mierda!

Mis vacaciones coincidieron con las de mis amigos y, aunque ese año no tenían planeado viajar a ningún sitio, sí podíamos vernos más a menudo. A los mismos de siempre se sumaron ese año Taylor, Eli y George. Un día nos reunimos todos en un chiringuito de la playa para cenar. También vino Eme con Gloria. Taylor, George y Eme formaban parte del escuadrón de Rebeca cuando ella estaba en el ejército. Rebeca era la capitana y por eso la llamaban «Capi». Entre ellos, después de tantas misiones, se forjó un vínculo de amistad. Siempre que podían, hacían coincidir las vacaciones para verse. Aunque Eme y Gloria trabajaban junto a Rebeca y Edward en la empresa de seguridad de ellos.

—¡Taylor, qué alegría verte, tío!

—Lo mismo digo, mamonazo. —Nos saludamos con porrazos en la espalda en plan troglodita. El típico abrazo entre machos.

Esa noche bebimos cervezas; a mi parecer, demasiadas. Todos ellos hablaban con emoción de sus trabajos, de sus vidas y, en parte, a mí me daba envidia. Envidia sana, no me malinterpretéis, pero tenía ese nudo en el estómago que me decía que algo no iba todo lo bien que quería.

Rebeca y Taylor se sentaron a mi lado. Charlamos durante mucho tiempo. A mí se me fue la lengua, como siempre me pasaba cuando bebía de más. Y ese día había intentado quitar el nudo a base de alcohol.

—No puedes seguir así, Julio. Si no te gusta tu vida, tienes que hacer algo por cambiarla. Pero lo tienes que hacer tú. Te apoyaremos en todas las decisiones que tomes, sabes que me tienes a tu lado para lo que necesites. Podrías dejar el trabajo y así buscar otro. Puedes permitirte el lujo de estar un tiempo sin currar mientras buscas otra cosa.

—Ya, pero, si dejas el curro, tendré más tiempo para aburrirme. El dejarlo o no ya no es cuestión de dinero, es... no sé. No me quiero ver toda la vida en un trabajo donde no me sienta realizado. Que no me ofrezca alicientes —le respondí de la manera más sincera que sabía.

—Todos los trabajos también tienen su parte negativa o aburrida. Cuando trabajaba en el ejército, y tenía misiones, era fantástico que la adrenalina corriera por mis venas, la tensión de que te puedan pegar un tiro en cualquier momento, pero también, cuando finalizaba la misión, me sentaba en el ordenador y tenía que rellenar miles de fastidiosos formularios y acatar la aburrida burocracia —intentó convencerme.

—Pero tenías una parte que para ti era divertida. Comprendo que, en todos los trabajos, debemos hacer cosas que no nos gustan, pero no que todo el trabajo que realizas te aburra como una ostra. Muy repetitivo, mecánico — repliqué.

—Enfréntate al reto de encontrar un nuevo curro. No mires solo aquí, en Málaga, quizá en Madrid o Barcelona haya puestos más a tu medida. Ábrete al mundo, porque tienes mucho que dar, porque eres el mejor en lo tuyo. Indaga en empresas privadas que se dediquen a la seguridad cibernética. No sé, no te conformes, porque el Julio que yo conozco, mi amigo, nunca se conforma.

Minutos después, llegó Edward con una nueva ronda de cervezas y dejamos el tema a un lado. Taylor no dijo nada en todo el tiempo que estuvo con nosotros. Aunque no dejaba de mirar a su mujer con cara de bobo, sabía que estaba atento a la conversación. A pesar de la música, del tiempo que pasamos en el garito, de las mujeres que se me acercaron y que rechacé, lo que mi amiga me había dicho estaba taladrándome la cabeza.

Dos días después, George, Taylor y Eli volvieron a Nueva York. Decidí que, mientras estaba de vacaciones, iba a indagar en las posibilidades que me había comentado Rebeca. Me metí en internet, investigué y me llevé días recopilando información.

De repente, me sentía con energías renovadas, a pesar de que las semanas pasaban y aún no había encontrado nada. Había mandado mi currículum a unas cuantas empresas de seguridad, pero aún no tenía respuesta.

Tres días antes de finalizar mis vacaciones, recibí una llamada de Taylor.

—Taylor, amigo, dime.

—Capullo, ¿cómo estás? ¿Aún andas buscando algo que te haga sentir vivo? Tengo el curro perfecto para ti.

—Habla. —Casi le ladré, promovido por la ansiedad que, de momento, comenzó a recorrerme por las venas. Una nueva energía.

—Una amiga de Eli es directora en un casino de Las Vegas. La acaban de trasladar allí hace apenas un mes y ha despedido al jefe de seguridad informática. ¿Ese trabajo supone suficiente reto para ti? Que no desbanquen a la banca, que no hagan trampas, que no hackeen el sistema informático del casino... ¿Te interesa?

—¿Cuándo me voy?

Capítulo uno



La entrevista me la hicieron vía Skype para no tener que trasladarme hasta allí, algo que se había puesto de moda no solo en Estados Unidos, sino también aquí. Mi currículum les había gustado mucho. Eso, junto con la recomendación de Taylor, fue definitivo para que me llamasen tres días después y decirme que el puesto era mío. Les pedí un mes para poder incorporarme, ya que debía concretar muchos asuntos aquí y rellenar miles de formularios para poder trabajar allí. A partir de esa llamada, toda mi vida se volvió una auténtica y frenética locura.

Tenía que poner en orden los papeles, solicitar pasaporte, pedir una excedencia en mi trabajo, alquilar mi casa... Un sinfín de cosas que hicieron de mis días los más ocupados desde hacía mucho tiempo. Ya tenía ganas de montarme en el avión y comenzar mi nueva aventura.

Si jodido fue despedirme de mi madre y de Rebeca, la que peor lo llevó fue Mara. Esa pequeña diablesa, con sonrisa angelical, me había llegado al corazón con su desparpajo. Se cabreó mucho conmigo; no entendía por qué su tito Julio debía irse tan lejos. Al final, tras quedarme con ella unos días donde aproveché para malcriarla todo lo que pude y más, prometerle hablar con ella vía Skype todas las semanas y comprarla a base de regalos, se quedó conforme, con la promesa de enviarle muchos juguetes y unicornios de colores de la ciudad de las luces y la diversión. No sabía a ciencia cierta si allí iba encontrar esas cosas, pero no pude evitar hacerle la promesa. Durante esos días me empapé de sus risas y alegría. Quería que tuviese un buen recuerdo de mí. Que no me olvidase, a pesar de la distancia.

Tras ese mes, en el que los días no me daban para más, por fin, llegó la hora de coger el avión y marcharme. La adrenalina ya recorría mis venas. Una sensación de euforia me circulaba por el cuerpo. El día anterior habíamos cenado en un pequeño restaurante para despedirnos; algo íntimo con mis amigos y mi madre. Tampoco podía quedarme demasiado tiempo, ya que cogía

el primer vuelo de la mañana. Eran unas diecisiete horas de viaje y hacíamos escala en Madrid y Londres. Un largo viaje hasta llegar al aeropuerto McCarran Internacional.

Las primeras horas de vuelo fueron las más pesadas. Estaba impaciente por llegar. Intenté relajarme leyendo algo, vi una peli, pero apenas prestaba atención. Poco a poco, el cansancio fue haciendo presencia y logré quedarme dormido unas horas. Las escalas fueron interminables y tuve que beber varios refrescos que solo provocaron que aumentara mi estado de nerviosismo.

Al llegar a la T3, después de desembarcar y pasar por el control de aduanas, encontré a un hombre de mediana edad, con el cabello plateado y uniforme negro, con un cartel donde ponía mi nombre. Julio Díaz. Después de saludarnos y decirme el suyo, Joseph, me llevó hasta un coche negro. Apenas cruzamos dos palabras. Cuando ultimamos los detalles del traslado, la empresa ya me advirtió que me recogería un chófer para trasladarme hasta el hotel. Aún no había alquilado nada. Ni sabía dónde me iba a alojar. Me ofrecieron una habitación del hotel para los empleados que rechacé, porque cuando terminaba de currar me apetecía desconectar, irme a casa, cocinar algo y, si quería poner música, poder hacerlo con la libertad de no molestar a nadie en sus horas de descanso. Empezaría a trabajar en serio una semana después. La verdad es que me dieron muchas facilidades para el traslado. Me lo podía tomar con relativa calma. Al final, esa noche, decidí alojarme en la habitación de un motel cercano. Al día siguiente había concertado una cita con un agente inmobiliario para alquilar una casa; no necesitaba nada pretencioso, pero sí quería alejarme del centro un poco para, cuando llegase del curro, tener algo de tranquilidad.

Según me habían dicho, lo más conveniente era alquilar una casa en las afueras de Las Vegas. Ya sabía que era la ciudad de las luces y la diversión, por lo que implicaba también la ciudad de los ruidos. Apenas me dio tiempo a ver nada por la ventanilla del coche cuando este se paró en un estrecho callejón. En la puerta había un cartel donde se podía leer «Empleados».

El recorrido hasta el despacho del jefe de personal era un maremágnum de pasillos enrevesados donde podía perderme con facilidad. Por el camino nos cruzamos con un millón de personas vestidos de diferentes uniformes; crupieres, camareros, jefes de sala, disfrazados de diferentes maneras, guardias de seguridad y un sinfín de puertas cerradas que para

abrir las necesitabas una tarjeta identificativa. Menos mal que me acompañaba el chófer o, de lo contrario, me hubiese perdido por ellos. Me fui fijando en las cámaras de seguridad, en los sistemas contraincendios; todo de última tecnología, situados de manera estratégica. Tenía un montón de trabajo por delante.

Después de un rato largo de cruzar pasillos y subir en el ascensor, llegamos a la planta de las oficinas, situada en la primera, en una zona privada donde no tenía acceso el público. Tenía más que claro que iba a necesitar un puto plano del hotel para no perderme o contratar un guía turístico. Todo el recorrido lo hicimos en el más absoluto silencio y eso me estaba poniendo de los nervios. Llegamos a una puerta de doble hoja, de madera noble y con apliques dorados.

—Señor Díaz, encantado de conocerlo —dijo, mientras me estrechaba la mano y se abotonaba la perfecta chaqueta que llevaba. El jefe de personal era un hombre de unos treinta años. Con él hablaba en español ya que sabía a la perfección mi idioma. Era un tipo de color que se notaba a leguas que se cuidaba. El pelo lo llevaba rapado al mínimo y una sonrisa sincera iluminaba su cara. Al estrechar mi mano, pude notar su fuerza—. Esperábamos su llegada con ansia.

—Lo mismo digo, señor Jackson.

—Siéntese, por favor —indicó, señalándome una silla—. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Desea algo de beber? ¿Café, té, agua...?

—Bien, el viaje, a pesar de largo y agotador, ha sido tranquilo. No, gracias. Ahora mismo no me apetece nada.

—¿Tiene donde alojarse esta noche?

—Sí. He alquilado una habitación en un motel cercano, no se preocupe. Además, mañana tengo concertada una cita con un agente inmobiliario para comenzar a instalarme.

—¡Perfecto! Pero como le dije por teléfono aquí dispone de una habitación para usted, si no encuentra nada, seguirá esperándolo. Entonces, le enseñaré las instalaciones del hotel, su despacho y lugar de trabajo. Haremos un recorrido corto y luego le dejaré que descanse.

—Me parece bien, gracias. La habitación la utilizaré en las guardias. No se preocupe, que haré uso de ella.

Ambos nos levantamos a la vez, aunque el señor Jackson se adelantó unos pasos, abrió la puerta y de nuevo me indicó que saliera con un gesto de

su mano. Esperé a que se pusiera a mi altura porque no sabía por dónde debía ir. Cogimos el ascensor y descendimos hasta el sótano número tres.

—Este es el centro neurálgico informático de todo el complejo. Utilizamos las últimas tecnologías, los últimos avances. Como verá, hemos cambiado todo el equipo hace unos meses. No obstante, si cree que debemos modificar algo que se pueda mejorar, tan solo debe pedírselo a la directora. Ella es muy consciente de la importancia de este departamento. No pondrá ninguna objeción.

Miré a mi alrededor, analizando todo con minuciosidad. En la pared frontal había una veintena de pantallas de alta resolución donde se mostraban los diferentes espacios del complejo hotelero. En cuatro filas diferentes, había una serie de personas trabajando de manera frenética. Ninguno reparó en nuestra presencia. Todos trabajaban en sus equipos, abstraídos del mundo exterior. La sala era amplia y luminosa, a pesar de ser un sótano. Tomaba nota de todo lo que veía en mi Tablet. Iba a tener mucho trabajo.

—La segunda puerta es su despacho, señor Díaz.

—Llámeme Julio, por favor. No me siento demasiado cómodo cuando no me tutean. —Y era verdad. Me incomodaba cuando me llamaban «señor». No estaba acostumbrado y prefería que me llamasen por mi nombre. Eso daba la confianza suficiente para poder crear un ambiente de trabajo más relajado.

—De acuerdo, entonces tutéame a mí también. Entre nosotros, no me gusta demasiado el formalismo.

Con ese comentario, comenzamos a reírnos y el ambiente se destensó un poco. Lo suficiente para aflojar mis músculos contraídos que, hasta ahora, ni tan siquiera me había dado cuenta de que los tenía así. Pasamos al que sería mi despacho; una habitación con una gran mesa y un ordenador de última generación. Apunté que necesitaría, además, algunas pantallas. Precisaba ver las cosas por mí mismo.

Me fue presentando a mucha gente de la que no me quedaría con los nombres. Joder, apenas podía recordar el suyo, cómo me iba a acordar del resto. Menos mal que tenían placas identificativas, aunque, a pesar de que no supiese sus nombres, nunca olvidaría sus caras. Era muy buen fisionomista. Después de varias horas haciendo un recorrido exhaustivo por todas las instalaciones, incluyendo la zona de los clientes, me quedó claro que allí no se alojaba cualquiera. El lujo se respiraba en cada rincón, en cada detalle. Y yo no estaba acostumbrado a eso. Provenía de una familia de clase media, con

una carrera, me había codeado en España con grandes empresarios, pero esto estaba a un nivel que yo nunca habría imaginado.

Me despedí de Harris, el señor Jackson, hasta la mañana siguiente con un apretón de manos, mucho más relajado y muy cansado. Decidí en ese momento que sería una gran idea ir a cenar algo, ya que mi estómago rugía como si tuviese un león dentro. Salí por el callejón guiado por un compañero de seguridad y me dirigí hacia la calle en busca de algún lugar donde comer.

A tres manzanas más, encontré un restaurante donde ponían unas hamburguesas descomunales. El olor a carne a la parrilla, al entrar en el local, provocó las delicias de mi estómago. Hice el pedido y me senté en una mesa junto al gran ventanal. Era una ciudad con mucha vida y ganas de diversión, justo lo que yo no tenía en ese momento. Todo estaba delicioso, o yo tenía un hambre feroz, que también podía ser. Anoté en mi Tablet el nombre del local y la dirección con la intención de volver.

El motel donde había alquilado la habitación para esa noche también estaba cerca del restaurante. Di un paseo, recreándome en la vistas. Había gente disfrazada; unas, vestidas de gala; otras, celebrando lo que seguro sería una despedida de soltero. Todos reían y parecían divertirse. Me sentí un poco extraño entre todas esas personas, rumbo a un motel de mala muerte, cargando con una pequeña maleta con mis cuatro pertenencias más preciadas. Entre ellas, mi adorado portátil. No iba a ningún sitio sin él.

Al llegar al motel, con sus típicas luces de neón, parecía más bien del tipo que se alquilaba por horas. El señor de la recepción, aunque educado, fue un poco cortante. Parecía que lo había molestado a mitad de una peli porno mala. Sin más, cogí mi llave y me fui derecho a la habitación.

Menos mal que estaba limpia. Necesitaba una ducha con urgencia, así que me metí en el pequeño cuarto de baño y, durante un rato, dejé que el agua corriese por mis doloridos músculos. En cuanto me tiré sobre las sábanas, me importó una mierda mirar si estaban limpias o no, porque caí rendido en el más profundo sueño, hasta que unos gritos provenientes de la habitación contigua me despertaron.

Estuve tentado de pegar algún golpe en la pared, encender la televisión o darme una vuelta, pero aguanté durante más de una hora hasta que, sin saber cómo ni por qué, volví a dormirme.

La luz de la mañana se me clavó en los ojos, provocando que me despertara

sobresaltado. Me levanté, me vestí y me fui en busca de alguna cafetería para desayunar. Le pregunté al recepcionista. Esta vez, era un chico diferente al de anoche y me recomendó un lugar cercano. Pagué la habitación para un par de días y me marché de nuevo. En un par de horas tenía la cita con el agente inmobiliario.

Me sentía solo y extraño. Por un lado, el cambio había sido un poco radical, pero tenía la extraña sensación de estar haciendo lo correcto. Cuando terminé de desayunar, paseé de nuevo por las calles de Las Vegas a la luz del día, mirando todo con curiosidad. Me encantaba la ciudad. Con todas las recreaciones de los monumentos y todas las excentricidades que se le pueda ocurrir al ser humano con el único objetivo de la diversión.

Tenía que hacer varias cosas urgentes. Tras la cita, tendría que buscar un coche a buen precio para desplazarme sin problemas y encontrar una compañía de teléfono; darme de alta para poder operar con mi móvil. Tenía ganas de hablar con mi madre y con Rebeca. Intentaría hacerlo esa noche a través del wifi del motel.

La cita con el agente inmobiliario, con un nombre ruso casi impronunciable, fue mejor de lo que yo esperaba. Después de visitar varias casas que, o bien se salían de mi presupuesto o no cumplían unos requisitos mínimos, me enseñó una vivienda independiente increíble al precio que estaba buscando. Tenía dos dormitorios amplios, con una gran pantalla de plasma en el salón frente a un sofá enorme y una cocina bien equipada. Los ventanales daban a un pequeño jardín delantero y otro trasero con una piscina de la hostia. Estaba en la gloria. Mejor de lo que esperaba. Firmamos allí mismo el contrato y me comentó que la podía ocupar de inmediato. Pero la casa estaba en la ciudad de Henderson, localizada en Clark County, a unos veintiséis kilómetros de Las Vegas. Aunque la distancia no era demasiado larga, necesitaba un medio de transporte.

El agente inmobiliario me dejó de nuevo con mis llaves en la puerta del motel. Decidí dar una vuelta y mirar la posibilidad de comprar algún coche de segunda mano. Entré en un concesionario que tenía banderitas en una explanada donde se exhibían los modelos. Miré los precios por encima, y todos, sin excepción, se me iban de presupuesto. Hasta el más abollado y viejo de ellos, me parecía excesivo para mi bolsillo. No debía sobrepasarme con los gastos, ya que durante un mes debía vivir hasta que no cobrase al siguiente. Y, aunque había hecho una exhaustiva investigación en internet sobre cómo

subsistir en Las Vegas, no era una ciudad muy barata. Un señor de unos sesenta años se acercó a mí. Después de charlar varios minutos con él, no pudimos llegar a un acuerdo, ya que todo se salía de mi presupuesto.

Cogí un autobús y me acerqué a otro concesionario de coches de segunda mano, con el mismo resultado.

Con todo el follón de la casa, el trabajo y el coche, me había olvidado por completo de mi estómago, cosa que él me recordó de manera muy amable cuando pasé por delante de una hamburguesería. Si seguía ingiriendo comida basura, iba a terminar con el colesterol por las nubes. Pero me importó un pimiento y entré a almorzar.

El bar en cuestión quedaba cerca del complejo, y la verdad es que estaba un poco cansado de andar. Como siempre, y no sé por qué manía mía, me senté en la mesa cercana a los ventanales. Aburrido y sin más que hacer, me concentré en la labor de comer como si no existiera un mañana, hasta que, de repente, me fijé en la puerta de entrada. Harris asomaba la cabeza y miraba dentro como si buscara algo. Al verme, se sorprendió y se dirigió hacia mí con su sonrisa en la boca.

—Vaya, no esperaba verte por aquí —me dijo, mientras se sentaba en el otro lado de la mesa.

—He llegado aquí de pura casualidad. He estado mirando casas y he alquilado una en Henderson. Ahora iba a mirar el tema de las compañías telefónicas, pero antes quería pasarme por el hotel para seguir observando un poco. Ya mañana seguiré con eso. Creo que, por hoy, ya está bien.

—Si quieres te acompaño mañana y te aconsejo cuál te puede salir más económica.

—Claro, por supuesto. Gracias, me encantaría. —Harris levantó la mano y le hizo una seña al camarero que se acercó enseguida. Hizo el mismo pedido que yo.

—Henderson es una buena zona para vivir, mucho mejor que aquí, en el centro. Esta ciudad está muy bien, pero con tantas luces y tanto ruido, se hace muy difícil dormir con tranquilidad, a no ser que vivas en algún apartamento de lujo o en algún hotel donde los cristales de las ventanas están preparados. ¿Cómo has descansado?

—Lo poco que he dormido, bien; pero, claro, es más bien fruto del cansancio del viaje y del día. Estaba agotado.

—Si quieres, el viernes puedes venir con los chicos a tomar unas

copas. Solemos salir después del curro. Te vendrá bien para conocer a la gente.

—Pues sí, la verdad es que solo te conozco a ti, de momento.

—Entonces, no se hable más. Organizo la cosa para que, al salir de trabajar, vayamos a cenar algo y tomarnos unas copas. Te caerán bien. Son buena gente y muy amables. Solemos pasar ratos muy divertidos.

—Está bien, no me voy a negar. La verdad es que lo necesito. Aquí solo y, además, sin móvil, está siendo una tortura. Menos mal que, al menos, tengo el portátil y hoy pienso conectarme con mi familia. Ayer no pude por el cansancio.

—Debe de ser duro estar lejos de ellos.

—Sí, pero estoy seguro de que merecerá la pena. Tengo muchas ganas de comenzar esta nueva aventura. Este curro es todo un reto para mí. Justo lo que necesito.

—Así me gusta. Con motivación.

—Mucha.

Después de almorzar, fuimos caminando hasta el complejo, hablando por el camino de todo y de nada en particular. Me caía bien, se veía un hombre divertido, con una expresión risueña en su cara. Cuando llegamos, volvimos a subir al despacho de la directora.

—Lo siento, señor Jackson, pero está reunida. Lo único que me ha dicho es que no se la moleste.

La secretaria, una señora de mediana edad, con rostro afable, nos miró con cara de pena. Nos dimos la vuelta y nos marchamos de nuevo hasta el sótano para seguir con el recorrido. Le comenté a Harris lo de las pantallas planas en mi despacho y le pareció buena idea. Quería controlarlo todo. Si iba a ser el experto en seguridad, no solo me quedaría con la parte informática, quería saberlo todo, en todo momento. Era así de controlador en mi trabajo.

La tarde pasó en un suspiro, entre reuniones con los encargados de cada departamento y revisando planos del hotel con los lugares estratégicos donde se encontraban las cámaras de seguridad. Me empapé de todo. Necesitaba ponerme al día en el funcionamiento para poder realizar mi trabajo con mayor soltura. Revisé el *software* que utilizaban y lo instalé en mi portátil. Esa noche lo estudiaría con mayor detenimiento y buscaría posibles vulnerabilidades. Mi primer reto me tenía en un estado de euforia.

Regresé al motel y, aunque tenía las llaves de la casa, no disponía de

medio de transporte, debía alquilar algo mientras tanto. Sabía que había autobuses, pero me atrasaría más y estaba demasiado cansado. Quería conectarme con la familia y tenía bastantes ganas de hablar con Reb y Mara, pero, una vez me duché, caí rendido y me dormí del tirón.

Los dos días siguientes fueron una nebulosa de trabajo para ponerme al día, pero lo más importante era que comenzaba a conocer a los chicos con los que trabajaba. Incluso, ya nos gastábamos alguna broma de vez en cuando. Por fin, conseguí mi móvil y la primera llamada fue para mi madre, aunque ya había hablado con ella por WhatsApp. Era tarde en España, pero no me importó porque sabía que estaría encantada de hablar conmigo y siempre se acostaba muy tarde.

—Sí, mamá. No te preocupes que estoy comiendo bien.

—¿No estarás comiendo todos los días esa porquería de comida basura, verdad?

—No, mamá.

—La abuela de Rebeca dice que allí solo se comen porquerías. — Sonreí porque la abuela Mara seguía teniendo sus habituales salidas de tono. Ahora que había casado a la nieta, tenía fijación por mí y no paraba de preguntarme cuándo iba a sentar la cabeza. Hasta eso, extrañaba en ese momento.

—No te creas todo lo que ella diga.

—Hijo, es que te has tenido que marchar a la ciudad del pecado. Seguro que al final te casa Elvis. —Carcajeé por la ocurrencia.

—Eso está demasiado visto, mamá. Y no pienso casarme. Al menos, de momento. Llevo aquí menos de una semana, no conozco a nadie. ¿Cómo piensas que voy a casarme ya?

—Pues como en las películas. Te coges una borrachera, no te acuerdas de nada y amaneces que con un anillo en el dedo. Que hay mucha pelandusca por ahí suelta, deseando pillar un buen partido como tú.

—Yo no soy un buen partido. Te puedo asegurar...

—¿Cómo que no eres un buen partido? Un chico educado, con estudios, un buen trabajo, requeteguapo como tú... Eres un bomboncito para las mujeres y tú eres muy inocente, mi niño —me cortó mi madre.

—No te preocupes, mamá, procuraré ir con cuidado. —Utilicé la técnica de darle la razón para que me dejara en paz, pero no funcionó.

—A mí no me torees, Julio Díaz, que te conozco. Eres un embaucador cuando te da la gana y me das la razón para que me calle la boca. —Aquí comencé a arrepentirme de haberla llamado. Ya tenía dosis de madre para otra temporada. No obstante, como buen hijo que era, seguí escuchándola durante una larga hora más—. Abrígate bien, no vayas a coger frío. Cómprate una bufanda por si refresca por las noches.

—Mamá, estamos en mitad del desierto, aquí no refresca ni en cachondeo. —Intenté tranquilizarla. Sabía que el invierno era muy duro, pero estábamos en pleno verano y las temperaturas eran bastante altas.

—Hijo, no me llesves la contraria otra vez.

—Está bien, mamá, me compraré una bufanda.

—No me des la razón como a las locas.

—La que me vas a volver loco eres tú. Si te digo que no me la voy a comprar, me regañas y si te digo que sí, es que te estoy dando la razón como a las locas. ¿Te quieres aclarar ya de una vez?

—Ay, hijo, tampoco te pongas así, que no es para tanto. Yo solo lo digo por tu bien.

—Lo sé, mamá, y te lo agradezco, pero ya soy mayorcito.

Después de unos minutos más, colgamos con la promesa de que me iba a comprar una bufanda y mandarle la foto por mensaje. Me puso de los nervios, pero también me sacó una sonrisa. Ahora el loco era yo.

Miré la hora y deduje que Mara ya debía estar dormida, eran las cuatro de la tarde, así que en España sería la una de la madrugada, por lo que decidí esperar al día siguiente para llamarla. Si se enteraba que había hablado con Rebeca, y no con ella, me caería la del pulpo. Y además, Rebeca se cabrearía conmigo por haber hecho enfadar a su niña. Negué con la cabeza, pero con la sonrisa en la boca, esa que siempre se me ponía cuando pensaba en la pequeña terrorista demasiado mimada por todos.

Me duché y pasé la tarde configurando el móvil, instalando aplicaciones y trabajando en mi portátil y el *software* del hotel. Detecté varios errores que debía subsanar de inmediato y, cuando me quise dar cuenta, el tiempo había volado.

Habían pasado un par de días y retomé el tema del coche. Visité varios concesionarios más que me habían recomendado los chicos, aunque no encontraba nada que se ajustase a mi presupuesto. Desmoralizado, entré en el

último. Estuve mirando entre todas las opciones que menos ceros tenían.

De repente, vi algo que me llamó la atención antes de que un joven se acercase a mí. Era una moto preciosa. Una Kawasaki GPZ 900. A pesar de ser de segunda o tercera mano, no lo tenía demasiado claro, estaba en muy buen estado. Me acerqué, pasando de lo que el chico me decía y miré el precio. Gracias a todos los santos en los que no creía, estaba dentro de mi presupuesto y era una opción bastante buena y mucho más económica que el coche. Tomé una decisión rápida y, sin pensarlo mucho, me acerqué hasta la oficina para cerrar el trato. Tendría que volver dentro de dos días para recoger los papeles y la moto. Mientras tanto, seguiría sin medio de transporte.

Llegó el gran momento en que recogería mi moto, por lo que podía trasladarme a mi nuevo hogar. Eso significaba que por fin iba a estar instalado en Las Vegas, y significaba tener cervezas en el frigorífico para ver algún partido de fútbol en la televisión o darme un baño en esa piscina en la que tanto había pensado en los últimos días, cuando el calor se hacía soporífero.

Tras terminar de recogerla y firmar todos los papeles, me fui al hotel. Estaba como pez en el agua con esa belleza entre mis piernas. Una extraña sensación de euforia volvió a recorrer todo mi cuerpo. Dejé la moto en el aparcamiento de empleados y bajé a mi despacho, dispuesto a seguir currando. Tenía la entrevista con la directora del hotel. Pero mi jefa, al parecer, era cara de ver y de nuevo anuló la reunión por tener que marcharse para arreglar unos papeles. La semana casi había finalizado y había quedado esa noche con Harris y los chicos para cenar y tomar unas copas.

Los otros tres que venían con nosotros fueron Tom Backer, jefe de los guardias de seguridad; Jack Spencer, especialista de las cámaras y sistemas contraincendios; y Oliver Stuard, el jefe del casino del hotel. Los tres parecían guardaespaldas o roperos empotrados.

Fuimos a cenar a un restaurante donde servían comida japonesa. El restaurante era muy bonito, pero de nuevo el lujo hacía acto de presencia en cada detalle. Soy un tío muy simple, que no entiendo el lujo, y me había ido precisamente al lugar donde derrochar la pasta era lo más habitual del mundo. Para mí, salir a divertirme era ir a comer varias tapas a cualquier bareto con los amigos y después tomar unas cervezas o unas copas a cualquier *pub*. Aquí eran más refinados, aunque esos tipos no lo aparentaban.

—Aunque puede parecer lo contrario, aquí se come de puta madre y tiene buen precio —me comentó Harris, como si me estuviera leyendo la

mente.

—Las camareras son la caña; además de estar cañón, son muy serviciales y simpáticas. Lo importante es que sirven con rapidez, así cenamos y nos vamos antes al local a tomar unas birras —replicó Oliver, mientras cogía su copa y se la llevaba a los labios para dar buena cuenta de ella.

—Eso me gusta más.

—¿Has conocido ya a la nueva jefa? —me preguntó Tom.

—No. Ha anulado varias reuniones que teníamos con ella. Aún no he podido conocerla.

—No te pierdes nada, macho. Es una pija remilgada. Seguro que es hija de algún pez gordo. Lleva dos meses con nosotros y quiere cambiarlo todo —espetó Jack, casi con desprecio.

—A veces los cambios son buenos —repliqué.

—Sí, pero si algo funciona, para qué cambiarlo —me contestó de nuevo Jack.

—Quizá para mejorarlo.

Jack y yo nos retamos con la mirada como si de un duelo se tratase. No quería defender a alguien que no conocía aún y que, después de casi una semana, no había tenido la deferencia de tener una reunión conmigo, pero tampoco quería que juzgasen a una persona por querer mejorar algo en su ámbito de trabajo; por querer hacer las cosas mejor.

—Bueno, no podemos saber si es hija de algún pez gordo. La verdad es que sabemos más bien poco de su vida privada. Ella es muy reticente con eso y no se relaciona demasiado con el personal del hotel, solo lo imprescindible —terció Harris.

—Sí, pero Peter, el antiguo director, era amigo de todos, sabía nuestros nombres de pila, nuestros apodos, y no tenía inconveniente en mezclarse con nosotros en la sala de descanso o venir a tomar unas copas el viernes por la noche —argumentó Oliver.

—Ya, tío, pero no puedes comparar. Peter llevaba más de veinte años en el hotel. La nueva apenas lleva un par de meses. Aún se está adaptando. Además, ¿querrías tener a la directora por aquí cuando vayamos al Ships? —preguntó Harris, subiendo y bajando las cejas a la vez.

—No, de ninguna de las maneras.

Eso me sorprendió un poco. No creí que hubiese nada malo en que una mujer viniese con nosotros a cenar y tomar unas cervezas. Rebeca lo hacía con

sus chicos y llegó a crear un vínculo especial con ellos. Comprendí lo que quisieron decir en cuanto crucé la puerta del antro donde íbamos a tomar las copas.

El Ships era un bareto de mala muerte con un ambiente muy variopinto. El humo del tabaco te recibía en cuanto cruzabas la puerta y el sonido demasiado estridente como para llevar una conversación. El escenario derivaba en una especie de pasarela y, alrededor de ella, había una pequeña barra con asientos para que los clientes no perdiesen detalle de lo que sucedía arriba. Las chicas que servían las pocas mesas más alejadas del escenario vestían en tanga de colores vivos y lentejuelas. Con solo cruzar la mirada con aquellas bellezas, me empalmé como un adolescente. Hacía mucho tiempo que no echaba un polvo, y ese espectáculo provocaba que mi polla reviviera y quisiese acción. Mucha.

Pedimos unas cervezas en la barra, la mía sin alcohol, ya que debía conducir, y una morena con el pelo largo y rizado, que parecía una semidiosa, me sirvió con una sonrisa espectacular. Vale, sé que es su trabajo, pero llevaba demasiado tiempo... y cualquier influjo de aquel local estaba causando estragos en mí. Me bebí la cerveza casi de un solo sorbo, con la firme intención de refrescar mi garganta y mi erección. La muy cabrona iba por su cuenta.

—Aquí bailan las mejores chicas de la ciudad —me aclaró Harris con una sonrisa en la boca, alzando sus cejas de nuevo.

—Ya me he dado cuenta.

—No, tío, en serio. Las chicas de aquí son espectaculares.

Ví como todos los chicos se iban hacia los asientos alrededor de la pasarela. Volví a pedirme una cerveza sin, aunque necesitaba algo más fuerte para poder aguantar aquello sin correrme en los pantalones. Lo pasaría mal, estaba seguro. De repente, las luces se apagaron y una enfocó el escenario. Miré por inercia, aunque no quería hacerlo.

La solitaria barra central brillaba hasta que una morena vestida de motera apareció por un lateral. Los pantalones de cuero se adaptaban a sus curvas como si de un guante se tratase. El top negro de látex apenas dejaba nada a la imaginación. A esas alturas, mi imaginación fluía por su cuenta, y la sangre solo me llegaba a un lugar. Me quedé embobado. La chica en cuestión comenzó a moverse al son de la música y... ¡madre mía! ¡Cómo se movía! De repente, subió una pierna por la barra hasta que estuvo en paralelo, y yo tragué

saliva porque se quedaba toda en mi garganta. No podía dejar de mirarla; los rizos se movían al compás de sus movimientos y, poco a poco, se fue despojando de su ropa de una manera muy sensual. No escuchaba ni las voces que proferían los demás hombres a mi alrededor, ni tan siquiera escuchaba el ritmo de la música, solo podía mirar aquellos rosados pezones que parecían que me miraban y me llamaban a gritos. Quise tocarlos, morderlos, pero me quedé fijo en mi sitio por miedo a que, si me movía, el más leve toque de mi capullo con el bóxer provocara un estropicio.

Tenía un grave problema que solucionaría esa noche en la ducha. El espectáculo finalizó, y me fui al cuarto de baño para poder refrescarme. Necesitaba echarme agua fría y que se me bajase el calentón; aunque, en mi estado, ni una ducha fría provocaría que se me bajase. Necesitaba hacerme una paja ya.

Por el pasillo, me crucé con la chica. Seguía desnuda. Sus pezones me miraban fijamente y eso no ayudaba en nada a que mi estado de excitación bajase. Nos miramos a los ojos, y su sonrisa provocó que me excitase más todavía. Debía solucionar aquello. Rápido. Entré en el cuarto de baño y me dirigí a los lavabos. Comencé a mojar me el pelo, la nuca y las manos, con el firme propósito de bajar el problema que tenía. Pero de nada sirvió, y menos, cuando vi su reflejo en el espejo con su sonrisa y sus pezones, dándome la bienvenida.

Capítulo dos



—Se te nota un poco acalorado —dijo, mientras se acercaba, contoneando sus curvas de manera muy sensual. Demasiado para mi cordura. Iba a perderla de un momento a otro. Sus largas piernas desnudas, subidas a unos tacones rojos de infarto, a juego con sus jugosos labios, hacían un conjunto muy apetecible. Y mi polla estaba de acuerdo con el menú del día.

—Hace calor ahí dentro —le contesté, mientras señalaba la puerta con la cabeza—. Creo que todos estamos un poco acalorados. Quizá deberían subir el aire acondicionado. —No lograba decir nada con coherencia.

—Creo que podría solucionar tu pequeño y caluroso problema.

—Caluroso sí, de pequeño... nada. En ningún sentido, nena —le susurré, mientras me acercaba a ella. Buscaba guerra, eso estaba claro. Pero tendría que dejar las cosas claras. ¿Era una prostituta? Aunque, a esas alturas, me importaba un carajo. Necesitaba echar un polvo. Y dadas las condiciones en las que estaba, una paja sería como tomar café descafeinado un día en el que no has dormido nada—. ¿De verdad piensas que esto... es un pequeño problema? —Llevé su mano hacia mi erección, que por cierto ya estaba bailando de alegría por un poco de acción—. Es, más bien, un gran problema.

Me acerqué más a ella, la cogí por la cintura y la poca cordura, que me quedaba antes, la perdí. Al carajo preguntarle si era una prostituta, si me iba a cobrar un riñón o si me tendría que hipotecar de por vida. Me lancé a por sus pezones, sonrosados, turgentes, erectos y que me llamaban desde que los vi en el escenario. Me recreé en ellos todo lo que pude mientras mi mano bajaba hasta su coño. Lo tenía depilado por completo, suave y, sobre todo, resbaladizo. La boca se me hizo agua y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para tranquilizarme. Iba a ser muy rápido. Lo tenía claro.

Hacía más de un año que no mantenía ninguna relación con una mujer. Pero, en aquel momento, aunque mi prioridad era desahogarme, también tenía claro que ella debía quedar satisfecha. Mientras me reponía, la cogí en brazos, la alcé a pulso, mientras ella enrollaba sus piernas en mi cintura, y me metí dentro de uno de los cubículos, cerré la puerta con pestillo y la dejé en el suelo, dándole la vuelta. La cogí por el pelo, tiré de ella y la besé frenéticamente en esos labios rojos. Me estaba volviendo loco. Necesitaba follarla ya. Volví a rozar su entrepierna y continuaba igual de mojada. Estaba tan cachonda como yo.

Sin más dilación, dejé libre mi erección, mientras intentaba coger el preservativo del vaquero; ella rodeó con sus largos dedos mi carne prieta y me acarició. Me retiré un poco, pero insistió. Mis movimientos se volvieron más rápidos. El sudor me resbalaba por todo el cuerpo por el esfuerzo de contención. Me iba a correr y no quería. Cuando por fin encontré el preservativo, me lo puse a la velocidad de la luz con una mano, mientras, con la otra, la penetraba con los dedos. Estaba más que lista para mí.

Me introduje de una fuerte estocada mientras la besaba, acariciaba sus pezones y su clítoris, buscando darle el mayor placer posible. Una vez dentro de ella, no pude parar y mis empellones se volvieron más fuertes, casi arrítmicos, provocados por el ansia de más, buscando mi placer, el éxtasis, el orgasmo. La penetré duro, mientras acallaba sus gemidos a base de besos aún más descontrolados. Y cada vez que ella movía sus nalgas, buscando su propio placer, me ponía aún más cachondo, si eso era posible. Terminé por correrme a la vez que ella, mientras me engullía, y yo me la comía a besos. Besos sin sentimientos, sin saber su nombre y sin necesitarlo.

—Ha sido todo un placer, nene. —Sin más, se dio la vuelta y abrió la puerta. La agarré suavemente por el brazo antes de que se marchara del todo —. Si quieres volver a verme, ya sabes dónde encontrarme.

—El placer ha sido mío, nena.

Y dejé que se marchara. Al fin y al cabo, había sido un polvo descomunal que no tenía previsto, que me había dejado relajado y, lo más importante, sin pedir nada a cambio ni tener que hipotecarme de por vida. Negué con la cabeza, mientras sonreía y me recomponía un poco. Tiré el preservativo a la papelera y salí del cuarto de baño para reencontrarme con mis compañeros, ya mucho más relajado, y dispuesto a marcharme a casa. Pero con la sensación de vacío de nuevo instalada. Esos polvos servían para desahogarme, pero no me llenaban.

Cuando llegué al lugar donde se encontraba el resto de los chicos, me pedí otra cerveza sin, que tomé casi de un trago, me despedí de ellos y me marché a casa en mi nueva moto, mientras el aire caliente de Las Vegas me daba en la cara y notaba el zumbido del motor entre mis piernas. Tenía que comprarme un casco; algo que haría al día siguiente sin falta. Con la sensación de libertad que me daba la moto, recorrí los escasos veinte minutos que me separaban de mi nuevo hogar.

Al llegar, me metí en la ducha durante un buen rato para quitarme el sudor y el olor a sexo, que tenía impregnado en el cuerpo, y que en el fondo me hastiaba. Me metí en la cama, con un calor sofocante y el cansancio acumulado.

A la mañana siguiente, me desperté temprano, relajado y descansado. La cama era muy cómoda y el silencio reinaba en toda la casa. Miré la hora. Era demasiado temprano para ir a currar, así que, sin pensármelo dos veces, me tiré a la piscina. Durante una hora estuve dando largos. Me encantaba nadar, y vivir allí me daba la posibilidad de hacerlo a diario. Esto de tener piscina privada era una gozada; un lujo que no tenía en Málaga. Aunque allí tuviese un inmenso mar donde nadar y poder practicar *surf*, un deporte que me encanta.

Después de la ducha, me vestí y tuve claro que tenía que comprarme algo de ropa. Aunque hiciese la colada, las pocas cosas que había traído conmigo no eran suficientes. Tampoco quise traerme más. Puse una cafetera y me tomé un café cargado, no como los que ponían aquí.

Cuando llegó la hora, fui a trabajar con muchas ganas. Tenía varias ideas en la cabeza que quería comentar con Harris, aunque, como él ya me había advertido, la última palabra la tenía la pija. Ese apodo se lo habían puesto los trabajadores, y mucho me temía que me lo habían pegado... Y eso que aún no la conocía; y, por lo que contaban de ella, tampoco tenía ganas.

Llegué al hotel un poco antes de la hora de entrada y me dirigí a la sala de descanso del personal. Tenía tiempo para otro café rápido. Al llegar, me encontré con los chicos; se los veía un poco perjudicados. Charlamos durante unos minutos. Había sobrevivido a mi primera juerga en Las Vegas sin pasar por lo de las pelis. Y no me había casado. Al pensarlo, recordé a mi madre.

—Tío, te perdiste lo mejor.

—Madre mía la que bailó después. Un bomboncito de mucho cuidado, con unos melones...

—No hables así de las chicas. Merecen un respeto, macho —increpé a Jack, aunque, en realidad, no lo decían con maldad. Pero esas chicas, a pesar de su curro, merecían todo el respeto del mundo. Aunque me hubiese follado a una de ellas. Pero claro, fue ella la que se me acercó, yo no lo forcé en ningún momento. Al recordarlo, mi polla, que la muy hija de puta iba por libre, tuvo ganas de fiesta de nuevo.

—Con todo el respeto del mundo, te digo que estaba muy buena.

Carcajeamos y compartimos unos donuts mientras tomábamos café. Tenía ganas de empezar con el trabajo, por lo que, con el desayuno en las manos, me dirigí a mi despacho para comenzar a plantear las reuniones. Quería implantar un sistema de reconocimiento facial, pero no solo en las cámaras de seguridad, sino también a la hora de fichar los empleados. Hasta ahora, se accedía a través de unas tarjetas, que eran muy fáciles de clonar. Si alguien quería vulnerar nuestros sistemas, tan solo hacía falta pasarse por empleado. Iba a ser un duro trabajo, pero valdría la pena.

Estuve estudiando los sistemas de seguridad del casino, donde más trabajo daba por la cantidad de dinero que movía a diario.

—Harris, cuando puedas, pásate por mi despacho. Necesito comentarte unas cosillas —le dije una vez descolgó el teléfono.

—Claro. Voy enseguida.

—Te espero.

Cinco minutos después, Harris aparecía por la puerta. La tenía siempre abierta. No me gustaba trabajar con ella cerrada, ya que daba sensación de menor accesibilidad. Quería que todos pudiesen entrar sin reticencias, que todos supieran que estaba disponible para ellos en cualquier momento del día.

—Dime.

—Siéntate, por favor. He estado pensando en la manera de reforzar la seguridad. Nos va a costar unos meses implantarlo, pero creo que merecerá la pena. Cuando los empleados accedemos por la puerta de atrás tenemos que fichar, pero estas placas identificativas son fáciles de clonar. Si quieren vulnerar nuestra seguridad, es tan fácil como hacerse pasar por empleado.

Harris asintió dándome la razón. Se levantó de la silla, dio tres vueltas al despacho y volvió a sentarse.

—Te refieres al sistema de reconocimiento facial.

—Exacto. No sé cómo no lo habéis pensado antes. Es algo que está a la orden del día en otros hoteles de este nivel. El casino mueve mucho dinero

y eso, amigo mío, es un caramelito para cualquier ladrón. Estamos de acuerdo en que somos el cuarto complejo hotelero con más medidas de seguridad, ya que la mayoría no tienen cámaras en los pasillos, solo en el casino, pero eso hace que los clientes se sientan más seguros y es un plus a la hora de escoger la estancia.

—En otra ocasión quise implantarlo, pero la verdad es que Peter no estaba muy dispuesto. Para él, todo eran números. Lo más importante era dar beneficios.

—Estoy seguro de que un hotel de esta envergadura los da por sí solo. No creo que dé pérdidas ni queriendo. El nivel adquisitivo de nuestros clientes es, como mínimo, estratosférico. La clientela es muy selecta, paga una burrada por una habitación y se gasta auténticas fortunas en el casino. Creo que, al menos, se merecen un mínimo de seguridad. Ya no solo porque vayan a vaciar las arcas del casino, sino porque cualquiera puede entrar en una de esas habitaciones, hacer pequeños hurtos de dinero en efectivo o cualquier joya, haciéndose pasar por empleados. Y ese cliente no regresa al hotel. No se sentirá seguro.

—Estoy de acuerdo contigo. De hecho, ya ha pasado en más ocasiones de las que estamos dispuestos a reconocer. Es una situación muy incómoda. Pero, hasta ahora, tampoco han sido robos importantes.

—Pues más a mi favor, si ya ha ocurrido con anterioridad. No debemos tentar a la suerte. Si quieres y estás de acuerdo, realizo un *planning* sobre el trabajo que tendríamos que hacer, costes en materiales, cámaras específicas, instalaciones, tiempo de implementación... para ir más sobre seguro a la hora de plantearse a la jefa.

—¿A la pija? Eso si logras reunirte con ella, porque parece más ocupada que el mismísimo presidente.

—Lleva poco tiempo. Tendrá que ponerse al día de muchos asuntos.

—En eso tienes razón. Bueno, no se hable más, prepara un dossier con todo eso y, cuando lo tengas listo, me avisas, lo revisamos y concertamos cita con la princesa.

Ambos nos carcajamos, mientras Harris se dirigía hacia la puerta. Una vez salió de mi despacho, con las energías renovadas de realizar un trabajo que suponía una gran responsabilidad, encendí mi lista de Spotify y, con música cañera, bajo los acordes de *Hijos de Caín*, de Barón Rojo, me enfrasqué en realizar mi trabajo de la forma más minuciosa posible. No quería

dejar nada al azar.

Tras varias horas en las que adelanté muchísimo trabajo, me fui a la sala de descanso del personal para comer algo. Además, era sábado y nos tocaba guardia. No saldría de allí hasta el día siguiente. Tenía muchas horas por delante hasta el lunes. La señorita directora, también tenía guardia dos fines de semana al mes, al igual que el resto, pero ese era su fin de semana libre.

Al llegar a la sala de descanso, me serví un café. Los del restaurante traían servicio de *catering* para que los empleados pudiésemos almorzar, cenar o picar algo. Estaba preparado para que la comida siempre estuviese en su punto. Cogí una bandeja y la fui llenando de algo más que hamburguesas. Mi madre estaría orgullosa al ver el plato repleto de verduras junto a un succulento filete a la plancha. Salivaba al verlo. Me senté y comencé a comer sin reparar en nadie más. Lo primero que me llamó la atención fue una larga cabellera morena y rizada que se agitó cuando abrió las ventanas de la sala. El aire seco del desierto penetró por ellas, sofocando el ambiente.

Le iba a comentar algo, cuando la chica en cuestión se dio la vuelta. Petrificado. Así fue como me quedé cuando me di cuenta de que la persona que había abierto la ventana era nada más y nada menos que la *stripper* con la que había follado la noche anterior. Mi polla, la muy mamona, la recordó al dedillo de inmediato y se levantó para saludarla con efusividad. ¿Qué coño hacía ella allí?

—Perdona si te ha molestado que abriese la ventana. Aunque sea caliente, necesito respirar aire de verdad y no el del aire acondicionado que provoca que se me seque la garganta.

—No te preocupes, no me importa —mentí, después de carraspear para aclararme la voz y que no se notara lo acalorado que me encontraba de nuevo.

—Si tú lo dices...

Se dio la vuelta, acercó una silla a la ventana y se sentó en ella con los ojos cerrados, disfrutando en silencio del sol, que le daba directamente. Tenía el rostro relajado y parecía saborear cada rayo. Continué comiendo como si aquello no me afectara, pero más rápido por la prisa que me entró por marcharme a mi despacho y huir de allí. Parecía que no me había reconocido, cosa que me alegró, pero, por una extraña razón, también me enfureció. ¿No recordaba lo que había pasado la noche anterior o es que estaba borracha?

Quizá peor, iba drogada.

Sin querer darle muchas vueltas al asunto, terminé con mi almuerzo, me serví otro vaso de café grande y, con él en la mano y un problema entre mis piernas, me fui a mi despacho con la firme intención de seguir currando y olvidarme de aquel asunto. Pero, claro, en la entrepierna también tenía otra cosa firme.

Me dirigí al cuarto de baño en lugar de a mi despacho, me enjuagué la cara, las manos y la nuca. Cuando logré calmarme un poco, me fui a mi mesa para seguir currando, olvidándome por completo de lo sucedido. Cuando me enfrasqué en el proyecto, logré centrarme y las horas pasaron volando. Me reuní con mi equipo para plantear el trabajo y dividirlo por secciones. Estaba claro que la cura para todos mis males era sumergirme en un trabajo que me hiciera vibrar. Y ese era un reto que llevaba esperando demasiado tiempo.

Cuando llegó la hora de la cena, decidimos salir del complejo y cenar algo en un bar cercano. Si algo predominaba en Las Vegas eran bares y lugares de distracción.

Durante la guardia, debía estar pendiente de las pantallas de las cámaras, pero aún no me las habían montado en mi despacho. Me instalé en mi ordenador el *software* para poder acceder a ellas de vez en cuando. Una medida de urgencia, pero igual de efectiva, aunque la resolución de la pantalla no fuese la óptima.

Para probarlas, estuve trasteando en ellas y pasando rápidamente por cada rincón del complejo. Había más de un millón de cámaras de seguridad por todo el hotel, pero lo que se llevaba la palma era el casino, ya que tenía cámaras cada tres metros. Teníamos también personal infiltrado para detectar cualquier movimiento raro. Todo estaba protocolizado. El reconocimiento facial iba a suponer un paso importante en la seguridad. Todo lo relativo a eso era totalmente secreto; no se podía hablar de ello, ya que crearía una vulnerabilidad en los sistemas. Firmábamos contratos de confidencialidad bastante estrictos. Y, aunque no se podía decir, el sonido era una de las grandes asignaturas pendientes en la legislación. En España no estaba permitido grabar las conversaciones, solo las imágenes; mientras que en Las Vegas, como se suele decir: «Lo que pasa en Las Vegas, se quedaba en las Vegas», y los jefes de seguridad se pasaban esa pequeña normativa por el forro. Por lo que podía activar el sonido de las cámaras cuando me viniera en gana, aunque no lo hiciese. Me parecía importante la privacidad tanto de los

empleados como de los clientes del complejo.

Con tanta cámara, comenzó a dolerme la cabeza. Llevaba muchas horas encerrado en mi despacho, por lo que decidí dar un paseo por el hotel y revisar que todo estuviera en orden. Cuando regresase, iría a la sala de descanso.

Para cruzar el *hall* tenía que pasar por el casino y las máquinas tragaperras. Salí y me dirigí hacia el callejón para fumarme un cigarrillo. Llevaba todo el día sin fumar y, al ver a los clientes hacerlo, me entraron ganas. Apuré el cigarrillo hasta el final, provocando que el humo ahondase en mis pulmones y recargase de nicotina mi cuerpo lo suficiente hasta que saliera al día siguiente y, una vez terminado, en lugar de entrar por la puerta principal, lo hice por la entrada del personal. A esa hora debían entrar todos los trabajadores de los espectáculos nocturnos.

Durante el trayecto, me crucé con varios Elvis. Al principio me llamaban la atención, después de una semana, era raro el momento en el que no me tropezaba con alguno. Ya se había convertido en algo bastante habitual. También me encontré con varios camareros y camareras, con personal de la limpieza que entraban en su turno; teníamos un millar de trabajadores que controlar.

Poco a poco y gracias a que era un muy buen fisonomista, me iba quedando con la cara de los trabajadores; los habituales, los eventuales, los que venían solo un sábado por la noche para un espectáculo en concreto. En los ratos libres, me iba estudiando las fichas completas de todos. Si quería hacer bien mi trabajo debía ser lo más meticuloso posible. Y estaba encantado.

Cuando llegué a mi despacho, sincronisé el ordenador a mi Tablet para continuar trabajando en ella en los documentos del reconocimiento facial y me marché a la sala de descanso. Allí estaban los chicos tomando café para sobrevivir a la noche que nos quedaba por delante. Aún eran las dos de la mañana y aquí la noche parecía que nunca terminaba.

—¿Qué tal la noche, chicos? ¿Alguna novedad? —pregunté para entablar conversación con ellos.

—Nada, de momento. Los altercados rutinarios de los jugadores que no saben perder. Algún que otro cliente pasado de copas. Nada reseñable hasta ahora —contestó Harris.

—Y que siga así. Tampoco queremos pasarnos una guardia movida.

Mejor un poco de tranquilidad y poder echar alguna cabezada. ¿Sabéis cómo lo vais a organizar?

—Sí. Jack está ahora mismo descansando. Dentro de unos minutos terminará su turno y comenzará el de Tom. Dentro de dos horas te tocará a ti —explicó Harris.

—Sobre las cuatro y media, entonces. Me pondré la alarma en el móvil.

—¿Habéis visto a la chica nueva del espectáculo musical? —preguntó Oliver, con una sonrisa en la cara y moviendo las cejas.

Parecía un adolescente con las hormonas en plena ebullición. Aunque yo no era quien para pensar un comentario como ese, teniendo en cuenta que había sufrido una erección de campeonato ese mismo día tan solo viendo a una chica y recordando cómo me la follaba el día anterior. Carraspeé para alejar esos pensamientos y poder continuar con el trabajo sin ningún tipo de incidente al sur de mis pantalones.

—Chicos, me voy a currar. Harris, hazte un hueco el lunes por la mañana. Necesito, al menos, un par de horas para comentarte todo lo que llevo hasta ahora.

—Sin problemas. ¿Te viene bien a las diez?

—Perfecto. Le mandaré un correo a la directora para reservar cita con ella esa misma tarde, sobre las seis. Imagino que a esa hora tendré bastante avanzado el curro y podré llevarle algo.

El resto del turno pasó sin más incidentes. Cuando regresé a casa, estaba agotado, pero también tenía los músculos entumecidos. Muchas horas delante de la pantalla del ordenador. Así que, sin pensarlo mucho, me tiré de cabeza a la piscina, agradeciendo el frescor del agua en mi cuerpo. Desde el jardín no me veía nadie, por lo que siempre me bañaba en pelotas.

Después de una hora nadando, me tiré en una de las tumbonas a dejar que el sol calentara mi cuerpo. Me vino a la cabeza la imagen de la chica en la sala de descanso e inmediatamente mi cuerpo reaccionó ante la imagen. Miré hacia abajo.

—No es el momento, amiga mía.

Joder, me iba a volver loco. Ya incluso le hablaba a mi polla. Me levanté de la hamaca casi con mal humor y me fui derecho a la ducha a solucionar el problema que tenía entre manos. Después, más relajado, me tiré en la cama, con la mente en blanco y caí rendido en un profundo sueño.

La mañana del lunes pasó de largo casi sin darme cuenta y repleta de últimos detalles que concretar para la reunión con la directora. En realidad, estaba acojonado. Me la imaginaba como una mujer pija, pero también alguien inaccesible y con mal humor. Con aires de grandeza por ostentar el cargo que ocupaba. A pesar de que me había enfrentado a muchos directivos a lo largo de mi carrera, muchos pijos y niños de papá, esa reunión en concreto me tenía un poco nervioso.

Llegada la hora, me personé en su despacho con el dossier de la información en la que había estado trabajando desde mi incorporación. Me alisé la camisa y los tejanos, en un intento de parecer más formal de lo que iba. En realidad, mi aspecto nunca me había importado una mierda, y al personal que trabajábamos en la seguridad informática no nos exigían un protocolo de vestuario.

El sábado le había mandado un correo, convocándola para una reunión el lunes a las seis. Había hablado con su secretaria y sabía que no tenía ninguna cita concertada a esa hora.

—Espere un momento, señor Díaz, le anunciaré a la señorita Williams que ha llegado. Siéntese, por favor.

Me acomodé en uno de los butacones que tenía a un lado de la mesa de Kimani, que así se llamaba la secretaria, mientras esperaba a que la pija me atendiera. Después de varios intentos fallidos de hablar con ella por teléfono, la secretaria se presentó y fue cuando me dio su correo electrónico. Al largo correo que le mandé para concertar la cita, la señorita Williams solo respondió con un escueto «ok», el domingo por la tarde.

Me concentré en mirar la luminosa estancia. Aunque mis ojos se fueran irremediablemente a la larga y rizada cabellera de Kimani, una mujer afroamericana, vestida de múltiples colores que, aunque no parecían casar entre ellos, en ella formaban un conjunto que no desentonaba. Las manos repletas de pulseras también de mil colores y collares a juego completaban el conjunto. Tarareaba una canción, mientras escribía frenéticamente en el ordenador y atendía al teléfono.

El tiempo que estuve allí, comprendí por qué las butacas eran tan cómodas. Te podía llevar media vida ser atendido.

—Disculpa, Kimani, ¿le falta mucho a la señorita Williams? Me temo que no tengo toda la tarde para estar esperando —le pregunté a la pobre mujer,

con un tono de voz más brusco de lo que en un principio quería. Miró el teléfono.

—Mucho me temo que está con una llamada. Lleva un rato. En cuanto termine, le atenderá con mucho gusto, señor Díaz.

—Julio, llámeme Julio. No soporto que me llamen señor Díaz.

—De acuerdo, Julio. No se preocupe. Le ha entrado esta llamada pocos minutos antes de que llegara. No se demorará mucho. —Kimani tenía un tono de voz dulce, meloso. Parecía una mujer muy tranquila—. ¿Desea tomar algo mientras espera?

—No, gracias, estoy bien.

Ella continuó con sus quehaceres, con unos auriculares puestos y tarareando alguna canción que no conocía, mientras yo me dedicaba a observar las fotografías colgadas en la pared. Eran espectaculares. Fotos de diferentes tamaños del Gran Cañón, tomadas desde distintas perspectivas.

—Ya puede pasar, Julio.

La voz de Kimani me sobresaltó. Estaba absorto, contemplando esas auténticas obras de arte. Carraspeé, cogí el dossier que había dejado en el butacón y, antes de entrar, llamé a la puerta con los nudillos. La sensual voz que provenía del interior contrastaba con la imagen que me había hecho de ella. Con cuidado, y acojonado, abrí la puerta suavemente. No quería causar mala impresión. Intenté recomponerme el pelo en un vano intento de peinarme, pero era un desastre indomable y siempre parecía que estaba despeinado. Limpié las gafas como pude y me las puse.

Al entrar, me recibió una enorme, pero lo que se dice enorme, estancia. Nunca había visto un despacho tan grande. Al fondo, una pared de cristaleras te permitía ver el fondo del desierto. El despacho estaba situado en la primera planta, pero por la situación, no tenías ningún edificio que te tapara la estampa. Simplemente, era brutal. Decorado con muebles modernos y con un estilo bastante minimalista, apenas tenía objetos personales. Los muebles en colores claros y las paredes blancas, realizaban la luminosidad del despacho, haciéndolo más amplio. Aquí daba gusto trabajar, y no en el sótano en el que estábamos nosotros instalados.

No reparé en nadie dentro del despacho. La mesa colocada frente al ventanal estaba vacía. Miré a los lados y vi dos puertas; una de ellas, entreabierta.

Me quedé esperando a que la pija dijese algo, plantado en mitad del

despacho, sin saber muy bien qué hacer. Los minutos parecían horas.

—Pase, señor Díaz, por favor. Siéntese, enseguida salgo. —Escuché la voz que provenía de la puerta entreabierta. Y juro por todo que era la voz más sensual que había escuchado en mi vida. Sensual e hipnótica.

Carraspeé de nuevo para salir del estado de ensoñación en el que me encontraba para poder centrarme en lo que era importante. Me senté en la silla que había en su despacho, sin decir nada y esperé a que saliese. No estaba preparado para encontrarme a la mujer que, pocos minutos después, se presentó ante mí, extendiendo su mano para un saludo de lo más formal.

Cuando elevé mi mirada, no pude evitar recorrer la parte del cuerpo que se mostraba y que no cubría la maldita mesa. Una cintura perfecta con curvas de infarto embutido en un estrecho vestido verde, que le quedaba a la perfección, coronado por un escote que realzaba las dos bellezas que imaginaba que escondía. Y mi imaginación estaba que se salía. Un largo, delgado y delicado cuello que parecía suave, culminaba en un rostro perfecto, con unos labios carnosos pintados de rojo, que incitaban al pecado, y unos grandes y expresivos ojos azules como el mar, enmarcados por largas pestañas. Su larga cabellera rubia, perfecta y lisa, con un flequillo a un lado de la cara, la hacía parecer más joven y dulcificaba sus rasgos. Era la mujer más bonita que había visto en mi vida y su voz la más sensual. En definitiva, esperaba no tener demasiadas reuniones con ella o iba a tener un problema muy gordo.

—Vayamos mejor a la mesa de reuniones, creo que estaremos más cómodos, señor Díaz.

La señorita Williams seguía con la mano en alto, esperando a que se la estrechara. Con prisas subí la mía y se la tendí, no sin antes limpiármela en la pernera del vaquero, ya que me sudaban un poco, fruto del nerviosismo y de la visión que tenía ante mis narices. En el instante que nuestras manos se rozaron, un estremecimiento me recorrió el cuerpo entero, desde la columna vertebral al cerebro.

Tenía la convicción de que en ese momento parecía un tonto. Debía aparentar seguridad, ya que ella era mi jefa, por muy estirada que fuera. Respiré y me recompuse. La seguí hasta la mesa de reuniones, no sin antes fijarme en sus maravillosas y larguísimas piernas y en... ¡Joder con el culo de la señorita Williams! Debía centrarme en la reunión y no en su belleza. Se sentó a la mesa, negándome el espectáculo al que estaba teniendo el honor de

asistir en privado.

—Llámeme Julio, por favor. Detesto que me llamen «señor».

—Lo siento, señor Díaz, pero debemos tratarnos con cierto formalismo y tomar distancia. No me parece correcto que nos tuteemos. Ahora, si es tan amable, prosigamos con la reunión, que para eso se nos paga —respondió, mientras cogía el dossier que había preparado y lo ojeaba.

Me había dado un palo en toda regla, aunque en ningún momento quitó la sonrisa de sus labios. Me quedé absorto contemplándolos, hasta que me di cuenta y volví a la realidad. Comencé a cabrearme por su respuesta, pero opté por callar y seguir con los formalismos, aunque no me gustasen ni una pizca. No me entusiasmaba que me llamasen «señor Díaz» porque me recordaba al cabrón de mi padre; aquel que había dejado tirada a mi madre con un niño de dos años y se desentendió de él. Debería haberme cambiado el apellido por el de mi madre. Pero por un motivo u otro, no lo hice. Me empecé a impacientar.

—Como verá en el dossier, señorita Williams —contesté, remarcando el puto «señorita»—, le he detallado de la manera más minuciosa posible todo el presupuesto que supone la implementación...

—Sé leer. No se preocupe por ello. Lo estudiaré en cuanto pueda —me cortó sin siquiera dejarme terminar la frase.

—Creo que es algo importante para el hotel. Debería tomarlo como un asunto prioritario —traté de convencerla, pero sin resultado alguno.

La señorita Williams se levantó, dejando a la altura de mis ojos su fabuloso escote, provocando que me pusiese duro de nuevo. ¡Joder! No era el momento más apropiado para ello.

—Soy la directora del complejo y, como tal, la que responde ante una junta de accionistas y su presidente, por lo tanto, la que sabe en todo momento qué es prioritario o no. ¿Acaso me está diciendo cómo debo realizar mi trabajo, señor Díaz? ¿Piensa que no estoy al tanto de lo que ocurre en mi hotel? Lo sé todo, señor Díaz. ¿Piensa usted que no estoy al tanto de los motes que tengo? Por supuesto que los sé. Todos. ¿Y sabe qué le digo? Que me importa una mierda lo que piensen de mí. Estoy aquí para hacer mi trabajo lo mejor posible —me respondió, alzando un dedo, con su perfecta uña en color rojo, a juego con sus carnosos labios.

—Por supuesto que no, señorita Williams. Disculpe, no era mi intención decirle qué debe hacer, tan solo hacerle entender la importancia del proyecto —respondí del mejor modo que pude, aunque el nivel de mi cabreo

estuviese subiendo por momentos. No me podía creer que, después de varios días esperando para poder tener esta reunión con ella, la princesa solo me dijese que lo estudiaría. Si no se tomaba la seguridad tan en serio como hacía creer, mi trabajo aquí sería absurdo, ya que este asunto estaba en la lista de prioridades. Respiré para intentar tranquilizarme y no soltarle algo inapropiado que terminase con mi culo en un avión de vuelta a España, sin trabajo y con el rabo entre las piernas.

—Soy consciente de su importancia, al igual que los otros tantos asuntos que tengo entre manos. Ahora, si me disculpa, debo continuar con mi trabajo. Lo estudiaré lo antes posible.

Se levantó de la silla, invitándome a salir de su despacho. Eso sí, en ningún momento quitó esa jodida sonrisa de sus apetecibles labios. Esa que, junto a su escote y mi imaginación, provocó que estuviera duro como una piedra durante la mayor parte de la reunión. ¿Cómo era posible que, tras una reunión como esa, con bronca incluida, en la que no habíamos llegado a ningún acuerdo, estuviese excitado como un puto adolescente? Incomprensible.

Capítulo tres



Cuando salí del despacho de la señorita princesa, llevaba un cabreo monumental, un dolor de huevos descomunal y una erección de campeonato. Me fui a mi despacho ladrándoles a todos los que me encontraba por el camino. Recogí la chupa y el casco de la moto y me marché dando otro portazo igual de sonoro al que había dado ella, tras mi salida de su despacho.

Estaba frustrado, enfadado conmigo mismo. No sabía por qué cojones había actuado así. Nunca, jamás me había comportado de esa forma. Y tampoco tenía muy claro qué le pasaba a mi *amiga* desde que había aterrizado en Las Vegas. No sabía si eran las emociones por las que estaba pasando, la adrenalina recorriendo mis venas, la excitación por un trabajo nuevo y que me apasionaba... La cuestión era que me había puesto en un aprieto en el momento más inoportuno. Cuando en España hablaba de excitación, no me refería a esta.

Cuando me monté en la moto apreté el acelerador como si no hubiese un mañana. Quería pagar con ella la frustración y el enfado. Corrí más de lo permitido y, antes de darme cuenta, había llegado a mi casa.

Con enfado, me fui despojando de toda la ropa, dejando un reguero hasta llegar a la piscina y tirarme en ella de cabeza. El frescor del agua provocó que me bajara el *problema*. Una hora o dos nadando me vendría bien en todos los sentidos. Intenté por todos los medios dejar la mente en blanco, concentrarme en las brazadas y dejar de pensar en la señorita princesa, pero, irremediablemente, su imagen me venía una y otra vez a la cabeza. Continué nadando hasta que noté dolor en todos y cada uno de mis músculos. Salí, me duché y miré la hora.

Llamé a Rebeca sin importarme el cambio horario. Edward me lo echaría en cara, pero necesitaba hablar con urgencia de todo eso, que ella me tranquilizase. Al cuarto tono, la voz soñolienta de Rebeca provocó una sonrisa en mis labios.

—Estoy jodido, Rebeca Wilson.

—Estás en la ciudad del pecado. Vete a un bar de esos y tírate a una tía, Julio Díaz. Y déjame dormir, que son las cuatro de la mañana y dentro de dos horas debo levantarme para llevar a la niña al cole.

—Eso ya lo he hecho.

—Espera un momento. *No, Edward, un momento. Vuelve a dormir. Es Julio que me necesita... Ya sé que tú también... pero más tarde...* —Oigo su voz de fondo—. Ya. Estaba saliendo de la habitación para no despertar a Edward.

—Me parece que ya se había despertado.

—Sí. —Ambos nos reímos—. ¿Qué te ocurre? ¿No es el trabajo que esperabas?

—El trabajo es fantástico, Rebeca, de veras.

—¿No es el reto al que te esperabas enfrentar? Espera un momento, estoy espesa. ¿Cómo que eso ya lo has hecho? Desembucha.

—¿A qué te refieres? —Sabía muy bien a qué se refería, pero me apetecía jugar un poco con ella. Alargar la conversación.

—Cuando te dije que te tirarás a alguna chica...

—Sé a qué te referías. Te conozco. Pasó el viernes. Fui con los chicos a tomar unas copas a un bar de *striptease*. No sé qué me pasó, pero nada más ver a la chica, tuve una erección de campeonato.

—Eso es la falta de sexo, Julio. Estoy harta de decirte que tienes que echar un buen polvo —me cortó Rebeca. La *jodía* no me dejaba hablar.

—Eres más cotorra que la abuela Mara. ¿Me quieres dejar hablar? La cuestión es que me fui al cuarto de baño para echarme agua y me encontré a la chica allí. Casi se abalanzó sobre mí.

—Menos lobos, Caperucita.

—Por favor, Rebeca, me quieres dejar hablar —contesté, ya exasperado.

—Claro, claro, disculpa. Sigue.

—¿Aún sigues en modo sargento?

—Comandante, Julio, comandante. Que no se te olvide. Y sí, sigo en modo comandante. Si no, pregúntale a Edward cuánto le gusta verme así.

—No quiero ni pensarlo. ¿Por favor, nos podemos centrar? Continúo. Como te iba diciendo, la chica se me echó encima y follamos en el cuarto de baño. Fue un polvazo. El problema es que cuando llegué a casa, parecía que

no había tenido suficiente. Y la asta de la bandera seguía erguida. Pero ahí no queda todo. A partir de ese momento, todo ha ido de mal en peor. Porque el lunes siguiente, me la encontré en la sala de descanso del personal y volvió a sucederme.

—¿Te la volviste a follar? —me interrumpió

—Nooo. Pero, con tan solo verla, tuve otra erección.

—Demasiado tiempo sin echar un buen polvo, Julio. Te lo he dicho muchas veces.

—Te recuerdo que me la tiré el viernes, no es demasiado tiempo, esa excusa no sirve. Además, eso no es lo peor —contesté casi enfadado.

—¿No? Cuenta.

—Tenía concertada una reunión con mi jefa. Todos la llaman «la pija». Es la amiga de Eli. La que me ha contratado a través de Taylor...

—Es muy buena persona —me cortó.

—Una arpía. Eso es lo que es.

—¿Una arpía? Julio, conozco a todas las amigas de Eli y son un encanto.

—Será un encanto con los demás. Le pedí que me llamara por mi nombre. Sabes que detesto el «señor». Pues bien, se puso hecha una furia, y lo que es peor... —me quedé callado porque no sabía cómo explicarle lo que me había pasado sin parecer un puto pervertido.

—Te puso cachondo —terminó la frase. La verdad es que Rebeca, a veces, me da miedo por lo bien que me conoce.

—Nena, qué bruta eres.

—Ya sabes, bruta, malhablada y divertida, pero con un gran corazón.

—En eso te doy la razón. Pero el problema lo sigo teniendo.

—No me llamarás para que te solucione el problema, ¿verdad? —contestó, dando grandes carcajadas. La arpía se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—Por favor, Rebeca, ¡céntrate! —la regañé exasperado. Necesitaba consejo con urgencia y no hacía más que darme largas, contestarme con bromas y cachondearse de mí. ¡A quién iba a salir su hija!

—Hijo, de verdad. A la que han despertado a las cuatro de la mañana hablándole de un problema de erección es a mí, no a ti. Apenas he dormido un par de horas. No me pidas que me centre cuando tengo a mi marido esperándome en la cama para solucionar también su problema. Un poquito de

imaginación y tu mano hará maravillas.

—Perdón, perdón. Disculpa. Pero creo que el riego sanguíneo no me sube de la entrepierna.

—A mi parecer, tienes dos opciones. La primera, ya sabes, solucionar te tú mismo el problema. La segunda, ve de nuevo a ese local y echa otro polvo, o dos o tres, hasta que estés tan agotado que no se te levante en una temporada. Pero... me parece a mí que tu problema va a venir por otro lado.

—¿Por cuál? —pregunté interesado. Parecía que me iba a revelar la fórmula secreta de la Coca-Cola. Pero solo escuché risas.

—Hasta mañana, Julio Díaz. Que descanses. Manténme informada y no tardes en llamar a Mara o se va a Las Vegas a cortarte los huevos ella misma con su tijera de princesas.

Dicho eso, colgó, dejándome más abrumado de lo que estaba cuando la llamé, pero con una sonrisa en la boca. Ese era el efecto de Rebeca Wilson.

Me fui a la ducha e hice un vano intento de solucionarlo. Pero, lo dicho, era como el descafeinado. Debía olvidarme de mí y centrarme en el trabajo.

La reunión no había salido como esperaba, pero lo pensé fríamente y le mandé un correo muy formal para que tomase esto como un asunto prioritario sin que pareciese que me estaba inmiscuando en su forma de trabajar, recalcando por qué debería darle la importancia que tenía. Lo redacté en varias ocasiones, descartando muchos y volviendo a releer hasta que quedó perfecto. Lo último que deseaba era perder mi puesto de trabajo. Con todas estas elucubraciones en la cabeza, me fui a la cama y después de un par de horas dando vueltas, pensando en todos los problemas del trabajo, caí rendido en un profundo sueño.

El martes por la mañana me desperté con energías renovadas. Había descansado bien. Me sentía eufórico y así llegué a mi puesto de trabajo, rezando a todos los santos para no tener la carta de despido encima de mi mesa. Al llegar, no tenía la carta, pero sí un correo de doña princesa donde concertaba una nueva reunión para el viernes por la tarde para tratar temas profesionales.

La muy arpía, en un correo de cuatro líneas, utilizó el «señor Díaz» hasta en cinco ocasiones. Respiré hondo para no alterarme y que la adrenalina no hiciese de las suyas, pero cuando me quise dar cuenta estaba relejendo su

correo con una sonrisa. Incomprensible. Estaba desconcertado y no sabía cómo afrontar todo ese embrollo.

Me fui a la sala de descanso a por otro café y me lo llevé a mi despacho. Tenía todavía mucho trabajo acumulado y las horas pasaban enseguida. Harris apareció por allí, tan risueño como siempre.

—Hemos detectado a un hombre que es la tercera vez que acude al casino. Pierde y gana pequeñas cantidades, siempre la misma suma. Doscientos dólares. Al póker. Le he dicho al crupier que lo vigile. Siempre se sienta en la misma mesa. He mandado a Jack a dar una vuelta por la sala y a los chicos que enfoquen esa cámara en particular y que estén pendientes.

—De acuerdo. Voy a activar el sistema que instalé el otro día de detección de movimientos sospechosos y pondré en el ordenador esa cámara para saber si sigue algún patrón.

—Hemos mirado y no lleva ningún tipo de disfraz. Nada que lo identifique. Ni tatuajes, ni sombreros que tapen su cara, ni bigotes ni barbas; va a cara descubierta... Quizá no sea nada, pero no está de más investigar un poco.

—No te preocupes. ¿Se ha acercado alguien a él? ¿Lo habéis visto tomando alguna copa, hablando con alguna chica...? No sé, algo.

—De momento, nada. Solo llega con su dinero, doscientos dólares; primero, los pierde, después, cuando gana la misma cantidad, se marcha. Sin hablar con nadie. Ni tan siquiera pide una copa. Es la primera vez que nos llama la atención. El primer día fue hace dos martes. El martes pasado también hizo lo mismo, aunque podría ser casualidad. Pero ¿ya un tercer martes?

—Las casualidades no existen, Harris. Y aquí no viene la gente por el simple hecho de jugar y divertirse. Vienen a ganar dinero, y por esa codicia, lo pierden. A veces, incluso grandes sumas. En otras ocasiones, como bien sabes, llegan a la ruina.

—Y esas son nuestras ganancias —me replicó.

—Exacto. La banca gana, el hotel gana, todos ganamos. No te preocupes, lo investigaré. Estaré atento. Dile a Oliver que se pasee por la sala. A Jack, que vuelva. Necesito que investigue si existe alguna relación personal o de cualquier índole entre él y algún empleado.

—De acuerdo.

Dicho eso, se marchó. Activé el *software* de movimientos sospechosos y me enfrasqué en dar una vuelta por el casino a través de las cámaras. En un

momento dado, la señorita Williams se cruzó por una de ellas. Iba andando despacio, moviendo sus caderas con sus zapatos de altos tacones y su larga cabellera rubia tapando una espalda que el vestido dejaba al descubierto. Iba hablando con varios clientes ataviados con esmoquin y señoras colgadas al brazo con elegantes vestidos de fiesta. Su sonrisa parecía forzada y su rictus más tenso de lo normal. Cuando quise darme cuenta, le estaba dando al zoom de la cámara para acercarme y fijarme en sus hermosas facciones.

Me llevé así un largo rato, hasta que recordé que debía estar vigilando al tipo de las cartas y no a la señorita princesa. Podrían habernos desbancado y yo sin enterarme. Durante el tiempo que el tipo estuvo jugando, todos los protocolos de seguridad, tanto en la sala como en informática, se activaron. Y tal y como entró, se marchó sin pérdidas ni ganancias. Con los mismos doscientos dólares con los que entró. Volví a revisar las grabaciones para ver si encontraba algo. Le di veinte mil vueltas. Pero nada. No había nada que hiciese sospechar. Y eso era lo más raro de todo el asunto.

Cuando me quise dar cuenta, había llegado la hora de marcharme a casa. Con la cabeza en el casino, recogí todo y, cuando salí por la puerta de empleados, a lo lejos, en el aparcamiento, pude ver a la señorita Williams.

Como si la hubiese invocado, como buena bruja que era, se giró en mi dirección y, durante unos segundos, que me parecieron eternos, nuestras miradas se cruzaron, manteniéndose fijas el uno en la del otro. Pude ver el azul de sus espectaculares ojos y supe, en ese instante, que entre nosotros todo iba a ser difícil, y aunque hubiese aceptado mis disculpas, en realidad, no me había perdonado por pensar que me inmiscuía en su trabajo.

Vi en su interior lo que nunca he podido ver en otra persona. Sinceridad y enfado. Supe que era una mujer de armas tomar, una luchadora, sincera con sus sentimientos. Y lo que más me dolió fue el enfado que le provocaba verme.

Sin más, se dio la vuelta, se metió en su coche y se marchó. Me quedé absorto, mirando la parte trasera de su vehículo, del que no recordaba ni la marca, con la firme convicción de que tenía que hacer todo lo necesario por verla sonreír con sinceridad. No sé cómo y ni de dónde salió ese pensamiento.

Abrumado, me monté en mi moto, me puse el casco y conduje como un loco hasta casa para hacer lo que ya se había convertido en mi rutina diaria. Y me encantaba. Bañarme desnudo en la piscina. Era una sensación de libertad absoluta.

Al día siguiente, cuando llegué a mi despacho por la mañana y encendí el ordenador, encontré un correo electrónico suyo. Con rapidez lo abrí.

De: christinewilliams@bellalux.com

Para: juliodiaz@bellalux.com

Asunto: Reunión.

Señor Díaz,

Siento comunicarle que la reunión concertada para el viernes debe ser adelantada a esta tarde a las 18 h, por motivos ajenos a mi voluntad. Si por una casualidad, señor Díaz, no pudiese a esa hora, hágamelo saber. Le espero esta tarde, señor Díaz.

Atentamente,

Christine Williams

¡Mierda! Esa tarde podía. No tenía ninguna reunión concertada. Pero, claro, aún no estaba preparado para enfrentarme a ella. Había estado convenciéndome de que hasta el viernes no volvería a verla, pero ese cambio de planes no me gustó. ¿Qué le habría pasado para no poder el viernes? ¿Tendría alguna cita personal? Releí el correo y, a pesar de enfadarme por el uso del «señor» en varias ocasiones, más de las necesarias, sonreí como un bobo.

Con todas esas elucubraciones en la cabeza, le contesté al correo como ella lo hizo la vez anterior, con un escueto «ok». Pasé el resto del día preparando la reunión a conciencia. No deseaba que se repitiera todo el episodio anterior. Me concentré en los datos, en los informes que le llevaba, incluí en el informe el tema del hombre de los doscientos dólares, intentando ser lo más minucioso posible, y hacerle saber que era un profesional en mi labor. Estaba orgulloso de mi currículum, de toda mi carrera, sobre todo, de la labor que estaba realizando para el hotel. Me estaba esforzando y mi trabajo era impecable. De eso no tenía dudas y era lo que debía ver en mí la pija, un empleado de primera.

La hora del almuerzo pasó en un suspiro y, cuando me di cuenta, era el momento de la reunión. Cada vez más nervioso, llegué a la puerta del

despacho. Como siempre, Kimani estaba trabajando y no advirtió mi presencia. Al rato de estar allí parado, carraspeé para llamar su atención. La pobre chica se llevó un susto de muerte.

—Buenas tardes, Kimani, no pretendía asustarte.

—No te preocupes, Julio. Estaba tan distraída que no me he dado cuenta. Siempre me pasa igual. Soy un desastre, como me ponga a currar no me entero de nada.

—También es posible que los auriculares que llevas puestos te impidan escuchar si viene alguien, ¿no crees? —le pregunté con una sonrisa en la cara. Kimani me caía bien, era una mujer que parecía feliz y transmitía esa sensación a las personas de su alrededor.

En ese momento, se abrió la puerta. La señorita princesa, con un gesto de preocupación, apareció tras ella. Cruzamos nuestras miradas y, sin hablar, con su cabeza, me indicó que entrase. Como un corderito degollado, la seguí hacia su despacho, sin desaprovechar la ocasión de admirar su larga melena y las perfectas nalgas que se le marcaban al caminar.

Me obligué a apartar la vista. No necesitaba volver a tener el mismo problema del último día. Tenía que centrarme en lo que era importante, en la reunión con mi jefa. No debía desviarme de mi objetivo; ser profesional y realizar mi trabajo de la manera más impecable posible. Conseguir que me escuchase y le diese prioridad al asunto. No quería regresar a Málaga y tener que volver a mi último puesto. Al igual que la vez anterior, nos sentamos en la mesa de reuniones.

—Espero que esté preparado, señor Díaz. Su correo electrónico me ha dejado con la intriga suficiente para darle prioridad al asunto. Espero que merezca la pena.

Me revolví incómodo en la silla al escuchar de nuevo el apelativo, respiré profundamente y no me dejé amedrentar por su tono de voz, prepotente y amenazante a partes iguales.

—Por supuesto, señorita Williams. Estoy totalmente preparado para esta reunión.

—Me alegra saberlo, señor Díaz. En primer lugar, quería darle la bienvenida a la familia del Complejo Hotelero Bellalux. Cualquier cosa que necesite para aumentar la seguridad del hotel, puede contar con ello. Me tomo muy en serio ese departamento. Para la dirección es de suma importancia la seguridad en todos los sentidos, tanto en el casino como en el resto del hotel.

Le queremos dar a nuestros clientes la tranquilidad absoluta de alojarse en nuestras instalaciones. Ahí, precisamente, debemos ser pioneros respecto al resto de nuestros competidores. Además de ofrecerles la más amplia oferta en diversión, hospitalidad y calidad. Pero me intriga saber cómo un *software* de reconocimiento facial aumentará la seguridad para nuestro complejo. Los costes son cuantiosos, y debemos pensar también en ello.

Se levantó de la mesa, y dando pequeños saltitos para ir más deprisa con sus tacones y su estrecha falda de lápiz, que hacían que sus nalgas se moviesen de una manera de lo más provocativa, se acercó a su mesa. Con una llave que llevaba en un largo collar, abrió un cajón y cogió una carpeta azul de plástico con unos documentos en su interior. Con la misma premura, volvió a sentarse en la mesa.

—He estado reuniendo información. Tenemos varios robos en los pasillos de las habitaciones, pequeños hurtos que pasan desapercibidos. También en el último año, se han registrado varias desapariciones de algunos objetos de cierto valor en las *suites*. Aunque son pequeñas cantidades en cada ocasión, me preocupa el valor total de lo sustraído. La cifra asciende... — Ojeó un cuaderno que había sacado de la misma carpeta con apuntes realizados a mano—. La cifra asciende a... Aquí, mire... cuatro millones de dólares en total.

Pegué un silbido porque, sin duda, era una cifra nada deleznable. Me dio la sensación de que sabían lo que se hacían. Si cometían pequeños robos, de poco valor, el seguro de hotel se hacía cargo, sin necesidad de meter a la policía en todo el asunto. Así el buen nombre de la cadena no quedaba en entredicho y tampoco la prensa se haría eco del tema.

—Y eso que contamos con cámaras de seguridad en los pasillos del hotel. Cuando se realizaron los robos, ¿se revisaron? ¿Arrojaron algo de luz?

—Nada. Al parecer habían tenido una avería. En todas las ocasiones. Lo cual me pareció un poco raro, ¿no cree?

—Y Jack Spencer, ¿qué dijo al respecto? Porque él es el encargado de esos sistemas.

—Al parecer, hemos tenido algunos problemas con el *software* y nos piratean, o algo así. No entiendo muy bien la terminología que utiliza. Me parece que en algunas ocasiones me habla en chino. Esa es la razón por la que lo hemos contratado. Necesitamos reforzar todas esas vulnerabilidades, hacer que nuestros clientes se sientan seguros en nuestras instalaciones. Me parece

que hay demasiadas cámaras en el casino, necesarias, sí, pero demasiadas, y me da la impresión de que algo falla porque se cuelan en nuestros sistemas cuando les viene bien. Siempre ocurre cuando hay algún incidente. No me parece ninguna casualidad.

—Ni a mí. Creo que lo tienen todo bastante bien estudiado.

—Y por ello es por lo que está usted aquí, señor Díaz —contestó, de nuevo con el dichoso «señor» que me ponía de los nervios. Estaba seguro de que encontraría cualquier manera absurda de hacerme perder los papeles. Creía que lo llevaba en los genes, la muy arpía.

Durante una hora y media más, la reunión se desarrolló hablando de *software*, del sistema de reconocimiento facial, de las prioridades a la hora de reforzar las posibles vulnerabilidades del sistema, para terminar en una agradable charla sobre delitos cibernéticos. En alguna ocasión, incluso nos permitimos reír.

Cuando terminó la reunión, salí del despacho con una sonrisa en los labios. La señorita princesa no era tan de hielo como parecía en un principio. Era una mujer fuerte, que debía abrirse camino en un mundo de hombres.

Estaba claro que se había puesto una máscara y yo quería ser el hombre que descubriese lo que había debajo de ella. Era muy diferente a Rebeca. Mi amiga se abrió paso a base de hacerse respetar con sus chicos, con su esfuerzo. No quería decir, que la princesa de hielo no, pero su actitud era muy diferente. También en los mundos en los que se movían eran distintos. En este mundo que se mueve por tanto dinero, debes andar con mucho cuidado si no deseas ser un boquerón en un mar lleno de tiburones. Así es como me imaginé que debía sentirse ella. Suspiré y volví a mi despacho a seguir trabajando un poco.

A las ocho de la noche, decidí que ya era hora de marcharme a casa. Era más tarde de lo habitual y paseé por primera vez, desde que había llegado a Las Vegas, por la calle Strip. Me adentré en el Fashion Show Mall, un gran centro comercial donde me habían comentado, que en la planta superior, podía encontrar algunos restaurantes de comida rápida.

Paseé por las tiendas y me compré varias prendas de ropa, ya que apenas me había traído nada de Málaga, además de entrar en un supermercado y hacerme con algunas provisiones. Debía llenar la nevera, que últimamente andaba bien escasa. Con las manos repletas de bolsas, seguí paseando, mirándolo todo. No es que nunca hubiese estado en un centro comercial, por

supuesto que sí, pero aquí en Las Vegas todo era a lo grande. Por algo la llamaban la ciudad del exceso.

Cuando estuve lo suficiente exhausto y hambriento, subí a la planta de los restaurantes. Podía elegir qué deseaba comer en ese instante. La oferta gastronómica era impresionante, desde los típicos restaurantes de comida rápida hasta uno pequeño de comida a la barbacoa. Me decidí por ese. No estaba demasiado saturado. Quise buscar una mesa al lado de la ventana. Al entrar, el olor a carne asada a la parrilla inundó mis fosas nasales y comencé a salivar. Las mesas eran pequeñas, de madera, con dos sillas recubiertas por una tela de color granate. Miré alrededor decidiendo dónde sentarme, cuando una cabellera rubia llamó mi atención. Estaba de espalda, pero, sin duda, la reconocería en cualquier lugar. En un escampado repleto con centenares de cabelleras rubias.

Se encontraba sola en la mesa, con una cerveza. Deduje que estaría esperando a que le sirviesen la cena. Sin pensar en ello dos veces, me dirigí a su mesa y me senté frente a ella, sin meditar que quizá tenía una cita o estaba esperando a alguien para alguna reunión.

—Señorita Williams, encantado de verla de nuevo.

—Señor Díaz —me contestó con un tono un poco seco.

—Ha sido una agradable sorpresa encontrarla. ¿Le importa que me sienta con usted, o está esperando a alguien?

—No, por favor, señor Díaz, siéntese. En realidad, detesto comer sola. Agradecería su compañía.

Dejé todas las bolsas en el suelo. Levanté la mano, intentando captar la atención del camarero. Al verla con una cerveza, me apeteció tomar una. Lo de la cerveza no me lo esperaba de ella; la imagina con una copa de vino caro. Cuando llegó el camarero, me ofreció la carta, le pedí mi cerveza sin alcohol y comencé a estudiarla. La carta también.

—Y dígame, señorita Williams, ¿cómo una mujer como usted bebe cerveza en lugar de un buen vino? —le pregunté, en parte para saciar mi curiosidad, en parte por molestarla un poco. Solo un poquito. No quería que volviese a pasar lo de la primera reunión que tuvimos.

—Ya ve. En ocasiones, las apariencias engañan, señor Díaz, ¿no cree? Y esta es sin alcohol, ya que debo conducir después.

—Estoy de acuerdo con usted en eso.

—¿Es de los que piensan que por ser mujer debo tomar una copa de

vino en lugar de una buena cerveza?

—Por el contrario, señorita Williams. Tengo algunas amigas en España que no beben vino, sino cerveza. Y le puedo asegurar que son, incluso, más entendidas que yo.

—Se refiere a Rebeca, ¿verdad? La amiga de Eli. La conocí en su boda. Es una mujer excepcional. Eli fue la que me habló de su trabajo.

—Sí. Nos conocemos desde hace un millón de años. Este verano, cuando fueron a España de vacaciones, le comenté a Taylor mi interés por cambiar de trabajo. ¿Ha venido a cenar aquí con anterioridad? —pregunté con curiosidad, no por el local en sí, sino por obtener algún dato más sobre ella.

—Suelo cenar aquí todas las noches. La comida que sirven es fantástica. Y después de pasarme todo el día encerrada en el complejo, me apetece salir a pasear, tomar un poco de aire, aunque sea del desierto, y cenar tranquilamente, alejada de todo lo que al hotel se refiere —contestó de manera suave.

El ambiente se estaba destensando poco a poco, y su tono de voz pasó de ser tosco a tener la misma sensualidad con la que me recibió el primer día. Estaba absorto contemplándola, casi hipnotizado.

—¿Y qué me recomienda de la carta? Porque ya no creo que sea de las que solo comen ensaladas.

Una carcajada emanó de su garganta y me supo como si fuese el manjar más exquisito. Había logrado hacerla reír. Y no me conformaba solo con eso. Quería más y no tenía ni la más pajolera idea de por qué.

—Le recomiendo las costillas a la brasa con la salsa barbacoa. Están exquisitas.

—Entonces seguiré su recomendación. ¿Usted ya ha pedido?

—No. En realidad, estaba mirando la carta, aunque sabía que las iba a pedir.

El camarero llegó pocos minutos después para tomarnos nota de la comanda. Además de las costillas, decidimos pedir una ensalada para compartir.

—Al final, sí que va a ser una mujer de ensaladas —le dije, guiñándole un ojo. No quería molestarla, simplemente hacerla sonreír de nuevo. Cosa que hizo, y cómo lo hizo. Lució la sonrisa más bonita que jamás había visto.

—Le contaré un secreto, señor Díaz —dijo en un tono más bajo y

acercándose por encima de la mesa como si fuese a decir algo de vital importancia—. Las ensaladas me las pido solo para acallar mi conciencia y siempre, siempre, de acompañamiento de una buena comida. Después me torturaré con horas en el gimnasio, pero de momento disfruto de los pequeños placeres que la vida pone a mi alcance.

Tragué saliva porque juraba, de verdad que juraba, que no quería parecer un puto pervertido, pero mi *amiga*, desde que llegamos a Las Vegas, iba por libre, la muy capulla, y sus palabras, junto con su sensual tono de voz, me provocaron un problema. Respiré, bebí cerveza, me quedé mudo, me revolví en la silla incómodo por la postura y fui salvado por un amable camarero que nos traía unas succulentas costillas con salsa barbacoa que tenían una pinta espectacular. Cuando logré recomponerme, pude continuar con la conversación.

—¿Y para qué tiene que torturarse en el gimnasio? En mi modesta opinión, no le hace falta.

—¿Eso es un piropo, señor Díaz?

—Una realidad, señorita Williams. Hay que estar ciego para no darse cuenta de lo bueno... de lo bien que se conserva.

—Me conservo bien, ¿para qué? ¿Para mi edad?

—No he querido decir eso. —Joder, la iba a cagar de nuevo y no quería. Debía reconducir la conversación de nuevo.

—Entonces, ¿qué ha querido decir?

¡Mierda! Metía la pata con esta mujer con más frecuencia de lo que mi puesto de trabajo estaba dispuesto a tolerar. Más me valía que me callase la boca o terminaría en la fila del paro. Además de estar desconcertado, por tratarnos de usted y ser el jodido «señor Díaz». Iba a volverme loco de remate.

—Me refería que se nota que se cuida, que practica deporte, que está en buena forma —contesté rápido para que no se hiciese una idea equivocada. Tenía un cuerpo perfecto, con curvas, no demasiado delgada, unas nalgas donde clavar mis dedos mientras me montaba una y otra vez... ¡Céntrate, Julio!

Otra carcajada salió por sus labios. Fuerte, contundente y sincera. Si la primera me supo a gloria, con esta estaba en el cielo. Aunque no sabía muy bien cómo salir del berenjenal en el que me había metido solito. No sabía si, después de esa risa, que tan feliz me había hecho, me iba a provocar una

taquicardia por un nuevo enfado. No hacía más que meter la pata con ella.

—Mis intenciones de ir al gimnasio todos los días, las tengo, pero a lo máximo que llego es a nadar un poco. No creas que soy demasiado deportista. Y por favor, a estas alturas, tutéame, pero solo fuera del ámbito laboral, dentro del hotel vuelvo a ser la señorita Williams.

—De acuerdo, señorita...

—Christine.

—De acuerdo, Christine. Un placer conocerla.

Elevé mi mano por encima de la mesa, con la firme intención de simular un apretón de manos formal, como si nos volviésemos a presentar. Cuando tuve la suya en mi mano, no pude dejar de observar el contraste. La suya era pequeña, suave, delicada, mientras que la mía era mucho más grande, firme, áspera y morena. Al roce de nuestros dedos, reviví el escalofrío de la primera vez que nos saludamos y el corazón comenzó a bombearme frenético. Rápidamente la solté, como si de un cable de alta tensión se tratase. Y en parte era así. O al menos como yo lo sentía.

Me sorprendió que, llegada la hora del postre se pidiese un helado de chocolate con nata, una gran copa, que quiso compartir conmigo. Estaba descubriendo una mujer muy diferente a la pija remilgada, a la mujer de hielo que, por error, había presupuesto que era. Y eso me fascinaba. Charlamos tranquilamente sobre música, cine y libros. Le encantaba leer, me enteré de que tenía un gusto musical bastante variado, desde el *country* al *jazz*, pasando por el *heavy*, el *rock* o el *pop*. En eso nos parecíamos mucho.

—Mis preferidas son las pelis de terror o de asesinatos —me explicó.

—¿Estás planeando alguno y estás documentándote? —Su risa volvió a penetrar en mis oídos—. Te advierto que aquí hay mucho desierto donde enterrar a tus víctimas.

—¡Ay, por favor! —exclamó con una bonita sonrisa en sus labios y un gesto de desdén con la mano—. No vuelvas a caer en estereotipos de los años cincuenta. Eso ocurría en la época de los gánsteres en las pelis. En la vida real, el poli bueno te atrapa antes de que llegues al desierto.

Y me guiñó un ojo. Ese que tan bonito me parecía. Ese azul que se me asemejaba al color del mar de mi tierra. Me recordaba a un verano eterno, un cielo despejado y brillante. Me quedé absorto, contemplándola. No lograba comprender qué me pasaba con ella.

Al cabo de un rato, salimos del restaurante y, dando un paseo, la

acompañé hasta la puerta del hotel.

—Llevo un par de meses aquí, desde que asumí el cargo. Al principio, me alojé en un edificio de apartamentos, a unos veinte minutos en coche, pero era un desastre; la nevera no funcionaba, las cañerías hacían mucho ruido o el agua caliente duraba solo cinco minutos. Así que decidí trasladarme al hotel hasta que encontrara algo mejor.

—Yo me alojo en una casita que he alquilado en Henderson. Es una zona bastante tranquila y los alquileres no están mal de precio.

—Sí. Había pensado en algo así. Pero la verdad es que he tenido poco tiempo.

Al llegar a la puerta del Bellalux, nos despedimos de manera bastante fría. Había sido una velada genial, me lo había pasado muy bien, pero no sabía cómo despedirme de ella. Miré hacia abajo, le dije «adiós» con la mano y, abochornado por mi actitud, me dirigí a mi moto. Quise besarla en la mejilla, acercarme a ella. Quería tantas cosas... Abrazarla fuerte y perderme en sus labios, clavar las yemas de mis dedos en sus caderas, recorrer su piel. Pero no hice nada. En lugar de eso, me di la vuelta y me marché a casa.

Capítulo cuatro



Necesitaba ese recorrido en moto. Aunque apenas fuesen unos veinte minutos, aceleré todo lo que pude para que el aire caliente del desierto acariciase mi rostro y despejase mis pensamientos con la visera del casco abierta. No había sabido actuar frente a ella. Me había comportado como un auténtico adolescente tímido e inseguro.

Así era como me sentía con ella. Con la frustración recorriendo cada centímetro de mi piel, aceleré hasta que mi moto no daba más de sí, en un vano intento de quitármela de la cabeza. Llegué a casa, me despojé de mi ropa como un robot, dejándola desperdigada por el salón, hasta que llegué a la piscina y, de nuevo, volví a tirarme en ella. La frialdad del agua provocaba que me aclarase las ideas. Llamé a mi madre y estuve charlando con ella un rato. Poco tiempo, dada la diferencia horaria, pero me hizo bien el saber que se preocupaba por mí.

Cuando llegué al hotel a la mañana siguiente, me reuní con Jack y con Harris para tener mayor información sobre el tema que me había planteado Christine. Me preocupaba mucho el hecho de que, cada vez que había un robo en una de las *suites*, las cámaras fuesen boicoteadas, pero más raro me pareció que esa información no me llegase. Comencé a revisar cada línea del *software*, intentando comprender dónde estaba el error, hasta que se personaron en el despacho mis dos chicos.

—¿Qué tal, tío? ¿Nos vemos mañana de nuevo? Cena y copa. El completo —preguntó Harris nada más entrar por la puerta.

—Sí, por favor, necesito una copa. O diez, me es indiferente —contestó Jack con una sonrisa en la boca. Harris se carcajeó ante su ocurrencia.

—Centrémonos. —Me puse un tanto serio. El tema era lo suficientemente importante—. Sentaos. Quería pedir os información sobre lo sucedido con las cámaras de seguridad en el momento de los robos en las *suites*. Según tengo entendido, hubo algún problema y no funcionaron como es debido. Me gustaría tener un informe lo más detallado posible para la semana que viene. ¿Habría algún problema?

—No. El único problema es que es algo que pasó incluso antes de que vinierais. Es un trabajo tedioso y no sé si encontraremos toda la información.

—Inténtalo, al menos.

—Haremos todo lo posible, pero no te puedo asegurar nada. Dicho esto, ¿quedamos para almorzar? Pero fuera de aquí, por favor, estoy empezando a agobiarme un poco entre estas cuatro paredes.

—Id vosotros, yo no puedo. Van a venir a instalarme las pantallas que pedí para las cámaras. Cuando pongo las imágenes en el ordenador, me consumen muchos recursos. Además de que no veo bien las imágenes —contesté, mientras me quitaba las gafas y las limpiaba con una toallita.

—Está bien, iremos nosotros —contestó Jack.

—Que lo disfrutéis —les respondí y, con un gesto de la mano, los despedí para seguir trabajando.

Se me acumulaban las cosas pendientes y debía aprovechar antes de que llegaran para instalármelas. Me enfrasqué tanto en el *software*, intentando comprender qué había sucedido, que no me enteré de que habían llamado a la puerta del despacho. Eso y que tenía los auriculares a todo volumen escuchando *With or Without You*, de U2. No me di cuenta hasta que dos chicos entraron en el despacho y se plantaron frente a mi mesa, provocándome un susto de muerte.

Como era imposible trabajar con ellos allí, decidí ir a almorzar algo a la sala de descanso del personal. Así también me despejaría durante un rato.

Al llegar, me encontré de nuevo con la *stripper* de aquel día. Respiré hondo, dudando si quedarme o marcharme. No quería tener de nuevo los problemas que me surgieron la otra vez. Sin embargo, ella me miró con indiferencia, pasó por mi lado y se marchó sin decirme nada. Me dejó descolocado, para qué negarlo. No es que quisiese nada, pero esa indiferencia, en el fondo, me molestó. Ni un simple saludo. Nada.

Tomé algo rápido y, con el café en la mano, volví a mi despacho. Por el camino me encontré a Oliver y Tom. Se dirigían hacia el casino. Al parecer,

habían detectado a un contador de cartas y querían vigilarlo de cerca, ya que Jack y Harris aún no habían llegado del almuerzo. Se retrasaban más de lo normal. Sin pensármelo dos veces, subí con ellos. Estuvimos dando vueltas por el casino, fijándonos en los clientes, observando al personal, a los que estaban con las copas en las manos... No quería que se me pasase nada por alto. Tenía la habilidad de ser bastante observador y quedarme con los detalles al instante, a pesar de no ser ese mi trabajo, también estaba bajo mi responsabilidad. Ya que ninguno de los dos responsables se encontraba en el hotel.

Nos dividimos y cada uno se dirigió a un lado para llegar hacia él de la manera más disimulada posible. Pero no conseguimos pasar desapercibidos y, cuando llegamos hasta la mesa de Black Jack, el tipo en cuestión ya se había levantado. Escudriñé toda la sala con atención, observando cada persona, cada gesto hasta que lo localicé camino de la salida. Advertí a uno de los guardias de seguridad para que avisase a Tom por el *pinganillo* y se reuniera conmigo en la puerta de salida.

—Disculpe, caballero, si es tan amable de acompañarnos, se lo agradecería —le comenté de manera tranquila y amigable. Estos tipos solían ponerse a la defensiva y ese, al fin y al cabo, no era mi trabajo.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Si espera un momento, mi compañero le dará toda la información necesaria.

El tipo, un hombre con un traje de chaqueta, que parecía de los baratos, un poco arrugado y con el nudo de la corbata deshecho, me miró con cara de desprecio y continuó su camino, dándome un golpe en el hombro.

El guardia de seguridad, nada más verlo, acudió a mi encuentro. Teniendo en cuenta que había más guardias de seguridad en el casino por metro cuadrado que en cualquier centro comercial español, acudió casi de inmediato.

—¿Algún problema, caballero? —preguntó Smith, el chico de seguridad, que sabía su nombre porque había leído su apellido en la chapa identificativa.

—No lo sé. Pregúntale a este, que no deja marchar —respondió de la misma manera borde y sin educación alguna.

—El caballero debe esperar a Tom, que viene de camino, ya que quiere hacerle unas preguntas —le respondí de la manera más pausada que

pude, haciendo uso de todo mi autocontrol.

—¿Y por qué debo esperar a alguien? No he hecho nada, tan solo he jugado un par de partidas a las cartas. ¿Es ilegal en Las Vegas jugar al *blackjack*? ¿O entrar en un casino? —contestó con chulería, mientras enfrentaba mi mirada, retándome. No teníamos pruebas para acusarlo. Solo esperaba que llegase alguien y lo sacara de allí antes de que comenzase a formar un escándalo.

—Por supuesto que no lo es, caballero, pero... es necesario que tengamos una charla con usted. Si es tan amable de esperar, se lo agradeceríamos mucho. En cuanto lleguen mis compañeros, se le explicará todo. —Intenté calmarlo, mientras ganaba tiempo.

—Tengo bastante prisa. He de entrar a trabajar en unos minutos. Solo he venido para matar el tiempo mientras llegaba la hora —respondió. Empezaba a impacientarse y su tono de voz cada vez era más alto. Se iba a formar un revuelo en el casino y eso no era bueno.

En ese momento, por fin llegó Tom, le dijo algo al oído y se lo llevó a un despacho. Eso ya era trabajo suyo. Terminé de cruzar la entrada y me dirigí al callejón para fumarme un cigarro. Toda la situación me había puesto un poco nervioso. Cuando giré la esquina, vi entrar a Christine con prisas, junto a dos hombres enchaquetados con pintas de armarios empotrados y cara de pocos amigos. Pude ver cómo la preocupación provocaba varias arrugas en su entrecejo. Estaba claro que no se encontraba cómoda con la situación. No sabía quiénes eran. Era la primera vez que los veía rondar por el hotel y estaba seguro de que no eran clientes y tampoco eran empleados. Los conocía a todos, aunque no supiera su nombre, ya que había pedido la lista de los empleados, junto a una fotografía reciente, para actualizar la base de datos.

En ese momento, sonó mi móvil, despertándome de las cavilaciones en las que estaba sumido por culpa de la señorita de hielo. Estaba claro que, de nuevo, se había enfundado en su máscara. Respondí, y Tom me dijo que fuese enseguida a mi despacho.

Corrí a través del enrevesado pasillo; menos mal que ya me lo había aprendido de memoria a base de haberme perdido alguna que otra vez. Al llegar, las grandes pantallas mostraban el casino. Estaban reproduciendo las imágenes del tipo que estaba contando cartas, pero, en un momento dado, las cámaras daban un pequeño salto, casi imperceptible. Pasamos las imágenes una y otra vez para asegurarnos. ¿Cómo carajos era posible que, cada vez que

había un incidente en el hotel o el casino, las cámaras tuvieran fallos? Durante un buen rato estuvimos dándole vueltas a la imagen sin llegar a ninguna conclusión. Cuando Tom se marchó del despacho, por precaución, hice una copia de seguridad de las imágenes en un disco externo y lo guardé en mi mochila para llevármela a casa. Allí, procuraría estudiarlas con detenimiento el fin de semana e intentaría averiguar qué había pasado en el *software*. Cada vez andaba más perdido en todo este tema. Era un experto en delitos cibernéticos y no era capaz de localizar dónde se producía el error. Tenía que centrarme y averiguar lo antes posible qué estaba ocurriendo. Si no era capaz de descifrarlo, solo podía ser por una razón: las personas implicadas también eran profesionales y bastante buenos.

Llamé a Jack y Harris para que, cuando terminasen el almuerzo, o cena, porque era ya muy tarde, se pasasen por mi despacho.

—Tíos, ¿por dónde andáis? —pregunté a Jack, cuando descolgó el teléfono.

—Aún estamos en el restaurante. Nos hemos encontrado a unos amigos y vamos a tomar un café con ellos.

—¿No va siendo hora de que regreséis?

—No seas aguafiestas. Hoy está tranquilo el tema.

—No soy aguafiestas. Hemos tenido un percance con un contador. Tom ha tenido que tomar cartas en el asunto, nunca mejor dicho. —Sonreí por el chiste malo que acababa de hacer. Estaba claro que cada vez se me estaba agriando más el carácter. Mis chistes antes eran buenísimos.

—Pues si Tom ya lo ha resuelto, listo.

—Sí, pero al revisar las cámaras nos hemos fijado en que hay algo raro. No se pueden visualizar bien.

—Eso es normal. Las muy mamonas fallan continuamente.

—Pero no deberían hacerlo. Creo que deberíamos revisar todo el circuito.

—Eso es trabajo de chinos, tío. Por unos pequeños cortes, no vamos a desmontar el chiringuito. Sería un enorme esfuerzo para que luego no encontremos nada raro. Una pérdida de tiempo, ¿no crees?

—Pero es necesario —le corté, porque me estaba comenzando a tocar los cojones y no de la mejor manera—. Creo que deberíais regresar lo antes posible y revisar esto. Cuanto antes lo empecemos, antes terminamos.

—Lo que tú digas, tío —me contestó con desgana. Me daba la razón

como a los locos, pero en el fondo sabía que no tenía ninguna intención de regresar y realizar el trabajo.

Mientras los esperaba, me enfrasqué en ir cámara por cámara, a través de las pantallas, haciendo visualizaciones para ver si había más cortes. No se veía nada que, en un principio, me hiciese pensar algo raro. Mientras iba pasando por las cámaras principales, revisaba la conexión a internet para averiguar si se producían microcortes que pudiesen justificar el fallo.

Comprobaba la programación del *software* mientras las pantallas iban mostrando imágenes de cada una de las cámaras. Había resaltado una de las líneas del programa, cuando una melena rubia llamó mi atención en el CCT^[4].

Miré hacia la pantalla que la mostraba. Contemplaba el exterior a través de la ventana de su despacho. Estaba tan bonita y abstraída en ese momento que me quedé tan absorto como ella lo estaba en el paisaje anaranjado que se mostraba a través de los grandes ventanales. La luz irradiaba en su cabello, incrementando el contraste del color del desierto con el dorado. Se dio la vuelta, cogió un bolígrafo y lo utilizó para recogerse el pelo en un moño deshecho. No podía verle la cara, pero eso no era motivo para no embeberme de su cuerpo, de sus curvas, sus lentos movimientos. Cuando se giró, observé que estaba llorando. Sus bonitos ojos azules permanecían enrojecidos e hinchados y todo su rostro, sus movimientos corporales, las pequeñas sacudidas de su cuerpo producidas por el llanto, denotaban una profunda tristeza.

Acerqué el zoom de la cámara, deseaba verla mejor, más cerca, con las pulsaciones a mil, sintiéndome como si estuviera invadiendo su intimidad, como un auténtico *voyeur*, pero me importó un carajo y seguí mirando. Activé las tres cámaras de su despacho y la puse en todas las pantallas. Podía verla desde diferentes ángulos. Y era testigo directo de un gran pesar, de un profundo pesar, y yo no podía hacer nada por remediarlo. Quería correr a su despacho, consolarla, que llorara en mi hombro. Quería hacerla reír con cualquier ocurrencia o provocarle un enfado monumental con alguna salida de tono. Pero lo que no quería bajo ningún concepto era verla triste. No quería verla llorar y no estar ahí para consolarla. ¿Qué narices me pasaba con ella?

Me fui casi corriendo hasta su despacho. Kimani, como siempre, tarareaba una canción. Esta la conocía y le estaba cambiando la letra. Con un rápido movimiento, llamé su atención dando un pequeño golpe en la mesa del

despacho.

El sobresalto de Kimani no se hizo esperar. Con demasiada parsimonia, se quitó los auriculares y me miró con una sonrisa.

—Por favor, Kimani, anuncia a la señorita Williams que tengo que verla. Es urgente.

Me inventé una excusa por el camino, aunque, la verdad, era una excusa de mierda. No sé si me saldría lo suficiente convincente. Pero tenía que intentarlo. Quería distraerla, al menos durante un rato, del malestar que tenía. Necesitaba que sus entristecidos ojos tomaran vida de nuevo.

Kimani cogió el teléfono, habló durante unos segundos con ella y colgó.

—Lo siento Julio, pero la señorita Williams está con una llamada importante y no se la puede molestar ahora.

Sabía que mentía, pero ¿cómo le iba a explicar que eso no era cierto? Sintiéndome como un perdedor y sin más que hacer, me giré y me marché de nuevo a mi despacho. Encendí de nuevo las pantallas y me dediqué a comprobar cómo, para mi alivio, poco a poco se iba calmando. Pero sus ojos, tan tristes como antes, no denotaban ninguna mejoría. Me preguntaba una y otra vez qué le ocurría. Debía hacer algo. Pero no sabía el qué. Me decidí por algo sencillo. Un correo electrónico. Algo que pareciera importante y profesional al mismo tiempo que le sacara alguna sonrisa. Comencé a teclear. Borré el texto en varias ocasiones. Lo descarté otras tantas. Estaba en blanco. No se me ocurría nada ingenioso ni profesional. Nada. Miraba la pantalla del correo y, frente a mí, su imagen en las diez pantallas.

De: juliodiaz@bellalux.com

Para: Christinewilliams@bellalux.com

Asunto: Urgente.

Estimada señorita Williams:

Le escribo para agradecerle su premura en la instalación de las pantallas que solicité. Desde mi mesa tengo una panorámica de ellas, señorita Williams, que no se puede ni imaginar. Me serán muy útiles en el desempeño de mi labor. También en la profesional, señorita Williams.

Le saluda atentamente,
Señor Díaz.

Pulsé enviar y me centré en las pantallas. Quería observar su reacción a la hora de abrir el correo. Aunque no era uno de las mejores, utilicé la misma técnica que ella había hecho conmigo, recalcando el «señorita Williams» en más ocasiones de las necesarias. Deseaba causarle alguna reacción. Me daba igual si enfado o risa. Pero durante unos segundos quería que olvidase aquello que la aquejaba. Puse toda mi atención en ellas. Vi cómo se movía inquieta por su despacho. Cómo se tocaba el pelo con insistencia. Se sentó pensativa mientras movía sus largos dedos tamborileando en la mesa. Se frotaba los ojos. Se dirigió a una pequeña nevera, cogió una botella de agua y la bebió por completo. Se volvió a sentar, movió el ratón, mientras en mi despacho me quedaba sin aliento a la espera de su reacción, y se puso a teclear con frenesí en algún documento o correo. No tenía ni idea de qué se trataba.

Durante un largo rato esperé y desesperé. No podía dejar de mirar. En ese momento, Tom entró en mi despacho y, sin levantar la vista del ordenador, casi le ladré un «no es el momento».

El pobre muchacho se dio la vuelta, sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Gracias al cielo y a todos esos santos a los que reza mi madre, me dio tiempo de cambiar las pantallas, pero, cuando se marchó, volví a cambiarlas para comprobar que aún seguía con su ardua tarea en el ordenador. Comprobé la conexión y vi en su servidor de correo que le había llegado, pero no lo había visto. Hacía un par de horas que no abría el correo. Me sentí como un puto acosador, pero no podía evitarlo.

Con rabia, las apagué e intenté olvidarme del tema. Me dirigí a la sala de descanso para tomar un café y bajar a fumar un cigarrillo. Cuando llegué, me encontré de nuevo a la *stripper*. ¡Valiente suerte la mía! Dos veces en un mismo día. Unos días antes no me hubiese importado; incluso, si hubiese estado dispuesta, me la hubiese follado de nuevo pero, en ese instante, era lo que menos me apetecía. Saqué mi café de la máquina con un enfado interior que, con total seguridad, se reflejaba en mi actitud corporal. La noté a mi lado, antes siquiera de verla. Era un aroma fuerte y embaucador, como la encantadora de serpientes que era. Subí la mirada y pude verla a través del cristal de la máquina expendedora en la que me encontraba. Contoneaba sensualmente sus caderas, de manera provocativa y forzada al mismo tiempo.

Cuando llegó a mí, alzó su brazo y con un solo dedo, dibujó el

contorno de mi cuello, provocándome un escalofrío. Ese dedo se me antojó ajeno. Parecía que estuviese invadiendo mi espacio vital, y con delicadeza se lo aparté sin volver la vista atrás.

—¿Ya no recuerdas lo bien que lo pasamos el otro día? Ese día no tuviste tantos miramientos. Ni tan siquiera me preguntaste el nombre.

—¿Tú preguntaste el mío? —Me miró con expresión de enfado—. Exacto. Ese día, a ninguno de los dos nos importó nada del otro. Fue lo que fue. Un simple desahogo. Aquí estamos currando, así que no me vengas con reproches.

—Que sea una *stripper* no quiere decir que no tenga corazón.

—No, cielo. Que seas una *stripper* no significa eso. Que seas una *stripper*, que me acorrala en el cuarto de baño de caballeros, me folla y luego se marcha sin más, significa que disfrutas del sexo tanto o más que yo. Pero aquí, los sentimientos no vienen a cuento.

Quise darme la vuelta y marcharme a tomar el café y la barrita de chocolate, que había sacado de la máquina, a mi callejón. Tomármelo mientras respiraba aire y fumarme mi tan ansiado cigarrillo. Cada vez estaba de peor humor.

—Agatha —gritó, mientras me alejaba

—¿Qué? —pregunté, sin apenas darme la vuelta.

—Mi nombre es Agatha —aclaró como si yo lo necesitase.

—Lo sé.

Y sin más, me quise marchar, pero justo en ese momento, Christine, la señorita Williams, la dama de hielo, cruzaba la puerta. La expresión de su rostro dejaba entrever la tristeza anterior, mezclada con algo que no sabía distinguir. ¿Enfado? ¿Rabia? Me miró de arriba abajo e intentó cruzar la puerta, chocándose con mi hombro.

—Disculpe, señor Díaz, no lo había visto.

Me volví para mirarla, pero prosiguió su camino como si nada, dando grandes zancadas que provocaban que sus altísimos tacones resonaran en el piso. Me giré con la intención de sujetarla por el brazo, para impedir su camino, aunque no lo hice, ya que me pareció algo demasiado íntimo, propia de una relación de amigos y no de jefa y empleado. Sin saber cómo actuar, en lugar de marcharme al callejón, que sería la opción más acertada, me di la vuelta y me quedé mirando cómo sacaba el café de la máquina. No pude remediar fijarme en sus nalgas cuando se agachó para recoger el café.

Tampoco pude evitar sonreír ante su imagen. Esa mujer me desarmaba por completo. Y era algo que no podía obviar.

Agatha, ante la escena, se quedó mirándome y, negando con la cabeza, se marchó de la sala, no sin antes hacer alarde de sus insinuantes curvas, despacio, sin prisa y contoneando ese culo que la naturaleza le había proporcionado, al más puro estilo de Jessica Rabbit. Incluso el vestido, que llevaba ese día para la actuación, me la recordaba. Todo en ella era sensualidad y erotismo.

—¿Pelea de enamorados? —Su pregunta me sacó de repente de los pensamientos en los que me encontraba absorto.

—¿Enamorados? Nada más lejos de la realidad —le aclaré. No quería que se hiciese una idea equivocada. De repente quería continuar hablando con ella y preguntarle cómo se encontraba, pero no sabía cómo hacerlo sin parecer idiota. O cualquier cosa peor. —Le he mandado un correo.

Mi boca habló por mí, antes incluso de que yo quisiese decir nada. Siempre había sido un bocazas, pero con esta mujer me llevaba la palma.

—Pues no era lo que parecía, Julio. —Que me llamase por mi nombre de pila, aquí en el hotel, me provocó una oleada de inusitado placer.

—¿Ahora soy Julio? ¿No habíamos quedado en que aquí dentro seríamos «señorita Williams» y «señor Díaz»? —le pregunté, mientras me acercaba y nos señalaba a ambos.

—Quise decir a cuando tratásemos de temas profesionales —me respondió con una mueca casi infantil y un poco a la defensiva. Y ese gesto se me antojó adorable.

—¿Y ahora de qué estamos hablando? —inquirí, acercándome más a ella, hasta que nuestros rostros quedaron a milímetros y, durante breves segundos, empaparme de su olor como un adicto en busca de una buena dosis; un aroma embriagador, dulce, elegante... tan diferente al de la *stripper*.

Desde esa posición, podía observar sus ojos enrojecidos e hinchados, las ojeras, sus ruborizadas mejillas. Toda ella me envolvía en un estado de ensimismamiento que ni yo mismo comprendía.

—De la señorita Steven.

—Querrás decir, de mi relación con la señorita Steven —respondí envalentonado—. ¿Hay algo que quieras preguntarme? ¿Te interesa saber si mantengo una relación con Agatha?

A cada pregunta que le hacía, bajaba el tono de voz, casi en un susurro.

No quería separarme de ella ni un ápice, y si tenía que hacerla enfadar para que olvidase sus problemas, aunque solo fueran unos segundos, la haría. Lejos de parecer enfadada, un esbozo de sonrisa comenzó a aparecer en esos bellos labios. Me pregunté cómo sabrían y cómo serían cuando estuviesen hinchados por mis besos. Toda la situación comenzaba a embrujarme. En lo único que podía pensar era en besar esos labios rojos, carnosos y tan apetitosos. Pero no quería precipitarme y que saliese corriendo. Quería tener el placer de perderme en sus brazos. Pero aún era pronto.

—No me interesa ni lo más mínimo. Pero, al parecer, sabes su nombre. ¿Mantienes una relación con ella? —respondió altiva y preguntó casi de manera inaudible.

No pude evitar sonreír por dentro, aunque por fuera, no mostrase ni la más mínima señal de ello. No quería enseñar mis cartas en la primera mano. Me retiré un poco, lo justo, y carraspeé para evitar que mi *amiga*, esa que últimamente iba a su bola, me montase una fiesta antes de tiempo.

—No, no mantengo ninguna relación con ella.

Lo que omití fue el pequeño detalle de que me la había follado. Pero eso, en ese instante, no venía a cuento. Lo único que pretendía era pasar más tiempo con ella y, si tenía suerte, una cena. De repente, una idea loca me vino a la cabeza.

—Ya es tarde. Dentro de media hora acaba mi turno. ¿Te invito a cenar y así nos despejamos de este día? No sé el tuyo... —dejé la frase casi a medias. En realidad, sí sabía que su día había sido una auténtica mierda, pero no pensaba decir que la había visto por las cámaras—, pero el mío ha sido agotador. No me vendría nada mal cenar y charlar un rato con alguien —propuse esperanzado.

—Tengo que terminar de hacer unos informes en los que voy un poco atrasada, pero no me importaría —me respondió, con una sonrisa triste en sus bonitos labios.

—Está bien. No te preocupes. ¿Nos vemos abajo en una hora?

Asintió con la cabeza, pero la sonrisa que me dedicó me dejó sin aliento. Una sonrisa dulce y agradecida. Estaba casi seguro de que ella también necesitaba eso. Esperaba ser el hombre en el que pudiera desahogarse, llorar y aligerar sus penas.

Tiré a la papelera el resto del café, que con total seguridad se habría enfriado, y comiéndome la chocolatina a pequeños mordiscos, me dirigí a mi

despacho para buscar algún lugar donde llevarla a cenar. Miré durante un rato por internet algún restaurante cercano, pero nada se asemejaba a lo que estaba buscando, un lugar íntimo donde poder charlar tranquilamente. De repente, una luz se encendió en mi cabeza. Qué mejor lugar para llevarla que a mi propia casa. Un lugar íntimo, donde podíamos preparar algo ligero de cenar y tomarnos unas cervezas con tranquilidad, sentados en el sofá, escuchando algo de música suave o viendo una peli.

Visualicé la imagen con una gran sonrisa en la cara. Allí podríamos relajarnos, lejos del bullicio que supone pasear por las calles de Las Vegas. Podría hacer una tortilla de patatas, y tenía algo de queso que había localizado hacía unos días en un supermercado cercano, unas latas de conserva y unos picos. Podría servir para una cena de tapeo al más puro estilo español. Con la nueva determinación en mente, recogí mi despacho, apagué las pantallas y salí de allí sin casi prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor.

Harris y Jack no habían vuelto; se habían saltado el turno a la torera. Mientras subía por las escaleras para salir, los llamé por teléfono, pero sus móviles estaban apagados o fuera de cobertura. Imaginé que estarían en cualquier garito como la semana anterior, disfrutando del espectáculo y sin hacer caso a sus obligaciones. Me vería obligado a tener una charla con ellos al día siguiente. El tema de las cámaras era algo primordial. Además, estaba el asunto de no aparecer por allí sin avisar. Me pareció raro. No quería preguntarle a Christine si era un comportamiento habitual en ellos, ya que no quería delatarlos.

Pensé en mirar el *software* de las entradas y salidas, así sabría a ciencia cierta si era algo habitual en ellos. Miraría en el histórico. Apunté esas dos tareas para el día siguiente en mi agenda del móvil y terminé por bajar y salir a la calle.

Al cabo de unos minutos, mientras me fumaba mi ansiado cigarrillo, Christine apareció por la puerta de empleados, un tanto desubicada. En cuanto me vio, con firmeza, se dirigió en mi dirección con una sonrisa que se ensanchaba conforme llegaba hasta mí. Tan bonita, que, más que una mujer, parecía una aparición, con sus cabellos dorados al sol. Un ángel, *mi* ángel.

Negué con la cabeza para sacar esos pensamientos de mi mente. Necesitaba despejarme para no abalanzarme sobre ella. Christine era una mujer que necesitaba su tiempo, y quería ganarme su confianza poco a poco, despacio, aunque ella hubiese entrado en mi vida como un huracán, robándome

el aliento cada vez que la veía.

Cuando llegó a mi altura, me saludó con un movimiento de cabeza, mientras me quitaba el cigarrillo de la mano, sintiendo el escalofrío que sus dedos provocaba desde la punta de los míos hasta el pecho, dejando un reguero caliente a su paso. Debía poner un poco de distancia, aunque no quisiera, o todos mis firmes propósitos de ir despacio se iban a ir al carajo.

No pude evitar mirar absorto cómo expulsaba el humo del cigarrillo por sus carnosos labios. Sensuales. Me reprendí a mí mismo por sentirme un puto perverso, pero esta mujer provocaba que no pudiese dejar de pensar en otra cosa. Deseaba perderme en sus curvas, hacerle el amor hasta quedar agotados en el sofá de mi casa. Fantaseaba con la idea de poder ver la televisión, tirados, desnudos y sudorosos, mientras acariciaba cada rincón de su perfecto cuerpo. Quería tantas cosas de ella que me daba pánico pensarlas.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó, sacándome de mi ensoñación.

—Tengo el lugar perfecto. Tranquilo, silencioso y cómodo.

—Cualquier lugar así me parece un sueño. Me encanta la vida que se respira aquí, pero salgo tan poco del hotel que parece que cualquier día de estos me voy a volver loca. Por favor, enséñame ese lugar tranquilo y silencioso.

—¿Tienes medio de transporte o prefieres que te lleve en mi moto?

—Tengo mi coche cerca. Pero si no te importa, subo un momento a mi habitación y me cambio de ropa para ponerme algo más cómodo. Los zapatos me están matando.

—Claro que no. Te espero.

—Tardo solo cinco minutos.

Dicho eso, se dio la vuelta y se marchó casi corriendo. No me importaba que se cambiase de ropa, pero la imagen de tenerla descalza en mi salón, acariciando sus pies desnudos... Lo que decía, un puto perverso. Me encendí otro cigarrillo mientras la esperaba para lograr calmar mis ansiosos nervios. Me alejé un poco de la puerta en dirección a mi moto y sacar los cascos. Le había pedido uno prestado a Tom, por si decidía venir conmigo.

Mientras preparaba la moto, vi aparecer por la esquina a Harris y Jack, acompañados por los mismos guardaespaldas que custodiaban a Christine esa mañana. Entraron con la misma postura amenazante por la puerta de empleados, y decidí que debía preguntarle a ella por esos hombres. Esperé un poco más y miré el reloj; habían pasado unos quince minutos desde que se

marchó y la ansiedad se había apoderado de mí. Hice el amago de coger otro cigarrillo, pero ya había fumado bastante, por lo que guardé el paquete de nuevo en el bolsillo de la chaqueta con la mirada fija en la puerta.

Cuando salió y mi mirada se fijó en la suya, puedo jurar que me quedé sin respiración. No sé cuánto tiempo estuve así porque me olvidé por completo de hacerlo. Con su pelo recogido en una coleta, que la hacía parecer más jovial, unos vaqueros que le quedaban como un guante y marcaban sus sensuales curvas, y un top con un escote que realzaba sus pechos. ¡Y qué pechos!

Esa noche se iba a convertir en una tortura. Lo tenía tan claro como mi *amiga*.

Capítulo cinco



—¿Nos vamos? —preguntó—. ¿Te pasa algo? Te veo un poco disperso.

—¿Eh? Ah, no. No me ocurre nada, no te preocupes. Tan solo es un poco de cansancio —improvisé. No la quería asustar.

—Si tan cansado estás, podemos dejarlo para otro día. No me importa, de verdad —dijo con voz suave. Cerré un momento los ojos y cogí una gran bocanada de aire para llenar mis pulmones.

—No te preocupes. Ya tendré tiempo de descansar. Además, de todos modos, tenemos que cenar, ¿no? —me apresuré a responder, guiñándole un ojo para destensar el ambiente.

—Eso sí.

—Pues no se hable más. ¿Prefieres ir en tu coche o en la moto conmigo? —No lo había pensado, pero la idea de que se subiera en mi moto y me agarrase la cintura me resultó de lo más tentadora.

—Después, puedes dejarme aquí. Así que, para qué utilizar dos medios de transporte, ¿no crees? —Se encogió de hombros.

—Sube, entonces —contesté veloz. No pude disimular la enorme sonrisa que emitieron mis labios.

—¿Adónde vamos?

—Al lugar donde vas a comer la mejor tortilla de patatas de Las Vegas —respondí en un tono misterioso sin dejar de sonreír. Deseaba sorprenderla.

—¡Me encanta la tortilla de patatas!

Con una sonrisa bobalicona en mis labios, le indiqué con un gesto de la cabeza que subiese en la moto. Lo hizo con agilidad y posó sus brazos alrededor de mi cintura. Un abrazo que no era tal, pero me supo de maravilla y provocó que una oleada de calor subiera por todo mi cuerpo. Deseaba alargar ese momento como fuera. Arranqué la moto y, con suavidad, salí del aparcamiento.

Su candente aliento rozaba mi cuello y provocaba en mí vibraciones

hasta ese momento desconocidos. Tenía un dilema; por una parte, quería llegar lo antes posible, y por otro, anhelaba alargarlo con todas mis fuerzas. Con ese tortuoso pensamiento en la mente, no aceleré demasiado, dejándome embriagar, aunque fuera por unos pocos minutos, de estar rodeado por completo de ella. Sus muslos rozaban los míos, sus brazos agarraban mi cintura fuerte, su rostro en mi espalda, su aliento en mi cuello. Borracho de ella, así me encontraba.

Por el camino a casa, separó despacio su rostro de mi espalda y aspiró el aire que, aunque empolvado, era mucho más puro de lo que se respiraba en el hotel, cuando te llevabas allí tantas horas encerrados como nosotros lo hacíamos. Comprendí el sentimiento de libertad que le estaba ofreciendo en esos momentos. Y me regocijé por ser yo quien se lo proporcionara.

El trayecto se hizo demasiado corto para mi gusto. La otra opción hubiese sido bajarme de la moto y empujarla, aunque no habría sido lo mismo. O ir andando. Y tampoco era opción. Así que, un poco enfadado por la línea de mis pensamientos, me bajé y entramos en casa. Su reacción no se hizo esperar, ya que estaba decorada con mucho estilo, muebles modernos y todas esas cosas de las que yo no entendía nada, y en realidad me daban igual. La alquilé por la piscina y el silencio que se respiraba. Le mostré la casa que, aunque bastante espaciosa, solo tenía dos dormitorios. Eso sí, todo en tamaño gigante. Mientras la recorríamos, metí mis manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros, deleitándome con cada una de sus reacciones. ¡Era tan bonita!

—¡Joder, qué envidia me das! —exclamó al ver la piscina—. Debe de ser una pasada darte un baño aquí cuando sales de trabajar.

—Reconozco que es el mejor momento del día. —Y procuré no recordar los baños en la piscina desnudo y evocar la imagen de ella a mi lado. De repente esa estampa me pareció de lo más tentadora y tuve un tirón en los pantalones muy molesto. Disimulé como pude, sin dejar de mirarla.

Carraspeé y sonreí de medio lado para que no se diese cuenta de que me ardían las mejillas. ¿Me había ruborizado? ¡Por favor, parecía un adolescente! No sabía cómo actuar con ella.

Entramos en el salón, puse un poco de música y me dirigí a la cocina.

—¿Prefieres vino o cerveza? —le pregunté por educación. Aunque tenía clara su elección.

—Cerveza, gracias.

Saqué un par de botellines sin alcohol del frigorífico, los abrí y busqué un vaso, mientras le explicaba que después debía llevarla de regreso y no quería beber. Me cogió el botellín de la mano, provocando ese escalofrío, ya tan conocido por mí, ante el tacto de sus suaves yemas. Me miró con su encantadora sonrisa, tan habitual en ella, aunque aún tenía rastros en sus hermosos ojos del llanto de ese día. Christopher Cross sonaba por los altavoces con su *Best That You Can Do*, y solo pensaba en abrazarla y bailar con ella.

Me obligué a mirar hacia otro lado. Quería salir del hechizo en el que estaba envuelto. Ella necesitaba consuelo y compañía esa noche y se la iba a proporcionar por mucho que me costase. Bebí de mi botellín para refrescar la garganta y casi lo terminé.

—¡Me encanta esta canción! —dijo, sorprendiéndome.

—A mí también —contesté. De improviso, se había convertido en una de mis favoritas—. Voy a comenzar a preparar la cena o se nos va a hacer tarde.

Nos sonreímos con nuestras miradas ancladas en el otro, en un silencio para nada incómodo. Comencé a prepararlo todo con la mayor agilidad posible; llevaba muchos años viviendo solo y la cocina se me daba bien, me relajaba. Poco a poco, el silencio fue dando paso a una conversación fluida.

—Cuando terminé la carrera, estuve trabajando como directora de hotel en uno de la misma cadena que el Bellalux, en Nueva York. Cuando finalicé mi relación con Max, necesitaba salir de allí. Gracias a Dios, un año después, me ofrecieron este puesto y acepté sin dudar.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él? —De pronto, ese tal Max, me caía como el culo.

—Nos conocimos en la universidad, cursando el primer año, pero lo dejó en el segundo curso. Empezó a trabajar en una empresa de seguros como comercial, e iniciamos una relación como pareja cuando estudiaba el tercer año. —Se alejó unos pasos. Parecía que pensaba que iba a decir a continuación. Temí lo peor. Además, me di cuenta de que no se trataba de una mujer fácil, de un rollo de una noche. Eso me dejó aún más trastocado—. Al principio todo iba bien, pero luego, se torció, e íbamos de mal en peor. ¿Y tú has tenido alguna relación importante? —Cambió de tema y una sombra de tristeza cruzó su hermoso rostro. Quería verla sonreír de nuevo.

—No. ¡Creo que soy inaguantable! Ya sabes, por eso que dicen sobre

que los informáticos somos unos frikis. Me gusta demasiado jugar a la consola. —No era del todo cierto, y eso era un cliché como otro cualquiera. Pero mi objetivo era hacerla reír y lo había conseguido. Con eso me daba por satisfecho.

—Eso no es cierto. Conozco a varios informáticos y no sois así. Vale que haya alguno por ahí suelto, pero también los hay que se disfrazan de Elvis o creen que está vivo. Además, no te veo a ti como el típico informático friki. Te pareces mucho a un modelo, un tal Simone.

—¿Al modelo ese? —pregunté sin tener ni la más remota idea de a quién se refería.

—Sí, sobre todo cuando te pones las gafas. Eres igualito —respondió con una enorme sonrisa en la cara. Eché las patatas peladas a la sartén y la miré.

—Pues Rebeca decía que era parecido a Hugo Silva. Y me lo creía, aunque yo no me lo viese. Su marido decía que mi semejanza con él en el blanco de los ojos era indudable. —Me encogí de hombros y ambos soltamos una carcajada. Ella cogió su móvil, trasteó en él y me mostró una foto. Me parecía a él—. Pero yo soy más simpático.

—¿Cómo lo sabes?

—Obvio. Soy andaluz. La *gracia* la llevamos en los genes.

—Eso es otro cliché. Y en *Insta* parece simpático.

—Eso es por el *marketing* —repliqué casi de mal humor. De repente, otro hombre que me caía mal. Y ya iban dos.

Ambos nos reímos. Terminamos nuestros botellines de cerveza y cogimos otro frío del frigorífico. Saqué las patatas de la sartén y las puse en un bol, mientras observaba como Christine se dirigía al salón y toqueteaba el móvil en mi lista de reproducción. La voz inconfundible de Bonnie Tyler con su *Total Eclipse of The Heart* comenzó a sonar por los altavoces.

Se dio la vuelta de manera pausada, con sus ojos brillantes, tarareando la canción en voz baja. Me acerqué a ella y una punzada en el pecho oprimió mi corazón. Se encontraba a la expectativa, con expresión suplicante y sus labios entreabiertos. Volví a acercarme un poco más. Quería estar seguro. Alargué mi mano y rodeé su cintura.

Con un solo gesto la acerqué de manera suave. No quería asustarla, pero sus solícitos ojos me pedían otra cosa, y yo estaba deseando ese acercamiento. Cogí su mano y acaricié sus nudillos. Nos aproximamos un poco

más, con nuestras miradas fijas en el otro. De repente, todo se desdibujó a nuestro alrededor. Solo existíamos ella, yo y la voz rota de Bonnie Tyler, suplicando que la agarrase fuerte esa noche. Mi piel se erizó al contacto de la suya. La atraje más y la pegué por completo a mi cuerpo. Rocé sus labios con mis dedos y subí su mano hasta mi corazón. Cada parte nuestra se acoplaba a la perfección a la otra persona, como si fuésemos solo una. Alzó sus brazos hasta mi nuca y comenzó a acariciármela con sus suaves y largos dedos. Una placentera tortura. Comencé a meceme al son de la música y su sonrisa me llenó el corazón de una gloriosa satisfacción.

Solos. Los dos. Sin nada ni nadie a nuestro alrededor. La miré expectante, pidiendo tácito permiso para lo que iba a hacer a continuación. Bajé mi cara poco a poco y rocé sus labios. Un simple toque que me supo a poco. Jadeó levemente al contacto de mis labios con los suyos y aproveché para introducir mi lengua y explorar todos los rincones. Suave. Pausado. No quería que se rompiera el momento. Su lengua rozó la mía y noté cómo su cuerpo, pegado al mío, se estremeció, provocando un escalofrío en ambos. No pude reprimir mi sonrisa. Un beso que me sabía a gloria. Quería más, mucho más. Pero con ella no tenía prisa. Era definitivo; esa noche iba a ser una puta tortura, pero... ¡bendita tortura!

De repente, me di cuenta de que, con Christine, lo quería todo. No un simple polvo, no una simple noche loca. No quería que ese beso nos llevara a un revolcón. Quería ver el amanecer a su lado o enterrado en ella. Mis manos viajaban solas, explorando la suave curvatura de su espalda por debajo de la fina tela del top.

Ambos jadeábamos mientras seguíamos con nuestro improvisado baile, en mitad del salón de mi casa. La voz de Bonnie se apagaba y dio paso a la Sting, bajo los acordes de *Every Breath You Take*. Separé mis labios de los suyos, dejando un reguero de besos por sus mejillas. El azul intenso de sus ojos me tenía cautivado desde la primera vez que la vi. Carraspeé de manera involuntaria. No quería, pero era lo que tenía que hacer. Era lo correcto. Y poco a poco, me fui separando de ella. No sin antes aprovechar para darle pequeños besos en las mejillas y en los ojos. Me sentía como un auténtico gilipollas, pero era lo que debía hacer.

La agarré de la mano y la llevé hasta la cocina. Cogí mi botellín de cerveza de la encimera y le di un gran trago para refrescarme la garganta y otras partes que no quería reconocer. Christine imitó mi gesto. Y nos

quedamos mirándonos.

—Es mejor que comience a hacer la tortilla o pensarás que soy un pésimo anfitrión —comenté para romper el hielo. ¡Hielo era lo que necesitaba en determinadas partes de mi anatomía!

—Creo que sería la mejor opción. Estoy hambrienta. Me comería ahora mismo lo que fuera —contestó con su preciosa sonrisa.

Esas palabras, después del momento que habíamos vivido, aunque fuese yo el que me había separado, no mejoraba el estado en el que me encontraba. Me concentré en la tarea de hacer la cena. Si solo pensaba en ello, no tendría problema alguno. ¡Pero lo tenía! La miré de reojo.

Christine se sentó en la silla alta de la barra de la cocina mientras esperaba que realizara mi labor. Sí, estaba concentrado solo en la tortilla. Pero no podía dejar de mirarle los labios, aquellos que había probado hace unos instantes y que se me antojaron apetitosos una vez más. Terminé de darle la vuelta y la saqué.

—¿Te ayudo? —me preguntó, mientras yo preparaba la mesa baja del salón.

—Eres mi invitada. Siéntate y disfruta de la cena. Enseguida vuelvo.

Se sentó en el suelo, delante de la mesita, mientras llevaba todo lo necesario para disfrutar de ese momento. Cuando lo había dispuesto todo, me senté a su lado. Entre charlas, comimos y bebimos cervezas.

—La tortilla está genial. ¿Lleva cebollita?

—Sí —afirmé mientras le guiñaba un ojo.

—¡Me encanta! La he comido algunas veces cuando he ido a casa de Eli, mi mejor amiga. A su marido, Taylor, le encanta. La receta es de...

—Rebeca —la interrumpí.

—Sí, ella.

—Pero la receta no es de ella, te lo puedo asegurar. Es de su abuela Mara.

—¿De la abuela de Rebeca?

—Rebeca es muy buena gente, pero entre sus virtudes no está la cocina. No se le da bien. En los cumpleaños de su hija, siempre intenta hacer una tarta de manzana, porque la *jodía* niña se lo pide. El resultado es que la hace su madre y Edward se las tiene que ingeniar para dar el cambiazco de la tarta sin que se dé cuenta —le conté con una sonrisa en la boca, recordando a la niña. La extrañaba mucho. Echaba de menos sus salidas de tono, sus rápidas

respuestas y el descaro. Incluso extrañaba ponerme la corona de princesa, tomar el té con ella y que me pintara la cara.

—Si te he de ser sincera, no me gusta cocinar. Lo hago porque no me queda más remedio. Sé hacerlo y no se me da mal del todo, pero... prefiero no hacerlo —me contestó.

—A mí, en cambio, me encanta. Además, la cocina me relaja.

—¡Ya con eso me has ganado! Mi hombre ideal es aquel que me espere con la cena preparada cuando llegue de trabajar.

Ambos nos reímos y ella se mordió el labio. Parecía de repente pensativa. Suspiró y no supe interpretarlo, pero no deseaba que nada se interpusiera a su risa.

—¡Entonces, soy tu hombre, nena!

Volvimos a reír por mi payasada, aunque, en realidad, lo decía en serio. No me importaba esperarla en casa cada noche con la cena preparada. Era una imagen que me reconfortaba. Sabía que era una locura, acababa de conocerla, pero algo me empujaba a querer estar con ella más allá del nivel físico. Cuando pensaba en Christine, tendía a querer más con ella. No llegaba a entender por qué había parado de besarla, por qué me había separado justo en ese momento. Con cualquier otra, ya estaríamos en mi cama, retozando como locos sin parar. Sí, follando, como con Agatha hacía unos días.

Cuando volví a mirarla, parecía que una nube negra se había cruzado en su camino. Supuse que era por la lejanía de la familia y amigos. Ambos estábamos en la misma situación; también echaba de menos a mi madre, a Rebeca y, sobre todo, a Mara. La pequeñaja era a la que más extrañaba, ya que, a pesar de mi trabajo, me quedaba con ella en casa muchas veces para que Rebeca también pudiera trabajar o saliese con Edward para tener una noche libre. Le hacía un favor a ella, y yo disfrutaba de su compañía. Era su tito, aunque no nos unieran lazos familiares.

—¿Quieres que veamos una peli o una serie? ¿O prefieres que te prepare una copa y nos la tomemos en el jardín? Hace una noche estupenda. — Quería que se sintiese cómoda y repetir. Quizá, la próxima vez sí podría enterrarme en ella y conocer hasta el último recoveco de su maravilloso cuerpo. ¡Y otra vez la puta erección! Aunque, en realidad, llevaba así toda la noche.

—Prefiero copa y jardín. Estoy un poco agobiada por no poder respirar aire puro en todo el día. Ya sabes que, en las habitaciones de los

hoteles de aquí, tan solo se abren quince centímetros.

—Sí. Pero no sé muy bien el motivo. Me explico. Sé que en las habitaciones de los hoteles en Las Vegas solo se abren unos quince centímetros para evitar los suicidios de los clientes que pierden grandes fortunas y demás, pero no sabía que las habitaciones de los empleados también eran así.

—Pues sí. A veces puede ser asfixiante.

—Ve al jardín. Preparo las copas y voy enseguida —le contesté, mientras le guiñaba un ojo y me acercaba al mueble bar para preparar las copas. Deseaba que se sintiese cómoda, verla sonreír, y que su sonrisa le iluminase esos ojos que me tenían cautivado.

Con paso lento, se dirigió al jardín. Al llegar a la gran vidriera que separaba el salón de la parcela, la abrió con demasiada parsimonia. Observé cómo, al pisar la hierba, miraba hacia el cielo estrellado y respiraba una gran bocanada de aire. Hasta ese momento no había disfrutado demasiado de aquella parte de la casa, tan solo las veces que me había tirado a la piscina para dar largas brazadas. Lo preparé todo con premura para no perderme el estar con ella ni un solo instante, y me dirigí hacia allí con una bandeja en la mano con dos copas de balón, hielo y una coctelera con una bebida sin alcohol que había preparado. Lo puse en la mesa y seguí observándola. Creí que no se había dado cuenta de mi presencia, pero se giró y me miró expectante. Estaba tan bonita que se me puso una presión en el pecho que no sabía por qué estaba ahí. Reduje la distancia que me separaba y coloqué la bandeja en la mesa con cuidado de no derramar nada.

Serví la bebida en las copas y le di un trago con el propósito de bajar el nudo de emociones que estaba sintiendo en ese momento. Christine imitó mi gesto y volvió a respirar una profunda bocanada de aire. Supe en ese instante que algo la estaba carcomiendo por dentro. No sé muy bien por qué concluí eso, pero lo supe con tan solo mirarla. Nos sentamos en un cómodo silencio, solo interrumpido con el sonido de nuestras respiraciones.

—Es todo un lujo poder disfrutar de esta paz que se respira aquí —rompió el silencio que había entre nosotros. Su voz sonaba como un susurro, como si fuese una reflexión hecha más para sí misma que para que yo me enterase.

—Ya sabes donde tienes tu casa. Cuando quieras, puedes venir y disfrutar de todo esto.

—¿Y de la piscina también? —me preguntó esperanzada—. A ver, que

puedo utilizar la piscina del hotel cuando quiera, ya lo sabes, al igual que tú o cualquier empleado fuera de los horarios laborales, pero no es lo mismo. Allí estás rodeado de clientes y no hay la misma intimidad.

—Sé a qué te refieres. Te reitero, cuando quieras, está a tu entera disposición —le contesté en un tono de voz que me salió de forma más ronco, más bajo y sensual del que había pretendido en un principio. Le guiñé un ojo para quitar hierro al asunto.

—¿Ahora? —me preguntó.

—No tengo bañador —respondí, alzando mis hombros de manera que pretendía ser despreocupado. Pero el nudo de nervios que tenía en el pecho se expandió al estómago.

—Yo tampoco —replicó con coquetería mientras se levantaba y se quitaba el top, dejando a la vista un sujetador de encaje negro que había intuido, pero que no había visto, ni pretendía hacerlo hasta ese instante. Mi *amiga* se apresuró a levantarse para saludarla y darle la bienvenida.

Siguió con sus zapatos y pantalones, dejando a mi vista un tanga que no dejaba nada a la imaginación. Al darse la vuelta, vi un lunar en la parte superior de su nalga que me pareció de lo más sexi. ¡Esto se iba a convertir en una tortura si no quería abalanzarme sobre ella! Respiré hondo para serenarme y no fuese tan evidente mi excitación.

—Venga, valiente, un día es un día. ¿Me vas a dejar sola? —preguntó, justo antes de tirarse de cabeza a la piscina.

Cuando sacó su cabeza del agua, riendo a carcajadas, comenzó a salpicarme. Eran carcajadas limpias, plenas, llegaban a sus ojos como no lo habían hecho en todo el día. Ese halo de tristeza que la rodeaba, de repente, desapareció, dejando paso a una mujer divertida que se dejaba llevar por el momento.

—Con que esas tenemos, ¿no? —dije, riendo.

Me quité con premura la camiseta y los pantalones que llevaba y me tiré a la piscina para que no se diera cuenta de cómo me había afectado verla con ese conjunto que realzaba la redondez de sus pechos y sus nalgas. El contraste con el agua fría me haría bien. Me dirigí hacia su lado con el firme propósito de hundirla en el agua y jugar como ella lo había hecho conmigo para sacarle las mismas carcajadas. Al acercarme para hundirla se agarró a mi cuello para impedirlo, pero todo su cuerpo rozó el mío de manera discreta; un roce sin importancia que produjo un escalofrío en lo más profundo de mí.

Desesperación es lo que me vino a la cabeza. Desesperación por abrazarla, por besarla, por hundirme en ella y disfrutar de cada poro de su cuerpo, de su piel, de su ser.

Sin saber cómo, pude separarla de mi cuerpo. Retrocedí y la miré expectante. Debía romper el momento o me abalanzaría sobre ella como un animal, y no era lo que quería en ese momento. Quería disipar su malestar, aunque no supiese cuál era y me carcomiese por dentro, pero deseaba que fuese ella la que me abriese su corazón y confiara para contarlo.

—¿Tienes ganas de jugar? —pregunté con tono bromista.

—Tengo ganas de muchas cosas —respondió rápida

—¿Y cuáles son esas cosas? —pregunté curioso.

—Tengo ganas de gritar, de respirar, de nadar, de reír, de bailar, de vivir, de sentir ahora, en este instante, toda la libertad que pueda disfrutar — me contestó, dando vueltas en el agua, con los brazos abiertos y mirando las estrellas.

—¿Y qué te impide hacerlo? —pregunté. Si eso era lo que necesitaba, se lo daría.

Nadé hasta el borde de la piscina, mientras Christine me miraba con una interrogación en su hermoso rostro y una ceja levantada. Un gesto tan suyo que me fascinaba. Corrí con el agua salpicando todo a mi paso hasta el móvil, cogí del interior del salón el altavoz y lo llevé hasta la zona de la piscina. Miré la lista de música que tenía en el móvil y seleccioné una. Sabía que hablaba español, por lo que entendería perfectamente la canción que le estaba poniendo. Amaral con *El universo sobre mí* sonó por el altavoz. Me acerqué hasta el borde de la piscina y le tendí mis manos para sacarla de allí e improvisar una falsa pista de baile. Si quería vivir y sentir, lo iba a hacer; si necesitaba bailar o gritar, sería yo la persona que le proporcionase ese instante de libertad que tanto ansiaba. Yo, y solo yo, le daría todo lo que ella necesitase. De repente, nos encontramos en la zona asfaltada, con nuestras manos agarradas y cantando a viva voz la letra de la canción, mientras saltábamos como dos locos y procurábamos no resbalar con el agua que caía de nuestros cuerpos. Reíamos por lo absurda de la situación, como si de dos adolescentes se tratase.

Cuando la canción terminó, reímos a carcajadas. Christine se dirigió hacia mi móvil para buscar otra. *La vida es un carnaval* comenzó a sonar por el altavoz. Sonreí. Y, de nuevo, se acercó y comenzamos a gritar la letra a voz

en grito, saltando y moviéndonos al ritmo tan pegadizo. Hasta que se acercó demasiado, y nuestros cuerpos se abrazaron, dejando cada una de nuestras partes unidas a las del otro. Nuestras respiraciones jadeantes por el esfuerzo de cantar y bailar. Nuestra piel estremeciéndose por el roce, mientras nuestros alientos se entremezclaban por la cercanía. Cambió el ritmo latino de Celia Cruz por el de Alex Ubago, cantando *Me muero por conocerte*. Así es como me sentía en ese momento. Me moría por conocerla, entrar en su mirada, comérmela a besos hasta el amanecer, allí mismo, sin prisas, durante el resto de la noche. Rodeé con mi brazo su cintura, tal y como había hecho anteriormente en el salón de mi casa, y comencé a mecernos suave al son de la música, mientras tarareaba la letra y notaba cómo en mi interior se abría algo que no sabía cómo explicar. Esa noche... sabía que nunca sería igual. Sabía que todo había cambiado entre nosotros.

Bajó la vista, pero sabía hacia donde la dirigía casi sin mirarla. Tenía que notar mi bulto en su vientre, ya que durante toda la velada me había traído de cabeza. Tenerla casi desnuda entre mis brazos no era algo que ayudara a solucionar el problema. Notaba la dureza de sus pezones a través de la fina tela del sujetador, mientras la apretaba más contra mi cuerpo. ¡Joder con el voto de castidad que me había autoimpuesto! Estaba a punto de sucumbir. Alzó sus ojos y me besó. Nuestras lenguas comenzaron un baile sensual, recorriendo cada rincón de la boca del otro. Disfruté explorando cada escondite. Le mordí el labio inferior, jugoso, carnoso, que me ponía como una moto, provocando un jadeo en ella que me encendía más, si eso era posible.

Sus manos acariciaban mi espalda, que se encendía y erizaba con cada caricia de sus dedos. Su rubio cabello se mecía al son de la suave y fresca brisa de la noche, su pecho se expandía agitadamente, provocando que su roce amenazara con volverme más loco. Bajé mis manos hasta sus nalgas en una larga y tortuosa caricia, la apreté más a mí y la subí a mi cintura, y ella me rodeó con sus piernas. Continué con mis besos más frenéticos, necesitados... Necesitaba... Di dos pasos hacia la casa con la intención de terminar de desnudarla en mi cama, en el sofá, o en cualquier superficie dentro de la intimidad de mi hogar.

No.

Necesitaba poner distancia. No quería que ella fuese un polvo más. Separé nuestros labios un momento para mirarla. Quería... no, necesitaba que me dijese algo, lo que fuera. Tenía la imperiosa necesidad de saber que ella

también sentía algo por mí, por mínimo que fuera. No deseaba que se escudara en el sexo para olvidar aquello que la preocupaba. Quería formar parte de eso y ayudar a hacerla feliz; solo después, veríamos a qué nos llevaba todo.

Con todo el dolor de mi corazón, desgarrado por dentro, por la necesidad imperiosa de seguir adentrándome en ella... y con un dolor de huevos, para qué engañarnos, de la hostia, me di la vuelta. Me dirigí a la piscina mientras seguía mirándola a los ojos y, con una mueca que quise que fuera divertida, me tiré a la piscina con ella en brazos, mientras gritaba y se carcajeaba.

El contraste del frescor del agua en la alta temperatura de ciertas partes de mi cuerpo consiguió mi objetivo y rebajar el ambiente. Tendríamos muchas noches como esa. Tendríamos todo el tiempo del mundo para hacer el amor hasta el amanecer, sin que la duda de que algo le pasara ensombreciese el momento. Yo mismo había utilizado infinidad de veces el sexo como modo de olvidar un día de mierda o alguna preocupación, pero después persistía todo el malestar. Ya no quería eso. No quería utilizar el sexo como un modo de evasión. No con Christine, y tampoco anhelaba que ella lo utilizase conmigo.

Sabía que era pronto, no era tonto, pero necesitaba que se desahogase conmigo y ayudarla. Había estado todo el día llorando y, pesar de la noche mágica que intentaba ofrecerle, aún quedaban rastros que ensombrecían sus ojos, de un azul tan claro, que competían con el color del cielo veraniego.

Nos zambullimos en el agua entre risas y, durante un rato, nadamos y reímos, mientras las canciones se sucedían a través del altavoz, casi olvidando los momentos anteriores.

La cara de Christine estaba mucho más relajada. Las bolsas de los ojos habían casi desaparecido y su sonrisa era cada vez más sincera. Cosa que me alegró. Nos sentamos de nuevo alrededor de la mesa para proseguir tomando esa copa que habíamos dejado a medias. El hielo ya estaba derretido por el tiempo que llevaba allí, a la espera de ser tomado por alguien. Las vacié en una maceta que había cerca y serví otras dos copas. Christine cogió la suya y la alzó.

—Por muchas más noches como esta. Me lo he pasado genial.

Obvió el hecho de que la había dejado a medias, cosa que agradecí. No quería quedar como un idiota; no sabía cómo explicar el hecho de que no quería acostarme con ella hasta que no sintiese algo por mí. Como si fuese un puto loco. ¿Cómo explicar que me había matado verla llorar? ¿Cómo explicar

que quería algo más si casi no nos conocíamos? Y, sobre todo, ¿cómo explicar que sabía que se había llevado toda la tarde llorando porque la había vigilado por las cámaras de seguridad como si fuese un puto lunático? No, no estaba en mis cabales.

—Por todas las noches como esta. Ha sido un placer. Cuando quieras, repetimos, como las natillas.

Contesté intentando aligerar el oscuro ambiente en el que solo yo estaba sumido. Me miró con una interrogación en la cara. Claro, no había entendido lo de las natillas; un anuncio de televisión de hace años. Se lo expliqué para que lo entendiera y volvimos a reír. Me estaba haciendo adicto a su sonrisa, a sus carcajadas sonoras, limpias y fuertes, tal y como me imaginaba que era ella. Una mujer con una mirada fresca, sin nada que esconder, sin ambages ni oscuridades a sus espaldas, inteligente y con gran sentido del humor.

Tenía que ser así, porque cualquier otra, después del calentón que me imaginé que tendría, tras el beso tan arrollador que nos habíamos dado, se hubiera cogido un cabreo impresionante. Christine, en cambio, pareció haberme entendido, leyó mis pensamientos más allá de lo que quería mostrarle. Parecíamos dos personas que leían a través de los ojos sin necesidad de hablar lo que querían mostrar al otro. Hasta nuestros silencios eran cómodos, como en aquel instante, tan solo mirando al cielo estrellado, con nuestras respiraciones tranquilas al compás de nuestros pensamientos; pensamientos que, con ella, se convertían en algo más.

En aquel momento comprendí que significaba para mí más que un misterio. Era más que comprender el porqué de su llanto y de su tristeza. Volví mi mirada hacia ella y la vi con los párpados cerrados. No sabía si estaba disfrutando de esos momentos o si se había quedado dormida fruto del cansancio del día. Un día lleno de emociones para los dos, con un magnífico broche final para mí. No sabía si también para ella.

Me quedé absorto mirándola durante un largo rato. Su respiración se fue haciendo cada vez más pausada. No quería despertarla, pero tampoco quería que durmiese toda la noche en la incomodidad de una silla de mimbre. Esperé unos momentos mientras apuraba mi copa y me fumaba un cigarrillo a la espera, por si se despertaba.

Mi corazón latía frenéticamente en mi pecho solo por el simple hecho de observarla. Comprendí a Edward y Taylor cuando se quedaban mirando a

sus respectivas mujeres y yo me burlaba de ellos. Claro que aquella no era mi mujer. Pero de algún modo que no lograba entender, la consideraba como algo mío. Algo a lo que deseaba aferrarme, curar sus heridas y hacerla reír cuando estuviese triste. No me entendía ni yo mismo. Miré la hora y volví mis ojos hacia Christine. Su cuerpo se estremeció levemente. Refrescaba. Eran las tres de la madrugada.

Apagué el cigarrillo, me levanté y la cogí entre mis brazos con suavidad para no despertarla. Al tenerla tan cerca, desnuda, en contacto con la suavidad de su piel y su olor penetrando en mis fosas nasales, no ayudó a que mi entrepierna se removiese en busca de un poco de acción. Respiré para tranquilizarme, pero su perfume entró con más fuerza aún y me apresuré a llevarla hasta mi cama. La coloqué con delicadeza y la tapé con la sábana hasta el cuello. No necesitaba ver más piel desnuda de ella.

Con el cansancio haciendo mella en mi organismo, me di una ducha donde tardé más de lo conveniente. Tenía que solucionar un problema, aunque no me gustase ese desenlace. Cuando salí, un poco más relajado, me acosté a su lado, procurando que ninguna de nuestras partes se rozasen, admirando su tranquila y acompasada respiración, caí sumido en un profundo sueño.

Capítulo seis



La luz del sol irrumpía en la habitación a borbotones, y me obligó a abrir los ojos. Miré alrededor, en un principio, desconcertado. Sentía una pierna encima de la mía. Recordé de inmediato todo lo acontecido la noche anterior. Con suavidad, para no despertarla, la deslicé hacia un lado para levantarme. Teníamos que ir a trabajar y por la cantidad de luz que entraba estaba seguro de que era tardísimo. La sábana se le había bajado hasta la cintura y la redondez de sus pechos me miraba, reclamando mi entera atención. La tenían, por supuesto. Me giré para no verla más de lo necesario y la volví a tapar hasta el cuello. Bajé un poco la persiana, para que no le molestara la luz, y fui en busca del móvil.

Cuando vi la hora, me entró toda la prisa del mundo por despertarla. Llegábamos tarde. Muy tarde. Y por mucho que mi moto corriese o que nos vistiésemos a toda pastilla, no había manera de llegar antes de las once. Eran las diez pasadas.

Recogí su ropa del jardín, corrí hacia el dormitorio y la desperté con suavidad. No deseaba asustarla. Le acaricié la mejilla, un leve roce que pretendía arrancarla de su profundo sueño. Me recreé en ese sencillo gesto. Abrió los ojos con lentitud y sonrió. No quería ser yo quien nos bajase de esa especie de nube en la que nos encontrábamos, pero llegábamos demasiado a deshora.

—Despierta, Bella Durmiente. Es tarde. Debemos marcharnos — susurré para no sobresaltarla. Me hubiese gustado prepararle algo y desayunar juntos, en mi casa, en la barra de la cocina. Fantaseé con esa idea, pero nos tendríamos que conformar con un café rápido en la sala de descanso.

—¿Qué hora es? —preguntó, mientras se desperezaba de manera sensual. Ese gesto provocó que quisiera tumbarme encima, pasar de ir a currar y arrojar por la borda todos mis absurdos propósitos de ayer. Porque en ese

instante, se me antojaron ilógicos.

—Demasiado tarde —contesté escueto, mientras me giraba y respiraba para tranquilizarme—. Las diez pasadas. Aquí tienes tu ropa.

Se la puse encima de la cama y me marché hacia el vestidor, cogí unos pantalones vaqueros gastados y una camiseta. Me puse unos calcetines, las zapatillas y listo, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo se levantaba con cara de susto y se vestía también con rapidez. Entré en el cuarto de baño, me lavé los dientes, la cara y me eché agua en el pelo para intentar dejarlo hacia atrás. Mi pelo era un desastre y, a pesar de no lograr el resultado que deseaba, debía quedarse así. Ya me peinaría en el hotel. La contemplé cuando entró en el cuarto de baño y se recogía el pelo en una coleta alta. Se lavó la cara, arrancando el resto de maquillaje del día anterior. Al verla a cara descubierta, me resultó más bonita. Parecía mucho más joven y los rastros del llanto del día anterior habían desaparecido.

Salimos de inmediato y cogimos mi moto casi sin mediar palabra. Tan solo queríamos llegar cuanto antes y fichar. Era viernes, y salíamos antes, ya que al día siguiente trabajábamos en el turno de noche. Al menos yo. Aún no tenía muy claro su horario. Aceleré el motor y me incorporé con rapidez a la autopista. Me apremié mientras su cuerpo se aferraba al mío., Era una deliciosa tortura para esa hora del día. En pocos minutos, estábamos bajando de la moto y despidiéndonos con un gesto de la mano. Christine corrió hacia la entrada de empleados, mientras yo me quedaba hipnotizado como un bobo y la veía desaparecer, contoneando sus caderas. Aparqué la moto y entré.

Llegué a mi despacho y tenía una montaña de informes por revisar. Ojeé por encima algunos de los documentos, los guardé en el escritorio y me fui a por el necesario café, si pretendía acabar la jornada sin quedarme dormido.

Al llegar a la sala de descanso, vi de nuevo a Agatha; la saludé con la mano y proseguí mi camino hasta la máquina. Llevaba un vestido muy parecido al de días anteriores, aunque en otro color. La similitud con la chica de la peli cada vez era mayor, solo le quedaba cambiar el pelo de color. Sabía que, además de *stripper* en el local donde fuimos aquella vez, era cantante en el hotel. Combinaba los dos trabajos, por lo que deduje que necesitaba el dinero. Lo que no llegaba a entender era por qué pasaba tanto tiempo allí, en la sala de descanso. Cada vez que iba, se encontraba allí. Su mirada era triste, aunque a la vez muy sensual.

Saqué mi ansiado café y quise darme la vuelta para marcharme cuando me habló.

—Siempre nos encontramos aquí. ¿No me merezco ni un saludo por tu parte? —preguntó en tono melancólico mientras se acercaba, contoneando sus caderas de manera exagerada. Tan diferente al movimiento de Christine.

—Lo siento. Te he saludado con la mano, lo mismo no lo has visto — contesté a la vez que me giraba para marcharme.

—Un saludo un poco frío e impersonal, ¿no crees? —arrastró las sílabas como si le costase trabajo hablar. La miré e intenté ver más allá, pero giró su cara para mirar por el gran ventanal.

—Tengo prisa y mucho trabajo acumulado. Hola, Agatha, encantado de volver a verte. ¿Mejor? —No deseaba ser tan cortante, pero tampoco me interesaba mantener una relación con ella, por mínima que fuese. Una leve sonrisa asomó por sus labios.

—Mejor. Tampoco ha sido tan difícil, ¿no crees?

—Por supuesto que no. Te pido disculpas por ser tan desconsiderado, pero...

—Es lo que tiene llegar a trabajar un par de horas tarde —interrumpió.

Me quedé un momento mirándola. No sabía cómo tomarme eso que acababa de decir. No tenía muy claro si sentirme halagado o vigilado. De todos modos, proseguí mi camino hasta el despacho, olvidándome por completo de ese desafortunado encuentro.

Durante toda la mañana me enfrasqué en continuar con la programación del *software* de reconocimiento facial. Estaba fascinado por ese trabajo. Suponía todo un reto programar cada línea, cada protocolo para que todo estuviese correcto. Realicé una prueba, pero falló de manera inevitable. Quedaba mucho por pulir.

Me reuní, como casi todos los días, con los chicos para almorzar tranquilamente y comentar los acontecimientos de la noche anterior. Aunque Jack y Harris no se pudieron unir, sí nos mandaron un *wasap* para preguntarnos si cenaríamos con ellos para luego tomarnos unas copas. Tom y Oliver se apuntaron de inmediato. Les comenté que tenía mucho trabajo. Primero quería contactar con Christine y saber los planes de ella para esa noche. Si estaba dispuesta, la llevaría a cenar a un buen restaurante y luego daríamos un paseo por las calles de Las Vegas. Apenas había salido y no la conocía. O podríamos ir al cine. Después me acercaría a su despacho. Mientras planeaba absorto a

todo lo que ocurría a mi alrededor, algo de lo que dijo Tom me sacó de mi ensimismamiento particular.

—Otra vez las puñeteras cámaras fallaron. Jack no consigue darme una explicación, por lo que no he podido ver la cara del mamonazo.

—¿Qué mamonazo? —Ambos se carcajearon al ver mi desconcierto.

—Joder, tío, estás en el limbo. ¿Dónde puñetas te metiste anoche? — Nuevas carcajadas por parte de ambos hicieron ponerme en alerta. No deseaba que se enteraran de que había estado con Christine—. Has llegado tarde y, a pesar de ello, con una sonrisa en la cara. Estás entortado, macho. La noche tuvo que ser apoteósica. Te he dejado el informe a primera hora de esta mañana encima de la mesa.

—He revisado todo y no había ninguno con los fallos de las cámaras. Llamaré de inmediato a la empresa que las instaló para que las revise, ya que yo lo he hecho con nuestro *software* y no doy con ninguna anomalía.

Evité decir que había incluido unas líneas ocultas para que me indicara que, en caso de ser apagadas a través de nuestro sistema, desde qué equipo había ocurrido. Me quedé pensativo y dándole vueltas a la cabeza. En realidad, los tres nos quedamos en silencio, analizando la situación. Tenía la sospecha de que alguien las apagaba de manera premeditada, que no se trataba de un simple fallo. Una vez podía ser casualidad, dos..., vale, pero de manera tan reiterada ya me tenía mosqueado. Para eso se necesitaba la ayuda de alguien. Con la duda rondando en mi cabeza, nos fuimos caminando de nuevo hacia el hotel. Habíamos salido a un restaurante de comida rápida cercano.

—¿Tienes copia del informe? Quizá se haya traspapelado. Me gustaría echarle un vistazo —pregunté a Oliver. Ambos iban caminando y charlando del último partido de fútbol. También dudaba que se hubiese traspapelado. Tantas casualidades me estaban dando un verdadero quebradero de cabeza. Me quedé pensando en qué debía hacer.

—Sí, en cuanto lleguemos, te lo doy —respondió Tom con rapidez.

—¿Crees que podrían estar boicoteando las cámaras? —preguntó Oliver, dando voz a lo que los tres, en realidad, pensábamos.

—No lo sé con exactitud. Tampoco tengo pruebas que lo demuestren, pero espero averiguarlo —repliqué sin más. No quería hacer partícipe de mis sospechas a nadie más.

Dándole vueltas a la cabeza, entramos en el hotel. En ese momento me vino a la cabeza la imagen de Jack y Harris entrando por esa misma puerta

acompañados de los dos hombres enchaquetados. No sabría explicar el motivo, pero quería averiguar quiénes eran.

Cuando llegué a mi despacho encendí las pantallas, busqué el día y el momento en que llegaron e intenté localizar una imagen nítida de los dos hombres para imprimirla y pasarla por el *software* de reconocimiento facial en el que estaba trabajando. Quizá de esa forma, lograba averiguar algo. Mirando las imágenes, recordé a Christine y la noche anterior.

A pesar de no haber pasado nada entre nosotros, todo había cambiado. Instintivamente y sin saber el porqué, me fui hacia la cámara de su despacho y durante un rato me quedé absorto admirando su belleza mientras trabajaba. Estaba sola y tecleaba algo en el ordenador. No sabía el qué, porque la enfocaba de cara a ella. Para mí, hubiese sido muy fácil colarme en su sistema y ver a tiempo real qué tecleaba, pero pensé que sería pasarme.

Se había cambiado de ropa y llevaba una camisa roja que contrastaba con el color blanquecino de su piel. Recordé la suavidad al acariciar su espalda desnuda. Llevaba su larga melena rubia recogida con un bolígrafo, que le daban una apariencia entrañable, desaliñada, y más aniñada. Me daban ganas de correr a su despacho y abrazarla fuerte. Y enterrarme en ella, para qué engañarnos. Cuando se concentraba, fruncía el cejo y se mordía su apetitoso labio inferior, ese mismo que la noche anterior había saboreado y que me supo a poco. Kimani entró en el despacho, le dijo algo a Christine y ambas rieron. Activé el sonido, pero inmediatamente lo apagué de nuevo. Parecía un puto acosador. Me quedé mirándola unos segundos más y cambié la cámara al pasillo del personal. Proseguí rebuscando en las grabaciones del día en el que Jack y Harris entraron con los dos hombres hasta localizarla. Capturé la imagen del rostro de ambos, aunque no tenían demasiada calidad y la pasé por el *software*, sin resultado alguno. Estaba igual que al principio. Recordé a Reb y sus contactos. Quizá ella podría ayudarme en este tema. Miré la hora y eran las tres de la tarde, por lo que en España serían las doce del mediodía del sábado. Podía llamarla y seguramente estaría con Mara; con suerte, podría hablar con ella también. Saqué mi teléfono y marqué. Al tercer tono, me contestó.

—¡Julio Díaz! —me saludó.

—¡Rebeca Wilson! —reliqué.

—¿A qué debo el placer de tu llamada? —bromeó.

—¿Es que no puedo llamar a una amiga solo por el placer de escuchar

su voz? —pregunté, continuando con la broma y recalcando la palabra placer.

—No, si eres tú el que llama. Contesta, Díaz, ¿qué te ocurre?

—¿Dando órdenes, capitán? —continué. La había llamado «capitán» a pesar de que había ascendido y había dejado el ejército, pero me apetecía chincharla.

—Comandante, Díaz, comandante. Que no se te olvide

—*Mamá, ¿es el tito Julio? ¡Dame el teléfono! ¡Quiero hablar con él!*

—Escuché que decía la pequeñaja. Era un torbellino.

—*Deja que mamá hable con el tito y luego te lo paso, ¿de acuerdo?*

—*No. Quiero hablar con él ahora.* —Oí como replicaba. La imaginaba con su cara de enfado y sus brazos cruzados.

—*De acuerdo.*

—¡Titoooo! Te has ido y ya no quieres saber nada de mí.

—Eso no es cierto, pequeñaja.

—Sí lo es. Te has olvidado de nosotros. ¡Me dijiste que íbamos a hablar por Skype! Y solo has hablado una vez con mamá.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo te va el cole? —Cambié de tema o me tendría una hora al teléfono, reprochándome no haberla llamado antes.

—Ya estoy de vacaciones. Ayer me dieron las notas. He sacado tres sobresalientes. Uno de ellos en francés, que es muy difícil. —Reí por la ocurrencia de la niña. Por supuesto que había sacado un sobresaliente, teniendo en cuenta que su padre era francés. Hablaba y confundía tres idiomas, aunque todos la entendíamos a la perfección: español, inglés y francés—. ¿Ya me has comprado algún juguete? Porque no he recibido ningún paquete tuyo.

—Estoy esperando encontrar el unicornio más bonito para enviártelo. Los que he visto hasta ahora no son dignos de una princesa como tú.

—Tito, no intentes camelarme. No soy tonta, que ya soy mayor y tengo casi cuatro años.

—¿Tanto? ¡Cómo pasa el tiempo! Pensé que tenías tres. ¿Cómo he podido cometer semejante error de cálculos? —Dramaticé. Esa niña me encantaba y me hacía reír con sus ocurrencias. Me recordaba a su bisabuela Mara. Porque no se parecía en nada a su madre, solo en lo irreverente y en sus salidas de tono—. No te preocupes. Pronto recibirás una caja con muchos regalos, ¿de acuerdo? Ahora pásame con mamá que tengo que hablar con ella de un asunto de trabajo.

—¡Qué aburridos sois los mayores! ¡Solo habláis de trabajo! Está

bien, pero *porfi*, tito, hablemos por Skype prontito, que te echo de menos.

—Princesa, ahora estoy muy liado con el curro y con la diferencia horaria me es muy difícil. Pero haré todo lo posible, ¿de acuerdo?

Me contestó de mala gana y, sin despedirse, pasó el teléfono a Rebeca.

—¿Qué te pasa, capullo? —preguntó Rebeca.

—Yo también te quiero —le repliqué.

—Siempre. Ya lo sabes. —Continuó con las bromas.

—Te llamaba porque tengo un pequeño problema aquí y me gustaría tu opinión. Mejor dicho, tu ayuda.

—Desembucha.

—Tan fina como siempre —contesté.

—Pragmática, que no tengo tiempo —me replicó—. ¿Sabes el trabajo que da tu sobrina? Y ahora en vacaciones, no hay quien la canse.

—Me lo imagino. Pero es una niña fantástica. Quería pedirte un favor. Tengo entre manos algo raro en el casino. No sé muy bien de qué se trata, pero hay dos tipos rondando que no me dan buena espina. He sacado una foto de sus rostros, lo he pasado por el *software* de reconocimiento facial, que estoy implantando, sin resultado alguno. He pensado que, quizá, si te mando una copia, podrías pasársela a uno de esos contactos que tienes y echarme una mano para saber quiénes son.

—De acuerdo. Pásamelo al correo de la empresa. Haré lo que pueda. Se la pasaré a Eme. Ahora que lo ha dejado con Gloria, tiene más tiempo libre.

—¿Lo han dejado? ¿Por qué? Parecían una pareja bastante consolidada.

—Ya sabes que Eme es un picaflor. Gloria lo ha pillado con otra.

—¿Cómo está él?

—Mejor de lo que me esperaba, la verdad. Parece que no le ha afectado lo más mínimo, aunque sé que no es así. Se las quiere dar de duro. Gloria es una chica fantástica, pero sabía desde el principio que no era para él. Eme necesita alguien que lo ponga en su sitio, ya me entiendes. Gloria es demasiado dulce.

Durante un rato más estuvimos charlando sobre los chicos, la niña, su madre, las últimas aventuras de su abuela Mara y nos reímos mucho. Después de colgar con Rebeca, llamé a Eme para ponerlo en antecedentes.

—Eme, soy Julio.

—Tío, ¿cómo te encuentras en Las Vegas? ¿Te aburres mucho con todas esas *strippers* que andan por allí?

—Macho, no tienes remedio. Las *strippers* no van por la calle semidesnudas, que lo sepas.

—Pobrecillo, lo mal que lo debes de estar pasando.

—No tengo tiempo para nada. Te recuerdo que estoy aquí para trabajar, no para divertirme. Y hablando de trabajo, tengo algo para ti.

—Tío, no me seas aburrido. Trabajo, trabajo y más trabajo. Llámame para algo más divertido. En dos semanas estoy de vacaciones, podrías invitarme a tu casa, salir a tomar copas y ver algún espectáculo de esos que son tan famosos por aquellas tierras.

—No hace falta que te invite, ya lo sabes. Si quieres venir, estaré encantado de que lo hagas. Siempre te puedes quedar aquí.

—Pero ¿me llevarás a uno de esos espectáculos?

—¿Qué eres? ¿Un perro que necesita que lo saquen a mear? —pregunté en tono burlón.

—Ja, ja. ¿Qué eres? ¿Un payaso?

—Bueno, Eme, céntrate. Aquí no hay dónde hacer surf, te lo advierto. A no ser que desees practicar en el desierto. Tú mismo.

—Muy gracioso, Hugo Silva.

—Según una amiga, no me parezco a Hugo Silva, sino a un tal Simone.

—Oye, que, en el blanco de los ojos, tu parecido es innegable. — Ambos nos carcajamos por el comentario. Era lo que siempre decía Edward —. Por cierto, has dicho una amiga. ¿Ya has sustituido a la Capi?

—Imposible. Rebeca es insustituible. Además, ella es mi jefa.

—Eso me lo tienes que contar con más detalles.

—Cuando vengas —lo corté. No tenía ganas de ponerme a explicar todo. Y menos a Eme, ya que tendría burlas aseguradas para el resto de mis días.

Después de unos minutos más, le conté el tema que me traía de cabeza. Quedamos en que le mandaría las fotos a su correo de la empresa e investigaría quiénes eran los trajeados. Cuando colgué el teléfono, me quedé un poco más tranquilo. Confiaba en que Eme haría todo lo posible por averiguar la identidad de ellos y tener más datos sobre lo que se estaba fraguando allí, porque cada vez tenía más claro que algo ocurría.

Estuve trabajando durante un par de horas más. Casi se había pasado la

jornada, cuando recibí un mensaje de los chicos. Me proponían volver a salir con ellos a cenar y tomar unas copas en el local que ellos frecuentaban los viernes. Estaba cansado y no me apetecía. De lo que tenía ganas de verdad era de repetir una noche como la anterior. Sin poder remediarlo, una sonrisa apareció en mis labios. Tan solo con recrearme en la imagen de Christine en mi cama, producía un efecto en mí que no sabía explicar, pero me ponía de buen humor.

Me levanté y me fui hasta su despacho para volver a invitarla. Una cena en algún restaurante o ver una peli. Lo que ella quisiera. Al llegar, Kimani me dijo que Christine no se encontraba bien, por lo que se había marchado a su habitación. Preocupado, fui hasta allí y llamé a su puerta. Tal vez le dolía la cabeza y un poco de aire fresco le vendría bien. Nadie contestó, por lo que comencé a preocuparme más. La llamé al móvil y tampoco obtuve respuesta, pero escuché la llamada a través de la puerta.

Decidí marcharme y dejarla descansar. Podría ser tan solo cansancio. Con esa idea en la cabeza, me fui y, al llegar a la moto, una idea me vino a la cabeza. Me dirigí de nuevo a mi despacho y encendí las pantallas de las cámaras. Durante más de una hora la estuve buscando por el hotel, por si había ido a cenar a alguno de los restaurantes de allí, en la sala de descanso, incluso en las piscinas cubiertas, en las descubiertas, en la zona del jardín, en el jacuzzi, en el casino... nada. Parecía que se la había comido la tierra.

Con el ánimo por los suelos, volví a apagarlo todo y salí de mi despacho. Volvería a casa, me tiraría en la piscina, cenaría algo ligero, una ducha y a la cama. Estaba demasiado cansado y ya todo me parecía sospechoso o raro.

Por lo poco que sabía de ella, se tomaba su trabajo con bastante seriedad. Quería hacerlo bien y el que se hubiese marchado antes de terminar la jornada laboral, no entraba en mi cabeza. El día anterior había estado llorando y no por ello dejó de trabajar. ¿Qué le ocurría? Esa pregunta me martilleaba en la cabeza una y otra vez.

Por una parte, algo raro estaba ocurriendo en el hotel. Por otra, no llegaba a comprender qué me ocurría con Christine. Necesitaba saber que se encontraba bien y el no poder localizarla, hablar con ella o mirarla a los ojos, me estaba volviendo loco. No entendía esa necesidad y tampoco me gustaba demasiado. Debía centrarme en lo que ocurría en el hotel; no podía permitirme el lujo de cometer un error y perder ese trabajo que tanto me gustaba.

Sí, echaba de menos a mi familia y los amigos, que ya formaban parte de mí. En el fondo, me había costado un poco de trabajo acostumbrarme a estar tan lejos de ellos, en una ciudad tan diferente a Málaga, a tantos kilómetros, pero me apasionaba lo que hacía. Me encantaba la casa donde vivía y poco a poco me iba haciendo a la rutina diaria de esta ciudad tan loca.

Me puse la chupa de cuero, el casco y, cuando iba a arrancar la moto, noté la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón. Sin mirar, descolgué la llamada y su suave tono de voz envolvió cada poro de mi piel, erizándola con solo escucharla.

—Tengo una llamada perdida tuya. ¿Pasa algo? —Mis labios se curvaron en una sonrisa franca. Escucharla me tranquilizó.

—No ocurre nada. He ido a tu despacho para invitarte a cenar, pero Kimani me dijo que no te encontrabas bien y que te habías marchado. Me preocupé y fui a tu habitación, pero como no respondías, te llamé —le expliqué casi sin respirar. Un silencio se hizo en la línea.

—Me dolía mucho la cabeza y estaba cansada. Me he tomado un analgésico y un largo baño de agua caliente. Me he quedado dormida, por eso no he escuchado tu llamada. —Su voz sonaba apagada, pero al imaginármela en la bañera, desnuda, no pude evitar que un tirón de mi entrepierna me incomodara. ¡Estaba enferma, y yo empalmado! Un loco. Quizá debería quedar con los chicos y echar otro polvo. Pensar en echarlo con otra, provocaba que mi erección se viniese abajo. Loco de remate—. Si no te molesta, hoy me quedaré aquí. Mañana trabajamos de turno de noche... Estoy cansada y el dolor de cabeza aún persiste. Mejor otro día.

—No te preocupes. Otro día será.

—Te debo una cena. Te lo agradezco, de verdad. Eres muy amable.

Nos despedimos y colgamos la llamada a la vez. Esa conversación no hizo que mi humor mejorara para nada. Tenía ganas de ir a su habitación, abrazarla toda la noche y asegurarme de que estaba bien. Quería que no se sintiese sola en un momento así. Ambicionaba arroparla. Y besarla, para que engañarnos. Pero eso último no era lo que ella necesitaba. Codiciaba tantas cosas que no podía hacer nada. Me sentía frustrado y cabreado por el vendaval de sentimientos que me estaban arrasando. Le mandé un mensaje, diciéndole que si necesitaba cualquier cosa que me lo dijera, y me respondió con un simple «ok».

¿Acaso ella no sentía lo mismo que yo? Estaba claro que no. ¿Y qué

era lo que yo sentía? No lo tenía demasiado claro tampoco. Me puse el casco y arranqué la moto sin destino fijo. Por un lado, deseaba llegar a casa y, por otro, despejarme de todas las preocupaciones. Una cerveza con los chicos no me sentaría mal, por lo que cambié la dirección y me fui al bar donde siempre se reunían.

Al llegar, oteé el lugar en busca de mis compañeros. Los encontré al final del local, sentados en la misma mesa de siempre. Me dirigí allí con paso rápido, los saludé y le pedí una cerveza sin a la camarera.

—¡Por fin te dignas! —me recriminó Harris en un tono bromista.

—Dichosos los ojos que te ven. Cada vez eres más caro de ver — bromeé. Aunque en el fondo tenía un poco de recriminación. No sabía qué pasaba con Harris y Jack, pero estaban faltando muchas horas al trabajo y parecía que solo les interesaba quedar para salir.

—Muchos clientes nos reclaman fuera del hotel. Estamos hasta arriba de trabajo —respondió escueto.

—La cuestión es, amigo mío, que no ficháis. Os vais a buscar un problema y no podré salvar vuestros culos. Hacedme el favor de aparecer por allí todos los días, ficháis la entrada y luego os marcháis donde os de la real gana —les recriminé.

—La pija no se da cuenta de nada. Es demasiado joven, tiene poca experiencia. Nosotros llevamos aquí demasiado tiempo. Nos sabemos todos los recovecos, protocolos y demás del hotel, para poder saltárnoslos. Además, te repito que demasiados clientes nos reclaman fuera del hotel.

—¿Y ese es vuestro trabajo? Porque hasta donde yo sé, vuestro trabajo es velar por la seguridad del hotel, no quedar con clientes. Me parece que voy a tener que replantear el protocolo de trabajo de cada empleado. O, al menos, el vuestro —contesté con un poco de enfado.

—A veces, los clientes piden un poco de trabajo extra. Piden seguridad externa. Ahí es donde entramos nosotros. Nos embolsamos un dinerillo extra y todos ganamos —replicó entre risas.

No quise profundizar en el asunto, pero no me pareció una respuesta clara. La que lidiaba en las reuniones con clientes era Christine, no ellos. Eso estaba fuera de sus competencias. Y el tema de la seguridad externa también, ya que los clientes que se podían permitir ese tipo de lujos traían sus propios guardaespaldas. Era un complejo hotelero de lujo, uno de los más importantes de toda Las Vegas. Me pareció raro, pero lo dejé pasar. Esa noche solo quería

despejarme, tomarme un par de cervezas e irme a casa a descansar.

Durante un largo rato, estuvieron charlando sobre el último partido de fútbol americano. La conversación derivó al nuevo equipo que se instalaría en Las Vegas al año siguiente, Las Vegas Raiders. Se estaba construyendo el nuevo estadio, pero tenía problemas, ya que no contaba con plazas de aparcamientos. Además, había problemas con el propio equipo.

Desconecté de la conversación porque no entendía aún de fútbol americano. Como buen español, me gustaba, disfrutaba y entendía el nuestro. Merengue hasta la médula. Debía ponerme al día en las reglas, equipos, ligas y demás para poder también disfrutar de ese deporte que era tan popular y que lo emitían en la tele con tanta frecuencia. Aunque aquí, había un equipo de fútbol europeo, Las Vegas Light FC, no era tan popular como el otro. Pensé que debía ver algún partido de ellos para poder emitir un juicio y contratar la tele por cable para poder ver la Liga y no estar tan perdido como ahora. Me gustaba llegar a casa y desconectar del trabajo viendo algún partido de fútbol con una buena cerveza fresquita o jugando una partida a la Play.

Ví la cabellera castaña de Agatha desde mi posición. Se adentraba en el pasillo que daba a los camerinos y cuartos de baños del local. Según me habían dicho los chicos antes, el espectáculo comenzaba en algo más de media hora, aunque no me apetecía quedarme. Christine se coló de nuevo en mis pensamientos, y eso me frustró y enfadó a partes iguales.

Debía terminar con eso. Lo único que me pasaba era que estaba obsesionado con ella porque aún no me la había tirado. Pero, en realidad, sabía que no quería solo eso. Había tenido la oportunidad de hacerlo el día anterior y fui yo el que paró, a pesar de que me produjo un dolor en el pecho indescifrable para mí. No estaba bien. Obsesión. Eso era lo que tenía y debía deshacerme de ese sentimiento.

Casi por inercia y sin saber muy bien qué estaba haciendo, me adentré por el pasillo donde minutos antes había visto entrar a Agatha. Abrí las diferentes puertas que encontraba a mi paso. Sentía ansiedad y era algo que no me gustaba; mi vida siempre había sido tranquila, nunca me la había complicado. Exceptuando mi breve relación con *Avispa*, que no se parecía en nada a los sentimientos que Christine despertaba en mí; mi relación con las mujeres se había basado en una noche loca. Tal vez, había repetido con alguna dos o tres veces, pero no sentía la necesidad de tener a mi lado a nadie tanto tiempo. Desde que la conocí, todo se reducía a ella. Con *Avispa*, me divertía,

sobrepasábamos los límites y, las pocas veces que nos vimos, terminamos follando como animales. La tía era genial en la cama y en un momento dado, pude confundir los sentimientos. Me retaba en todos los sentidos, y el sexo era uno de ellos. Disfrutaba con el exhibicionismo. No recuerdo haber follado con ella nunca en una cama; es más, no recuerdo haber estado en su apartamento o ella en el mío. Disfruté de cada segundo a su lado porque me ponía cachondo como ella solo sabía hacerlo. Rozando la línea fina entre lo legal y lo ilegal y después una buena sesión de sexo duro en los lugares más insospechados.

Con más ímpetu, seguí abriendo puertas, hasta llegar a la de los camerinos. Al entrar me encontré con diferentes chicas, vestidas de maneras muy originales, preparándose para los espectáculos. Unos bailes, que, sin duda, dejaban cachondo al tío más frío del planeta. Allí, todo era sensualidad y erotismo. El rastro de sexo flotaba en el ambiente como cuando te pones tu perfume favorito y dejas el olor en el cuarto de baño, impregnando cada rincón de la estancia. Sin querer mirar a nadie más, busqué con la mirada a Agatha hasta encontrarla al fondo.

De repente, nos vimos. Durante unos breves instantes nuestras miradas dijeron más de lo que quería reconocer. La suya mostraba frialdad, en comparación con la calidez de Christine. La prepotencia frente a la ternura. La indiferencia frente a la dulzura. Y el único punto en común entre ambas era el halo de tristeza que las envolvía. Una tristeza que me producía indiferencia en una, pero que me mataba en la otra.

En ese preciso instante, lo tuve claro. Todo se trastocó el día que conocí a Christine, y lo que antes me satisfacía, como era ir a tomar una copa y acostarme con cualquier mujer, ahora era insustancial.

Tenía claro lo que debía hacer. Me di la vuelta y sin más, me marché, no solo del camerino, sino también del local, sin apenas despedirme de los chicos con un simple gesto de la mano, sin darles tiempo a preguntar. No me apetecía dar explicaciones, para mí sobraban.

Me monté en mi moto, arranqué y durante horas me dediqué a conducir sin rumbo fijo hasta que el sueño, el cansancio acumulado y, sobre todo, el agotamiento mental hicieron mella en mí. Entonces, solo en ese momento, me fui a casa, me duché y me acosté; mañana sería otro día.

Capítulo siete



Observarla a través de las cámaras de seguridad se estaba convirtiendo en una costumbre que no me gustaba nada, pero era una imperiosa necesidad que debía hacer todos los días.

Había pasado una semana desde aquella «no cita» con ella en mi casa. Habíamos intercambiado correos, hablado por teléfono y tenido varias reuniones en su despacho o el mío. Una extraña sensación recorría todo mi cuerpo; la investigación no daba resultados, después de todos estos días, seguía sin tener ni idea de lo que se estaba cocinando en el hotel.

Hablé con Eme en varias ocasiones. Tirando de contactos, me comentó que los desconocidos se trataban de dos expertos en seguridad neoyorquinos. Eso no me lo esperaba. Podrían estar en el hotel por mil motivos diferentes; desde los profesionales, por vacaciones, o por visitar a algún colega. Pero mi intuición me decía que algo en todo aquello olía mal. Pero tampoco tenía ninguna prueba.

Esa mañana, cuando llegué al despacho, encontré un nuevo fallo en las cámaras. Hacía algunos días que había avisado a la empresa que las instaló, pero aún no habían pasado. Cuando les reclamaba, siempre alegaban que tenían mucho trabajo. Si sus cámaras fallaban tanto, no era de extrañar. Pero esto era importante, joder. Tenía que distraerme con algo.

Otra vez había aparecido el hombre que se gastaba los doscientos dólares. Era una cantidad insignificante, pero no podía ser tanta casualidad. Como no cometía ningún delito, lo único que podíamos hacer era seguirlo, y estar atentos a que no contase cartas o utilizase algún truco. Si lo hacía, tenía una habilidad tremenda, ya que teníamos a la mitad de la plantilla pendiente de él, desde que entraba por la puerta hasta que se marchaba.

Durante horas estuve revisando de nuevo las cámaras que habían fallado esa noche y tuvimos que avisar a la policía por el robo en una de las *suites* más importantes del hotel. En esa ocasión, el botín no había sido nada

deleznable. Los clientes en cuestión eran unos importantes empresarios del mundo de la alta joyería y llevaban un muestrario capaz de quitar el hambre de algún país subdesarrollado.

El asunto era lo suficientemente serio como para que los clientes tuvieran un cabreo de cojones y nosotros estuviésemos en un serio aprieto. Christine recorría los pasillos del hotel pegada al teléfono, con los nervios a flor de piel, haciendo y recibiendo millones de llamadas. Los altos ejecutivos de la cadena hotelera a la que pertenecíamos iban a hacer su aparición por allí. Esta vez se había liado gorda.

Se comprobó que habían utilizado la caja de seguridad para guardar todo. Esta llevaba asociado un código digitalizado, de manera que cada vez que se abría o se cerraba, quedaba registrado. Ese código solo lo sabía el cliente. Pero, como todo estaba informatizado, comprobé que a la misma hora que se utilizó el código, el matrimonio se encontraba en el *spa* del Bellalux. Y una de las cámaras que había fallado era la del pasillo que daba a esa *suite*.

Barajé la posibilidad de que hubiese sido el propio matrimonio quien hubiese perpetrado el robo para cobrar del seguro. Christine y yo nos llevamos horas reunidos con la policía. Tomaron declaración a todos los empleados y clientes del hotel.

Cerca de las cuatro de la tarde, salimos para comer algo. Estábamos exhaustos por los acontecimientos.

—¡No me puedo creer lo que está ocurriendo! —exclamó Christine con gesto cansado. Se llevó los dedos al tabique nasal—. ¿Cómo pueden estar fallando las cámaras de seguridad de esta forma? ¡Joder, también es mala suerte!

—Daremos con ellos. —Intenté tranquilizarla, aunque sabía que nada de lo que le dijera lo iba a hacer. Estábamos en un serio aprieto. Debía averiguar qué ocurría antes de que llegasen los jefazos. Suspiré intentando pensar en algo por mínimo que fuese.

Entramos en el restaurante. A esas horas no había nadie. Cuando nos sentamos en el lado del ventanal, el camarero se acercó a tomarnos nota.

Miré a Christine que estudiaba absorta la carta.

—Yo quiero una hamburguesa doble, sin queso, con mostaza, pepinillos y beicon —contestó—. Tengo un hambre feroz. Los nervios siempre me dan apetito —me explicó con una triste sonrisa en la cara.

—Siento decirles que la cocina está cerrada. Puedo ofrecerles unos

sándwiches vegetales o, si lo prefieren, tenemos una gran variedad en cruasanes rellenos, tanto dulces como salados.

Ambos nos miramos para ponernos de acuerdo.

—Entonces, póngame un café y un surtido variado de cruasanes para compartir. ¿Te parece bien? —pregunté a Christine—. ¿Quieres café? —Asintió con la cabeza—. Dos cafés, entonces. Gracias.

El camarero se marchó con la comanda, y durante un rato ambos nos quedamos absortos en nuestros pensamientos. Cogí su mano por encima de la mesa y le acaricié los nudillos. Me sonrió a pesar de su tristeza. Este asunto iba a traernos más de un problema. En cuanto los directivos se enterasen del fallo reiterado, estaba seguro de que iban a rodar cabezas. Y la mía se la podían servir en bandeja de plata, ya que era el máximo responsable de todo. Suspiré y comencé a hablar.

—Tenemos un problema en el hotel y no sé cómo resolverlo.

—Pues si no lo sabes tú, que es tu trabajo, dime qué hacemos. —Bufó de manera casi exagerada.

—Te puedo asegurar que estoy trabajando en ello. Por un lado, las cámaras fallan de manera reiterativa e inesperada justo en los momentos en los que se produce algún altercado en el hotel. He instalado unas líneas ocultas para saber desde qué equipo se apagan, pero...

—¿Estás diciéndome que un empleado del hotel apaga las cámaras de manera intencionada? —preguntó con una expresión de incredulidad en su bonito rostro.

—No. Puede que hayan hackeado algún equipo o se hayan metido en el sistema. Estoy intentando seguir el rastro, pero cada vez que adelanto un paso, me doy contra una pared.

—Pídele a Harris o a Jack que te ayuden. Es parte de su trabajo.

—Lo sé. —Hice una mueca con la cara, tomé aire y lo solté despacio. No sabía cómo decirle que no me fiaba de ellos, sin ningún tipo de pruebas; solo sospechas y elucubraciones más que podían ser una verdadera locura. Si resultaba que, después de todo, eran inocentes, habría traicionado la confianza de dos compañeros. Me encontraba en una encrucijada y no quería meter la pata. Medité con cuidado lo que iba a decir a continuación. La volví a mirar—. No me fio de nadie. No estoy diciendo que algún empleado esté metido en el asunto. Puede que hayan pirateado el sistema y podrían estar en el otro lado del globo volviéndonos locos. Es algo en lo que llevo trabajando desde que

llegué.

La vi morderse el labio y quedarse pensativa respecto a lo que acababa de contarle. Sus manos comenzaron a temblar. Le di un suave apretón, pensando que, quizá, todo ese tema le estaba afectando. Las lágrimas comenzaron a correr con libertad por sus mejillas y me rompió el corazón verla tan desamparada.

Con premura, me senté a su lado y la abracé. Christine se aferró a mi cuerpo como si de una tabla salvavidas se tratase. Dejé que se desahogara mientras la apretaba más contra mi cuerpo en un vano intento de calmarla. Casi sin poder remediarlo, la besé con cuidado en el cuello, un roce de mis labios en su suave piel, empapándome de ella. Toda su esencia, que tanto me gustaba, se concentraba en ese punto. Durante un rato largo, permanecemos así. Sin hablar. De vez en cuando, volvía a besarle el cuello y mi corazón martilleaba frenético por su cercanía. La estrechaba tanto contra mi cuerpo que deseaba que nos convirtiéramos en uno. Nos olvidamos de la comida hasta que el camarero irrumpió nuestro momento con el pedido. Sin hablar, colocó todo en la mesa y se marchó.

Tras tranquilizarnos un poco, volví a mi sitio para comer. El ambiente se relajó. El rastro del llanto permanecía en su rostro, con las mejillas encendidas, húmedas y sus labios enrojecidos. Aun así, cambiamos de tema. Comprendía que estuviera de esa manera, ya que nuestro trabajo podría verse afectado, a pesar de que todo el asunto se nos iba de las manos.

—¿Te apetece cenar en mi casa? Preparamos algo de comer rápido o pedimos unas *pizzas*, nos bañamos en la piscina y así nos relajamos un poco.
—Le propuse esperanzado. Negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero esta noche tan solo me apetece estar sola e intentar descansar. Está siendo un día agotador. Mañana llega el señor Bellatox con la junta directiva. Y la tarde que nos espera con la policía, rondando por el hotel, tampoco se queda atrás.

—Llevas razón —contesté, intentando que la decepción que sentí en ese instante no se dejara entrever en mis palabras.

Christine acarició mi mejilla y no pude reprimir el volver mi rostro y besar su muñeca para que su imagen se quedara grabada a fuego en mi mente.

—Eres un encanto. Siempre logras sacarme una sonrisa en los momentos más duros. No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. Gracias, de verdad.

Sus palabras, aunque de agradecimiento, tenían un sabor a despedida que no me gustó ni un pelo.

—No tienes que agradecerme nada. Lo hago encantado. Solo quiero verte sonreír.

Acaricié su mejilla y rocé sus labios con mis dedos. Todo a nuestro alrededor dejaba de existir cuando estábamos juntos. Anhelé besarle esos labios enrojecidos por el rastro del llanto, suaves y carnosos.

—Vayamos a solucionar todo este asunto. Cuanto antes averigüemos qué ocurre, antes podremos olvidarnos de todo —propuse, mientras me levantaba y me dirigía hacia la barra para pagar.

Carraspeé para quitar el nudo de emociones que tenía en la garganta. Había sido un momento muy intenso y, a pesar de todo, la reacción de mi cuerpo cuando estaba cerca de ella no se hacía esperar. La deseaba con cada molécula de mi ser. Pero la anhelaba más allá del nivel físico; algo que no lograba entender. La cogí de la mano y paseamos en silencio rumbo al hotel. Christine se mordía el labio inferior, pensativa. Y yo, como el puto loco que era, solo deseaba mordérselo otra vez, volver a probar su sabor, que no lograba sacar de mi cabeza.

—¿Las cámaras tienen sonido? —preguntó con la mirada perdida, irrumpiendo en mis pensamientos.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—¿Es legal escuchar las conversaciones de los empleados? Me refiero a si, en caso de un hipotético juicio, nos podrían anular esas conversaciones como pruebas.

Me paré en mitad de la abarrotada acera. No era el lugar más apropiado para hablar de esto, con un Elvis en la puerta de una capilla, donde se celebraban matrimonios exprés. La miré, intentando averiguar el motivo por el que estaba interesada en ello. ¿Tendría algún sospechoso y no me lo había contado? ¿Sabría algo que yo ignoraba?

—Mañana llega el dueño de la cadena, junto a los directivos y un séquito de abogados que te podrán contestar a esta pregunta con mayor base que yo. Solo te diré que, en la mayor parte de los países del mundo, es ilegal. En Las Vegas, la seguridad de los clientes, de los casinos y de los hoteles está por encima del bien y del mal. No es que sea legal o ilegal, simplemente no se habla de ello. Pero como directora del hotel, deberías saberlo.

—Lo sé. De lo que quería cerciorarme es de si tiene valor frente a un

juicio. ¿Mi despacho tiene cámaras de seguridad? La verdad es que... me gustaría saberlo.

De nuevo me detuve. La miré a los ojos y me volví a perder en ellos. La tristeza, ansiedad, preocupación y el cansancio provocaban que sus pupilas, tan azules, se oscurecieran. Era fascinante cómo, con tan solo mirarla, podía leerla tan bien. Observé a mi alrededor. No quería que nadie escuchara una conversación tan delicada como esa. La gente paseaba por nuestro lado sin pararse a mirarnos. Fotografiaban los diferentes edificios, a las personas disfrazadas de peculiares personajes, absortos en los ruidos de la ciudad. Una ciudad que nunca callaba, siempre en constante movimiento, con una amplia carta para todos los gustos de ocio.

—Sí —volví a responder escueto. No quería que se diese cuenta de que la observaba a través de las cámaras de seguridad. No deseaba que se diese cuenta de que era un acosador que la observaba día tras día.

—¿Habría alguna forma de que grabasen cuando alguien que no sea yo entre en mi despacho?

Eso llamó mi atención. ¿Dónde quería ir a parar? De nuevo pensé que no era el lugar apropiado para hablar del tema que estaba derivando a unos derroteros que no me gustaban ni un pelo. Todos mis sentidos se pusieron en alerta de inmediato. ¡Joder! ¡Esto era una trama apropiada para un *thriller* policíaco, no para mí! Al fin y al cabo, solo era un experto en seguridad informática. Muy bueno, pero el tema de los robos, los contadores de cartas, espías y demás se salían de mis conocimientos. *Avispa* vino a mi memoria, cómo me utilizó para colarse en los sistemas de mis clientes. Recordé la lección que aprendí de ella y el *software* que utilizó para hacerlo. Estaba totalmente depurado.

—Christine, no creo que sea el lugar apropiado para tratar estos asuntos. Son demasiado delicados. La seguridad del hotel se puede ver afectada. Creo que es mejor que quedemos en otro lugar, más seguro, para tratar de todo esto, o comentárselo a la policía. Creo que todo este asunto se nos escapa de las manos. No obstante, déjame probar algo.

—Está bien. Por favor, que esta conversación no salga de aquí. Sé que puedo confiar en ti.

—Y yo, ¿puedo confiar en ti? Me da la impresión de que hay algo que no me cuentas y esa sensación no me gusta.

No sé de dónde salieron esos pensamientos tan repentinos, pero me

arrepentí en cuanto salieron de mi boca. Recordé el tema de Rebeca, cuando estaba enfrascada en la investigación y dudó de Edward, creyéndolo sospechoso. ¿Estaba yo igual? Muy típico, por lo que descarté la idea de inmediato. Ella no tenía nada que ver en todo el asunto, estaba seguro de ello. Mi instinto no me podía fallar.

Llegamos al hotel sin que me contestara a la pregunta, dejándola en el aire. Cada uno nos marchamos a nuestro respectivo despacho para seguir trabajando. Durante toda la tarde me enfrasqué en el *software* que creé para averiguar si *Avispa* me estaba utilizando, mejorando el motor y depurándolo hasta quedar perfecto. Lo puse a funcionar para ver si averiguaba, de una vez por todas, si teníamos alguna puerta trasera por donde se pudiesen colar. El ordenador tardaría horas en chequear a conciencia todo el sistema del hotel. Podrían utilizar cualquier equipo, incluso un móvil de un cliente que se conectase a la red abierta del wifi que utilizábamos para dar otro servicio más.

Mientras dejaba que el ordenador trabajase, fui a la sala de descanso a por otro café. Estaba agotado y necesitaba energías para proseguir, aunque por el momento no sabía nada. Y no sabía si los dos supuestos expertos en seguridad que rondaban el hotel y, a alguno de sus empleados, entre ellos Christine, tenían algo que ver en el asunto.

Saqué el café y, con él en la mano, me volví al despacho. Recordé el tema de la cámara de seguridad del despacho de Christine y programé un sencillo *software* en el que, a través del reconocimiento facial, grabara de manera automática cada vez que había movimientos dentro. Organicé cómo podía realizarlo y determiné que la mejor manera de hacerlo era que, una vez que se detectara el movimiento dentro, haría un reconocimiento facial de la persona. Si era Christine, dejaba de grabar, y si no se trataba de ella, continuaba. Para poder hacerlo, tenía que digitalizar su imagen. Busqué en las grabaciones y escogí una. La que más natural estaba.

A pesar de tener la apariencia de mujer de hielo, fría y pija cuando iba a trabajar, con sus vestidos de marca, sus caros bolsos y perfectamente peinada, en el fondo no era nada de eso. Cualquiera que la tratase lo más mínimo se daba cuenta de ello. En el trabajo era una mujer muy distante que difería mucho de aquella que se derretía cuando estaba entre mis brazos. Recordé los momentos que habíamos pasado juntos y anhelé tenerla de nuevo en mi cama.

Me enfrasqué en el trabajo hasta que la policía vino a mi despacho para hacerme preguntas. Durante más de dos horas estuvieron acribillándome, y yo contestando lo poco que sabía. Estaba agotado. A pesar de no tener nada que ver con todo este sucio asunto, mi trabajo pendía de un hilo. Y eso era algo que no podía permitir.

Eran más de las once de la noche cuando salí del hotel. Mi desgana era tal que no tenía fuerzas ni para coger la moto. Pensé en quedarme en la habitación del hotel, pero tampoco me apetecía estar allí encerrado durante más tiempo. Apoyado en la moto, me encendí un cigarrillo, a la espera de despejar la maraña de pensamientos que bailaban en mi abotargado cerebro.

La vi salir con prisas, casi a la carrera. Su rubia melena al aire, más despeinada de lo habitual, y embutida en su carísimo vestido rojo que realzaba sus curvas, de manera tan sensual, que me dieron ganas de ir hasta ella y taparla para que yo, y solo yo, fuera testigo de su espectacular cuerpo. ¿De dónde cojones habían salido esos pensamientos tan posesivos? Moví la cabeza para sacarlos de ella, mientras la seguía con la mirada. Tiré el cigarrillo y observé cómo se paraba en la esquina del callejón. Parecía nerviosa, no paraba de mirar el reloj y apretarse el puente de la nariz.

Unos minutos más tarde, aparecieron de nuevo los dos tipos de siempre. Me llamó la atención y comencé a observar sus movimientos para saber si podía dilucidar algo, por mínimo que fuese, pero nada más allá de la realidad; solo podía ser testigo silencioso de su estado de ansiedad. Sin darme cuenta de ello, me dirigí hacia ellos. Un instinto de protección apareció de repente; ni podía, ni quería, quedarme al margen. Avancé con pasos apresurados.

Al llegar, los tres me miraron con cara de desconcierto.

—Pensé que estabas demasiado cansada como para salir —le recriminé. No pude evitar que el tono de mi voz saliese más duro de lo que pretendía. Vi cómo temblaba de los pies a la cabeza.

—No es asunto tuyo, ¿no crees? —respondió altiva, mientras levantaba el mentón y erguía su espalda. Parecía que, a pesar de su estado de nerviosismo, tenía ganas de guerra. Metí mis manos en los bolsillos y miré a los tres con una interrogación no pronunciada, levantando una ceja—. Tenemos una reunión.

—¿En la entrada de empleados? —repliqué.

—Sí —contestó escueta.

—¿No nos presentas? —arremetí—. Buenas noches, soy Julio Díaz, jefe de seguridad informática del Complejo Bellalux. —Me presenté, dándole un apretón de manos a cada uno de esos hombres. Quería averiguar de una vez por todas quiénes eran y qué cojones hacían allí.

—Encantado, señor Díaz. Soy Jayden Robinson, y él es mi compañero Izan Smith —respondió, mirando al otro hombre. Pero esa información ya la sabía por la investigación de Eme. Necesitaba tener más datos sobre ellos. Volví mi mirada hacia Christine, que se mordía el labio inferior con saña. Nos quedamos en un incómodo silencio. —Ahora, si nos disculpa, tenemos trabajo por delante. Un placer.

Dicho eso, agarró suavemente a Christine por el codo, le dio la vuelta y salieron del callejón con rumbo desconocido, dejándome desconcertado y con cara de gilipollas. ¡Joder! Cabreado, me giré camino de mi moto, pegándole una patada a una lata de refresco del suelo, provocando un gran estruendo en el silencio del callejón. Arranqué la moto y me marché a casa.

Cuando llegué a la autopista aceleré todo lo que daba de sí. Necesitaba notar la velocidad en mi cuerpo en un vano intento de calmar mis nervios. Éramos uno de los cuatro hoteles más seguros de toda Las Vegas, y justo cuando se necesitaban las cámaras fallaban; no era casualidad y lo tenía muy claro. A cada instante, el pensamiento del sabotaje era más factible. Y tenía la firme sospecha de que se trataba de algún empleado, pero ¿quién? Y lo más importante, ¿por qué?

Llegué a casa con esas dos preguntas en mi mente. No tenía ganas de cenar. La inquietud recorría cada poro de mi cuerpo, así que, sin pensármelo dos veces, me fui desnudando, como era ya costumbre, hasta llegar a la piscina y tirarme de cabeza. Esa piscina se estaba convirtiendo en mi aliada. Tenía en mi mente un maremágnum de sensaciones, pensamientos que no lograba hilvanar. Todo era un gran puzle, donde faltaban la mitad de las piezas.

Nadé hasta quedar exhausto. Salí de la piscina, me serví una copa y me tiré en una de las hamacas del jardín. Poco a poco, el sueño y el agotamiento ganaron al estado de ansiedad en el que estaba sumergido, provocando que cayera en un profundo sueño.

El olor de Christine, sus redondeadas curvas, su escote donde dejaba entrever la suavidad de sus pechos, la curva de su espalda, que había acariciado, esas nalgas que me traían loco y sus carnosos labios, que había mordido y disfrutado... aparecieron en mi mente. ¡Joder! Me desperté de

repente, sudoroso y con una erección de campeonato. Me dolían los huevos, y estaba cabreado. Me fui a la ducha, me vestí más formal de lo que solía hacer y me fui al hotel. Hoy teníamos la visita de la junta directiva y del señor Bellatox. El día iba a ser un verdadero caos.

Cuando llegué a mi despacho, la pila de informes casi llegaba al techo. Debía enfrascarme en el curro y no en mirar por las cámaras de seguridad el despacho de Christine. Encendí la pantalla del ordenador y comprobé que no había terminado de chequear el sistema. Para no ralentizarlo, cogí mi portátil para trabajar con él mientras observaba el progreso. Todavía no había detectado ninguna puerta trasera por donde poder colarse algún hacker y llevaba más del noventa por ciento. Quise probar el *software* que había desarrollado para el despacho de Christine, pero el resultado no me dejó satisfecho. Había cometido un error; si ella entraba en el despacho acompañada, el *software* no grababa porque reconocía su bello rostro.

Pude comprobarlo cuando, al no poder remediarlo, conecté la cámara de su despacho y estaba con los dos tipos de la noche anterior y la cámara no estaba grabando. La puse a grabar manualmente en un impulso que no sabía de dónde había salido. Recordé cuando me preguntó si la cámara de su despacho tenía sonido y recreé toda la conversación por si había algo que se me hubiese pasado por alto, pero nada de lo que recordaba le daba sentido.

Estaba perdido por completo en ese asunto. La imagen de Christine se reproducía en la pantalla, perfectamente vestida, peinada, maquillada, pero con esa tristeza que, para cualquier otro, podría pasar desapercibido, pero que yo veía tan claro como el color de sus pupilas. No podía remediar admirarla.

Cabreado por mi actitud adolescente y acosador, apagué de malas maneras la pantalla sin que dejara de grabar. Lo guardaría todo, por si me servía en un futuro no muy lejano para dilucidar lo que estaba ocurriendo.

El chequeo finalizó y no dio resultado alguno. Cada vez tenía más claro que se trataba de algún empleado que las apagaba manualmente. Recordé que se fichaba a la entrada y salida. Cotejé los datos de cuando se habían cortado las grabaciones y los empleados que estaban en el hotel. Deseché aquellos que no tenían acceso a los despachos y creé un listado con aquellos que sí. Tenía la relación de las claves de seguridad de cada empleado, así que reduje la búsqueda a aquellos que tenían el ordenador con sus claves activas en ese momento.

El registro era demasiado largo. Por otro lado, ¿quién me decía que no

contaban con un cómplice? Algo llamó mi atención. Cada vez que las cámaras se apagaban, tanto Jack como Harris no estaban dentro del hotel. Habían fichado la salida, pero sus claves seguían activas. Eso podría significar que eran despistados, y no apagaban sus equipos, o que lo hacían a propósito para que alguien más realizara el trabajo. Me quedé dándole vueltas a ese asunto más tiempo de lo que querría.

Volví a mirar las pantallas, me quité las gafas y las dejé en el escritorio. Solo deseaba llegar a algo que despejase aquello. Apagué todo, guardé los informes y los listados en el cajón con llave, y me marché al callejón para despejar la cabeza de la neblina que la envolvía.

Me apoyé en la pared, en un lateral y me encendí un cigarrillo. El humo se adentró en mis pulmones, y lo expulsé de forma pausada. Un revoltijo de ideas entremezcladas se abría paso en mi mente, sin ser capaz de tirar del hilo correcto que llevase a la resolución de todo ese lío.

Miré hacia la puerta de reajo. A esas horas, las salidas y entradas de empleados eran pocas. Justo en la esquina paró un coche negro con los cristales tintados, y salieron dos hombres de las puertas delanteras. Se reajustaron las chaquetas y chequearon todo el lugar. Cuando me vieron, me observaron durante varios minutos. Tenían pinta de guardaespaldas. Ya estaba acostumbrado a ellos. Muchos de nuestros clientes contaban con sus servicios, sobre todo personajes del mundo de la política o del espectáculo que se alojaban en nuestro hotel. De la parte trasera salió un señor de mi edad, perfectamente vestido con ropa cara, peinado y engominado hacia atrás, y con postura erguida.

Con paso firme, se dirigió hacia la entrada de empleados. Conforme se iba acercando, lo reconocí; se trataba del señor Bellatox. Había visto fotos de él en la prensa del corazón. A pesar de tratarse de un frío empresario, dueño de la cadena hotelera más importante de los Estados Unidos, también se caracterizaba por sus constantes salidas de tono a la prensa amarillista. Al parecer, tenía un humor de perros, por lo que el día no se iba a caracterizar por la tranquilidad.

Seguí fumándome el cigarro hasta que ellos entraron. Me encendí otro de manera compulsiva. No sabía qué me iba a deparar después de la reunión con ellos, que estaba programada para un par de horas después, y no tenía ninguna respuesta que darles. Los detectives seguían preguntando por el hotel a todas y cada una de las personas que tuvieran algo que ver con el asunto. Y

Christine... no sabía cómo se encontraba ella. Seguro que estaría preocupada y nerviosa.

Terminé mi cigarrillo y me marché al despacho más despacio de lo normal. Solo quería que terminase ese día y se resolviera todo ese embrollo. Yo, como jefe de seguridad informática, estaba metido de lleno en el asunto y, lo peor de todo, totalmente perdido.

Como siempre ocurría, cuando no quieres que llegue un momento, este aparece de manera abrupta. Al llegar a mi despacho, en la puerta, se encontraba el señor Bellatox, Christine y los dos guardaespaldas.

La miré, intentando buscar una explicación, pero su descompuesto rostro no me daba ninguna respuesta. La postura erguida y prepotente del dueño de la cadena me heló la sangre. Estaba seguro de que iba a cortar cabezas y, entre ellas, la mía.

—Señor Díaz, entremos en su despacho, por favor —me dijo, con un gesto de la mano que me invitaba a abrir la puerta. Antes de marcharme, la había cerrado con llave.

Antes de que todo esto comenzara a traerme de cabeza, solía dejar la puerta abierta, sobre todo cuando estaba dentro trabajando. Llevaba un par de semanas que siempre la cerraba y, cuando me marchaba, lo hacía con llave.

Cuando todos entramos en el despacho, el señor Bellatox se acomodó en mi silla. Agradecí en silencio haber apagado todas las pantallas y ordenadores, para no tener que explicar por qué la imagen de Christine estaba en ellas. Fui a hablar, pero el señor Bellatox se llevó el dedo índice a sus labios, pidiéndome silencio.

Los guardaespaldas sacaron unos aparatos de una bolsa que no había visto antes y comenzaron a revisar toda la estancia. ¡Joder, esto parecía una película mala de espías! Y yo, en medio, como el jueves. No sabía muy bien los derroteros por los que iba a derivar la reunión y eso me ponía los vellos de punta.

Esperamos a que los dos hombres realizaran su labor sumidos en un extraño e incómodo silencio. Miraba a Christine por el rabillo del ojo, pero parecía que se había puesto una máscara de frialdad en el rostro. No aparentaba ningún sentimiento. Quise fijarme mejor y un leve temblor de su mano, que intentaba disimular, delataba el estado en que estaba sumida.

Sin poder remediarlo, me acerqué de manera disimulada y le di un apretón en esa mano temblorosa por debajo de la mesa. Ambos nos habíamos

sentado frente al señor Bellatox, en una interminable espera. Quería infundirle valor. Darle a entender que estaba con ella, a pesar de todo, y que podía confiar en mí. Entre todos conseguiríamos saber qué ocurría y proseguir con nuestra labor, mejorando los sistemas para que no volviese a suceder. Era muy fácil decirlo, pero no el hacerlo. Christine giró su rostro, me miró y sonrió. Una sonrisa suave pero verdadera me dejaba entrever más de lo que ella quería.

Me había entendido y era su manera de agradecermelo. La realidad era que los dos éramos los máximos responsables de todo aquello; Christine como directora del hotel, y yo como jefe de la seguridad informática. Y que hubiese un fallo tan gordo como ese, dejaba mucho que desear de mi trabajo.

No podía permitir que se pusiera en duda toda mi labor allí. Eso era un fallo que ya había ocurrido con anterioridad a mi llegada y, casi desde el minuto uno, había estado trabajando en ello, pero, hasta ese momento, no había ocurrido un hecho tan grave como aquel y no se había visto implicado ningún cliente importante. Era algo que le iba a costar una fortuna al hotel y los directivos no lo iban a permitir. Para eso me habían traído y creado un puesto como el mío. Aunque al jefe anterior lo había despedido Christine, tenía menos funciones que yo.

El Bellalux se anunciaba como uno de los hoteles de Las Vegas más seguros, pero habíamos fracasado de manera estrepitosa.

Capítulo ocho



—No voy a pasar por alto todo este asunto. La junta me presiona para que se solucione cuanto antes. ¡Quiero resultados! ¡Y los quiero ya! ¿Me han comprendido? —nos dijo el señor Bellatox en un tono de voz que, aunque bajo y sin alterarse ni un solo pelo de su cabeza engominada, no dejaba lugar a réplica. Ambos asentimos sin decir ni una sola palabra.

—Si me permite decirlo, señor, todo esto ocurría antes de nuestra llegada. En cuanto me di cuenta, me puse a revisar todo el sistema para ver si encontraba el fallo —le expliqué. Intentaba calmar los nervios e infundir valor a Christine, que continuaba temblando como una hoja.

De repente, vi que cogía aire, erguía la espalda, miraba directa a los ojos de nuestro gran jefe y reunía el valor suficiente para enfrentarse a él. Dejó de temblar y aparentó una tranquilidad y seguridad que no sentía.

—Comprendo que le preocupe todo este incidente. Tanto el señor Díaz como yo llevamos un tiempo trabajando para solucionar este inconveniente. Era algo que ocurría antes de nuestra incorporación, por lo que la resolución puede llevar más tiempo de lo que en un principio pensamos y estamos tomando todas las medidas precisas. De hecho, en cuanto me incorporé a mi puesto e intuí lo que ocurría, la primera decisión que tomé fue despedir al antiguo jefe de seguridad, contratar al señor Díaz, que es uno de los mejores en su rama, y asignarle la seguridad de todo el complejo, llegando, incluso, a quitar algunas de sus funciones a antiguos empleados. —Hizo una pausa, tomó aire y continuó hablando—. Por lo tanto, no voy a permitir que se ponga en entredicho nuestra labor, que se está desarrollando de manera impecable. Ruego que nos dé el tiempo necesario para resolver todo este asunto de la mejor manera sin que el buen nombre de nuestra cadena se vea afectado por ello. Tomaremos todas las precauciones para llevarlo con la mayor discreción posible; de eso, no le quepa la menor duda.

—¿Cómo piensan arreglarlo sin que eso suceda? Por lo que sé,

tenemos a uno de nuestros mejores clientes, no solo de este hotel, sino de cualquiera de nuestra cadena alrededor del mundo, con un enfado bastante considerable —dijo, esta vez, alzando el tono de voz mientras se ponía en pie, apoyaba las manos en la mesa y acercaba su amenazante cara a nuestros rostros.

El señor Bellatox nos miró a ambos a la espera de una explicación, aunque no la teníamos... Solo una serie de hechos sin ningún nexo en común. ¡Joder, era una mierda y lo peor era que todos lo sabíamos!

—Señor, si me permite, le mostraré algunos hechos que creemos que están ocurriendo en el hotel y que seguro tienen algo en común entre ellos; aunque aún no sepamos de qué se trata. Tanto la señorita Williams como yo estamos en ello, solo necesitamos algo más de tiempo. —Improvisé sobre la marcha. Christine y yo habíamos comentado algo, pero no más allá de unas simples frases. Aunque no me pasaron por alto las palabras de Christine al decir que ese era el motivo por el que me habían contratado, ni por supuesto, por el que despidieron al anterior. Y si era así, ¿por qué no me dijeron nada? ¿Por qué no me habían convocado a una reunión para comentarlo?

—Está bien, os doy una semana de plazo. En ese tiempo, me alojaré aquí. Me informaréis en todo momento de cualquier dato o sospecha, y tendremos las reuniones en una sala que acomodaré para ello. Hay micrófonos en el despacho de la señorita Williams. Con el tiempo, he aprendido que nunca debo hablar sin comprobar la seguridad con antelación. Y todo lo sucedido creo que es un hecho lo suficiente grave como para tomar cartas en el asunto. Os pido discreción. Cualquier cosa que necesitéis me lo haréis saber a mí o a ellos —dijo, señalando con la cabeza a los dos hombres que nos acompañaban en la reunión y que no habían abierto la boca—. En ningún momento comentéis este asunto con nadie más. Si alguien os pregunta por mi presencia, diremos que estoy haciendo un estudio de reestructuración en la cadena —explicó, mientras se reacomodaba la chaqueta y salía del despacho.

Cuando se marchó, ambos suspiramos y dejamos salir el aire que habíamos retenido casi sin darnos cuenta. Nos encontrábamos desorientados y confusos. Debíamos darle algo en una semana y no sabíamos por dónde empezar; pero, al menos, teníamos la certeza de que mi despacho estaba limpio de micros. La pregunta del millón era... ¿hasta cuándo? No podíamos correr el riesgo de mantener allí las reuniones para que, en cualquier momento, fuesen escuchadas por algún indeseable.

Sin saber el motivo aparecieron en mi mente Jack, Harris y sus innumerables faltas al puesto de trabajo, alegando reuniones con clientes. El enorme puzle que teníamos delante no cesaba de aumentar. Los pequeños hurtos en habitaciones de clientes pasaron a ser algo de mayor índole, ya que, al robar en la habitación de los señores Arpels^[2], se convirtió casi en un conflicto internacional. No podíamos permitirnos el lujo de fallar.

—¿Te parece bien si cenamos esta noche en mi casa y ponemos en común lo que sabemos? —Improviseé, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de pasar una noche más con ella.

—Me encantaría, pero esta noche cenaré con el señor Bellatox. Me invitó antes de que llegaras. Tenemos que hablar de varios asuntos pendientes del hotel —explicó con voz cansada.

—De acuerdo. No te preocupes, otro día —respondí un tanto desilusionado.

La verdad era que, aunque no lo había planeado, al planteárselo a ella, me ilusioné con pasar una velada como la anterior. Estaba claro que debíamos trabajar, pero también podíamos tener una noche tan mágica como aquella. Una extraña punzada me recorrió el cuerpo al darme cuenta de que en lugar de cenar conmigo, en mi casa, lo haría con el señor Bellatox; un hombre sin escrúpulos, frío y con cierta fama de mujeriego. Christine era una mujer preciosa, de la que cualquier hombre se podría enamorar. No me extrañaría que el señor Bellatox se rindiera a sus pies, y de inmediato me cayó mal, engrosando la lista de tíos con los que no me gustaría encontrarme, como Max, su anterior pareja.

El día pasó casi en un suspiro entre extenuantes reuniones con los detectives, que estaban tan perdidos como nosotros, y con el equipo para determinar el fallo de las dichas cámaras. Por supuesto, ni Jack ni Harris, aparecieron por el hotel y los detectives tampoco los localizaron.

—No los encuentran porque la policía no ha ido a Ships. Seguro que se dan una vuelta por allí y lo hacen en dos segundos —bromeó Tom, una vez que se marcharon los detectives.

—Últimamente pasan allí las horas muertas. No tengo ni la más remota idea de lo que hacen durante tanto tiempo —contestó Oliver.

—Pues qué van a hacer, lo mismo de siempre. Tomar unas copas, disfrutar del espectáculo y, con suerte, tirarse a alguna de las *strippers* —

concluyó Tom. Ambos se carcajearon e imité su gesto, disimulando. La verdad era que yo también me lo preguntaba.

—Cambiando de tema, macho, ¿qué tal la reunión con el gran jefe? Está claro que todo este asunto del robo nos va a traer consecuencias —preguntó Oliver, esta vez, con un tono de voz más serio.

—Pues todo lo bien que puede ir. Por lógica, está cabreado. Aunque es normal con un robo de esta índole. —No ahondé mucho más en el asunto. Todos sabían que estaba cabreado, porque el cotilleo de su visita corrió como la pólvora entre los empleados del hotel—. Lo dejaré en manos de la policía. Estará unos días viendo cómo va todo y luego se marchará —concluí con la mayor normalidad—. Bueno, dejémonos de chorradas y sigamos trabajando, a ver si podemos solucionar esto lo antes posible.

No quise entrar en detalles. Cada uno de ellos repasaba una parte del proyecto diferente, repartiendo el trabajo para terminar antes. Después comprobaría los resultados de ambos. Esperaba que arrojase algo de luz antes de marcharme esa noche. Recordé que debía comprar una cama para que Eme durmiese en ella. Llamé a una tienda de muebles y la compré. La instalaría en el despacho esa noche.

Después de más horas de trabajo de las previstas di, por fin, con la prueba de que las apagaban manualmente, a través de cortes en las líneas de *software*. Realicé un pequeño programa que daría con la IP desde la cual localizaría el ordenador desde donde se hacía.

Con media sonrisa en la boca y una sensación agridulce en el cuerpo, me disponía a marcharme a casa. Lo apagué todo, pero al hacerlo con las cámaras no pude remediar mirar el despacho de Christine.

Estaba trabajando, absorta, con el pelo recogido, aguantado por un lapicero. El teléfono sonó, y fui testigo directo de cómo, poco a poco, demudaba su hermoso rostro. Escueta, contestó algo y colgó. Con el semblante serio y blanquecino, y sus manos temblorosas, tecleó algo en su teléfono móvil. Durante un rato, estuvo dando vueltas alrededor del despacho, parecía un león enjaulado listo para atacar.

Me preguntaba qué le podría pasar. Ya eran muchas las ocasiones en las que parecía transformarse, y la tristeza inundaba su rostro jovial y alegre. De repente, la puerta del despacho se abrió de forma abrupta y entraron Jayden Robinson e Izan Smith, los dos hombres que se presentaron con anterioridad en el callejón y que solo sabía que eran expertos en seguridad.

Comenzó a hablar con ellos de manera agitada, moviendo de manera frenética las manos, mientras los dos hombres intentaban tranquilizarla.

Observé la escena como un mudo espectador, preguntándome una y otra vez, qué le pasaba. No daba con una respuesta clara. En un principio, pensé que se trataba de una mera añoranza por la lejanía de su familia, pero después de verla en más de una ocasión con esos hombres me lo replanteaba. La duda surgió en mi pecho una vez más. ¿Y si, de alguna forma, estaba involucrada en todo el asunto del hotel? Quizá, solo lo estaba de manera involuntaria...

En ese momento, mi móvil sonó, sacándome de mis pensamientos. Unos pensamientos que no me llevarían a ninguna parte, solo a calentarme la cabeza con todo este embrollo del que no lograba tirar de un hilo que me llevase a desmadejar el asunto. Miré la pantalla iluminada con el nombre de Eme.

—Macho, ¿cómo estás? —pregunté al descolgar.

—De puta madre. Ya he pillado el vuelo para ir a verte, mamonazo. Espero que me tengas preparada una buena habitación. Te llevo información que bien merece la pena un recibimiento de lujo.

—¿Qué información? —pregunté apresurado e inquieto.

—Para el carro. Por teléfono, no.

—¿Cuándo vienes?

—Tu amiga, esa que no se depila, pero que siempre está dispuesta a echarle una mano, ha adelantado mis vacaciones para hacerte un favor. ¡Y no te ilusiones, no me van los ositos!

—¡Joder, todavía estás con eso de que no se depila! Creo que ya está desfasado.

—Sí, pero me gusta chincharla. A ella, y a Edward, que cada vez que me escucha, ladra. —Ambos nos carcajamos—. Lo dicho, tengo vuelo reservado para mañana. Así que en unas horas nos vemos, capullo.

—Gracias. No sé cómo agradeceréoslo. Esto que hacéis por mí es un gran favor.

—No me las des. Me lo voy a cobrar con barra libre de diversión.

Después de unos minutos más charlando, nos despedimos. Esperaba que, con la nueva información que Eme traía, se aclarase algo más. El ambiente estaba calentito; por un lado, el problema con la policía rondando todo el día por el hotel, molestando no solo a los trabajadores, sino también a

los clientes; por otro, los propios empleados molestos por la presencia del gran jefe, el señor Bellatox, porque pensaban que peligraban sus puestos de trabajo. Los rumores de todo tipo rulaban como la pólvora.

Había sido un día agotador, como todos los que vivíamos desde que llegué. Vine con el propósito de diseñar nuevos sistemas y controlar la seguridad informática de un gran complejo hotelero, pero no para verme involucrado en un asunto que aún no era capaz de comprender.

Antes de apagar las cámaras eché otro vistazo de forma impulsiva a su despacho. Tenía que ver de nuevo esos labios que había probado, la suavidad de sus curvas, la sensualidad de su cuello... En cambio, lo que vi no me gustó ni un pelo, ya que encontré al señor Bellatox en su despacho y le hablaba demasiado cerca para mi gusto. Ya no estaban los dos hombres trajeados, y el compungido gesto de ella denotaba la incomodidad que le causaba. Me levanté de la silla como si pinchase para no perderme ningún detalle. Él la cogió por el codo, en un vano intento de acercamiento, mientras Christine intentaba desembarazarse de su agarre.

Se volvió un poco más rudo, y no pude evitar apagar las cámaras de forma brusca y correr hacia el despacho de ella. Los largos pasillos hasta el suyo me parecieron eternos. Parecía estar en un sueño, donde los pasillos se volvían más y más largos cada vez.

Kimani se asustó cuando di un manotazo en la mesa para llamar su atención. Cuando me vio, sonrió.

—Julio, está reunida con el señor Bellatox. Tengo estrictas órdenes de no molestar.

—Pues lo siento, porque no pienso perder el tiempo. Está en apuros.

—¿Cómo lo...?

Fue lo último que escuché cuando abrí la puerta del despacho sin llamar. Sabía que la había cagado, pero no me importó. Christine parecía a punto de llorar, mientras el señor Bellatox la agarraba por la cintura e intentaba besarla. ¡Besarla! De repente, se separó como si quemara.

—Siento irrumpir de esta manera, Christine, pero creo que hay algo que deberías saber —improvisé sobre la marcha.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras volvía hacia su mesa y se sentaba, con los ojos cargados de lágrimas contenidas y aparentando normalidad. Cogió aire, llenó sus pulmones y lo expulsó de manera pausada —. Sabes que debes comunicarme de inmediato todos los asuntos importantes.

—Por eso he venido en cuanto lo he visto —le respondí, mirándola a los ojos, infundiéndole toda la tranquilidad posible—. He descubierto la prueba definitiva que demuestra que apagan las cámaras de manera manual a través de unos cortes en las líneas del *software*. He creado un programa que dará con la IP que nos llevará hasta el dispositivo desde donde se hacen. Pensé que querríais saberlo —dije, encogiéndome de hombros.

—Cierto, es un gran avance. Gracias —prosiguió ella, respirando con alivio—. En cuanto tengas más datos, por favor, dímelo.

Escuché un carraspeo a mi espalda. El señor Bellatox, con un semblante serio, se alisaba su impoluta chaqueta y se la abotonaba.

—Con vuestro permiso, tengo que marcharme. Aún hay varios asuntos que debo solucionar antes de la cena. La espero en el restaurante a la hora acordada, señorita Williams. Por favor, no se retrase.

—No se preocupe, señor Bellatox., enseguida me reúno con usted.

Dicho eso, el señor Bellatox salió del despacho y cerró, dando un sonoro portazo. Estaba cabreado. Ambos nos miramos durante un rato.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me salvas. Pareces mi caballero de blanca armadura. Gracias —dijo, mientras se levantaba y avanzaba a paso lento hacia mí, con voz suave y baja.

—Siempre que pueda, te salvaré de los dragones —contesté para hacerla reír. Avancé hacia ella unos pasos—. No tienes nada que agradecer.

—Pero me gustaría hacerlo. —Suspiró de manera suave, dejando escapar el aire entre sus labios, esos mismos que me tenían extasiado, con ganas de seguir probando su sabor, en mi casa, en mi cama. Pero hoy no iba a ser posible. Tenía una cita ineludible con el cabrón de nuestro jefe—. Tengo una idea, ¿qué te parece si quedamos mañana para cenar? Te invito yo.

Por muy apetitosa que me pareciera la idea, no podía. Debía recoger a Eme del aeropuerto, que llegaba al día siguiente. No quería negarme, pero tampoco podía aceptar. Estaba en un jodido lío y eso me provocó un dolor sordo en el pecho que no me dejaba apenas respirar. Estaba tan bonita que no pude resistirme. Me acerqué más a ella, la agarré suavemente por la cintura y la atraje hacia mí, colocando mis manos alrededor de sus caderas, para subir por su espalda. La abracé con ternura, inspirando y empapándome de su olor fresco, suave, que me volvía loco. Bajé hasta el cuello, lo besé y ambos temblamos. Sus manos subieron hasta mi nuca en una sutil caricia y, de nuevo, un placentero escalofrío recorrió mi cuerpo. No sabía qué me ocurría con

Christine. Todas esas deliciosas sensaciones que sentía con ella no las había experimentado nunca y un jadeo se escapó de mi boca.

Me separé unos milímetros, los justos para mirarla a los ojos, y nos sonreímos con timidez. Parecíamos dos adolescentes en una primera cita. Con la lengua recorrió su labio inferior, humedeciéndolo, ofreciendo un espectáculo que se me antojó de lo más erótico. Y no pude resistirme. Acerqué mis labios a los suyos y me recreé en su sabor, lento, pausado, que incitaba a más. Esta vez, fue ella la que dejó escapar un jadeo, excitándome como no lo había estado en mi vida. La besé, resistiéndome; no quería ceder a mis instintos. Fueron besos cortos, hasta que abrió la boca, dejando paso a mi ansiosa lengua. Recorrí con demasiada lentitud cada recoveco, extasiado. Quería más. Deseaba más. La alcé a pulso y enrolló sus piernas alrededor de mi cintura, encendiéndome.

—No pares, Julio. Por favor, no lo hagas —me suplicó Christine, entre suaves jadeos.

—No pienso hacerlo —dije, mientras devoraba su boca, la agarraba por las nalgas y la apretaba contra mi erección para que supiera cuánto la deseaba.

—*Christine, siento interrumpir, pero el señor Bellatox la espera. Dice que no le gusta que lo hagan esperar.*

La voz de Kimani se coló en la estancia por el intercomunicador, dejándonos jadeantes y desesperados por continuar. Ambos cerramos los ojos e intentamos tranquilizarnos. Cuando los abrí, la enorme sonrisa de Christine me daba la bienvenida; una verdadera, que llegaba a esos hermosos ojos que me tenían hipnotizado. Con suavidad, la dejé en el suelo.

Me moría por probar su humedad, por saber si me deseaba tanto como yo a ella. Como pudimos, nos recompusimos en un vano intento de aparentar normalidad. La miré una última vez antes de marcharme. Sus brillantes ojos, sus mejillas arreboladas y sus carnosos labios, hinchados por mis besos, me sacaron una sonrisa. El deseo destilaba por cada poro de su piel, al igual que lo hacía el mío. Estaba tan bonita.

Tenía un grave problema. Como siguiera de esa forma iba a tener un dolor de huevos que no se me quitaría en la vida, pero merecería la pena. Algo cambió en mí el día de la cena en mi casa, y estaba seguro de que cuando me enterrase en ella, nada sería igual. Solo estaría ella. Y esa sensación me gustó pero, a la vez, me acojonó.

—Debes marcharte, pero esto no ha terminado aquí —le dije, mientras la volvía a besar. Un simple roce en los labios que me hacía querer más y más.

—Espero que no termine aquí. Tenemos... una conversación pendiente —me respondió, mientras me guiñaba un ojo de manera coqueta, con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

Ambos salimos de despacho como si nada, intentando disimular lo que había ocurrido. La sonrisa de Kimani se hizo más amplia cuando nos vio pasar. No nos despedimos, ni hubo beso de buenas noches, ni un roce de nuestras manos. Tan solo cogimos cada uno por un lado, separando nuestros caminos, como si se tratara de una broma pesada del destino.

Salí del hotel con la sensación de no querer hacerlo. Recordé sus ojos y quise perderme en ellos, en ese mar profundo, en el color del cielo veraniego, muriéndome de rabia por la separación y de anhelo por ella, de abrazarla para siempre, de amanecer a su lado el resto de mis días. Eran sensaciones tan nuevas para mí que no las comprendía, y eso me frustraba.

El viento caliente del exterior, a pesar de ser bastante tarde, me despertó de la ensoñación que me envolvía desde que salí de su despacho. Jack y Harris cruzaron la esquina del callejón, y los seguí con la mirada. No tenía constancia de que hubiesen ido hoy al hotel.

Volví hacia mi despacho, corriendo por los pasillos que llevaban al área de personal y al centro neurálgico de seguridad. Intenté abrir la puerta del despacho con tanta ansiedad que las llaves se me cayeron. Al tercer intento, entré deprisa, volví a encender todo y comprobé en el *software* que no habían fichado en todo el día.

Los busqué a través de las cámaras, pasando de una a otra con rapidez. ¿Qué coño hacían en el hotel si no estaban trabajando? Comprobé el vestíbulo, el casino, los diferentes restaurantes... pasando imágenes de todos los espacios del hotel.

Nada.

Ningún resultado.

Parecía que el hotel se los había comido.

La incertidumbre se apoderó de cada poro de mi piel. No podía seguir así; si quería adrenalina, aquí tenía más que si me tiraba en caída libre desde un puto avión. Pasaba de la excitación más erótica a la ansiedad por averiguar algo, como si pasase de un primer plato a un segundo sin llegar nunca al postre. Durante horas, me enfrasqué tanto en buscar, que se me olvidó ir a casa

a descansar. Quería que toda esa pesadilla terminase de una vez por todas.

Cuando me di cuenta, eran las ocho de la mañana y seguía en el hotel. No había dormido y tampoco los había localizado. ¿Dónde se habían metido? La pregunta no dejaba de rondarme por la cabeza.

Me fui hasta la recepción del hotel; debía alquilar un coche y recoger la cama que había comprado el día anterior.

También tenía que recoger a Eme en el aeropuerto y en mi moto no podía hacerlo. Me llegó al móvil un mensaje de Rebeca.

Reb

No te olvides de recoger a Eme. Es capaz de quemar Las Vegas.

Julio

No te preocupes. Estoy alquilando un coche.

Reb

¿Intentas impresionarlo?

Julio

No. En mi moto creo que es imposible llevar maletas.

En ese momento, mi compañero de recepción me dio las llaves del coche de alquiler, las cogí, les di las de la moto para que se encargaran de llevarla a mi casa y me dirigí al aparcamiento. Había alquilado el más pequeño, un Chevrolet Spark en rojo brillante. Tampoco necesitaba nada más y lo devolvería al día siguiente. Sonreí al pensar en las burlas de Eme respecto al tamaño. No era habitual ver aquí coches de ese tipo.

Miré la hora. Aún tenía tiempo suficiente de llegar a casa, que viniesen a entregar la cama, darme una ducha e ir al aeropuerto. Me monté y conecté el móvil a los altavoces para poner música. Sonó *Every Breath You Take*, de The Police, y subí el volumen. Me encantaba esa canción. Y con ese sonido de fondo salí del aparcamiento.

Estaba agotado. El sol de frente, junto a la noche en vela, hicieron mella en mi exhausto cuerpo. Me puse las gafas de sol y encendí a tope el aire acondicionado para que me diese en la cara. No podía quedarme dormido, aún quedaba un largo día por delante.

Recordé a Christine. No pude pensar en ella en toda la noche mientras buscaba a ese par, que algo tramaban, y me frustraba no saber el qué. ¿Cómo le habría ido con el señor Bellatox? ¿Habría intentado algo más? Di un fuerte porrazo al volante. Tenía tantos frentes abiertos que no sabía ni por dónde empezar.

Todas las veces que intentaba tirar de algún hilo, la búsqueda se convertía en un puto fracaso. Como esa noche, que me la pasé en vela intentando localizarlos por el hotel. Estaba claro que las cámaras no mostraban cada rincón del complejo, y que este era uno de los más grandes de Las Vegas, pero en un momento dado de la noche, incluso, llegué a pensar que verlos fue fruto de mi imaginación. ¡Joder! Pegué otro fuerte golpe al volante. ¡Me estaban jodiendo!

No sabía qué información traía Eme. Al parecer, demasiado delicada para comentarla por teléfono. Los detectives llevaban días rondando el Bellalux sin resultado alguno. Nos dábamos golpes contra una pared.

Con esos pensamientos, llegué a casa y me di una larga ducha en agua caliente para desentumecer los músculos. Estaba tan tenso como las cuerdas de un violín. En ese momento llegaron para montar la cama de Eme, ya que el día anterior no pude por trabajo. Como faltaba una hora para ir al aeropuerto,

salí al jardín a fumar un cigarro y tomarme un café bien cargado para despejarme.

Mis pensamientos volvieron a Christine. Era algo nuevo y único, y en ese momento, me di cuenta de que había caído en sus redes. Estaba rendido a su belleza, a ese halo de tristeza, pero también a su sonrisa, a sus carcajadas, a verla feliz cuando la cogí en brazos la noche de la cena y la tiré a la piscina; a sus ojos suplicantes en el despacho, el día anterior; a sus jadeos cuando la besaba; a la forma de ponerse ese moño deshecho y sujeto por un lapicero; a la manera en que fruncía el ceño cuando se concentraba; a la forma en que mordía el bolígrafo y lo chupaba cuando miraba la pantalla del ordenador; a la sensualidad cuando se mordía el labio inferior y me invitaba a pasar la noche recorriendo cada rincón de su cuerpo, y amanecer con ella a mi lado, para volver enterrarme en ella.

En ese instante, supe que estaba por completo enamorado de ella. Daría incluso mi vida por Christine. Verla feliz, sonreír y reír a carcajadas se había convertido en mi objetivo casi sin darme cuenta. Recordé a Rebeca y Edward. La manera que tenían de buscarse por debajo de la mesa, sus miradas de complicidad, la sonrisa tonta que se instalaba en el rostro de mi amiga cuando miraba a su marido.

Un escalofrío me recorrió y el miedo se instaló en mi mente. ¿Y si ella no sentía lo mismo por mí? ¿Sería capaz de hacer el amor con ella sabiendo que sus sentimientos no eran los mismos? La presión en el pecho se hizo más persistente, y comprendí que era el temor a no ser correspondido. Esa desconfianza que tenemos cuando nos enamoramos. Pánico irracional a que nos defrauden y a perder a esa persona que se ha convertido de repente en nuestra razón de ser.

Me encendí otro cigarrillo en un vano intento de calmar los nervios. Le di una honda calada para que la nicotina inundase cada centímetro de mi cuerpo. Terminé de tomarme el café, ya frío, apagué el cigarrillo y entré en casa para vestirme e irme al aeropuerto.

Cuando llegué, aún quedaba media hora para que aterrizase el avión. Venía con un poco de retraso, por lo que fui a la cafetería a tomarme otro café. Necesitaba cantidades ingentes de cafeína en mi cuerpo, si quería pasar el resto del día en pie. Estuve hojeando las páginas de un periódico y mirando el móvil. Cualquier distracción era buena para despejar la mente de todos los pensamientos de mi cerebro.

Media hora después, fui dando un paseo por el aeropuerto hasta la T3, parando por el camino a la espera de escuchar por los altavoces la indicación de que el vuelo había llegado. Miré el escaparate de las numerosas tiendas. Vi un enorme unicornio con muchos colores vivos y brillantes. Recordé a Mara y su afición a ellos. Casi sin pensármelo, entré y lo compré. Le prometí enviarle una caja repleta de juguetes junto al unicornio más bonito que viese. Sabía que ese le iba a gustar porque predominaba el rosa sobre el resto de los colores.

Cargando con el dichoso unicornio y con una sonrisa en la boca, imaginando la cara de la niña al verlo, me fui hasta la salida de viajeros para recoger a Eme. Absorto en mis pensamientos escuché la voz de mi amigo.

—Vaya recibimiento, macho. ¿Esto es para mí o esperas a la pequeña Mara?

Capítulo nueve



Eme

La Capi me llevaba al aeropuerto en su coche, mientras íbamos en un silencio incómodo. A pesar de que me ayudaba, no estaba conforme con lo que iba a hacer. Decía que huía de los problemas en lugar de enfrentarme a ellos. Tuvimos una bronca monumental porque sabía que, en el fondo, no volvería a España. Rebeca me conocía demasiado bien.

Hace un par de años decidí tirarme a la piscina y trasladarme a España con Rebeca para trabajar en su empresa. La echaba de menos, para qué negarlo. Llevábamos mucho tiempo juntos. Gloria y yo habíamos consolidado nuestra relación y nos ofrecieron un puesto de trabajo a ambos.

Todo iba bien, y Málaga era una ciudad perfecta para vivir, con un clima maravilloso. Estaba con mi chica, con la que tenía una buena relación. Y, lo más importante, al lado de Rebeca y su hija, Mara, que me llamaba su tito *prefe*. Y yo encantado con la cría. Muchas veces, tanto Gloria como yo, nos quedábamos en casa cuidando de ella mientras los dos tortolitos buscaban un poco de intimidad. La cría era todo un personaje. Ambos bromeábamos con Rebeca cuando, al despedirnos, le preguntábamos si se había depilado. Hasta la cría hacía bromas, imitándome. Claro que... yo la incitaba.

La cuestión era que, con el tiempo, los dos nos convertimos en perfectos compañeros de piso. Preferíamos quedarnos con la cría un sábado por la noche, antes que ir los dos solos a tomarnos una copa, disfrutar de una cena o echar un polvo. Gloria era una chica cañón, preciosa y divertida, pero llegó un momento en que, pasado los inicios, cada vez nos buscábamos menos. El sexo pasó a ser algo prescindible en nuestra relación y... ¡Joder! Aún éramos jóvenes. La polla la tenía para algo más que para mear. Y deseaba usarla, pero no con Gloria. ¡Y ese era el puto problema!

Al final era como mi hermana, aquella que no tenía, o como Rebeca, una amiga que siempre estaba ahí. Eso no era una relación sana para ninguno de los dos. Lo hablamos y ambos estuvimos de acuerdo en separarnos e intentar rehacer nuestras vidas cada uno por su lado. Ella comenzó a salir los sábados por la noche y yo, desde que Julio se marchó, me quedaba más tiempo en casa con la pequeña Mara.

Un fin de semana que Gloria salió, estaba desesperado por echar un polvo. ¡Joder, llevaba más de un año sin mojar y eso era mucho para mí! Se me iban a gangrenar los huevos. Lo peor de todo era que no tenía ni tan siquiera ganas de ir a tomar una copa y tirarme a cualquier mujer en un bar. Patético. Casi sin ganas de nada, llamé a una profesional. Tenía una en casa a la siguiente hora. Un polvo rápido, sin explicaciones, sin saber su nombre. Un desahogo en toda regla. Y la chica en cuestión era un bombón que me cabalgaba de la hostia. Hasta que llegó Gloria, y se me bajó el calentón de golpe.

Una cosa era hablarlo... y otra, verlo. Entendí el enfado de ella, los días que se llevó sin hablarme y, cuando por fin lo hicimos, fueron los reproches por hacerlo en casa. Estaba avergonzado. La verdad es que me dejé llevar. Pero no sabía qué me pasaba últimamente que no tenía ganas ni de salir a la calle. Me daba pereza.

Me dolió verla llorar por primera vez, defraudada conmigo y mi comportamiento. A la semana siguiente se buscó una habitación en casa de una de sus amigas. Gloria se había adaptado mejor a la vida que llevábamos. Quería más, pero no por eso me dio en las narices con ningún tío y respetó nuestra casa. Fui un cabrón.

A Rebeca le conté parte de la verdad porque estaba encantada con nuestra relación. Se llevaba a las mil maravillas con Gloria. Había encontrado una amiga, cosa que no tenía desde que entró en el ejército. Salía con ella a tomar café, a comprar la ropa de Mara o tomar una copa. ¡La había cagado bien! Aunque sabía que, con el tiempo, Rebeca me perdonaría; siempre lo hacíamos, por mucho que metiéramos la pata.

—Recuerda que vas a trabajar. No te desfases mucho, que te conozco —rompió el silencio del coche, sacándome de mis recuerdos de golpe.

—Lo sé, Capi, pero siempre hay tiempo para todo —contesté, mientras le guiñaba un ojo.

—Te lo digo en serio. Julio está en problemas y necesita nuestra ayuda.

No está acostumbrado a este tipo de cosas y me da la impresión de que hay mucha gente metida en el ajo. Gente importante, ya lo sabes. ¡Es experto informático en seguridad cibernética! ¡Joder! —gritó, dando un fuerte golpe al volante.

—Tranquila, saldrá de esta —intenté tranquilizarla, aunque sabía que no funcionaría con ella. Se moría por ir y, si no fuese por la pequeña Mara, la que volaría rumbo a Nevada sería ella, y no yo.

—Prométeme que me informarás de todo. Te lo advierto, Eme, no vuelvas a meter la pata.

Y con esa amenaza llegamos al aeropuerto, donde nos despedimos con un fuerte abrazo. Había llegado la hora de separar nuestros caminos. No sabía qué me depararía el futuro, pero no estaba en España, y menos, en Málaga. Tenía ganas de llorar como un niño pequeño. Cuando miré a Rebeca y vi sus ojos cargados de lágrimas, el nudo que tenía en la garganta desde hacía mucho tiempo se hizo más presente. No pude, ni quise, reprimir las mías. Habían sido muchos años juntos, pasado infinidad de cosas, misiones, viajes de placer, compartido miles de cervezas, y llegaba el momento de un adiós definitivo. No sería igual para ninguno de los dos. Ella tenía su vida aquí, junto a su familia, a su marido y su hija. No iba a separarse de su madre ni de su abuela. En cambio, yo no tenía nada que me amarrase a ningún lugar. No tenía familia, ni una mujer a mi lado, mis amigos habían formado sus propias vidas. Todo había cambiado en estos últimos tiempos. Habíamos madurado, crecido y cada uno había escogido su camino. Y yo continuaba estancado en mi vida. Aquí la tenía a ella, la persona más importante en mi vida junto a su hija. Esta separación iba a ser muy difícil, pero había llegado el momento de continuar y seguir mi propio camino, tal y como había hecho ella.

Seríamos amigos para siempre, de esos que se felicitan por Navidad o cumpleaños, o que una vez al año intentan que coincidan sus agendas para disfrutar de unos días juntos, que puedes contar con ellos para cualquier problema. Esa clase de amigos que remueven cielo y tierra por ayudarte, como estaba haciendo con Julio.

Me deshice de su abrazo. Ninguno de los dos podíamos hablar. Sobraban las palabras.

—Te llamaré en cuanto aterricemos —le dije con apenas un susurro de voz. Me di la vuelta y me marché sin mirar atrás. No podía. Dejé que mis lágrimas se deslizaran libres por mis mejillas tras mis gafas de sol.

Mis nervios estaban más calmados cuando llegó la hora del embarque. De todos modos, necesita tranquilizarme. Mucho.

Las primeras horas del vuelo fueron bastante tranquilas. Iba sumido en mis pensamientos, abstraído de todo lo que ocurría a mi alrededor. Repasé los informes que le llevaba a Julio. El cabrón estaba metido en un lío de cojones, y no sabía qué ocurriría con todo eso.

Llegó la hora del almuerzo y una preciosa azafata se acercó a ofrecermelo el menú. Por desgracia, ella no estaba entre los platos del día. ¡Una lástima! Extrañaba las largas conversaciones con Gloria durante la hora del almuerzo o de la cena. Le tenía cariño y deseaba que encontrase a alguien que supiera hacerla feliz. Desgraciado del tipo que le hiciese daño, porque se tendría que enfrentar a mi furia. A pesar de todo lo ocurrido entre nosotros, la apreciaba mucho. Aunque eso no era suficiente; nunca lo fue, y ambos éramos conscientes de ello.

La culpabilidad, ese sentimiento que estaba anclado en mi interior resurgió con fuerza. Había llegado el momento de separarme de ella y lo haría en el mismo instante que pisara el aeropuerto de McCarran. Hasta entonces, durante este trayecto, me regodearía un poco más.

Me quedé dormido y, al despertar, aún faltaba una hora para llegar. Le pedí a la azafata un botellín de agua, coqueteé un poco con ella, por matar el aburrimiento. Recordé el viaje que hice con Rebeca, cuando tonteeé con una chica en el aeropuerto, solo por diversión. En ese viaje conoció a Edward y cambió su vida. Estaban predestinados a estar juntos. Fue algo casi improvisado que provocó que conociera al amor de su vida. El azar volvió a hacer de las suyas cuando, al cambiar de destino en el trabajo, coincidió que él era su superior. A veces, ese destino, en el que tanto cree mi amiga, gasta unas bromas bastante pesadas. ¿Se habría olvidado de mí? ¿Tendría que ser un vividor follador como aquel cuarentón de la serie que veía junto a Gloria en España? No estaría mal del todo, pero eso también cansaba. Al final, sería el viejo de los gatos. Bueno, en mi caso, preferiría ser el de los perros.

Recuerdos, recuerdos y más recuerdos. Nostálgicos, buenos y mejores. Había tenido una buena vida, para qué negarlo. Tenía grandes amigos, viajaba, estuve en el ejército y en misiones que me encantaban. Practicaba todo tipo de deportes. Cuanto más riesgo, mejor. Entonces, ¿por qué me sentía cómo si me faltara algo? Me preguntaba una y otra vez si, para ser feliz, el ser humano necesitaba de alguien a su lado. ¿No se podía ser plenamente feliz sin pareja?

Sin ataduras, sin explicaciones, sin numeritos ni escenas, viajando libre, trabajando con entera libertad en lo que me gustaba. Pero me faltaba algo. Alguien con quien compartir todas esas cosas. Concluí que estaba aburrido. Casi seguro que era eso. Necesitaba divertirme. Cosa que haría en cuanto llegase a Nevada. Tendría tiempo de sobra para todo.

Volví a quedarme dormido hasta que escuché la voz del capitán por los altavoces, anunciando la llegada. Un rato después salía de la terminal, con mis maletas en el carrito, y vi a Julio a lo lejos, con algo en las manos. ¿Qué carajo era eso? Conforme me acercaba, lo veía más claro. ¿Llevaba en las manos un puto unicornio tamaño extragrande? ¡Cabronazo! Estaba seguro de que era para Mara, pero no pude evitar exclamar una de las mías cuando me acerqué. Tenía que burlarme de él.

—¡Vaya recibimiento, macho! ¿Esto es para mí o esperas a la pequeña Mara?

—¡Capullo! Tan simpático como siempre. Es para ti, mamonazo. Ya sabes, siempre lo mejor —contestó entre risas.

Después de palmearnos la espalda en un abrazo tipo troglodita y reírnos por la ocurrencia, nos marchamos camino al aparcamiento del aeropuerto. Cuando vi el coche que el idiota de Julio había alquilado, me reí. ¡Casi no cabíamos! ¡Entre el enorme unicornio, las maletas y nosotros dos, el coche apenas arrancaría!

—Tío, ¿en serio? ¿Cómo pretendes que entremos nosotros tres y las maletas?

—¿Nunca has jugado al Tetris? —preguntó con una sonrisa en la cara.

—Prefiero otro tipo de juegos. Te recuerdo que el friki eres tú, yo soy el deportista —respondí entre risas. Me lo iba a pasar genial. Julio era un tío que se prestaba a las bromas y tan juerguista como yo. Me vendría de perlas para quitarme este aburrimiento que creía que tenía.

—No soy ningún friki —respondió, frunciendo el ceño con cara de sorpresa.

No pude evitarlo y estallé en carcajadas. Julio me siguió y, entre risas y bromas, metió todo en el pequeño coche. Al ir a sentarme en la parte del copiloto, las piernas las tenía encogidas, apenas cabía en esa lata de conserva.

—Son solo unos cuantos kilómetros, poco menos de media hora en coche. Podrás soportarlo —me explicó, mientras arrancaba.

Por el camino me preguntó por la información que traía, pero le

expliqué que ya lo hablaríamos con más detenimiento en algún lugar más seguro. Aunque no sabía qué lugar sería ese, pero por si acaso, había traído todo mi equipo. Un equipo de última generación, que detectaba cualquier micrófono o cámara instalada, por muy pequeña que fuera; y también el equipo para la comprobación de los teléfonos pinchados. Un sinfín de artilugios que eran mis juguetitos. En realidad, pertenecían a la empresa de Rebeca, pero ella, como la buena amiga que era, los cedió en pro de la resolución del caso de Julio.

Al poco tiempo, llegamos a su casa y aluciné con ella. El muy cabrón vivía de lujo. Lo que más me llamó la atención fue la zona ajardinada con la piscina. Pagaría un pastón por vivir aquí. Lo que significaba que también lo debía cobrar bien.

—Tío, esto es un puñetero paraíso.

—La verdad es que sí. Me encanta llegar de trabajar y tirarme a la piscina para destensar los músculos. Esto fue lo que me decantó para alquilarla, porque las vistas, ya ves, tampoco son nada del otro mundo. Por aquí solo está el desierto —me contestó, con una pequeña sonrisa en la cara y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros—. Te enseñaré tu dormitorio. Lo utilizo como despacho. Esta mañana han montado una cama para que no duermas en el sofá.

—Todo un detalle por tu parte.

—¿Quieres una cerveza? Podemos tomarla en el jardín. A esta hora, se está de maravilla.

—Ya estás tardando.

—Voy a por ellas. Te espero allí, mientras te duchas o te acomodas. No tardes, que las cervezas se calientan. Estás en tu casa.

Julio se marchó del dormitorio. Así que abrí mi maleta, saqué unas bermudas, unas playeras y me di una ducha casi fría. Hacía un calor de mil demonios y, con todo el viaje, estaba sudado. Después de refrescarme, saqué mi equipo de la maleta y rastree toda la casa en busca de algún dispositivo que pudiera servir para escuchar nuestras conversaciones. Todo estaba limpio, cosa que, en parte, me tranquilizó. Cuando llegué al jardín, Julio tenía música puesta. Estaba en un tono bajo, apropiado para tener una charla sin tener que elevar la voz. No reconocí la canción, pero sabía que era algún cantante español.

Lo observé desde la cristalera y, a pesar de que en el curro le iba bien,

que tenía que ganar un buen sueldo, que se había adaptado a su vida allí y que el sitio donde vivía era inmejorable, no parecía feliz. Pensé que todo ese embrollo del hotel lo traía de cabeza. Así que entré en el jardín para animarnos un poco. Yo también lo necesitaba.

—La casa está limpia —le comenté, mientras que me sentaba en la silla de mimbre y cogía mi cerveza.

—Me alegro de que estés conforme con mis quehaceres domésticos.

—Eres gilipollas, me refiero a que...

—Sé a qué te refieres —me cortó—. Estaba bromeando. ¿O eres el único que puede hacerlo?

—¡Uy, el niño está sensible! —le tomé el pelo, subiendo ambas manos en señal de paz.

—Hazme el favor y no te escudes en ese humor negro para esconder tus putos problemas, y afróntalos como el hombre que eres. ¡Que ya eres mayorcito, joder! —respondió, dejándome sin palabras.

—¿Qué te ocurre, Julio? Comprendo que puedas estar preocupado por todo el asunto del hotel, pero no debes impacientarte, estoy aquí para ayudarte.

—Estás aquí para huir de tus problemas. A mí no intentes engañarme. Has tenido la excusa perfecta para marcharte de España, después de haberla cagado con Gloria —me soltó de un plumazo. Después le dio un largo trago a su cerveza, mirando al infinito.

—La cagué con Gloria, pero te diré que solo en parte.

—¿Cómo es posible cagarla solo en parte? No te entiendo, Eme. Y Rebeca, a pesar de estar ahí para ti y de no haberte dicho nada, sabe más de lo que crees. Te has marchado y no tienes intención de volver. ¿Sabes lo que significa para la pequeña Mara?

—Joder, entonces, ¿tú tienes derecho a irte y yo no? ¿Desde qué rasero mides? Porque me da la impresión de que no eres nada justo. No sabes nada de lo ocurrido, pero te permites el lujo de emitir juicios de valor —respondí, elevando un poco el tono de voz mientras me ponía en pie. Me daba la impresión de que esto era un enorme error. Nunca necesité ir a casa de ningún amigo para viajar y pasarlo de puta madre.

—Solo te intento comprender, Eme. Eres una de las personas más importantes para Rebeca y Mara. Lo sabes y, aun así, eres capaz de coger un puto avión y marcharte lejos de ellas. Aunque te escondas bajo una máscara de despreocupación, a mí no me engañas.

—¡Joder, tío! ¿Desde cuándo te has convertido en un puto psicólogo? Llevo más tiempo haciendo lo que me sale de los cojones que viviendo con alguien. ¿Sabes? Gloria y yo teníamos un acuerdo. Lo nuestro no funcionaba. Pasada la euforia inicial, nuestra relación era más de amistad que otra cosa. Ella salía con sus amigas cuando le venía en gana y yo no le pedía explicaciones. Estábamos separados y éramos compañeros de piso. En lo único que metí la pata, hasta el fondo, fue en hacerlo en casa. Debería haber ido a algún club, vale, pero estaba tan jodido que ni tenía ganas de salir. ¿De acuerdo? Gloria me pilló. Pero su enfado no fue por acostarme con otra. Ella también lo hacía. Se cabreó por hacerlo en casa, delante de sus narices — relaté como pude, con los nervios a flor de piel, mientras daba vueltas como un león enjaulado por toda la zona ajardinada y elevando el tono de voz a medida que hablaba.

Julio me miró con interés. Parecía desconcertado con todo mi discurso. ¿Rebeca le contó todo o solo la parte de la pillada? Tampoco creo que estuviese al tanto de todo.

En realidad, ella tenía esperanzas de que terminásemos juntos. Aunque sabía desde el principio que Gloria era demasiado buena para mí; una mujer cariñosa, simpática, divertida, que estaba muy buena, amiga de sus amigos. Lo tenía todo. Pero no había química entre nosotros. Terminamos siendo más amigos que amantes. Y no lo entendía.

Para ser amigos, no era necesario que viviéramos juntos. No era por la libertad que tenía antes. No ansiaba salir con los amigos a ligar. Necesitaba que, si tenía alguien en mi vida, todo mi mundo girase en torno a ella. Ansiaba esa excitación en los ojos cuando te encuentras con tu pareja, después de una larga jornada. Esa ansiedad por rozar su piel y buscar un momento a solas para robarle algún beso. Compartir esa necesidad por estar con la otra persona. Y eso, me lo dejó claro Edward en muchas de las largas conversaciones que teníamos. Es lo que buscaba, y no solo una perfecta compañera de piso.

Rebeca lo entendía, pero su parte romántica, esa que solo sacaba con su marido, quería que sus dos mejores amigos mantuvieran una relación. Y no se refería a Julio y a mí. Ella encontró en Gloria una amiga excepcional. Escuchaba sus paranoias, la acompañaba de compras, algo digno de admirar, porque Rebeca era difícil de cojones, e intentaba por todos los medios enseñarla a cocinar. Lo único que ocurría era que la jodida de mi amiga se

ponía a jugar a la Play mientras Gloria estaba en la cocina. No es que se aprovechara de ella, es que Rebeca es así. Sin más.

Al final, entendería que, aunque nos separemos, tanto Gloria como yo, estaríamos allí para ella. Pero, claro, ya se había marchado de España uno de sus mejores amigos. Ahora yo. La comprendía. No era de hacer muchos amigos; tenía pocos pero buenos. Y la mayoría estaban en Estados Unidos. Aunque en España tenía lo más importante: su familia.

Con el tiempo entendería que yo también quería ir en busca de mi destino.

—No estabas enamorado de ella. No tenías mariposas en el estómago cada vez que la veías. No deseabas amanecer con vuestros cuerpos enredados, con olor a sexo en el ambiente. No querías pasar el resto de tus días conociendo cada rincón de su cuerpo, ni deseabas saber cada día algo más de ella. No te quedabas absorto mirando sus facciones hasta aprendértelas de memoria, ni perderte en sus ojos...

—Ni follármela —le corté. ¡Joder, esto parecía más una conversación de novela romántica que una entre dos tíos! De repente, me di cuenta de algo. Lo miré para observarlo con detenimiento. Julio daba vueltas al botellín de su cerveza, mirando a la nada—. ¡Joder, estás pillado!

—No —respondió rotundo—. Bueno, no lo sé. Estoy... ¡No sé cómo estoy, vale! —Se levantó y comenzó a dar vueltas por el jardín como yo lo había hecho con anterioridad. Estábamos jodidos, bien jodidos—. ¿Salimos a tomarnos una copa?

—O tres. ¡Ya estábamos tardando, macho!

Dicho eso, cada uno se fue a su dormitorio para cambiarnos de ropa. No tardamos más de diez minutos. Para mi sorpresa, no íbamos en ese coche de juguete en el que me había traído, sino en una moto que era la caña. Eso me animó. Íbamos a quemar Las Vegas. Después de la intensa charla, necesitábamos desconectar, tomar unas copas y, quizá, tirarnos a alguna mujer. Bueno, no sabía si Julio lo haría. Lo mío no era un quizá. Acababa de activar el modo ligón.

Aceleró la moto, y pronto nos incorporamos a la autopista. No sabía dónde íbamos, pero confiaba en que Julio me llevase a algún local donde divertirnos a lo grande. Pronto aparcó la moto en un lugar bastante cutre y oscuro. Nos quitamos los cascos y nos dirigimos hacia una pequeña entrada, que parecía más el portal de una casa particular que el acceso a un garito. Con

seguridad, Julio saludó con un simple gesto de su cabeza al *ropero empotrado* de la entrada. El tío daba miedo, tan serio, tan fuerte y con esa cara de perro enfadado. Me había enfrentado muchas veces a personas de ese tipo a lo largo de mi vida.

El local, poco iluminado, con decoración pasada de moda y olor a tabaco rancio, sudor y alcohol no era lo que me esperaba en un principio. Aunque reconocía que la música era sugerente, bastante apropiada para bailar arrimando cebolleta y culminar en el cuarto de baño. Eso me animó. Tenía el radar listo y ganas de follarme a la primera que estuviese buena. La última vez fue cuando me pilló Gloria. Y lo que no he contado fue que me corrí justo cuando la chica se estaba quitando de encima, espantada por la pillada. No entiendo la excitación que sentí justo en ese instante para provocar que me corriese, pero a la vez tanta vergüenza por ello, que se me bajó al instante. Cerré los ojos para espantar el recuerdo de ese incómodo momento. Necesitaba follarse y quitarme esa presencia que aún me perseguía.

Nos dirigimos a la barra y pedimos dos chupitos. Estaba claro que cada uno iba a exorcizar sus demonios emborrachándolos. Y, en mi caso, follando. Ya lo había repetido en mi cabeza en varias ocasiones, pero una extraña excitación recorría mi cuerpo de pies a cabeza. Con tan solo pensarlo, ya estaba empalmado. Oteé la sala en busca de alguna chica con las mismas ganas de divertirse que yo.

—No es la solución —soltó de repente Julio, como si leyese mis pensamientos.

—No lo será, pero de momento me sirve —respondí.

—Creo que es el efecto de Las Vegas. En cuanto estés un par de días, la excitación que sientes pasará. Créeme. Todo esto —continuó, señalando con su mano la sala— no es más que diversión. La misma que puedes tener en cualquier ciudad, de cualquier parte del mundo. Solo que aquí tienes demasiados factores incitadores. Demasiados Elvis, demasiado lujo, demasiado de todo. Lo que ocurre es que, al final de la noche, cuando te acuestes en tu cama solo, seguirás con tus demonios, tus miedos y, quizá, con el bolsillo vacío.

—¡Joder, tío! Te estás convirtiendo en un auténtico muermo.

—Divirtámonos sin necesidad de buscar sexo. Beber, bailar y reír. No hace falta más. Al menos, por hoy. Mañana tengo que currar.

Con esas palabras me cortó todo el rollo. Durante un par de horas

charlamos en la barra sobre cosas sin importancia, sobre la vida en general y tomando una copa sin salir siquiera a la pista de baile. Hasta que una chica se nos acercó. Sensual, sexi, preciosa.

Se desmarcó de sus amigas y vino hacia nosotros, contoneando sus incitantes caderas enfundadas en una minúscula falda y unos taconazos de infarto. Con una provocativa mirada, que hizo latir mi polla, nos pidió fuego. No fumaba, pero siempre llevaba un mechero en el bolsillo del pantalón para estos casos. Metí mi mano, reajusté mi erección, pidiéndole calma, y saqué el mechero. Lo encendí demasiado cerca de mí. Sin un ápice de vergüenza, se inclinó con el cigarrillo en sus sensuales labios rojos, enseñando el canalillo, donde se intuían unos perfectos pechos, firmes, suaves, y me imaginé unos pezones como fresones que me moría de ganas de probar a bocados, arrancándole grandes jadeos de placer. Mi erección respondió de nuevo. Estaba tan duro que me dolía.

Encendió el cigarrillo y expulsó el humo de una forma tan erótica que volví a sentir el pinchazo en mi entrepierna. ¡Joder! ¡Me la iba a follar a lo bestia!

—¿Queréis una copa? —preguntó Julio, mirándonos.

—Sí —respondimos a la vez.

Ambos nos miramos con una sonrisa en la cara. Esto iba a ser muy fácil y placentero. Jodidamente placentero. Después de un rato, donde la chica en cuestión no preguntó ni nuestros nombres, salimos los tres a la pista de baile. Dejamos que se pusiera entre los dos. Tenía a la chica de cara, con sus pechos pegados a mi cuerpo y una de sus manos acariciando mi torso, mientras Julio estaba a su espalda, con las nalgas de ella unidas a su cuerpo.

Ví cómo movía su brazo hacia atrás, y con una sutil caricia, arrimaba más a Julio, mientras provocaba roces en su entrepierna con su perfecto culo, y con sus pechos se restregaba más a mí. Sus ojos brillantes de excitación me invitaron a seguir. Acerqué mi boca a la suya y la besé, mientras acariciaba su torso por debajo del top, descubriendo que no llevaba sujetador. ¡Joder! Sus firmes pechos eran mejor de lo que había imaginado y acariciarlos, después de la época de sequía que llevaba, me volvía loco. Ella se contoneaba, bajando y subiendo a través de nuestros cuerpos, rozándonos. Continué moviendo mi pelvis sin poder evitarlo, necesitaba con desesperación ese punto de placer. Cerré los ojos y me dejé llevar por la música. Acaricié sus tersos pechos, le comí la boca, le mostré lo que provocaba en mí y lo cachondo que estaba.

Necesitaba saber si estaba tan excitada como yo. Bajé mi mano hasta sus muslos, con cuidado de no rozar a Julio, y comencé a subir despacio para llegar justo al lugar que deseaba. Con cuidado, aparté la fina tela de su minúsculo tanga.

En ese instante, noté la mano de Julio en la cintura de ella, acercándose más a nosotros. No sé por qué, pero me encendió más. Me provocó una excitación que hasta ese momento nunca había probado.

Con el dedo medio, rocé sus labios. Estaba empapada. ¡Dios, esto iba a ser tremendamente placentero! Con un movimiento lento recorrí su suave clítoris. Se estremeció por completo y comenzó a moverse, buscando su propio placer y poniéndome más caliente, si eso era posible. Necesitaba follármela. Pero ya. ¡Urgente!

Cuando terminó la canción, miré a Julio, que se había separado de nosotros y se había marchado a la barra. Le hice una seña para que se uniera a nosotros a la fiesta, pero negó con la cabeza. A través de señas, me indicó que se marchaba a casa.

En un principio, sin pensar, o pensando con mi otra cabeza que sabía lo que quería, asentí. Necesitaba culminar. La besé, pero con el rabillo del ojo, vi que Julio se dirigía hacia la puerta. Me arrepentí y, sin saber el porqué, me separé de ella con mayor brusquedad de la que quería. Me disculpé y corrí tras él.

No quise dejarlo solo. Al fin y al cabo, para eso están los amigos y, por otro lado, no tenía cómo regresar a su casa y tampoco sabía su dirección. Por supuesto, pasar la noche en casa de la chica estaba más que descartado.

En la salida, le pedí un cigarrillo a Julio porque no tenía ganas de montarme en su moto, de pasajero, con la bandera en asta. Nos lo fumamos en silencio, cada uno abstraído en sus pensamientos. No sabía cuáles eran los de Julio, pero los míos los tenía muy claros. Me tendría que masturbar con urgencia. Hacía mucho tiempo que no estaba con tal excitación.

—Esto solo lo hago por un amigo, que conste. Porque la chica estaba más que dispuesta —le dije para romper el silencio. Ambos nos carcajamos y comenzamos a hablar durante un buen rato, esperando a que el frescor de la noche enfriase algo más que nuestras mentes.

Cuando regresamos a su casa de nuevo, estábamos en la etapa de mejores amigos; esa en la que el alcohol te hace prometer a tu compañero de copas que jamás se va a tomar la última solo, porque allí vas a estar tú

acompañándolo. Con fuertes palmadas en la espalda, nos despedimos y cada uno se fue a su dormitorio. Mi cama, la muy cabrona, no paraba de moverse, por lo que no era capaz de acostarme sin terminar en el suelo.

Como pude, me desvestí, cogí la almohada y la tiré en el suelo con el propósito de acostarme allí que, aunque también se moviese, tenía mayor superficie. Y sin saber cómo, caí rendido en un profundo sueño donde Gloria me pillaba una y otra vez.

A la mañana siguiente, el olor a café activó mis sentidos. Eso y el intenso sol que se colaba por el enorme ventanal del dormitorio. El punzante dolor de cabeza me recordó que no debía haber bebido tanto la noche anterior. Me sentí un poco desorientado. Me levanté y mis músculos se resintieron. Estaba acostumbrado a dormir en malas condiciones cuando estaba en las misiones, pero ahora, con el paso del tiempo y la edad, no estaba para esas tonterías.

Cuando llegué a la cocina, Julio me tenía preparada una enorme taza de café y una caja de pastillas para el dolor de cabeza.

—Gracias, tío. Las necesito —le dije con voz de ultratumba, señalando la cajita.

—Ya, yo también me he tomado un par de ellas. Acabo de ducharme. Tómate el café, te duchas y, cuando lleguemos al hotel, tomamos algo más contundente de desayuno. Me gustaría terminar con este asunto cuanto antes.

—De acuerdo —respondí, mientras me tomaba un par de pastillas.

Una hora después salíamos por la misma carretera que tomamos el día anterior. Volvió a acelerar como si necesitase la velocidad para olvidarse del mundo entero. Me encantaba la sensación de ir en moto, pero prefería ser el conductor. Sí, vale, con el estereotipo de una chica detrás con grandes pechos. Poco tiempo después llegamos a un callejón y aparcó.

Entramos por la puerta del personal. Me llamó la atención la cantidad de largos pasillos por donde pasamos. Esto era un puto laberinto. No sé cómo no se perdían por aquí. Me fijé por el camino, a pesar de tener aún las gafas de sol puestas, que en los pasillos también había cámaras de seguridad. En algunas parpadeaba una luz roja, indicando que se activaban por el movimiento, mientras que otras parecían no funcionar.

Me fijé bien y las que parecían no funcionar eran aquellas que estaban situadas en lugares estratégicos, como en la división de algún pasillo o las que estaban cerca de algún ascensor. Quienes estuvieran metidos en ese lío sabían

bien la estructura del hotel o tenían los planos bien estudiados.

Capítulo diez



Subimos a la primera planta. Eme observaba todo con gran atención. Íbamos en silencio. Quería presentarle a Christine y pedir el permiso al señor Bellatox para que mi amigo investigara con nosotros todo este embrollo. Llevábamos un maletín con material de la empresa que Rebeca le había prestado a Eme para esclarecer todo esto.

Cuando llegamos a la mesa de Kimani, con cuidado de no asustarla, le di un suave toque. Con su habitual sonrisa, alzó su cara.

—Julio, hoy vienes más tranquilo. —Miró con extrañeza a Eme y volvió a dirigir sus ojos hacia mí—. La señorita Williams está en este momento con una llamada. En cuanto termine, te aviso.

—Por supuesto. Kimani, te presento a mi amigo Eme. Ha venido a pasar unos días de vacaciones a Las Vegas.

—Encantado —respondió Eme, sacando su sonrisa de conquistador—. ¿Qué hace una chica tan bonita escondida en un lugar como este? —preguntó, sacando toda su artillería a relucir mientras le daba la mano y le besaba los nudillos en un gesto de lo más galante.

—¿Qué quieres que haga? Trabajar —respondió sarcástica. Luego me miró y habló como si él no estuviese presente—. ¿Tu amigo es tonto? —Desvió la mirada hacia Eme—. ¿De verdad sigues ligando con esas chorradas?

Kimani y yo soltamos sonoras carcajadas, mientras la cara de Eme era todo un poema. Era una chica divertida, así que, para pasar el tiempo, le pregunté por la música que escuchaba.

—Algo para alegrarme mientras paso las horas currando —contestó, al tiempo que me guiñaba un ojo.

Le quité un auricular de la oreja y me lo puse con curiosidad. La voz de Enrique Iglesias, con el antiguo éxito *Bailando*, resonó en mi oído. Levanté una ceja divertido.

—¿No crees que es un poco antigua?

—Antigua, mi madre —contestó con una gran risotada. —Antiguas las canciones que escuchas.

—¿Y cómo sabes las canciones que escucho? —pregunté curioso. Nunca habíamos hablado de nada en particular.

—Te ha calado, macho —se inmiscuyó Eme—. No hay más que verte para saber que eres un viejo.

—No soy ningún viejo y las canciones que escucho no son antiguas, son clásicos. Además, sabes que tengo gustos muy variados.

—¿Gustos variados en qué? —replicó Eme, dándole un doble sentido a la frase mientras me guiñaba un ojo.

—En música, capullo. Para otros menesteres, mis gustos están muy definidos.

—¡Eh, eh! Haya paz. No me apetece asistir a una pelea de gallitos —cortó Kimani, subiendo las palmas de las manos.

Los tres nos reímos, hasta que, en ese momento, la puerta del despacho se abrió y Christine salió, dejándome sin aliento. Su cara de desconcierto me confirmó que no esperaba la visita de nadie. Llevaba una camisa de seda lencera con unos finos tirantes y transparencias que no dejaban nada a la imaginación. La falda roja entallada marcaba sus curvas a la perfección y realzaba sus piernas que culminaban en unos taconazos. Llevaba su pelo recogido en un moño sujeto por un lapicero, lo que dejaba al descubierto su largo cuello, que incitaba a besarlo.

Eme sonrió de manera espectacular, dejando a la vista toda su blanca dentadura. Lo miré con cara de mala leche. No quería que se recrease la vista con *mi* Christine. *Mi* princesa de hielo era solo mía. No sabía de donde había sacado esos pensamientos tan trogloditas y posesivos, aunque lo único que tenía claro era que me estaba volviendo bastante posesivo con ella. Quise quitarme la camiseta y ponérsela por encima.

—Señor Díaz, ¿deseaba algo? No lo esperaba —me preguntó en cuanto salió de su estado de sorpresa inicial.

Y ese «señor», a diferencia de antes, ahora me ponía cachondo. Ese «señor», junto a su indumentaria, me hacía desear encerrarla en su despacho, dejar a Eme con Kimani y olvidarme del mundo junto a ella, enterrado en ella, con ella encima cabalgándome. Respiré porque cada día lo llevaba peor y debía tranquilizarme, solucionar el asunto del hotel y después podríamos dar

rienda suelta a nuestros instintos primarios. Porque para saciarme de ella necesitaría varios días.

—Venía a hablar con usted, si es posible y tiene un hueco en su apretada agenda —respondí, mientras le dedicaba una enorme sonrisa, consciente del juego que nos traíamos.

—Por supuesto. Entre y espéreme un momento, le dejaré esto a Kimani, enseguida estoy con usted.

Le di un codazo a Eme para que me siguiera y dejara de mirarla. No deseaba que se la comiese con los ojos, ni tan siquiera que viese un trozo de su suave piel. Entramos en el despacho y nos sentamos alrededor de la mesa de reuniones. Unos instantes después, entró de nuevo, se dirigió a su mesa y se puso la chaqueta, a conjunto con la falda, cubriendo de esta forma, la sedosidad de su piel y la transparencia de sus pezones que imaginé jugosos. Se lo agradecí mucho. No quería estar empalmado en la dichosa reunión... Debía centrarme.

Se sentó frente a mí, con su bonita sonrisa en la boca y mirando de manera un tanto extraña a Eme, pero sin decir ni una palabra.

—Christine, te presento a mi amigo Eme.

—Encantada, Eme —dijo, mientras extendía su brazo por encima de la mesa para un saludo formal.

—Encantado, Christine.

—Eme es un amigo que trabaja en una empresa de seguridad. —Lo miré, y este asintió con la cabeza.

Con agilidad, abrió el maletín que traía, comenzó a sacar sus juguetitos, mientras el resto permanecíamos en silencio.

—¿Qué tal la cena con el señor Bellatox? —pregunté, mientras Eme rastreaba la estancia en busca de algo sospechoso. Si nos estaban escuchando, debíamos aparentar normalidad.

Mi mirada fue de manera inconsciente a la cámara de seguridad de su despacho. Tenía la luz roja de estar grabando y no debería ser así. Si ella estaba en el despacho, no debía grabar. Pero ¿qué ocurriría si alguien no deseado entraba para forzarla? Tal y como lo había programado, esa posibilidad no se barajaba. Cogí mi Tablet, que siempre llevaba a las reuniones, y anoté que debía revisar el *software* y barajar todas las posibilidades. No dejaría nada al azar.

Eme seguía en el despacho, hasta que, debajo de la mesa, encontró un

aparato minúsculo de escucha. En silencio, lo quitó y desactivó, mientras continuaba el rastreo en el despacho ante la cara de sorpresa de Christine. La animé a seguir hablando de lo que fuera.

—Bien. El señor Bellatox es bastante agradable. Cenamos con tranquilidad en uno de los restaurantes del hotel y después me acompañó a mi habitación. Todo un caballero.

—Me alegra escuchar eso. —Miré de nuevo a Eme y continué hablando—. Mi amigo ha venido a pasar unos días de vacaciones. Aunque se aloja en mi casa, podríamos invitarlo a algunos de los servicios que ofrece nuestro complejo para que se distraiga, mientras trabaja —expliqué de manera absurda. No sabía cómo continuar la reunión y que pareciera natural, por si nos estaban escuchando. Deseaba que Eme finalizase ya con el rastreo.

—Me parece una forma bastante agradable de cuidar de tu amigo —siguió improvisando.

—Para empezar. No estaría mal que me obsequiarais con uno de esos espectáculos tan chulos que ofrecéis aquí —intervino Eme en un vago intento de continuar la conversación.

—El complejo estará encantado de ofrecerle un par de entradas para ver el *Cirque du Soleil*. Es uno de los entretenimientos más requeridos por nuestra clientela —contestó Christine.

—No me refería a ese tipo de representaciones. Las Vegas es conocida por la ciudad de la diversión y estaba buscando otro tipo de pasatiempos más... placenteros. No sé si me comprenderás.

—Ah —exclamó un tanto cortada—. Por supuesto que también contamos con ese tipo de funciones. Le diré a Kimani que lo organice todo —se quedó callada un momento, pensativa y miró directa a mis ojos, con reproche—. ¿Para cuándo queréis esas entradas? Pero os debo advertir que, en esta ciudad, lo que más abunda son bares de ese tipo.

—¿Para esta noche? —preguntó Eme con impaciencia, mientras dejaba todo en el suelo y se sentaba a nuestro lado—. Listo. Está todo limpio.

—Me alegro de que el servicio de limpieza del complejo sea de tu agrado —le respondí, riéndome, al recordar la broma del día anterior. Ambos estallamos en una carcajada—. Bien, ya podemos hablar con total tranquilidad. Las entradas no van a hacer falta. —Fue lo primero que me apresuré a aclarar.

—¿Cómo que no? —me interrumpió mi amigo.

—Calla y céntrate. Aún debes contarme lo que has averiguado, que es para lo que has venido. —Miré a Christine y continué hablando—. Mi amiga Rebeca, como ya te conté, tiene una empresa de seguridad, pero con anterioridad, tanto ella como este capullo, como sabrás, han trabajado para el ejército; por lo tanto, cuentan con unos contactos que nosotros no tenemos. Pensé que podrían ser de gran ayuda y como no hay nadie en este mundo en el que confíe más, hablé con ella. Han averiguado algunas cosas. Y Eme ha venido para ayudarnos de la manera más discreta posible, con la coartada de ser un amigo que viene a Las Vegas por distracción en vacaciones. Si no te parece mal, claro.

—Por supuesto que no. Me parece una idea fantástica. La policía está dando palos de ciego. Yo estoy en una encrucijada y siento impotencia...

—No te preocupes, nena, estoy aquí. Juntos superaremos esto —le respondí, mientras cogía su mano por encima de la mesa y se la acariciaba en un intento de infundirle valor. Eme nos miró primero perplejo, y luego sonrió.

—Bueno, creo que va siendo hora de poner las cartas encima de la mesa —dijo de repente mi amigo—. Lo que hemos averiguado hasta el momento, aunque parezca una tontería, no lo es. Julito me mandó las fotos de dos tíos que estaban merodeando por el hotel de manera continuada, tanto contigo —dijo, mirando a mi chica— como con Jack y Harris. Lo que, aquí, este chaval no sabe es que son dos personas que trabajan para tu padre. Y dicho esto, creo que debería salir y que vosotros aclaréis algunas cosillas. Cuando terminéis, estaré en la sala de descanso y continuamos con esta charla tan divertida.

Una vez que soltó la bomba, que no esperaba para nada, se levantó, refregándose las manos, y salió disparado del despacho. Miré a Christine, con una ceja levantada, quitándome las gafas para limpiarlas, mientras esperaba con paciencia una explicación por su parte. Teníamos mucho de lo que hablar. No me imaginaba que esos dos hombres eran personas de confianza del padre de ella. Tampoco sabía quién puñetas era su padre. Christine me miró con nerviosismo. Cogió aire en un intento de tranquilizarse, tan habitual en ella, y me enfrentó directa a los ojos para que viese la sinceridad en ellos.

—Mi padre es un gran empresario. Tiene otra cadena de hoteles, casi tan importante como esta, pero no quería trabajar para él. Eso supondría que todos me mirasen como a la hija del jefe sin tener en cuenta mi trabajo. Nunca he sido una niña de papá, sino que todo lo que tengo me lo he ganado a pulso.

Incluso mis estudios universitarios me los costé trabajando en lo que me salía, desde camarera en un bar hasta cuidando niños o paseando perros.

—Nunca te he tachado de ser una niña de papá y jamás te he tratado como tal.

—Lo sé, pero déjame continuar. Por azar, comencé a trabajar en esta cadena como recepcionista, combinándolo con los estudios. Cuando los finalicé, tuve la suerte de que se quedaba una plaza libre de secretaria de dirección. Hice la entrevista y la superé. Poco después, pude ascender a directora del mismo hotel en Nueva York.

—De ahí te trasladaron aquí —continué. Intentaba saber a dónde quería llegar. Me parecía bien que me explicara eso, aunque para mí no tenía ningún sentido.

—Sí y no. Bueno, me enteré de que salió la plaza para directora del complejo. Me presenté como candidata y, un tiempo después, me aceptaron. Por una parte, necesitaba salir de Nueva York y desaparecer por el tema de Max y, por otra, quería desprenderme de mi apellido, ser independiente y que mi padre no tuviera nada que ver en mi vida. Cuando llegué para sustituir a Peter... comencé a recibir amenazas.

—¿De qué tipo? —No pude reprimir la pregunta. Me inquietó demasiado y comencé a ponerme muy nervioso—. Y lo más importante, ¿qué tiene que ver tu padre en todo esto? —pregunté mientras daba vueltas por todo el despacho.

—Mi padre, digamos que... se enteró. Y envió a Izan y Jayden para ayudarme.

—¿Cómo se enteró tu padre? ¿Se lo contaste? Si querías ser independiente...

—Eso no viene al caso. —Me cortó de inmediato.

—¿Y qué han averiguado hasta ahora? Porque los he visto en varias ocasiones con Jack y Harris.

—Ellos dos son muy buenos amigos de Peter. No se tomaron bien el asunto de su sustitución. Digamos que... no me recibieron con los brazos abiertos. Desde el principio me pusieron trabas. Así que, sin que ellos lo supieran, Izan y Jayden se hicieron pasar por expertos en seguridad del hotel de mi padre que venían para ver nuestros protocolos y así poder implantarlos en sus hoteles.

—¿Han obtenido algún resultado?

—Ninguno. Esos dos no paran de darles largas. Los llevan de copas, intentan emborracharlos, a bares de *strippers*, pero en ningún momento les enseñan nada. Hasta el momento, no han obtenido ningún resultado.

—¿Y no te parece eso raro?

—Sí. Izan tiene un contacto en el FBI y mandó investigarlos, pero no hay nada sospechoso en sus fichas. No tienen vinculación alguna con mafias, ni con ninguna organización conocida. No tenemos de dónde tirar.

La desesperación con que pronunció las últimas palabras me llegó al corazón. Este asunto nos afectaba más de lo que estábamos dispuestos a admitir. La policía rondaba por el complejo, el FBI estaba al tanto. Por otro lado, Eme también había venido. Estábamos utilizando todas las posibilidades a nuestro alcance, pero no servía de nada. Nadie obtenía ningún resultado. Y eso era raro de cojones.

—Christine, creo que estamos enfocando todo esto mal. Estamos trabajando cada uno por su parte. Deberíamos aunar todo lo que sabemos hasta ahora. Trabajar en equipo. Solo así sacaremos algo en claro. Tanto Izan, Jayden y Eme, como nosotros, deberíamos reunirnos, ver qué sabemos hasta ahora y dividirnos el trabajo.

—Me parece buena idea. Pero creo que debemos hacerlo fuera del hotel. No me parece buena idea que nos vean juntos. Yo iré con Izan y Jayden. Tú con Eme. Tendremos que inventar alguna coartada.

—De acuerdo. Nos vemos en el motel Holliday Stark. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Sí, a unas tres manzanas de aquí.

—Bien, nos vemos en una hora.

Salí de su despacho. Vi a Eme hablando con Kimani, con cara de pocos amigos, mientras ella sonreía. Le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera, cosa que hizo con rapidez. Camino a la moto le conté el plan. Aunque estuviera cerca, prefería ir en ella y dar un par de rodeos por si alguien nos seguía la pista.

Una hora después, estábamos los cinco reunidos en la habitación de un motel de mala muerte a las afueras de Las Vegas. Era el lugar ideal. Yo iba acompañado de Eme y alquilamos una habitación.

—Esperemos averiguar algo —dijo, mientras yo pagaba al maloliente recepcionista y me daba una llave que no sabía si coger.

El motel en sí estaba sucio, era de los típicos que pagabas por horas

para echar un polvo rápido. En ese momento entró Christine junto a Izan y Jayden. Ella iba en medio, y los dos hombres la agarraban por la cintura, cada uno por un lado. Sabía que estaban haciendo un paripé, pero no pude evitar la punzada de celos. El recepcionista nos miró con una falsa sonrisa en la cara.

—No estoy demasiado seguro —respondí, mientras me acercaba a la zona de los ascensores.

—¡Tienes muy poca fe en mí, capullo!! —me contestó, y Christine soltó una carcajada.

Subimos a nuestras respectivas habitaciones y cinco minutos más tarde, recibí un mensaje de Christine para que fuésemos a la suya. Cuando entramos, tanto Izan como Jayden estaban sentados en la cama, mientras ella daba vueltas por la habitación. Estaba muy nerviosa. Desde que habíamos hablado en el despacho, la tristeza en sus ojos se agudizó y tuve la impresión de que no me contaba algo. Eso provocaba un pinchazo de temor en mi pecho. Con tanto vaivén en mis sentimientos y tantos asuntos pendientes en el trabajo, estaba saturado y necesitaba un respiro. Cuando giré mi cabeza vi un enorme panel de corcho que los dos guardaespaldas se encargaron de subir con anterioridad.

—Bien, hemos traído esto para poner en común todo lo que sabemos hasta ahora. De esta forma, nos será mucho más fácil establecer relaciones. Deberíamos reunirnos aquí una vez al día y compartir los avances. ¿Estáis de acuerdo? —dijo Jayden.

—Esto va a ser muy divertido —contestó Eme. Lo miré con cara de perro, y soltó una carcajada.

—¡Eres gilipollas! —Me iba costar mucho aguantar las ganas de romperle la cara. Suspiré para tranquilizarme—. Estoy de acuerdo. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

Durante un rato, pusimos en común lo poco descubierto hasta ahora. Estuvimos de acuerdo en que la actitud de Harris y Jack era sospechosa, pero no teníamos pruebas que los involucrasen de nada. Christine decidió hablar con ellos antes de ponerlo en manos del departamento de Recursos Humanos. Debíamos cuidarnos de que no nos vieran juntos, por ello, decidimos vernos solo allí, para que no me relacionasen con ellos dos y así evitar sospechas.

En el fondo, la coartada de Christine me ponía celoso. Era la primera vez que sentía algo de ese estilo. Me molestaba tener esas emociones tan posesivas por ella. Jamás me había comportado así con nadie y me frustraba el no poder controlarlo. Me evadí de lo que estaban hablando hasta que Izan me

sacó de mis pensamientos.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Perdona. Creo que no he entendido bien lo que has dicho.

—Pues, macho, eres el informático. —Todos se carcajearon—. Te decía que, hoy en día, con la tecnología de la que disponemos es muy fácil entrar en un sistema desde cualquier dispositivo.

—Ya. Pero he rastreado todo el sistema y es imposible que haya ninguna puerta trasera. El sistema es el más seguro; por ahí no pueden entrar, a no ser... —me quedé callado, intentando poner en orden mis pensamientos. Una luz se encendió, pero no sabía muy bien por dónde tirar— que sea desde dentro. Cualquiera de nosotros podemos acceder, pero desde fuera no. Hasta ahora, me había empeñado en pensar que pudiera ser alguien externo. Todos los empleados de seguridad tenemos unos accesos, dependiendo del grado tienes más o menos. Yo soy el único que tiene acceso absoluto a todo. Puedo comenzar a investigar quién tiene acceso a qué y ver adónde nos lleva.

—Empieza por ahí —me contestó Christine—. Yo también tengo acceso a todos los sistemas, pero no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—Podría investigar más a fondo a los empleados del hotel. No sé, mirar cuentas, si tienen deudas, si han comprado algo fuera de lo común. Empezaré por esos dos, que no me dan buena espina —comentó Eme.

—Me parece buena idea —contestó Izan.

Al fin, estábamos de acuerdo con el reparto de tareas. Todos teníamos algo que investigar. Que lo llegásemos a esclarecer era diferente, pero solo por intentarlo, valdría la pena.

Cuando llegamos a mi despacho para recoger e irnos a cenar, estaba todo revuelto. Eme, que era muy precavido, había traído un kit completo para el análisis de huellas dactilares entre sus juguetitos; pero, a pesar de estar durante un buen rato echando polvitos por todo el despacho, las únicas que encontró fueron las mías.

—Llevaban guantes, macho. Estos saben lo que se hacen —me dijo Eme, mientras me miraba con expresión circunspecta.

—Eso lo sabíamos. Serán profesionales. De otro modo, dejarían algún rastro del que tirar.

—O si barajamos la teoría de que hay alguien del Bellatox metido en el ajo, pueden estar muy bien organizados o dirigidos por algún profesional

que guía cada paso que dan —reflexionó Eme en voz alta—. ¿Qué tal si nos marchamos a cenar algo? Estoy agotado. Después llamaré a mi contacto para que me dé todos los datos de esos dos.

—De acuerdo, ¿qué te apetece?

—¡Tío, comida basura, sin duda, cuanto más grasienta, mejor!

—Estás de suerte. ¡Conozco el lugar donde ponen las mejores hamburguesas!

Llegamos al Gordon Ramsay ubicado en el Planet Hollywood Resort. Era uno de los mejores restaurantes de comida rápida. Nos sentamos en la barra frente a unas enormes pantallas. No me gustaba sentarme allí, ya que tenía la puerta a mis espaldas, prefería un lugar al lado de la ventana, pero no había mesas libres, dada la hora. Pedimos las hamburguesas más grandes, con mucha salsa y patatas de acompañamiento, mientras comentábamos la lucha libre que emitían por la televisión. Eso nos sirvió para desconectar un poco de todo el problema que teníamos en el trabajo.

Christine vino a mi mente, una ráfaga de imágenes de la tristeza de sus ojos me sobrevino como un fuerte oleaje, dejándome tocado y hundido. El apetito con el que comencé a comerme la hamburguesa se me quitó de golpe. Pedí otra cerveza sin alcohol para bajar las emociones que sentía. Debía centrarme.

Nos fuimos a mi casa a pesar de las reticencias de Eme y sus ganas de divertirse. Ya habría tiempo, y a mí el carácter se me había agriado, para qué negarlo. Quería estar con ella. Necesitaba acariciar su piel, rozar sus labios y embeberme de toda su esencia.

La mañana siguiente, pese a estar horas enfrascado en la programación del *software* de seguridad y comprobarlo línea a línea, no averigüé nada. Había perdido toda la mañana. Eme vino al despacho a la hora del almuerzo con una sonrisa deslumbrante.

—Tengo algo. Pero, primero, debes llevarme a algún sitio a comer. Nadar en esa piscina tan molona que tienes me ha abierto el apetito —me dijo, el muy cabrón, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y un aire despreocupado.

—Déjate de tonterías y desembucha. ¡Joder, Eme! —le espeté enfadado.

—¡Tranquilo, colega, que hay tiempo para todo! —exclamó, mientras

levantaba las manos.

—Demasiado tranquilo estás. Estarás acostumbrado a enfrentarte a misiones mucho más peliagudas que esto, pero este asunto a mí se me escapa de las manos.

—Puedes hacer más de lo que crees, es solo que lo estamos enfocando mal. Anda, concierta una cita con tu rubia en el motel para después del almuerzo. Que vaya con sus dos maromos —me pidió. Ambos comenzamos a carcajearnos. Este Eme no tenía remedio. Y el temita de los dos maromos me tocaba los cojones; él lo sabía y se aprovechaba de ello.

Le mandé un mensaje a Christine para quedar con ella más tarde y nos fuimos a la sala de descanso para picar algo rápido. Teníamos la reunión y no me apetecía salir del complejo. Al llegar, estaba de nuevo la Jessica Rabbit particular del hotel, con ese halo de misterio y unos guantes que le llegaban al codo. Su estrecho vestido marcaba sus curvas de manera exagerada.

Entré en la sala sin tan siquiera mirarla, pero vi a Eme por el rabillo del ojo y observé su reacción. Eme se acercó por detrás, mientras yo cogía una bandeja para servirme del *buffet*.

—¿Quién es el bomboncito? —susurró en mi oído.

—Se llama Agatha, es una de las cantantes del hotel —respondí en voz baja para que ella no se enterase.

—Me la tienes que presentar.

—Ni de coña. Déjate de estupideces, Eme. Nos tenemos que centrar en resolver esto. Después habrá tiempo para que te diviertas —lo regañé como si se tratase de un niño pequeño.

—Cada día eres más muermo. Eres joven, tienes un gran trabajo, dinero, estás en Las Vegas, macho... desmelénate un poco, vive, disfruta y folla como si no hubiese un mañana —me espetó Eme.

—Tengo un gran trabajo que corre peligro por todo este asunto y se puede ir todo a la mierda. No quiero volver a España con el rabo entre las piernas. Me divierto en mi trabajo y me he encontrado con un marrón de los gordos.

—¿No querías retos?

—Sí. Como dice mi madre: «no quieres lentejas, pues toma dos platos».

Eme comenzó a reírse y me contagió. Entre risas, terminamos de servirnos el menú del *buffet* y nos sentamos en una de las mesas alargadas.

Agatha seguía sentada al lado de la ventana, ajena al mundo que la rodeaba con los ojos cerrados, disfrutando de los rayos de sol que entraban por ella.

Cuando terminamos, nos fuimos a mi despacho para recoger las cosas y marcharnos a la reunión que teníamos con Christine. Eme vio encima de mi mesa la programación de todas las actividades del hotel para esa semana. Comenzó a leerla con atención.

—Deberíamos ir a alguna de las actuaciones. ¿Cuál crees que será más divertida? Me apetece algo muy alocado —dijo, mientras seguía ojeando la programación, y yo apagaba todo y metía parte de la información en los cajones con llave—. Oye, la actuación de esa chica es pasado mañana a las once de la noche. ¿Qué tal si vamos a verla?

—La verdad es que no me apetece demasiado —contesté con voz cansada.

—Bueno, quizá pasado mañana si te apetezca. Por cierto, además de este espectáculo, ¿tiene otro?

—No, ¿por qué lo preguntas? —Lo miré con extrañeza. No sabía a qué venía esa pregunta.

—Está claro, macho. Si hoy no tiene actuación, ¿vive en el hotel?

—Que yo sepa no. Espera, que miro en su ficha.

Encendí de nuevo el ordenador y comprobé que vivía en un edificio de apartamentos. Le enseñé a Eme la ficha. Cogió su móvil y tecleó algo ante mi interrogativa mirada.

—Le he enviado los datos de Agatha a mi contacto para que la investigue.

—¿Por qué?

—Macho, que ingenuo eres. Si la chica no vive aquí y no tiene actuación hasta pasado mañana, ¿qué carajo hace en el hotel vestida como si fuese al mayor espectáculo del mundo? ¿No te lo has preguntado nunca?

—¡Joder, no!

Cada vez estaba más lejos de entender nada. ¡Joder! Era un puto informático, experto en seguridad, podía hackear cualquier sistema, pero esto pasaba mis competencias de largo. No tenía la picardía en ese sentido. Yo no era un investigador ni nada que se le pareciese.

—¿Has mirado el historial de entradas y salidas del hotel?

—¿Estas de coña? Si no me he dado cuenta de ese detalle cómo cojones voy a mirar nada —grité.

—Tranquilízate, ¿vale? Así no solucionamos nada. Vamos a comprobarlo.

—Ahora no tenemos tiempo. La reunión es en quince minutos — exclamé casi desesperado.

—Llévate el portátil y te conectas desde allí. —Eme se acercó y posó su mano en mi hombro—. Debes tranquilizarte, ¿vale?, solucionaremos esto. Entiendo que te desesperes y esto se salga de tu zona de confort, pero date cuenta de que somos muchas personas tras ellos. Los atraparemos. Somos un equipo, confía en mí.

—Confío en ti, Eme, pero Christine está recibiendo amenazas. Tengo la impresión de que no se andan con tonterías y van a por todas. Y eso, amigo mío, me está matando. Me corroe saber que pueda estar en peligro y no poder hacer nada por protegerla.

De repente, el nudo en el pecho se hizo más fuerte. Me oprimía de tal manera que me costaba trabajo respirar.

—Vámonos y solucionemos esto de una vez por todas.

Una vez que dijo eso, me cogió por el hombro y salimos del despacho con más tranquilidad de la que ambos sentíamos, aunque nuestro interior era un hervidero de sensaciones.

Una vez que llegamos al hotel, volvió el Eme bromista, provocando la risa de Christine. Esa risa que me ponía tonto cada vez que escuchaba y que era el sonido que más me gustaba. Música para mis oídos que provocaba que me olvidase del mundo y que mi atención solo se centrara en ella.

Cuando llegamos a la habitación, no tuve más remedio que aparcarme mis pensamientos y centrarme en lo importante. Resolver algo que, a nosotros dos, se nos escapaba de las manos. Después de unos cuantos saludos formales, Eme comenzó con la exposición de lo que había averiguado.

—Bien. Como sabéis, tanto Harris como Jack son empleados del hotel. Ambos, en su currículum, exponen los conocimientos de informática adecuados para su puesto. Ninguno de los dos, en un principio, tienen la formación necesaria en *software* para esto. Y aquí viene el dato curioso: ambos estudiaron en la misma universidad, coincidiendo en varios cursos. Se alojaban en un apartamento a las afueras del campus, en su último año de carrera, junto a una chica de primer curso. Esa chica en cuestión se llama Anna. Ha trabajado para diferentes empresas, pero su mayor éxito lo tiene

trabajando por su propia cuenta haciendo «trabajitos» para otras —relató Eme, acentuando con sus dedos la palabra clave.

Tanto Christine como yo lo escuchábamos con atención, sentados a los pies de la cama, mientras Jayden e Izan lo hacían desde unas incómodas sillas delante del tablero de corcho.

—Y todo esto, ¿qué relación tiene con el hotel?

—Aquí viene lo mejor. En octubre de ese año, cuando llevaban viviendo con la chica poco más de un año, se presentaron a un concurso que realizó la universidad para captar a los mejores talentos en altas tecnologías. El premio consistía en unas prácticas pagadas en una de las mejores empresas de seguridad informática. ¿Adivináis quién ganó el concurso?

—Anna —contesté rápidamente.

—Error. Se presentaron ellos tres como equipo. Por lo que el premio se repartió entre ellos.

—¿Cómo es posible que no incluyeran ese dato en el currículum? Es algo digno de mención —preguntó Christine.

—La pregunta es: ¿quién es esa chica? Y, lo más importante, ¿siguen teniendo contacto con ella?

—Y tú sabes la respuesta, claro —afirmé al ver su cara de satisfacción

—En redes, utiliza el *nick* de *Avispa21*.

Capítulo once



Christine

Blanco. Así fue como se quedó Julio cuando Eme pronunció el *nick* de la chica. La palidez de su semblante me dijo que la conocía de algo.

—*Avispa21* es el *nick* de una chica con la que estuve saliendo durante unos meses —aclaró—. No sabía que había estudiado en Estados Unidos.

—Apenas sabías de ella, Julio —cortó tajante Eme.

No quería ahondar en ese tema ahora, más tarde intentaría sonsacarle qué relación tuvo con ella. Una punzada de celos me apretó el corazón. No quería imaginármelo con otra, pero era más importante saber qué se cocía en el hotel. Ya tendríamos tiempo de aclararlo cuando estuviésemos solos. Me levanté en un vano intento de poner distancia entre nosotros. Me estaba enamorando de él. Tenía el don de hacerme reír incluso en los momentos más jodidos.

Las amenazas que estaba recibiendo no eran nada en comparación con lo que le habían hecho a mi perrita Sweet, un Bilchón maltés blanco, con un carácter tan sociable que se iba con cualquiera que le diese alguna chuche. No me la pude traer a Las Vegas. Pensaba hacerlo cuando estuviese instalada en mi propio hogar. Mientras, la dejé en casa de papá. Allí estaría cuidada y mimada por Betty, mi *nani* de la infancia. Cuando comencé a recibir las amenazas no les hice caso. Me pedían o me exigían que les pasase la lista semanal de la clientela, incluyendo las actividades a las que se apuntaban. También pretendían que bajase el nivel de seguridad en el casino. Después de un par de semanas sin hacerles caso, las amenazas se recrudecieron. Hasta que recibí la llamada de mi padre, contándome que Sweet había aparecido muerta. Fue envenenada. Los muy capullos habían sido capaces de envenenar a un pobre animal que no tenía culpa de nada. Su recuerdo me sobrevino a la mente como un torrente de imágenes con ella en la playa, las veces que me

despertaba a lametazos, la carita que ponía cuando Betty le enseñaba mi imagen a través de la video llamada, cómo movía el rabo cuando le daba las chuches, o cómo le gustaba revolcarse en la tierra cuando la sacaba de paseo y la dejaba correr libre por Central Park.

Las lágrimas amenazaban por salir de nuevo. No era ninguna blandengue, pero la muerte de Sweet había dejado un vacío en mi desolado corazón. No se lo conté a Julio porque, en el fondo, sabía que era bastante protector conmigo y, con la de mi padre, tenía más que suficiente, quien se apresuró a mandarme a Izan y Jayden como guardaespaldas. No me dejaban ni a sol ni a sombra. De vez en cuando, les daba esquinazo, saliendo por la puerta oculta del *spa*; una que pocas personas conocían y que utilizábamos para que saliesen personajes públicos sin ser descubiertos por la prensa.

Julio me miró. Parecía leer mi mente a la perfección a través de mis ojos. Los suyos me transmitían tranquilidad. Me cogió la mano y, con el simple roce de nuestros dedos, me produjo un estremecimiento. Forzó una sonrisa, y aunque sabía que era verdadera, también reconocía su intranquilidad por todo este asunto. Estaba asustado y no era para menos. La voz de Eme me trajo de vuelta a la realidad.

—Tú la conoces, macho, sabes de qué pie cojea.

—Pero es imposible que lo haga desde la distancia, y no la he visto rondando por el hotel. Investiga si sigue en España o se ha trasladado aquí —contestó Julio muy seguro de sí mismo.

—¿De verdad es imposible que lo haga desde la distancia? —preguntó Eme.

—Sí. La conozco demasiado bien. Y aprendí muchos trucos de ella, que después he utilizado aquí para reforzar la seguridad del complejo —contestó Julio con un deje de orgullo en la voz.

—Está bien, entonces lo investigaré. Otro asunto que debemos tratar es el de la cantante —continuó Eme, señalando unos papeles que tenía en la mano. Julio asintió con la cabeza—. Tenemos a... —Miró los papeles.

—Agatha —interrumpió Julio.

—Eso, gracias. Como iba diciendo, tenemos a Agatha, una cantante del hotel que hoy se encontraba en la sala de descanso. Lo curioso del tema es que no tiene actuación hasta pasado mañana, por lo que nos preguntamos qué hacía allí. Aquí tenemos los listados de los empleados, de sus entradas y salidas.

—Debemos comprobar si ficha y, si es así, el historial de ella y

comprobar si estaba en el hotel —concluyó Julio.

—Bien, pues ya tenemos trabajo por donde continuar —replicó Eme.

—Nosotros intentaremos, por nuestra parte, investigar a la cantante —comentó Izan, incluyendo a Jayden.

—Vosotros sed su sombra. Seguidla allí donde vaya, con quién se relaciona, dónde come, qué hace en su tiempo libre, intentad averiguar qué hace en el hotel. Yo miraré si utiliza las instalaciones del complejo. No sé, si ha reservado en el *spa*, si utiliza el gimnasio, o la piscina... Como sabéis, los empleados podemos utilizar las instalaciones, pero lo hacemos con nuestra placa interna, así que deja rastro. Todo eso pasa por mis manos y me encargo de supervisarlos, por lo que me será fácil averiguar si estaba en el hotel en el momento de alguno de los hurtos —expliqué de manera atropellada. Después de semanas en un túnel, veía luz.

—Cuando averigües algo me lo dices, y comprobamos las cámaras de seguridad. Aunque si no ha fichado... Creo que sería un buen momento para probar el sistema de reconocimiento facial y comprobar si funciona. Puede que sea un poco tedioso —me dijo Julio.

—No importa, en cuanto tenga los datos, te aviso.

Después de unos minutos más organizando las tareas de cada uno de nosotros, salimos del motel. Julio cogió la moto y se marchó con Eme, mientras que yo me resignaba a cenar de nuevo con los hombres de confianza de mi padre. Eran aburridos y apenas conversaban. Para colmo, tampoco eran demasiado discretos, así que cada vez que salía con ellos a alguna parte, me sentía como una estrella de cine. Me daba la impresión de que la gente miraba cuando pasaba por mi lado, intentando reconocerme y me daban ganas de gritarles que no me conocían ni en mi casa. Abatida y entristecida, porque mi vida aquí no era como la imaginé cuando llegué, cenamos en el restaurante favorito de Izan, un local de comida rápida, que solo tenía una puerta y sin ventanales al exterior.

Después de una cena donde reinó el más absoluto de los silencios, nos marchamos de nuevo al hotel. Llené la bañera al llegar a mi habitación. Un baño de agua bien caliente con mis sales preferidas de vainilla calmaría mis nervios.

Cogí un botellín de cerveza del pequeño frigorífico de mi habitación y me lo llevé con la intención de tomármelo mientras me relajaba. Puse música suave, me metí en la bañera, aliviando mis contraídos músculos, mientras

cerraba los ojos y me dejaba envolver por el vaho y la música. Respiré profundo y poco a poco me quedé dormida.

El frío me recorría el cuerpo. Comencé a temblar y desperté de repente. Un olor extraño atravesaba la puerta cerrada del cuarto de baño. Casi no podía respirar. Temblando, me levanté de la fría bañera y, al abrir la puerta, un calor candente, entremezclado con mucho humo, me dio la bienvenida de manera abrupta. Eso alertó todos mis sentidos. Intenté salir, pero era imposible. Miré hacia los lados en busca de mi móvil para llamar a los de mantenimiento, sopesando mis posibilidades. No lo encontré y recordé que lo había dejado en el dormitorio.

Desesperada y sin saber qué hacer, di varias vueltas alrededor del diminuto habitáculo, intentando vislumbrar cuál sería mi siguiente paso. Abrí la puerta de nuevo y las llamas comenzaban a estar peligrosamente cerca. Cogí una toalla, la empapé en el agua de la bañera y me la puse en la cara para no respirar el insalubre humo. Descalza y desnuda intenté salir al dormitorio para coger el teléfono, pero las llamas aumentaban de intensidad y arrasaban todo a su paso. Cerré de inmediato y me volví hacia el baño, abrí el grifo para que la bañera rebosara y mojara el piso. Puse el tapón del lavabo y repetí lo mismo. Toda agua que pudiera derramar sería bienvenida. Volví a mojar la toalla, debía mantener mis pulmones libres del humo.

Vi la pequeña ventana, la intenté abrir todo lo que se podía y comencé a gritar en un vano intento de que alguien me escuchara, aunque sabía que las posibilidades eran escasas. Entre que la ventana tan solo se abría quince centímetros y el bullicio lógico del espectáculo, que se desarrollaba en la piscina, reducían las posibilidades. Debía hacer algo rápido o pronto las llamas irrumpirían en el cuarto de baño, devorando todo a su paso. Incluida a mí. Empecé a hiperventilar y eso no era bueno. Tenía que mantener la mente fría para salir de ese atolladero. Esa vez se habían pasado, porque sabía que el incendio era provocado. No había dejado nada enchufado y nunca había fumado allí. ¿Y por qué coño no habían funcionado los sistemas contraincendios?

Miré a mi alrededor, vi el albornoz colgado de la percha y me lo puse para cubrir mi desnudez. Cogí otra toalla, la enrollé alrededor de la mano y, con todas mis fuerzas la estampé en el cristal, rompiéndolo en mil pedazos, después de varios intentos. Con cuidado de no clavarme ningún trozo en los pies descalzos, me aproximé a la ventana y trepé hacia ella.

El siguiente paso era saber dónde puñetas apoyarme para salir. A cierta distancia vi una cornisa donde hacerlo. Era pequeña, pero lo suficiente para permanecer de pie, a la espera de conseguir bajar a través de los diferentes ventanales o, con suerte, que alguien me viera y llamara a los bomberos.

Tenía un miedo atroz a las alturas, por lo que respiré profundo, me infundí un valor que no tenía en ese momento y, con una calma que no sentía, trepé y salí por la ventana sin mirar hacia abajo. Cerré los ojos y grité con todas mis fuerzas. Permanecí de pie, sin moverme, con mis manos aferradas a la pared, intentando clavar las uñas en ella. Volví a gritar sin éxito alguno. El bullicio de la piscina y la estridente música entraban en tropel en mis oídos, haciéndome más consciente de mi situación.

No tenía más remedio que abrir los ojos y evaluar mi propia evacuación. Miré alrededor y vi otra cornisa un poco más abajo donde apoyarme. Me temblaba todo el cuerpo.

Tenía mucho miedo.

Y ante mí tenía el peor panorama posible. Se hacían realidad mis propias pesadillas. Con extremo cuidado bajé hacia ese lugar que podía ser mi salvación. No quería mirar abajo, pero debía hacerlo. Escuché de fondo una voz conocida. Cerré los ojos atropellada por el miedo. Estaba paralizada. Volví a escuchar su voz. Clara. Inconfundible. Los nervios me traicionaban. Pero volví a escuchar mi nombre en esa voz inconfundible. Julio.

—¡Christine! ¡Para! ¡No te muevas! ¡Quieta!

Su voz penetraba en mis oídos como música. Estaba salvada. Sabía que con él ahí, nada malo me pasaría. Abrí mis ojos y enfoqué mi vista hacia abajo.

Y allí estaba. Tenía sus manos en la cabeza y no paraba de revolverse el pelo, despeinándolo más de lo que solía tenerlo. Me pidió calma con sus manos mientras miraba hacia el otro lado. Seguí su mirada y pude ver como Eme, Izan y Jayden portaban una gran escalera. No sabía de dónde había salido y tampoco me importaba. Por fin, podía empezar a respirar.

Cerré los ojos de nuevo y me concentré en mantener el equilibrio mientras tarareaba una canción de U2 para abstraerme. No era el momento de cantar, pero los nervios me traicionaban y nada podía hacer contra ellos. Recordé el momento en casa de Julio y la letra de la canción de Bonnie Tyler. Apreté mis ojos cerrándolos con más fuerza y comencé a tararearla, a la

espera de que *mi* Julio viniera y me abrazara fuerte.

—¡Tranquila! ¡No te muevas! ¡Voy a por ti! —Su voz penetraba en mis oídos, inundándome de una tranquilidad que él no era capaz de transmitir con sus palabras. Le fallaba la voz—. Estoy contigo, Christine. —Sonaba algo más cerca. Quería abrir los ojos, pero era imposible hacerlo. Estaba paralizada por el miedo—. No te muevas, nena. Estoy contigo. ¿Confías en mí?

Asentí con la cabeza de manera casi imperceptible. Se me agarró un nudo en la garganta por las lágrimas amenazando con salir a borbotones. Me negué a ello. Tragué para impedir que salieran. No iba a llorar. Iba a salir ilesa de esta maldita situación. ¡No iba a morir ahora! Abrí mis ojos y me enfrenté a mi mayor miedo, mirando hacia abajo, directa a los ojos de Julio. No me permitiría un momento de flaqueza ahora. No en este momento.

Me recompuse con mi mirada fija en la suya. En ese hombre que era capaz de sacarme la sonrisa en los momentos más difíciles. Que fue capaz de hacerme gritar que quería vivir, reír y sentir en mitad de su jardín, en ropa interior. Ese que me dio la libertad cuando más enjaulada me sentía. Ese por el que mi corazón palpitaba desaforado cada vez que se acercaba a mí o su aliento rozaban mis labios, del que me había enamorado casi sin darme cuenta, cuando me vine huyendo de un pasado que no quería repetir.

Sentí sus dedos en la piel desnuda de mis pies.

—Tranquila, nena, estoy aquí.

Terminó de subir por la enorme escalera, hasta que me agarró por la cintura, sujetándome con todas sus fuerzas.

—Tranquila, nena, te estoy sujetando. Estás a salvo —me susurró al oído, mientras me apretaba con más fuerza contra su cuerpo. Lo agarré por el cuello. No quería soltarme. Pretendía que no me soltara nunca. Jamás. Deseaba quedarme entre sus brazos el resto de mi vida—. Chist... Estás a salvo, mi amor —volvió a susurrar, haciendo su abrazo más fuerte y que todo mi cuerpo se estremeciera ante sus palabras, ante ese «mi amor» que tanto significaba para mí y que, si no estuviera en lo alto de una cornisa, provocaría que me encerrase con él toda la noche a disfrutar de nuestros cuerpos—. Agárrate fuerte a mí. Vamos a bajar despacio. No tengas miedo. Estoy aquí.

—Contigo, sujetándome, todo el miedo se disipa, mi amor —contesté con la voz un poco más temblorosa de lo que pretendía.

Poco a poco, fuimos bajando los escalones de la alta escalera hasta llegar al suelo. Un círculo de curiosos estaba alrededor, mientras Eme, Izan y

Jayden intentaban controlarlo. Cuando pisé el frescor de la hierba del jardín, mis piernas temblaban de tal manera que me fallaron y caí de rodillas. Solo en ese instante, me permití el lujo de dejar derramar las lágrimas y que saliera el miedo y la frustración. Miedo por el incendio y lo que podía haber pasado, miedo a las alturas y que mi única vía de escape, ironías de la vida, fuese a través de una ventana.

Julio se arrodilló delante de mí y, con suavidad, cogió mis manos y comenzó a acariciar mis nudillos. Movimientos circulares y suaves que provocaban un efecto hipnótico. Me fui tranquilizando y mi respiración se acompañó.

Cuando percibió que me había calmado, se acercó un poco más.

—Tranquila, estás a salvo. ¿Necesitas algo?

Negué con la cabeza. No podía hablar. Solo quería que no se separase de mí. Tenerlo a mi lado. Le apreté la mano e imité mi gesto. Acercó su brazo a mi cintura y me agarró, abrazándome fuerte, mientras prodigaba suaves besos por mi cuello.

—Llévatela. Yo me quedo con ellos e intentaremos averiguar qué carajo ha pasado y por qué no han saltado las alarmas contraincendios. — Escuché que le decía Eme a Julio en la lejanía, con la voz amortiguada.

—Toma las llaves de nuestro coche —dijo Jayden.

Julio cogió las llaves y se levantó despacio conmigo en sus brazos. No pensaba soltarme y yo no quería que lo hiciese. Necesitaba sentir su piel en contacto con la mía. Seguía temblando sin poder remediarlo.

Cuando llegamos, me depositó en el asiento del copiloto con sumo cuidado, como si fuese el objeto más valioso y estuviera a punto de romperme. En silencio, llegamos a su casa, casi sin darme cuenta. Abrió la puerta y me volvió a cargar en brazos. No tenía fuerzas para sostenerme en pie.

Apoyé mi cabeza en su hombro y me dejé embriagar por su aroma, calmándome al instante. Cruzamos el salón y me tumbó en el sofá.

—¿Quieres algo? ¿Una tila? Espera, que te traigo una manta. —Negué con mi cabeza.

—Solo necesito unos minutos para recomponerme —contesté. Aún me temblaba la voz.

—Estás a salvo. Nadie puede hacerte nada —respondió, mientras acariciaba mis mejillas. Un escalofrío recorrió mi cuerpo por completo. No paraba de repetirme una y otra vez que estaba a salvo, desde que empezó a

subir por la escalera. Era su manera de infundirme confianza y de autoconvencerse.

—Tú también piensas que ha sido provocado —comenté en un tono más bajo de lo que pretendía.

—Sí —corroboró contundente.

—¿Cómo supiste lo del incendio? —De repente, la pregunta me vino a la cabeza.

—Estaba en el hotel. Regresé para seguir trabajando. No podía estar aquí de brazos cruzados. Comencé a mirar las cámaras de seguridad por los diferentes pasillos. Creí ver a Jessi... a Agatha a través de ellas, pero la perdí de vista. —Me miró y con delicadeza volvió a acariciar mis mejillas, secando las lágrimas que no sabía que estaba derramando y que fluían libres por mi rostro—. Pasé de un pasillo a otro, sin resultado alguno, hasta que llegué al de los dormitorios de los empleados y vi algo extraño en tu puerta. Acerqué el zoom y pude ver que habían puesto una calza para impedir que se abriese desde el interior. Eso llamó mi atención. Al fijarme, vi salir humo por debajo de la puerta. Comprobé el sistema contraincendios y estaba desconectado. Quise morirme en ese momento... Con rapidez informé a Eme de la situación y corrimos hasta tu dormitorio, pero no se podía acceder a él. Así que salí al jardín, mientras Eme llamaba a Izan y Jayden. Ellos se encargarían de la escalera a la vez que yo intentaba buscar la forma de acceder desde allí. Cuando te vi en el saliente... —Paró de hablar y tragó saliva. Me miró a los ojos. Los suyos también estaban empañados—. El resto ya lo sabes.

—¿La encontraste?

—Eso no importa ahora. Eme, Izan y Jayden se encargarán. ¿De verdad que no necesitas nada? ¿Algo de comer, una copa de vino, una tila...? Dime qué necesitas.

El tono suplicante de su voz me reconfortó. Aunque pudiera parecer una tontería, saber que se preocupaba por mí me consolaba. Me incorporé y lo abracé fuerte, aferrándome a él como si fuese lo único que tenía en ese instante para asegurar un destino incierto.

Comenzó a besarme el cuello, provocando placenteros temblores a lo largo de mi cuerpo y un cosquilleo en mi vientre. Giré la cabeza, en busca de su boca, rozándola. Un simple toque que me supo delicioso. Su lengua paseó por mi labio inferior de manera pausada, lenta, recreándose en el sabor. No pude reprimir el suave gemido que dejé salir.

Me apretó contra su cuerpo y el roce de la tela del albornoz húmedo, provocó un pinchazo de placer en mis endurecidos pezones. Siguió recreándose en los labios mientras sus manos bailaban por mi espalda en una caricia eterna. Las mías acariciaban su pelo, los dedos enredados en él, encendiéndolo a cada instante que pasaba. Paseé las yemas por su firme cuello, provocándole un temblor, y aspiré el jadeo que salió de su boca.

Comenzó a bajar por detrás de la oreja, dejando un rastro caliente en mi cuerpo con su aliento. Parecía querer tatuar los besos en mi piel. Bajó hasta la clavícula, clavando en ella los dientes, un mordisco suave, que indicaba las ganas que tenía y que provocaba que la humedad de mi entrepierna se intensificara.

Bajó su rostro por mi escote. Su barba sin afeitar de varios días provocaba un cosquilleo por donde rozaba, encendiéndome a su paso. Estaba abrumada por las sensaciones. Sin parar de besar, me cogió en brazos y anduvo hasta su dormitorio, depositándome en la cama con delicadeza. Se separó unos instantes y fijó la vista en mí. Con extrema delicadeza, volvió a atacar mis labios, saboreándolos con demasiada lentitud. La ansiedad por tenerlo provocaba pequeñas sacudidas de placer con cada roce. Estaba sobreexcitada y, sin poder remediarlo, comencé a mover mi pelvis en busca de un poco de alivio, mientras atacaba su cuello a base de necesitados besos.

Abrió el albornoz con su rostro, mientras su mano bajaba hacia mis nalgas y me apretaba fuerte contra él para que comprobara su dureza. No reprimí la fuerte respiración que salió a través de mi garganta, demostrándole lo mucho que disfrutaba con eso.

La luz de la luna, que entraba en abundancia a través de los grandes ventanales del dormitorio, me permitió ver sus facciones. Los músculos se le marcaban de manera deliciosa, y tanto su mirada como la rigidez de su rostro indicaban el esfuerzo que estaba haciendo por reprimir la necesidad de dejar aflorar sus instintos primarios. No quería que lo hiciera. No necesitaba que fuera dulce y suave.

Casi sin darme cuenta, me levantó en volandas y se deshizo del albornoz, dejándolo por el camino a la pared, donde me apoyó. Eché la cabeza atrás, dejándome embriagar por todas las sensaciones. Atacó sin piedad mis pechos que, de lo endurecidos que los tenía, era casi doloroso y placentero a la vez.

—Nena, no sabes cómo te deseo en este instante. En realidad, no tienes

ni idea de cómo te he anhelado desde el momento en que te cruzaste en mi camino —me dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo y la excitación.

Cerré los ojos porque no podía hablar, respiré para tranquilizarme y no explotar mientras bajaba mi mano por su torso para llegar al objeto de mi deseo. Desabroché los pantalones con ansia. El roce de mi mano erizaba su piel, provocando estremecimientos y jadeos. Nos miramos con lujuria. Cuando logré alcanzar su entrepierna, dura y erecta, la acaricié por completo.

Intenté bajarle los pantalones con los talones de mis pies. Y solo conseguí que casi nos cayéramos. Ambos soltamos una carcajada que relajó el ambiente. Volvimos a fijar nuestras miradas. Con prisas, se puso un condón, que no supe de dónde había salido, y de una fuerte estocada me penetró. Una oleada de placer indescriptible me recorrió por completo.

Por fin lo tenía dentro, algo que deseé desde el mismo instante en que lo vi, desde el momento en que, semanas antes, habíamos estado en la piscina y casi me hizo suya. Ahora me había desarmado. Abrumada por los sentimientos y por el gozo que sentía, dejé que me penetrara una y otra vez mientras me llevaba al éxtasis total. Solo entonces, Julio se dejó ir en un brutal orgasmo, provocando un primitivo grito de satisfacción en ambos.

Esperamos unos instantes a que nuestras respiraciones se acompasaran. Con besos breves y suaves me llevó a la cama, cubriendo la desnudez de mi cuerpo con la sábana. Terminó de quitarse las pocas prendas que le quedaban y se acostó junto a mí.

Durante un rato me llenó de caricias en un silencio casi hipnótico. Me estaba quedando dormida, fruto del cansancio, de la tensión vivida y de ese broche final a un día agotador en muchos sentidos.

Demasiadas emociones contradictorias para una misma jornada. Los párpados me pesaban más de lo normal, hasta que dejé de resistirme y, mientras sentía sus dedos en mi piel con caricias eternas, caí en un profundo sueño.

La frialdad de las sábanas a mi lado, junto a la luz que entraba a raudales por los grandes ventanales, me despertaron del estado de sueño profundo en el que me encontraba. Estaba desorientada. Miré a mi alrededor y me ubiqué. Busqué a Julio, pero no estaba. Me levanté y recogí el albornoz del suelo que aún permanecía húmedo. Miré a mi alrededor en busca de alguna prenda con la que cubrirme. Vi una camiseta de Julio en una silla y me la puse.

Mi estómago crujió y mi entrepierna evocó lo sucedido la noche anterior ante el recuerdo de las yemas de sus dedos recorriendo mi piel. Intenté alejar esos pensamientos y salí a buscarlo. Por el camino quise alisar mi desmadejado pelo sin ningún resultado. Necesitaba peinármelo con urgencia. Vi mi imagen reflejada en el espejo al pasar por el pasillo. ¡Estaba horrible! Las mejillas sonrosadas, el pelo revuelto, los labios hinchados. Intenté adecentarme, aunque de poco servía. Necesitaba pasar por chapa y pintura.

Lo peor de todo es que no me quedaban ni unas tristes bragas. No lo sabía, pero intuía que todas mis pertenencias se habían quemado en el incendio. De repente, me vinieron destellos de lo sucedido; las llamas, el intento de salir del cuarto de baño, cuando rompí la ventana, cuando salí por ella... Entré en pánico y comencé a tener dificultades para respirar. Me puse la mano en el pecho, cogí una fuerte bocanada de aire e intenté soltarlo poco a poco.

Escuché la voz amortiguada de Julio en la lejanía. Hablaba con alguien. Imaginé que sería Eme, así que avancé un poco, muerta de la vergüenza por mi indumentaria. Intenté estirar la camiseta para que cubriera un poco más mis desnudas piernas. Pero era misión imposible. Con timidez, entré en la cocina. Julio y Eme preparaban el desayuno mientras hablaban en voz baja. Ambos estaban sin camiseta, en pantalón corto y mojados. Me imaginé que se habrían bañado en la piscina.

Me quedé absorta, mirando las vistas. Ambos estaban muy buenos. Aunque Julio tenía algo que me atrapaba y me envolvía. De repente, como si lo llamara, giró su cabeza, me miró y sonrió. Con una tranquilidad pasmosa, con la mano dentro del bolsillo de las bermudas, se acercó hasta mí. Me quedé tan ensimismada, disfrutando del espectáculo, que lo veía venir a cámara lenta. Suspiré y su sonrisa me dejó ver sus blancos dientes. Parecía una adolescente delante del famoso de turno. ¡Solo me faltaba quitarme las bragas y tirárselas a la cara! ¡Pero... no tenía! Al recordar ese pequeño detalle, me sonrojé por la presencia de Eme.

—Buenos días, nena. ¿Has descansado bien? —preguntó, mientras agarraba mi cintura, me atraía hacia él y depositaba un suave beso en la comisura de mis labios, que me supo a poco y me dejó con ganas de mucho más.

—Sí, gracias. He descansado muy bien —le respondí, mientras bajaba

la cabeza y, con total seguridad, me ruborizaba

—He preparado el desayuno. Esta mañana me he levantado temprano para ir al hotel y traerte algo de ropa. Como supondrás, todas tus cosas se han carbonizado. —Suspiré de alivio al darme cuenta de que Julio había pensado en eso—. No te he traído mucho, pero lo suficiente para que no tengas que salir de casa en albornoz. ¿Por qué no te vistees mientras terminamos de prepararlo todo? Tenemos que hablar.

Dicho eso, se dio la vuelta, no sin antes darme una palmada en el culo que provocó que me excitara más y volviera a ruborizarme. Se alejó, dejando una sensación de frío y vacío. Levanté la cara y vi a Eme sonriendo, mientras trasteaba por la cocina. Pocos minutos después, Julio volvió con una bolsa de la boutique Harrye's, una de las tantas tiendas de ropa de nuestro hotel.

—Si lo deseas, puedes ducharte. Te he comprado también productos de higiene femenina, un cepillo de dientes y un perfume. No sé si serán los que utilizas, pero me recordaban a ti —dijo, mientras se encogía de hombros; un gesto que me pareció entrañable.

—Gracias. Me gustaría darme una ducha. Después del humo de anoche, debo oler a chimenea —contesté. Deseaba que Eme no nos escuchase.

—No olerías mal aunque te revolcases en un estercolero. —Lo miré, levantando mi ceja derecha, y comenzó a carcajearse, provocando que me entrase la risa.

—Mire que es usted tonto, señor Díaz —exclamé, mientras volvía a reírme.

Me di la vuelta y me fui hacia el cuarto de baño con la bolsa en la mano. Estaba pletórica ahora que por fin iba a tener algo de ropa con lo que cubrirme. Saqué los productos de higiene y abrí el grifo para que saliese lo más caliente posible.

Me demoré más de lo habitual, dejando que el agua corriese por mi cuerpo y aliviara el dolor sordo que tenía en los músculos. Cuando salí, saqué de la bolsa las prendas que Julio me había traído. Sonreí al ver el tanga de encaje negro con un sujetador a juego. Era muy bonito y delicado. Tenía buen gusto. Me lo puse y me quedaba a la perfección. Cuando vi la ropa, no pude evitar soltar una carcajada. Me había comprado unos vaqueros rotos por la rodilla, una camiseta negra con una lengua roja y purpurinas, y también había unos zapatos de tacón muy alto y fino de color rojo.

Me vestí con rapidez y dejé que el pelo se secara al viento. Tampoco

tenía secador ni planchas para alisármelo como solía hacer, ya que siempre me quedaba bastante ondulado. Me puse un par de gotas de perfume y, con las energías renovadas, salí del cuarto de baño.

Olí el café y fui hasta la cocina. Cuando llegué, no había ni rastro de los chicos. Oteé la estancia y los vi en la piscina. Me entraron ganas bañarme. Salí al jardín, riéndome por las payasadas que hacían.

Me retiré un poco para que no me salpicaran y llamé a Julio para que supiera que estaba allí.

—En la mesa tienes café y tostadas. Sírvete lo que quieras. Enseguida salimos —dijo, mientras reía.

Me senté en una de las sillas de mimbre y serví un café. El día estaba espectacular y se estaba de maravilla. Miré alrededor y vi una maceta de violetas de colores blancas y amarillas, muy típica de esta zona. Eran preciosas y estaban muy bien cuidadas.

De repente, aparecieron ellos, salpicando todo a su paso. Se sentaron en las sillas libres entre risas.

—¿Queréis café? —Era lo mínimo que podía hacer por ellos; por Julio, después de todo lo que hacía por mí. El incendio y todo el asunto del hotel parecía una pesadilla lejana justo en ese momento.

—No, gracias. Ahora desayunamos nosotros. Esperaremos unos minutos mientras nos secamos —contestó Julio. Se dirigieron una mirada cómplice. Había llegado el momento de hablar.

—Habla. ¿Qué es lo que tenías que decirme? —pregunté, mirando a Julio. Quería ver la gravedad del asunto en sus ojos. Sabía de sobra que todo esto no era para tomárselo a la ligera, no obstante, estaba acostumbrada a que mi padre siempre me ocultara información y no permitiría que Julio hiciera lo mismo. No era una niña pequeña, por lo que no quería que él me tratase como tal.

—Bien, lo poco que hemos averiguado es que el incendio fue provocado. Como te conté anoche, pusieron un taco de madera en tu puerta a modo de cuña para impedir que salieras. Hemos llegado a una conclusión: quieren tu cabeza, por lo que estás en peligro. Eso nos lleva a pensar que, quizá, hayas visto algo, o ellos creen que lo has visto y por esa razón están nerviosos —me explicó Julio, mientras tomaba mi mano por encima de la mesa y acariciaba con suavidad el dorso.

—¡Yo no sé nada! Ellos pueden creer lo que quieran, pero no es cierto.

Lo único que sé es que estoy recibiendo amenazas para que les pase una información que me niego a darles y colaborar en un delito. ¡No soy cómplice de nadie! —expuse nerviosa, mientras negaba con la cabeza para enfatizar mis palabras.

—Lo sabemos, nena. Pero la teoría que barajamos es que ellos piensan que sí sabes algo. Estás en peligro y ninguno de nosotros está dispuesto a que te ocurra algo. Por eso, se nos ha ocurrido una idea, aunque debes estar de acuerdo con ella. No haremos nada sin que tú tomes la decisión final —explicó, bajando el tono de voz, con mis manos entre las suyas.

—Está bien. ¿Qué habéis pensado? —pregunté, mientras me temía lo peor. No estaba dispuesta a marcharme y, menos, a regresar a Nueva York a casa de papá.

—He estado mirando y los dos tenemos unos días libres. Podemos coger cuatro. Estamos a jueves, por lo que hasta el martes no tenemos que regresar. Deberíamos marcharnos a alguna parte, mientras ellos continúan con la investigación. ¿Qué te parece la idea?

—No quiero huir, Julio. No soy de las que se marchan cuando las cosas se ponen feas. Me enfrento a ellas e intento solucionarlas —repliqué enfadada.

—Lo sé, nena. No se trata de huir, sino de ponernos a salvo. Esto nos viene grande a nosotros dos. Eres directora del complejo más lujoso de Las Vegas, y yo experto en delitos cibernéticos y en seguridad informática. Ninguno está preparado para un asunto de este calibre.

—No estoy segura de querer huir —repliqué.

—Tómalo como un descanso. Elegiremos el destino que desees y, durante cuatro días, nos dedicaremos a relajarnos. Todo este embrollo nos tiene saturados a ambos.

—Cuatro días para estar tirados a la bartola y follar como conejos no es un mal plan. Yo no me lo pensaría —dijo Eme con una gran sonrisa. No tenía remedio.

En el poco tiempo que lo conocía, no me había parecido un hombre al uso, sino un deslenguado. Pero lo que había dicho me pareció la mejor idea del mundo. No quería huir, pero pasar unos días a solas con Julio me apetecía mucho. Ummm... ¿Follar como conejos? Me encantaba eso. Miré a Julio y lo vi dirigirle una mirada de mala leche a su amigo. ¿Pensaba que me asustaría por el lenguaje de Eme? Me reí.

—Está bien. ¿Cuándo nos vamos?

Capítulo doce



Esa mañana cuando desperté y la vi en mi cama, desnuda, preciosa y tranquila, tenía muy claro qué era lo que quería. Admirarla hasta que amaneció sería un recuerdo que tuviese en mi mente para siempre grabado a fuego.

Cuando se quedó dormida, permanecí contemplándola y disfrutándola. Me pasé el resto de la noche dibujando con las yemas de mis dedos su silueta desnuda, pasándolas una y otra vez por el lunar que veía a la luz de la luna que entraba por los ventanales. Una imagen imborrable para mí y para mi *amiga*, que lo único que quería era despertarla y volver a hacerle el amor a lo bestia. Aunque quedase mal decirlo, me llevé toda la noche empalmado con solo ver sus pechos descubiertos. Tuve que cubrirla en más de una ocasión y hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no abalanzarme sobre ella. Pero estaba rendida y necesitaba descansar.

Estaba perdido. Una vez que había probado la exquisitez de su piel y enterrado en ella, no podía parar. La noche anterior no tenía previsto hacerle el amor. Surgió sin más. Quise hacerlo despacio, en mi cama, con suavidad, y demostrarle lo mucho que la amaba. Pero era un bruto sin remedio y no pude evitar empotrarla contra la pared. En más de una ocasión tuve que respirar, controlarme y cerrar los ojos para no correrme antes de tiempo.

Después de despertar, tuve que tirarme a la piscina para bajar el calentón con el que amanecí. Mi erección no entendía que ella necesitaba descansar y no me daba ni un solo respiro. Tras unas brazadas, apareció Eme, con el pelo revuelto y cara de no haber dormido en toda la noche. Se cambió de ropa y se tiró a la piscina.

Se había llevado toda la noche de juerga. Según dijo, después del incendio y dejarlo todo controlado en manos de la policía y los bomberos, se marchó a un bar a tomar una copa. Había escogido uno de los tantos locales liberales que abundaban aquí. La experiencia de bailar a tres lo había dejado trastocado y quería probar de hacer un trío, que estaba en Las Vegas, quería

disfrutar de la vida y de todo lo que le ofrecía esta ciudad.

No quería pensar en el momento en que me dejé llevar por mis instintos y casi nos enrollamos con una tía en aquel bar; deseaba olvidarlo, ya que una punzada de dolor se instalaba en mi pecho cada vez que lo recordaba. Me avergonzaba de mi comportamiento.

A Eme, al parecer, le había parecido una experiencia de lo más excitante y quiso repetir. No quería que me lo contase, ya tenía suficiente con la lucha interna que tenía para no ir a mi dormitorio y reencontrarme con Christine. No necesitaba ningún estímulo más. Pero, claro, se trataba de Eme, ese que no callaba ni debajo del agua. Al parecer, allí se encontró a Kimani. A partir de ese momento, no quise saber nada más, ganándome burlas y cachondeo por su parte, llamándome «estrecho». Corté la conversación, derivándola hacia el asunto del hotel y el incendio.

—¡Joder, macho, ha sido la mejor experiencia de mi vida! ¡Te juro que lo he pasado en grande! ¡En mi vida he estado tan cachondo! ¡No sabes cómo es Kimani!

—¡Joder, ni quiero saberlo! ¡Calla! ¿Qué dijeron la policía y los bomberos? —pregunté.

—Como ya intuíamos, fue provocado. Utilizaron un acelerante. Están investigando el tema. Y por qué el sistema contraincendios estaba desconectado y quién lo pudo hacer. Deberías llevártela unos días. Desaparecer mientras se esclarezca todo —dijo Eme, mientras se encogía de hombros—. Te puedo asegurar que, si a mi chica le pasara esto, estaría cogiendo un avión rumbo al lugar más lejano.

Dejó el comentario en el aire y salimos de la piscina. Era muy temprano para despertarla, por lo que me decidí a coger la moto e ir al hotel a comprarle algo de ropa. Todas sus pertenencias estaban quemadas. Llegué a una de las tantas tiendas que había en el complejo con la idea de marcharnos juntos rondando por mi cabeza. Estuve mirando vestidos de los que ella solía usar para trabajar, pero no me decidía. Seguí dando un paseo por la galería comercial, hasta que entré en una que llamó mi atención. Tenía en el escaparate un surtido de camisetas con eslogan y frases divertidas. Entré y compré varias prendas, además de ropa interior y productos de higiene.

Feliz por mis compras, me fui directo a casa a más velocidad de la permitida. Tenía demasiadas ganas de verla.

Cuando entré, el silencio me dio la bienvenida, por lo que supuse que

continuaba dormida.

Cuando se despertó, le planteamos la posibilidad del viaje. Aunque en un principio se mostró reticente, al final, aceptó. Parecía que los argumentos de Eme tenían más peso que los míos, y tendría a Christine cuatro días para mí. Mejor imposible. No evité la sonrisa de satisfacción.

Estaba pletórico. Feliz.

—¿Dónde te apetece ir? —le pregunté por cortesía. Tenía muy claro el lugar al que quería llevarla.

Deseaba un lugar apartado, una cabaña rodeada de bosque con una chimenea, nevando en el exterior y calentándonos con nuestros cuerpos. Pero esa soledad podía ser peligrosa, así que nos decantamos por la costa de Los Ángeles. Estaba a unas cinco horas de camino en moto, ya que ella, al tener todo quemado, incluida su tarjeta de identificación, no podía salir del estado ni coger ningún vuelo. Así que mientras me daba una ducha y preparaba una pequeña bolsa con ropa, dejé a Eme y Christine encargados de los preparativos.

Cuando salí, mi chica estaba emocionada. Tenía ganas de ir a la playa, y alquilamos una casa que estuviera a mi nombre para no tener problemas. Las fotos que vimos a través de internet eran espectaculares.

—¿Quieres comprar algo de ropa? Podemos parar por el camino —pregunté antes de poner la moto en marcha.

—¿Estás de broma? En Los Ángeles compraré lo que necesite. Con un par de biquinis y unas camisetas será suficiente, no me hace falta nada más —respondió con picardía.

—No me digas eso o no vamos a llegar —repliqué con la voz ronca con solo imaginármela en biquini.

Nos incorporamos a la carretera. Nos quedaba un largo recorrido por delante. No sabía si Christine estaba acostumbrada a viajar en moto, por lo que decidí parar a mitad de camino para almorzar. Al final, nos decantamos por detenernos en San Bernardino. Nos desviamos de nuestro camino y estacionamos frente a un moderno restaurante de comida rápida: el Jack, situado en la 5th St, donde servían unas deliciosas hamburguesas con patatas fritas y refrescos a precios irrisorios. Almorzamos entre risas y planeando lo que haríamos durante esos días.

Después de comer, salimos del restaurante y paseamos cogidos de la mano, en busca de una cafetería, por la calle principal, una avenida bastante

ancha, con edificios de tres plantas y zonas ajardinadas, algunas palmeras sueltas, las montañas con los picos nevados de fondo, edificios de oficinas y de correos. La modernidad de algunos de los edificios de oficinas, con grandes cristalerías, contrastaban con la antigüedad de otros de una sola planta y en mal estado. No encontramos ninguna cafetería por los alrededores, por lo que después del paseo, decidimos retomar el viaje. Faltaba algo más de un par de horas para llegar.

A las cinco, llegamos al punto de encuentro con la señora que nos iba a alquilar la casa. Una mujer de unos cincuenta años, bastante morena, y un estilo un tanto *hippie*. Charlaba por los codos, por lo que después de hacernos mil preguntas y explicarnos cosas que casi ni nos enteramos, nos dio la llave.

La casa era alucinante. Tal y como se veían en las fotos. Con acceso a la playa, una terraza con vistas al mar que quitaban el aliento, muebles nuevos y motivos marineros con muy buen gusto. Era bastante acogedora. Christine, a cada paso, daba palmaditas y saltitos de alegría. Yo la seguía por todas las estancias sin poder reprimir la sonrisa de satisfacción por verla relajada y feliz.

Eran algo más de las cinco y media de la tarde, así que decidimos ir directos a dar un paseo para comprar algo de ropa para ella y algunas provisiones para la cena. Nos quedaríamos allí. Ya habría tiempo al día siguiente de hacer todo lo planeado.

—Gracias por todo, Julio. Esto es una maravilla —dijo, mientras paseábamos cogidos de la mano por la calle colindante. Según nos habían dicho, el súper se encontraba a dos manzanas de allí y también había varias tiendas donde comprar ropa—. ¡Mira esa tiendecita! ¡Vamos a mirar los biquinis!

—Está bien, pero, por favor, no me tengas toda la tarde dando vueltas, viendo ropa.

—No seas quejica, no te pega —replicó, mientras me daba una palmada en el hombro.

Entramos en el establecimiento y estuvo mirando sus biquinis mientras yo me entretenía en buscar unas playeras y un par de camisetas. También buscaba un bañador, ya que no llevaba ninguno.

A lo lejos, me enseñó varios biquinis a los que les faltaba la parte superior. Me acerqué a ella para ver lo que me mostraba.

—¿Qué es eso? Está incompleto, ¿no? —pregunté, haciéndome el

enfadado. Quería chincharla. La carcajada que soltó resonó en toda la tienda, provocando que el dependiente levantase la vista del ordenador.

—No le falta nada. No suelo ponerme la parte de arriba del bikini. — Fingí como si me fuese a dar un infarto.

—Nena, creo que deberías sopesar otras opciones. Si estuviéramos en casa, no pasaría nada, pero si vamos a la playa, todos te verán... —Continué haciéndome pasar por un auténtico troglodita, intentando que no se me notaran las carcajadas que estaba a punto de soltar.

De repente, la cara de Christine se tornó de color... demasiado rojo. Las risas dieron paso al enfado en cuanto creyó a qué me refería. Debía sacarla del error. La broma no le había gustado, claro que había interpretado tan bien mi papel que se lo estaba creyendo. La había fastidiado. Su postura cambió; de repente, estiró la espalda, subió la cabeza, puso los brazos en jarra y, levantando un dedo, comenzó a hablar sin dejar que yo lo hiciese.

—No permito que nadie me diga lo que tengo que ponerme o no. ¡Como si quiero ir en bolas a la playa! Dejemos una cosa clara desde ya, señor Díaz. Ningún hombre me dirá nunca cómo vestir y, si eres tan retrógrado como para no soportar que tu chica enseñe sus maravillas, ya puedes arrancar esa moto de pacotilla y volver por donde has venido. Porque yo me quedo. ¿He sido clara o necesitas que te lo repita?

¡Joder! Sus agallas me excitaron. No me dejó sacarla del error, porque con aire triunfal, me miró y recorrió mi cuerpo. Al ver lo que había provocado en mí, una sonrisa triunfal emanó de sus jodidos labios. Se dio la vuelta y se marchó al probador.

Me quedé en mitad de la tienda, con cara de gilipollas, un calentón de cojones y la mirada del dependiente clavada en mi nuca. Me giré como si nada y, entre carcajadas, seguí buscando las playeras. Cogí las primeras que vi, me fui a la sección de bañadores y escogí dos al azar y dos camisetas que ni sabía si eran de mi talla. Al poco, escuché la voz de mi chica.

—Julio, ¿cómo me queda?

Con expectación me giré hacia la puerta de los probadores para encontrarme con una diosa semidesnuda. La boca se me secó, el corazón comenzó a palpar frenético y no era capaz de decir ni una sola palabra. Su cuerpo espectacular, enfundado en un minúsculo bikini atado a sus caderas que no dejaba nada a la imaginación y su melena suelta y alborotada era toda una fantasía. Mi fantasía, mi diosa. Se giró para enseñarme sus nalgas al aire.

La miré a la cara y, por su sonrisa, sabía que había causado el efecto que quería. La satisfacción y la victoria emanaban tanto de sus labios como de sus ojos.

Asentí como pude, me re Coloqué la erección que estaba a punto de reventar dentro de los vaqueros y seguí con mi tarea de buscar unas gafas, algo que me hiciese olvidar la imagen que había tenido frente a mí. ¡Jodida provocadora! ¿Mujer de hielo? ¡Ja! Me reía yo de los calificativos que le dedicaban en el hotel. No podían estar más equivocados.

Tardó un buen rato en salir del probador. Cuando lo hizo, con desparpajo, miró varias camisetas, vaqueros cortos, playeras, gafas de sol, y un sinfín de cosas más, mientras salí a fumarme un cigarrillo.

Al rato, entré de nuevo. Debía pagar, ya que ella no llevaba nada. Cuando salimos, con la alegría de una niña pequeña el día de Reyes, me pidió buscar una perfumería. Callejamos durante un rato buscando el establecimiento. Después paramos en un puesto ambulante para comprar unos helados. Con risas, probamos el del otro, mientras caminábamos rumbo al supermercado.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunté.

—Me encantaría comer tortilla de patatas. ¿Podemos? —me preguntó con una sonrisa angelical. ¡Cómo me podía negar! ¡Imposible!

—Por supuesto que sí. Haré la especialidad del chef, con ensalada fresca y regado con cerveza de la casa.

—Y helado de postre —dijo entre risas.

Al llegar al autoservicio, cogimos un carrito y comenzamos una ruta por los pasillos. Llegamos a la casa, sacamos toda la compra y la guardamos. De vez en cuando miraba a Christine de reojo y me sorprendía ver lo compenetrados que estábamos, a pesar de ser la primera vez que hacíamos algo así.

—Guarda algunas cervezas en el congelador para que estén más frescas —dijo Christine.

—Ya lo he hecho. —Le guiñé un ojo.

—Chico listo. Me voy a dar una ducha. Necesito refrescarme.

—¿Necesitas que te enjabone la espalda? —pregunté juguetón. La imagen de ella en la ducha me vino a la mente y no quise desaprovechar la ocasión de disfrutar de su cuerpo una vez más.

—No necesito a nadie que me enjabone la espalda, pero me encantaría

que me limpiases todo el cuerpo —respondió con voz melosa. Solté un gruñido y todo lo que tenía en las manos para ir en su busca.

Salió corriendo entre risas y, como un perrito faldero reclamando alguna caricia, me abalancé sobre ella. La alcancé en el cuarto de baño. Entre carcajadas, espuma y vapor, me perdí en su cuerpo, disfrutando de cada beso y comiéndome cada gemido hasta que alcanzamos el éxtasis total.

Christine era una mujer muy diferente a las que había conocido hasta ahora. Era dulce y tierna. Parecía de porcelana y tenía unas enormes ganas de protegerla de todo, pero a la vez me desafiaba. Y eso me ponía. Me excitaba y cabreaba a partes iguales. No podía negar que, junto a ella, lo quería todo. Nunca tendría suficiente. Jamás me cansaría de ella porque me mantenía en esa fina línea de no saber cuál iba a ser su próxima respuesta o su actitud.

Me divertía pensar que, si la pinchaba, me iba a soltar alguna fresca, como ocurrió en la tienda donde compró los biquinis. No solo me lo dejó claro con palabras, sino también con sus acciones. Me retaba y mantenía mi adrenalina por las nubes. Y eso me encantaba.

Salimos de la ducha pletóricos de felicidad. Y, hablando sobre la playa y el surf, nos vestimos unas simples camisetas para preparar la cena. Después de la ducha, tenía un hambre voraz.

Comenzamos a pelar las patatas mientras escuchábamos algo de música. Me gusta cocinar y si es con algo de música, mucho mejor. De repente, sonó una canción un poco antigua de Enrique Iglesias y comencé a mover mis pies.

No pude remediarlo, me encanta bailar. Y no se me da mal. Siempre que mi trabajo lo permitía, acudía a clases de salsa, bachata y ritmos latinos. Mi chica comenzó a reírse, me acerqué a ella y, sonriente, le cogí la mano para que bailase conmigo. Ella negaba con la cabeza, pero me empeñé en querer bailar y fue... horrible.

—No sé bailar esto —me dijo entre risas.

—Tampoco es tan difícil. Mira, haz lo mismo que yo.

Intenté que siguiera los primeros pasos, aunque parecía que tenía dos pies izquierdos.

—¡Claro! Para ti es muy fácil porque eres español.

—Que sea español no significa que tenga que saber bailar estos ritmos —le contesté, mientras intentaba que los aprendiese a base de repetición—. Se llama salsa en línea y es el estilo que se baila en Puerto Rico y Nueva York,

entre otras ciudades. Pie derecho hacia adelante; uno, dos, tres, el cuatro no se cuenta... —Me pisó y reí—. Pie izquierdo, cinco, seis, siete...

Volvió a pisarme. Entre risas, repetimos esto en varias ocasiones y todas fueron un desastre.

—¡Julio! ¡Te he dicho que esto no es para mí!

—Tú eres más de bailar... déjame adivinar, *twerking*^[3] —especulé entre bromas. Christine rio con sonoras carcajadas, y luego se plantó en mitad de la cocina con los brazos en jarra.

—Soy de bailar a mi aire —respondió divertida

—Nena, eso no es un estilo. ¿Y en las discotecas? —le pregunté interesado.

—No suelo ir y, cuando lo hago, bailo como mejor sé. Pero ni salsa, ni ritmos latinos y, menos aún, *twerking*, ¡buah! —exclamó con una sonrisa en la boca—. Parece que no te das cuenta de que tengo dos pies izquierdos. ¡No sé bailar, punto!

—Pues te ensañaré. No lo dudes. Es divertido y lo pasaremos bien mientras aprendes —exclamé con determinación. A mí me encantaría y nos divertiríamos mientras tanto.

Dejé pasar el momento baile para centrarme de nuevo en preparar la cena. Pelé las patatas mientras Christine sazónaba los filetes y programaba el horno. Durante ese tiempo estuvimos hablando de mil cosas. Era muy fácil charlar con ella.

—Para ser una *chica de papá*, ¿cómo es que nunca has dado clases de danza o baile? —pregunté con interés.

—No tenía tiempo. Mi padre consideraba más importantes las clases de idiomas. Para él eran primordiales, ya que quería que dirigiese su imperio. Estudié francés, español, italiano e, incluso, me apuntó a clases de chino.

—¿Estudiaste chino? Siempre me ha llamado la atención, tanto el idioma como su cultura en general.

—Estuve un año. Pero la verdad es que no me enteraba de nada —dijo, encogiéndose de hombros.

—Debe de ser difícil de cojones.

—Tengo que confesarte que me saltaba las clases. Me iba con mis amigas al centro comercial. Fue una época un tanto rebelde —comentó, sonriendo. Metí las patatas en la sartén y me acerqué a ella.

—¿Un tanto rebelde? Uhm, me encantaría haber conocido esa etapa de rebeldía tuya —le dije, mientras rodeaba su cintura con mi brazo y la acercaba para besarla.

Me obligué a separarme para que no se quemase la cena. Mientras preparaba todo, Christine ponía los cubiertos y platos en la mesa de la terraza. Estaba pletórico. Observé desde la cocina cómo bamboleaba sus caderas mientras caminaba hacia el exterior, llevando las cervezas que tomaríamos.

Mi *amiga* se animó con ansia al saber que la tendría toda la noche para mí hasta que amaneciese con los cuerpos enredados y el sexo flotando en el ambiente. Ver cómo se despertaba a mi lado, con la luz del alba reflejada en su cabello y en su cuerpo desnudo. Hacerla mía, una y otra vez, antes de comenzar el día. Que lo primero fuera perderme en su olor y en la sedosidad de su piel. Así deseaba amanecer el resto de mi vida. ¡Quién me iba a decir que tendría ese tipo de sentimientos! ¡Con lo poco que me gustaban las relaciones!

Carraspeé y me revolví un poco para evitar la incomodidad. Terminé de hacer la cena, lo llevé todo hasta la mesa y nos sentamos con la iluminación de varias velas, que no sabía de dónde había sacado Christine, el cielo estrellado y la inmensidad del mar como telón de fondo. No puse música. Teníamos la mejor banda sonora con el devenir de las olas.

La cena fue tranquila, entre confidencias de nuestro pasado, risas entrecortadas y el deseo constante flotando en el ambiente. No teníamos prisa, pero el cansancio hacía estragos en nuestros cuerpos y mi chica comenzó a bostezar.

—¿Tanto te aburro? —bromeé.

—Para nada. Pero han sido un par de días un poco extenuantes. Estoy agotada.

—Permíteme entonces que te lleve a la cama.

La cogí en brazos y la alcé a los hombros como un saco, iniciando una carrera hasta nuestro dormitorio. Christine estalló en carcajadas, ganándose una palmada en su perfecto culo. La dejé descansar durante el resto de la noche. Nos dormimos con nuestros cuerpos desnudos, abrazados, y con su cabeza encima de mi torso, mientras acariciaba su suave cabellera y hablábamos de los planes del día siguiente. Mi pecho se llenó de una calidez que jamás había experimentado.

Me desperté con la luz del alba. La imagen que tuve ante mis ojos no

defraudó lo más mínimo a mis fantasías. Se habían convertido en una realidad. ¡Y vaya realidad! No me reprimí al acariciar cada rincón de su hermoso cuerpo ni de besar cada centímetro de su piel. Con suavidad para no sobresaltarla, abrí sus muslos para probar el sabor de su esencia. Christine emitía suaves gemidos mientras se retorció con cada caricia, con cada beso.

Lamía con delicadeza su centro y alcé mi mirada. Quería ver la expresión de su hermoso rostro. Los ojos entrecerrados, la boca semiabierta y su respiración entrecortada me daban una idea del placentero estado en el que se encontraba. Tuve ganas de alzar sus caderas, subir por su cuerpo, comerme su boca y follarla a lo bestia. Pero me reprimí. Quería hacerlo especial para ella. Que no lo olvidase jamás y quisiera repetir. Quería con toda mi alma que desease lo mismo que yo. Ansiaba tantas cosas junto a ella que me estaba trastornando.

Su respiración se volvió más errática y su humedad se hizo más patente. Me iba a volver loco de deseo. Bajé mi mano hasta mi polla y comencé a acariciarla mientras la estampa más erótica se mostraba ante mis ojos. Esto no era como tomar descafeinado. Era más, mucho más. Tomaba su esencia. Con una mano acariciaba mi erección, a punto de estallar y, con la otra, recorría su torso hasta llegar a sus pechos, mientras mi boca besaba y lamía su clítoris cada vez con más ansia, sin dejar de mirarla. Ella sonreía. Solo era capaz de concentrarme en su bella imagen, retorciéndose de placer y gimiendo cada vez con más intensidad. No evité el ronco grito de placer cuando aceleré mis movimientos tanto con mi lengua como con mi mano. Comencé a mover mi pelvis de manera compulsiva, extasiado por el placer.

Christine acercó su mano a mi cabeza y empujó fuerte contra ella, buscando su propio deleite, el punto exacto que la hiciera estallar en mil pedazos y eso me encendió más, hasta que ambos estallamos en un glorioso orgasmo que nos dejó exhaustos por unos momentos.

Nos amamos una y otra vez hasta que la luz del sol entraba a raudales por los ventanales. Decidimos levantarnos, desayunar e ir un rato a la playa. Una hora más tarde, estábamos paseando por la orilla con nuestros dedos entrecruzados. Decidimos alquilar unas tablas de surf y unos trajes de neopreno para coger olas durante un rato; el mar estaba perfecto para hacerlo sin correr peligro.

Christine cogía las olas como una experta. En más de una ocasión me quedé parado en la tabla, ensimismado, admirando su pericia. Me regocijaba

compartir con ella estos momentos. Se carcajeó cuando una ola me tiró de la tabla por estar demasiado pendiente a los movimientos de su cuerpo. Me provocaba y excitaba tanto que el traje de neopreno me dañaba las partes nobles. Era un puto salido que no podía parar de pensar en otra cosa que no fuese perderme en ella.

Cuando salimos del mar y devolvimos las tablas y trajes de neopreno, Christine propuso quedarnos un rato más en la playa. Como dos adolescentes, paseamos por la orilla, nos salpicamos de agua, reímos, corrimos por la arena, nos embadurnamos en ella...

—Vamos a darnos un baño para quitarnos toda esta arena y después nos marchamos a almorzar, ¿te parece? —propuse como si fuese el mejor plan del mundo.

—Me parece perfecto, pero antes del baño y de almorzar me gustaría tomar un ratito el sol. Tengo ganas de estirarme en una hamaca, dejar la mente en blanco y tomar algo fresco —sugirió de manera melosa.

—Por supuesto. Tus deseos son órdenes para mí.

Me di la vuelta para alquilarlas y pedir un par de cócteles para refrescarnos del sofocante calor. Christine permanecía sentada en ella, mientras me esperaba. Una vez que me senté y le ofrecí su bebida, le dio un trago con lentitud, la dejó sobre la mesita y se despojó, de manera sensual, de la camiseta y el pantalón corto que llevaba. La boca se me secó de golpe cuando sus desnudos pechos me apuntaron. ¡Joder! El biquini que llevaba, por llamarlo de alguna manera, apenas le cubría el monte de Venus, ese que, durante parte de la mañana, disfruté de manera deliciosa.

Mi problema se volvió mayor cuando se dio la vuelta, se puso bocabajo y la grandiosidad de sus perfectas nalgas quedaron expuestas ante mí. Tuve que hacer acopio de toda mi paciencia y tranquilidad para no abalanzarme como un neandertal y perderme en ella, otra vez, allí mismo.

Me pidió el pequeño neceser que llevaba. Se lo ofrecí desde la distancia, intentando no rozarle ni lo más mínimo para no despertar mis instintos más primarios. Se incorporó un poco, sacó un frasco de crema solar y me lo ofreció.

—¿Puedes untarme la crema, por favor? —preguntó con una sonrisa pícaro en la cara. La muy arpía sabía lo que estaba haciendo.

Con lentitud, cogí el envase, puse un poco de crema en mis manos y comencé a untársela por la espalda. Quería jugar. Jugaríamos los dos.

Comencé por la zona superior, inocentes caricias a lo largo de la espalda, mientras extendía la crema y bajaba hacia la parte sur. Me recreé más de lo debido en sus caderas, con movimientos suaves y circulares. Volví a echarme crema en las manos, ya de por sí resbaladizas. Palpaba la parte superior de sus nalgas con provocadores movimientos. Giró su rostro y me miró con una sonrisa en los labios. Cogí mi camiseta y me la puse en la falda para evitar que se viera más de lo conveniente la tienda de campaña que se me había formado.

Proseguí untándole la crema por las nalgas, recreándome, disfrutando de las caricias que le daba mientras mis manos resbalaban por ellas. Con parsimonia, volví a bajar rozando por el camino su centro y provocando que saliese un gemido por sus carnosos labios. Esto estaba resultando una auténtica tortura para mí, pero también para ella. La miré a los ojos y vi el deseo y la excitación. No fui capaz de reprimir la sonrisa de satisfacción. El resto de la playa dejó de existir.

Durante más tiempo de lo debido, acaricié la parte superior de sus muslos, deleitándome en la zona de las ingles y de sus gemidos contenidos. Quería jugar y lo estábamos haciendo. Quería cazarla y yo era el cazado, que permanecía extasiado al comprobar su reacción. Sonreí más y se me hinchó el pecho al pensar la manera en que la excitaba con mis caricias. Permanecía en una placentera nube. Solos los dos.

No pudimos evitar mirarnos y comprobar que ambos pensábamos lo mismo. Con rapidez, nos vestimos y, cogidos de la mano, corrimos hasta casa. Me costó trabajo abrir, fruto de la premura que nos invadía.

Cuando logramos cruzar la puerta, me abalancé sobre ella y, justo al lado de esta, la desnudé, rompiendo por el camino ese dichoso biquini que disfrutaba. La alcé en los brazos, me rodeó las caderas con sus piernas y me dirigí hacia el dormitorio. Cogí un preservativo que me puse como pude y una vez más perdí el sentido cuando entré en ella.

Toda la contención que deseaba tener se escabulló entre mis dedos, cuando Christine, mi chica, se retorció de placer a la primera estocada. La locura, el deseo y la fogosidad abrieron paso a un sinfín de placenteras sensaciones. Dejándonos llevar por un apoteósico orgasmo final.

—¡Nena, me llevas a la puta locura! No soy capaz de pensar cuando te tengo entre mis brazos. —Quería decirle que la amaba con todo mi ser, pero no me atrevía. No sabía si era demasiado pronto, si era el momento adecuado

o si era correspondido. Y me daba pánico abrirle mi corazón en canal. La observé en un vano intento de leer sus sentimientos.

—Tú también me llevas a la puta locura y tampoco soy capaz de pensar con claridad cuando estoy entre tus brazos —respondió, utilizando mis mismas palabras.

Y eso me dejó más desconcertado.

Capítulo trece



Eme

Me metí en la ducha una vez que se marcharon los tortolitos. Tenía mucho trabajo por delante y me esperaba la ciudad de la diversión. Desde que llegué al aeropuerto de Las Vegas y vi la mirada de perrito degollado que tenía mi amigo de juergas, supe que había algo diferente en él, cosa que confirmé en cuanto me presentó a su jefa. El muy mamón aún no sabía que estaba pillado por los huevos y se había enamorado de ella.

Salí de la ducha, me enrollé una toalla por las caderas y miré el móvil. Había sonado mientras estaba en la ducha. Tenía una llamada perdida de Jayden. Marqué su número.

—Buenos días. ¿Se sabe algo? —pregunté nada más escuchar su saludo.

—El resultado de los análisis preliminares de los bomberos dice que utilizaron algún tipo de acelerante casero —respondió a bocajarro.

—Imposible rastrear. Se puede comprar en cualquier supermercado — terminé por él. De esa manera era más difícil dar con el autor—. Y adivino... las cámaras fallaron.

—¡Exacto! Estuvimos siguiendo a Harris y Jack, cuando sucedieron los hechos estaban en un local de *striptease*. Los muy cabrones se llevan allí todo el día. Si son los artífices de esto, intentan por todos los medios no estar presentes.

—Ya. Tengo información del tío de la CIA con respecto a *Avispa21*. De momento, la tenemos en paradero desconocido. Siguen investigando. Se está cuidando mucho de que no le sigamos el rastro. Paga en efectivo. No ha utilizado sus tarjetas ni ha sacado dinero del banco en los últimos meses.

—De acuerdo, si tenemos más información, nos damos un toque. Ahora

que Christine no está, nos lo podemos tomar con más calma.

—Estamos en contacto.

—¿Quedamos para almorzar en el motel y ponemos la información en común?

—Yo no sé vosotros, pero voy a aprovechar para divertirme un poco. Deberíais hacer lo mismo. Hay tiempo para todo.

—Sí, pero me gustaría que tuviésemos atado lo máximo a la vuelta de los chicos —replicó Jayden en un tono molesto.

—A mí también, pero también me apetece distraerme. Vosotros estáis aquí para currar. Yo estoy de vacaciones y para ayudarlo, no para sacarle las castañas del fuego. Julio es mayorcito ya —respondí enfadado. En realidad, no era cierto, ya que aún estaba en nómina en la empresa de Rebeca y se tomaba este asunto bastante en serio. Me rasqué la coronilla intentando pensar en algo. Por un lado, quería hacer lo correcto, y por otro, tenía la imperiosa necesidad de pegarme una buena juerga.

—Pero Christine es nuestro trabajo —replicó.

—Pues ya sabéis. A currar. ¡Mala suerte, macho! —respondí de mal humor. Estaban empezando a tocarme los cojones. Colgué el teléfono y lo tiré de malas formas sobre mi cama.

Me arreglé y miré el reflejo del espejo satisfecho con el resultado. Julio se había llevado su moto, por lo que no tenía medio de transporte. Llamé al hotel para que me ayudasen a alquilar una para estos días. Tenía la opción de alquilar un buen carro, pero me apetecía una moto y la libertad que sentía al conducirla. Un par de horas más tarde tenía una flamante moto deportiva en la puerta de la casa de Julio. Me dieron las llaves y salí con ella. Tenía ganas de divertirme, pero también me inculcaron que lo primero era la obligación y después la devoción.

Darí una vuelta por allí, vería cómo estaban las cosas e intentaría averiguar algo más. La policía estaba investigando, por lo que tiré de contactos para que compartieran información conmigo. Había que tener amigos hasta en el putito infierno.

En una de las rotondas, me desvié por equivocación y me perdí. No andaba muy fino. Las veces que fui con Julio no presté atención. Debía centrarme. Gloria siempre me decía que era muy despistado. Y llevaba razón.

Recordé los momentos junto a ella. A pesar de todo, le tenía mucho cariño. Su deslumbrante sonrisa, su amabilidad, su dulzura, su voz suave y

aterciopelada vinieron a mi mente como un torrente, provocándome un dolor sordo en el pecho. Aceleré la moto para descargar adrenalina. ¿Por qué no pude enamorarme de ella? Hubo momentos en que pensaba que la amaba, pero no era así. Y ella me quería. Pero no nos amábamos. No como lo debería hacer una pareja de verdad. Y eso quedó claro desde el inicio de nuestra relación. Éramos dos seres solitarios que se refugiaron el uno en el otro. Dos almas que se unieron ante una misma misión. En una de las tantas charlas que tuve con Rebeca, me dijo que, en realidad, seguía con Gloria por no estar solo.

—La quieres, pero no la amas, Eme. Empezaste con ella por la novedad. Después te dio miedo la soledad. Siempre hemos estado juntos. Cuando conocí a Edward y decidí quedarme en España, te dio un terror atroz a perderme como amiga, pero te movió más el miedo a lo desconocido. Mi parte egoísta quiere que continúes con ella y así mantener la amistad de los dos. Gloria es una gran mujer y he encontrado en ella a la amiga que hacía tiempo que no tenía, y tampoco quiero que le hagas daño. Si no estás enamorado, debes hablarlo con ella —dijo Rebeca mientras tomábamos un café en su casa—. Hemos comenzado una etapa nueva en la que todos hemos cambiado de destino, donde cada uno hemos buscado un cambio. Taylor se ha casado con Eli. George se ha marchado a dar clases, y tú te quedaste en tierra de nadie, cambiaste el destino, pero no avanzaste. Querías que todo siguiese igual entre nosotros y eso, amigo mío, es imposible. Hemos pasado una etapa de nuestra vida genial. Juntos hemos pasado de todo; borracheras, juergas, misiones, viajes, noches de cine y pelis, guardias... Todo en la vida cambia y, aunque seamos amigos para siempre, las nuevas obligaciones nos hacen cambiar.

—Siempre podrás contar conmigo —repliqué.

—Por supuesto que sí. La amistad continúa. Pero ahora, mi marido y mi hija son mi prioridad. No quiere decir que tú no lo seas. Pero debemos continuar y avanzar en la vida. No puedes ni debes estancarte. Y me da la impresión de que te aferras a Gloria como si fuese tu salvavidas. Y eso puede hacerle daño y no voy a consentirlo.

—Gloria es una gran mujer —le contesté molesto.

—Eso es innegable. Es una gran mujer. Pero no es *tu* mujer. No la miras como tal. El día que te ocurra, verás la diferencia. Es un sentimiento que no sé expresar muy bien. Sabes que no soy nada romántica... ni tan siquiera creía en el compromiso antes de Edward.

La presión en el pecho se hizo más intensa. Nuestra relación no nos llevaba a ninguna parte. Gloria era una mujer con muchas virtudes, pero la veía como a una amiga. Una con la que podía contar para todo. Pero faltaba algo. ¿Qué diferencia a una verdadera amiga de una pareja? ¿Solo el sexo la marca o hay algo más? Con una amiga puedes contar para todo; puedes irte de marcha, llorar las penas y celebrar las alegrías. Con la pareja... también, pero además incluyes el factor del sexo. ¿O no? Estaba echo un verdadero lío.

Podía verme con Gloria en un futuro, sentados en un sofá, con una taza de café y hablando de nuestras cosas, entre confidencias. Estaba claro que esa imagen me sacaba una sonrisa verdadera. Era lo mismo que me pasaba con Rebeca. ¿Eso es amor? ¿O el amor se reduce a eso y además a tener sexo?

Confundido, aceleré más la moto. No tenía ni idea de lo que era el concepto del amor. Nunca lo había experimentado. Siempre pensé que el amor y el compromiso no estaban entre mis planes. Jamás le fui infiel antes de ese fatídico día, nunca había sentido la necesidad hasta ese día. No quise hacerle daño. Incluso en ese momento, no lo pretendía.

Hastiado, así era como me sentía.

Y cada vez que evocaba su rostro empañado por el dolor, recordaba lo cabrón que había sido. Llegué incluso a plantearme si lo había hecho a propósito de manera inconsciente. Si mi subconsciente me gritaba que acabara con aquella pantomima.

Cansado.

Cansado de vagar sin rumbo fijo.

Aceleré sin fijarme bien por donde iba.

Pulverizado por ser siempre el amigo que anima las fiestas; por ser el gracioso y estar ahí para todos; por ser el hombro en el que todos lloran; por sacar la sonrisa y ser el payaso.

Un payaso. Así era como me sentía. Siempre tenía la palabra correcta, el comentario gracioso que hacía reír, pero en el fondo nunca llegué más allá con nadie. Seguí acelerando la moto hasta el punto de que no daba más.

Cuando me di cuenta, estaba perdido de nuevo. Necesitaba un gran chute de adrenalina. Paré la moto y miré a mi alrededor. No sabía dónde me encontraba. Ví un restaurante; entré para tomar un refresco y preguntar cómo cojones llegar al hotel. Después de un rato, salí de allí con las indicaciones correctas.

Estaba más sereno; lo suficiente como para ser capaz de llegar sin

volver a perderme. Izan y Jayden me esperaban en la entrada con cara de pocos amigos. Mi aspecto tampoco era mejor.

—Harris está en su despacho. Creo que es la hora de tener una charla con él. Jack no ha aparecido —me espetó Izan.

—Vamos —repliqué sin añadir nada más.

Los tres iniciamos el camino por los laberínticos pasillos. Lo que me quedó claro el primer día que entré aquí era que, si alguien del exterior lo estaba haciendo, debía tener los planos del hotel. O venir tantas veces para sabérselo de memoria y no perderse por el camino. Por eso pensé que alguien debía actuar desde dentro.

El despacho de Julio estaba entreabierto. Ese detalle nos llamó mucho la atención a los tres, ya que, desde que llegué, siempre lo veía cerrar con llave, guardar toda la documentación y apagar todos los ordenadores. Tenía contraseñas para todo. Era muy cuidadoso con la seguridad. Señalé la puerta con mi cabeza y los dos asintieron.

Con bastante precaución, la abrí despacio para ver quién estaba dentro. Una larga cabellera morena llamó mi atención.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido? —pregunté, haciéndome un poco el tonto.

—Busco a Julio. He visto la puerta abierta y he pensado que estaría aquí. No funciona mi placa identificativa para fichar. —Me quedé pensativo. Julio no me había comentado nada al respecto.

—No está. Ha tenido que salir de viaje con la directora a otro hotel de la cadena.

—Ya. Julio no me comentó nada —dijo como si mantuviese algún tipo de relación con él. Había algo en su tono de voz que no supe identificar. No sabía si era enfado, celos, ira o... estaba haciendo el papelón de su vida.

—Se ha tenido que marchar por trabajo. No creo que tenga que dar explicaciones a ningún empleado. —Erguí la espalda y crucé los brazos en una postura un tanto amenazante.

—No, por supuesto que no. Pero me gustaría hablar con él, porque no puedo entrar a trabajar. Si eres tan amable, ¿puedes decirle que me llame cuando te pongas en contacto con él?

Acto seguido, caminé hacia la puerta con un movimiento candente de sus caderas. Me recordaba a alguien de alguna película, pero no sabía a quién.

Cogí el teléfono para llamarlo, pero desistí de mi intento. Lo dejaría

disfrutar estos días. No debía molestarlo. Cuando la chica se marchó, entramos en el despacho y cerramos la puerta. Antes de hablar, cogí mis juguetitos del mueble de su despacho y lo rastreeé en busca de algún aparato de escucha.

Cuando nos dispusimos a hablar, una vez comprobado todo, llamaron a la puerta. Izan la abrió y apareció ante nosotros el dueño del hotel. Me había olvidado por completo de que seguía por allí.

—Señores. —Saludó. Con pasos decididos se sentó en la silla de Julio después de darme la mano y las debidas presentaciones—. Creo que debemos poner las cartas sobre la mesa. Están implicados el FBI, la policía, los bomberos, mis hombres y vosotros. Todos sois los mejores en vuestros campos y no me habéis dado aún ningún resultado. Creo que estoy teniendo la suficiente paciencia, pero todo tiene un límite y el mío se ha terminado. Necesito resultados ya. Tenemos hurtos de pequeña escala, un contador de cartas, un robo que nos va a costar un disgusto, cámaras de seguridad que fallan, un incendio y un montón de gente investigando sin llegar a ninguna conclusión. ¡Hemos invertido en los mejores sistemas de seguridad para que fallen! ¡O tengo resultados o estáis todos en la calle! —Se quedó mirándome durante unos segundos. Este hombre no conseguiría amedrentarme. Erguí mi postura y crucé los brazos.

—Llevo un par de días aquí. No he averiguado gran cosa, pero estoy en ello. No desistiré hasta que todo el asunto se esclarezca. No se preocupe, porque pronto toda esta pandilla de ca... toda esta panda caerá por su propio peso.

—Emerson, cuando la señorita Williams me dijo que estaba aquí para ayudarnos con todo este embrollo, me pareció bien. Hablé con su jefa, la señora Rebeca Wilson. Me aseguró que darían con los autores. La quise contratar, pero no lo ha permitido. No obstante, me ha dado permiso para que lo trate como si fuese empleado mío. Me ha pasado su currículum y estoy sorprendido. Espero resultados. No me defraude.

—Por supuesto que no lo haré. Nunca he dejado ninguna misión a medias y esta no va a ser la primera.

—Me alegra saberlo. Si necesita cualquier cosa para llegar a la verdad, hágamelo saber.

Dicho eso, se levantó de la silla, se alisó la perfecta chaqueta que llevaba puesta, hizo un gesto con su cabeza a los dos guardaespaldas, que me

dieron una tarjeta con un número de teléfono, y, sin añadir ni una sola palabra más, se marchó.

Había llegado la hora de la acción. Estaba acostumbrado a ella. Y eso era lo que iba a hacer. Cuando cerramos la puerta y nos quedamos solos, hablé con decisión.

—Bien. Debemos dejarnos de tonterías. Voy a montar un dispositivo de cámaras paralelas. No en todo el complejo, porque sería una auténtica locura, pero sí en lugares claves. Para empezar, a Christine la estaban amenazando para que dijese los nombres de los clientes. Pues pondremos un señuelo. Actuaremos como si estuviésemos en una misión.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó Izan

—Nos inventaremos unos clientes ficticios pero importantes. Demasiado golosos para que dejen pasar la ocasión. Lo montaremos todo con sumo cuidado. Necesitaremos la ayuda del señor Bellatox, la cuenta de correo de Christine...

Mi cabeza comenzó a encajar piezas para montar un operativo casi militar como en los viejos tiempos. Quería contar con la ayuda de mi equipo, pero no había tiempo para que se desplazasen. ¿O sí? Miré la hora y me dio igual. Marqué el número de Rebeca.

—*Mamá pato*, te necesito. —Una gran carcajada estalló al otro lado del teléfono—. Y a *Papá pato* también. —Ambos nos reímos y mi pecho se llenó de calidez. De repente, me sentía pleno y feliz.

—No te preocupes. *Papá* y *Mamá pato* van a coger el primer vuelo. Llamo al resto de los chicos.

—Tráete toda la artillería, incluso a Mara, creo que la vamos a necesitar.

—¡Y una mierda, Eme! ¡Mara no sale de aquí! ¡Ella se queda en casa!

—¿No crees que tendrá ganas de ver a sus titos preferidos?

—Por ahí no paso. ¡No la pondré en peligro!

—No quiero que la pongas en peligro y te aseguro que Julio tampoco. Se quedará en su casa con Christine. Que, por cierto, debo hablarte largo y tendido de ella.

—Desembucha.

—Ahora no. Tendremos tiempo cuando llegues.

—Emerson, no puedes dejarme de esta forma —dijo enfadada, con su tono autoritario. El mismo que utilizaba cuando estábamos en el ejército y era

nuestra capitana.

—Así es la vida, Capi. No tardes. Julio nos necesita, esto se está complicando. La vida de Christine está en juego. ¡Y depílate, que vienes con tu hombre a Las Vegas!

Solté una carcajada, pero ya había colgado, dejándome con la palabra en la boca. Volví a recuperar al Eme de antaño, aquel que se había perdido hacía unos meses. Como siempre, Gloria llevaba razón.

Con energías renovadas, me dirigí a Izan y Jayden. Les conté el plan y nos pusimos en marcha. Lo primero que hicimos fue ir a una tienda de electrónica donde poder comprar material. Pagué en metálico para no dejar rastros. Cada uno cogió por un camino diferente y dimos varias vueltas antes de entrar, por si nos seguían.

A la hora acordada, nos vimos en la habitación del motel que teníamos alquilada, dejamos todo el material y nos fuimos a almorzar. Era bastante tarde, por lo que comimos unos simples bocatas con unas cervezas y nos marchamos a descansar. Solo quedaba esperar la llegada de todos. El plan iba a salir a la perfección. No tenía ninguna duda.

Cogí la moto y puse rumbo a casa de Julio. Aunque estaba anocheciendo hacía bastante calor, por lo que decidí bañarme en la piscina. Un chapuzón me vendría bien en todos los sentidos. Al salir, me sentía como un león enjaulado. La adrenalina corría por mis venas con demasiada intensidad y todavía faltaban muchas horas por delante hasta que el operativo estuviese en marcha.

Habíamos dejado el señuelo. Izan envió un correo desde la cuenta personal de Christine donde les pasaba la lista de clientes, entre ellos, un importante matrimonio neoyorquino con negocios vinícolas. Por supuesto, los señores americanos no eran otros que mis amigos.

Estaba eufórico. Tan solo quedaba ultimar detalles. Íbamos a estar todos juntos de nuevo como en los viejos tiempos. Recordé la última misión con Rebeca, cuando estuvimos en Yemen y atrapamos a los cabrones insurrectos. Las imágenes de mi amiga con el fusil, disparando al que venía por detrás en aquella calle, un único y certero tiro, vinieron a mi mente. Tenía buen pulso. Era muy buena en lo que hacía. La mejor. También recordé cuando la secuestraron, el miedo y el terror en los ojos de Edward, en los nervios que pasamos todos. Los recuerdos del sótano y las palizas que les propinamos, la rabia y la impotencia... un torrente de fotogramas que sacaron una sonrisa

agridulce. Comprendí que mi amiga no quisiera volver a pasar por lo mismo, ya que tenía mucha gente que se preocupaba por ella. ¿Y yo? ¿Tenía a alguien esperándome? Tenía claro que Rebeca se preocupaba por mí, pero no tenía a nadie más. Nadie me esperaba en casa. Tampoco tenía un hogar donde regresar. No tenía muy claro si volvería a España. Las cosas cambiaban, nosotros también lo hacíamos con el paso de los años y debía asentarme. No tenía por qué ser con una pareja. Pero desde que dejé el ejército no encontraba mi rumbo.

Decidí salir a despejarme un rato. Iría al mismo local de la noche anterior. Me lo pasé en grande y me sirvió para evadirme de mi propia realidad. Con prisas por llegar, me duché y vestí.

Media hora más tarde estaba montado en la moto rumbo al Backs Libery, un local de ambiente liberal, con bastante renombre, uno de los más exclusivos de Las Vegas, donde gracias a un contacto, pude entrar sin el menor problema. Aceleré con ganas de llegar y pasar una noche como la anterior. Tan solo recordarlo, me excitaba. Hacía bastante tiempo que no disfrutaba como lo hice ese día.

Entré en la sala principal oteando el ambiente. Me dirigí a la barra y pedí un *whisky*. Todo allí era exclusivo y la bebida no iba a ser menos. Lo saboreé mientras esperaba encontrar la pareja con la que pasaría la noche. La excitación recorrió mi cuerpo de pies a cabeza cuando vi la espalda de una morenaza con rizos a lo afro. Su espalda, esbelta, al descubierto de manera sensual, me llamaba a recorrerla a besos.

Se giró y nuestros ojos se cruzaron. No podía creer a quien volvía a tener frente a mí: Kimani, la secretaria de Christine. Recorrió mi cuerpo con una mirada tan lasciva que mi erección pegó una incómoda sacudida en mis pantalones. Se volvió a girar, mirando a la persona con la que hablaba, mientras echaba su espectacular melena hacia atrás.

Durante un rato no pude apartar mi vista de ella mientras bebía en la barra con ganas de llevármela de allí. En un momento dado, una rubia con la que también follé el día anterior se acercó de manera sensual. Era preciosa y lo había pasado genial con ella y con otra chica a la que no vi, después de mantener una fabulosa sesión con Kimani.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté por cortesía. En ese momento no quería perder de vista a la morena. Las veces que me había encontrado con ella, había sido una capulla de mucho cuidado. Verla allí, fuera del ambiente

de trabajo, con otras ropas que no eran tan escandalosas, me desconcertó por completo el día anterior. Ese día, reconocí que quería volver a estar con ella.

—Una Bombay Amber Gin, gracias —me respondió con una sonrisa angelical en la cara.

—Esa ginebra solo se encuentran en algunos aeropuertos, nena. Y que yo sepa, aún no vamos a volar —contesté de forma inocente. No sabía si la tenían allí. Probablemente no, pero me negaba a pagarle una copa que me costaría el sueldo de todo el mes.

No era como los que se codeaban allí. No tenía su nivel adquisitivo aunque pudiera entrar y pagar alguna que otra copa.

—Entonces, cualquier cosa —me replicó—. Un cóctel estaría bien. Con ginebra —le aclaró al camarero que estaba delante de nosotros.

—Puedo prepararle un cctel *Fantasy Pink*. Lleva ginebra, zumo de limón, fresas, algodón de azúcar, entre otros ingredientes. Es bastante popular entre nuestra clientela femenina —explicó el camarero.

—Ese mismo —respondió con desdén.

No recordaba el nombre de la chica, o no lo dijimos, ya que no pasé por el trámite de la bebida, sino que entré directamente en la zona interior y me dirigí a una de las habitaciones donde se solicitaba un hombre... y me encontré con la sorpresa de dos preciosidades.

El recordarlo me produjo una excitación brutal. Mi polla, ya erecta, brincaba por un poco de acción y la sensación de euforia recorría cada parte de mi ser. La sensual música, el alcohol y la preciosidad que tenía frente a mí me envolvían en un halo de lujuria.

Miré a Kimani. Continuaba con su copa en la mano y hablaba pausada con un chico de mi edad bastante apuesto y dos mujeres de mediana edad. Como si la hubiese invocado, giró su cabeza, miró y me guiñó su ojo. Alcé mi copa en un brindis secreto entre los dos. Ella imitó mi gesto. La rubia creyó que brindaba con ella.

—Por una noche espectacular —dijo mientras chocaba nuestras copas. Ese gesto me molestó. El brindis era con Kimani, no tenía por qué meterse. Sin embargo, no dije nada y choqué mi copa con ella.

—Por una noche de diversión, muñeca. —Ni tan siquiera me molesté en preguntarle el nombre.

Ambos sabíamos a lo que íbamos. Comenzó a sonar por los altavoces una canción que no reconocía, pero que invitaba a bailar muy pegado,

moviendo mucho la pelvis. Julio me enseñó algo de salsa en algunas de nuestras juergas en España. Me ofreció su mano para salir a la pista de baile y la seguí. Comenzamos a bailar al ritmo de la música, pegado a ella, mientras observaba a Kimani, a la que, de vez en cuando, pillaba observándome por el rabillo del ojo.

Esto iba a ser muy divertido. Acerqué la chica a mi cuerpo y rodeé su cintura con el brazo de forma que mi pelvis quedaba pegada a sus nalgas. Quería demostrarle cómo estaba mientras admiraba la sedosidad de la espalda de Kimani e imaginaba que la recorría a base de besos, con mi lengua, saboreándola, mientras la penetraba, tal y como hice el día anterior.

El sudor por el ardor comenzó a recorrer mi frente. Llegaba el momento de hacer algo o iba a tener un dolor de huevos insoportable por lo cachondo que me puso esa imagen.

Agarré la mano de mi acompañante para llevarla a una zona más íntima, aunque ella fue la que terminó por mostrarme el camino. La luz era más tenue en los pasillos por los que accedimos, apenas nos veíamos los rostros a unos pocos centímetros de distancia. Observé a las personas que había, hasta que accedimos a una sala comunitaria, donde se iba con menos ropa y todos estaban más desinhibidos.

Miré a mi alrededor. Vi un sofá grande donde quedaba un hueco libre. Necesitaba follar con urgencia. Agarré su mano y, con prisas, me senté en él con la clara intención de que ella se pusiera encima. Bajé la cremallera de mi pantalón con premura, sin ningún tipo de cuidado, mientras rozaba su clítoris para comprobar si estaba preparada. Contoneando sus caderas con sensualidad, se montó encima, me puso un preservativo y bajó por mi polla de una sola estacada. Una oleada de placer me recorrió de los pies a la cabeza.

Se agarró a mis hombros con una mano para moverse con mayor facilidad, mientras miraba a la pareja que estaba a nuestro lado. Ambos estaban jadeantes en la misma situación. Nuestras miradas se cruzaron y sonrieron. La otra chica agarró mi mano y la dirigió a su pecho, mientras su pareja de ese momento cogió la de la rubia en una clara invitación a unirnos a su fiesta particular.

Eso me encendió aún más. Estaba descubriendo una faceta hasta ahora desconocida. Nunca había estado con más de una mujer a la vez hasta el día anterior. Se revelaba ante mí un mundo que me fascinaba por momentos, hacía que desconectara y tuviera unos orgasmos apoteósicos. Quise llevar la batuta,

pero la chica me llevaba más ventaja. En realidad, era un *amateur* en manos de una completa experta.

Ella me follaba mientras que con una mano acariciaba los pechos de la otra chica. Se inclinó lo suficiente como para besar al otro hombre. Cerré los ojos y desconecté, llevado por el placer, la lujuria y la excitación del momento. Tan solo quería sentir. Sentir cómo la penetraba. Comencé a bambolear más fuertes mis caderas, llegando más hondo. Los pechos de la rubia danzaban delante de mí y los metí en mi boca para morderlos y lamerlos como si fuesen el manjar más exquisito. Abrí los ojos. Quería ver la escena al completo, dejarme llevar y llegar al orgasmo. Lo necesitaba. Aceleré mis acometidas, enloquecido. La otra chica, una morena con rizos, se acercó y comenzó a acariciar mi torso.

Cuando me quise dar cuenta, la que estaba encima era la morena. Durante un buen rato, me dejé llevar. Oteé la sala al completo. El olor a sexo flotaba en el ambiente, las escenas que veía me enloquecían cada vez más. Estaba a punto de llegar al orgasmo. Lo sentía desde lo más profundo de mi ser. Perdía el sentido por instantes.

De repente, al otro lado de la sala, vi su espalda. Tan suave, tan apetecible. Fantaseé con la idea de que se uniera a nuestra particular fiesta. Respiré hondo. Ahora que la tenía ahí, no quería correrme, quería follarla a través de la morena y dedicarle toda mi atención. Cada investida que daba, cada vez que penetraba a la otra chica, la miraba, jadeante y sudoroso. Comenzó a desvestirse con lentitud, mientras me miraba.

Cuando su terso y erguido pecho quedó al descubierto tuve el orgasmo más brutal de toda mi vida. La morena se levantó, me quitó el preservativo y se fue hacia donde estaban los otros dos, mientras que yo me recuperaba, observando los movimientos de Kimani.

Un hombre mayor que yo se acercó a ella y terminó por desnudarla, quedando ante mis ojos su cuerpo al descubierto, mientras él la recorría. Comencé a tocarme. ¡Dios, me ponía cachondo como un perro! El cabrón se dio cuenta y la giró, poniéndola de cara a mí, con nuestras miradas fijas. Aceleré mis movimientos y tanto mi respiración como el corazón parecieron pararse durante unos segundos ante tal espectáculo. Sus manos seguían manoseando el cuerpo de Kimani, y deseaba ser yo quien acariciase semejante exquisitez, quien probase su sabor.

Me levanté decidido a unirme, pero la negativa de Kimani, apenas

perceptible para mí, me hizo recular y me dejé caer ansioso para seguir disfrutando del espectáculo. Se instaló en mi pecho un sentimiento que no podía determinar. Con rabia, aceleré mis movimientos hasta llegar de nuevo al orgasmo. Una sonrisa de satisfacción emanó de sus jugosos labios. Enfadado, me levanté y, subiéndome el puto pantalón, crucé la sala rumbo a la salida.

Arranqué la moto y me marché a casa de Julio, resentido. No había sido una experiencia tan satisfactoria como la noche anterior. Y eso me cabreó. Durante un par de horas estuve dando vueltas sin rumbo fijo, tan solo quería sentir la velocidad y desquitarme el cabreo que llevaba. Tampoco entendía el porqué de mi arrebato. Kimani había ido allí para lo mismo que yo. Disfrutar de buen sexo sin ataduras, sin nombres. Tan solo abandonarse al placer carnal.

Cuando llegué a casa me di una ducha de agua fría para calmar los nervios y el calentón. Mi polla no entendía qué pasaba. Y mi mente rememoraba una y otra vez su cuerpo desnudo, provocándome e incitándome.

Me acosté con esas imágenes en mi mente en bucle. Me quedé dormido de puro agotamiento.

Cuando me levanté, me preparé un café que me tomé rápido y me marché al hotel. Debíamos ultimar los preparativos del dispositivo que montaríamos para descubrir a los autores del robo. Para mi desgracia, me crucé en la puerta con la mujer de mis fantasías sexuales. Iba tan cambiada con respecto a la noche anterior que sonreí.

Kimani era más de lo que mostraba. Era toda una profesional, aunque vistiese de esa manera tan escandalosa y el cabello siempre lo tuviera recogido en una coleta deshecha.

En cambio, la noche anterior estaba espectacular con un vestido de tela caída que dejaba entrever de manera sensual cada una de sus curvas.

Tuve que recomponerme para no ir tras ella corriendo como un perrito faldero. Estaba enfadado porque no me dejó participar en su fiesta particular, cuando estaba seguro de que no conocía a aquel hombre de nada.

¿Por qué me importaba entonces? Tanteé en la chupa de cuero de Julio y encontré un paquete de cigarrillos. No solía fumar, pero necesitaba uno para evadirme un poco, dejar que entrase ella y distanciarme de la situación. Lo encendí con demasiada parsimonia, recreándome en el humo que entraba en mis pulmones hasta el fondo y expulsándolo con suavidad.

Durante unos minutos intenté dejar mi mente en blanco, concentrándome solo en el humo del tabaco. En ese momento, llegaron Izan y Jayden.

—¿Entramos? —preguntó uno de ellos. No les presté demasiada atención. No estaba de humor.

—Entrad vosotros. Ahora voy. Necesito un cigarrillo —contesté enfadado con el mundo.

—Está bien. Te esperamos en la sala de descanso. Por la cara que traes, imagino que necesitas un café bien cargado. ¿Noche movida? —preguntó Jayden, riéndose entre dientes. Quise pegarle un puñetazo por meterse en lo que no le importaba.

—No lo sabes bien. Ni te imaginas —repliqué.

Me encendí otro cigarro. Para no fumar, esa mañana me estaba luciendo. Me tranquilicé un poco, respiré hondo, me lo terminé con prisas y entré en el hotel. Fui directo a la sala de descanso, encontrándome de nuevo a la *stripper*. Siempre estaba allí. La vi trasteando en el móvil. En ese momento, entraron Harris y Jack. Era raro verlos por allí.

Eché las monedas en la máquina de café y lo saqué. Sin embargo, a través del cristal de la máquina para sacar un pastelito, vi las miradas que se cruzaron con ella. Jack hizo un leve movimiento con la cabeza en señal de asentimiento, que no me pasó desapercibido.

En ese momento, Agatha, según recordaba, trasteó de nuevo en su móvil mientras miraba a través de los ventanales. Parecía que no le hacía caso al aparato. Aunque en realidad no era así. Me entretuve más de lo normal en la máquina, observando a través del cristal. Hasta que Jack se puso a mi lado y tuve que marcharme para evitar levantar sospechas.

Me dirigí al despacho de Julio, conecté las cámaras y comencé a vigilarlos a través de ellas. Activé el sonido. Me importaba una mierda si era legal o no. Pero parecían estar sumidos en el silencio más absoluto. Tan solo tomaban café mirando por los ventanales. De repente, un destello apareció a través de ellos. Algo casi imperceptible y que me di cuenta por casualidad.

Los observé durante unos minutos más sin que sucediera nada, pero con algo rondando por mi cabeza. Atrasé la grabación hasta el momento del destello, sin resultado alguno. Lo hice una y otra vez, pero no había nada que hiciese sospechar. Ni tan siquiera sabía qué podía ser aquello, quizá el espejo de algún coche, o el flash de alguna cámara de un turista. Lo descarté de

inmediato.

No sabía qué podía ocurrir, pero lo que estaba claro era que pasaba algo raro. Los observé durante unos instantes más hasta que decidí llamar a Izan y Jayden para encontrarnos en el motel, y ver qué podíamos hacer.

Una hora más tarde estábamos en la habitación pidiendo el menú y algunos refrescos al servicio de habitaciones. Teníamos una larga tarde por delante hasta la llegada de mis amigos. Lo organizaríamos como si fuesen los clientes más VIP de todo el hotel.

Sería una entrada triunfal para que todos los empleados del hotel se enterasen. Confiaba en la profesionalidad de Rebeca, aunque no en sus buenos modales. Tan solo suplicaba que estuviese a la altura de las circunstancias.

En todos los años que llevábamos juntos nunca la había visto en el papel de una mujer refinada, perteneciente a las altas esferas, aunque sabía de su educación en los mejores colegios privados de Estados Unidos.

Las horas pasaron organizando todo de manera meticulosa. Envié un correo a Rebeca con todas las órdenes pertinentes. Nos marchamos al hotel a las siete de la tarde con el propósito de estar en el área de la recepción cuando ellos llegasen.

Me asombré cuando Rebeca bajó de una espectacular limusina rosa con un Yorkshire en las manos con un enorme lazo rosa en la cabeza. Ella salió enfundada en un vestido negro muy sexi, unos tacones rojos y una pamelita a juego. Nada más poner los pies en la acera, tropezó y casi cayó. No pude evitar una carcajada.

Rebeca me miró con cara de mala leche, al igual que hacía cuando estábamos de misión o en la base e incumplía algunas de sus normas. Detrás de ella, como un remolino, con una sonrisa en la boca y cara de felicidad absoluta, salió de la limusina la pequeña Mara. Ahora comprendía el color del coche elegido por mi amiga. Otra vez, brotaron grandes carcajadas de mi boca.

Me iba a divertir de lo lindo.

Capítulo catorce



Christine

Llevábamos dos días fantásticos. El olor de su perfume, Esencia de Loewe, impregnaba mi piel y dejaba la fragancia por toda la casa. Muchas veces me reprimía para no olisquearlo como si fuese un perro.

Era el tercer día que estábamos allí. Al día siguiente debíamos regresar al hotel. No quería volver; deseaba quedarme allí para siempre, sin preocupaciones, sin nadie chantajeando, sin amenazas de muerte. Julio y yo. Solos en nuestro particular paraíso.

Parecía una auténtica luna de miel. Sonreí ante la tontería que acababa de ocurrírseme. Estábamos en la cama. Hacía un rato que habíamos hecho el amor. Porque entre nosotros siempre era hacer el amor, aunque me empotrara contra la primera pared que viese. La lujuria y la pasión siempre estaban flotando entre nosotros. Era un deseo irrefrenable. Lo miré y comencé con suaves caricias a través de su torso, firme, musculoso y apetecible.

No quería despertarlo. Se había dormido apenas hacía unos minutos y deseaba ofrecerle el desayuno en la cama, como él hacía conmigo todos los días. Me levanté de la cama con cuidado, me puse su camiseta y fui al cuarto de baño. Después de asearme un poco, preparé café. Me tomé la primera taza con tranquilidad, en la terraza, frente a la grandiosidad del mar. Respiré el aire puro, me impregné de él e intenté retener en mis retinas la belleza del amanecer, un paisaje digno de recordar para el resto de mis días.

Vinieron a mi memoria imágenes de mi infancia en la playa, cuando mi madre aún vivía. Recuerdos de las vacaciones de los tres juntos, que siempre permanecerán ahí por mucho tiempo que pase. La nostalgia se abrió paso en mi pecho, partiéndome en canal, junto a todo lo acontecido desde que comencé a trabajar en el hotel.

Eran demasiadas emociones. Apenas hacía unos meses que me trasladé

a Las Vegas, y eran tantos cambios que costaba trabajo adaptarse. La ilusión por empezar de cero en un nuevo lugar, lejos de papá, se esfumó en el mismo momento en que comencé a recibir amenazas.

Todo empeoró cuando mataron a Sweet. La mala leche subía hasta niveles insospechados cada vez que lo recordaba. Menos mal que no era una persona agresiva, pero los tipejos que envenenaron a mi perrita no olvidarían en su vida el día que me los encontrase cara a cara.

Aunque todo no había sido malo. Conocer a Julio había sido lo mejor que me pasó desde que mi madre falleciera. Aún tenía una charla pendiente con él. No quería que nada ensombreciese nuestra relación. Debía contarle lo de Sweet cuanto antes. Tenía miedo a su reacción; por un lado, sabía que era muy protector, capaz de encerrarme en una torre y no dejarme salir hasta que todo estuviese resuelto; por otro lado, me daba pánico que se enfadase por ocultarle tal información.

Terminé la taza de café con nerviosismo. Era la hora de llevarle su desayuno y corresponder a todos los gestos tiernos que había tenido conmigo. Preparé una bandeja con tostadas, mermeladas de diferentes sabores, mantequilla de cacahuete, café, leche y azúcar. Lo dispuse todo y quise darle un toque femenino. Miré a mi alrededor y vi unas flores silvestres en el gran macetón de la terraza. Las coloqué en la bandeja y me fui al dormitorio.

Llegué a la cama y continuaba dormido. Estaba tan guapo y tranquilo que me supo mal despertarlo. Acaricié su mejilla. Su bonita sonrisa, la respiración pausada, el pelo desaliñado, era una imagen que quería ver el resto de mi vida al levantarme. Mi pecho se hinchó de calidez, de hogar. Por primera vez en mucho tiempo sabía lo que quería. Se giró y, de manera perezosa, abrió los ojos y me dedicó una deslumbrante sonrisa. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no tirarme encima como una fan enloquecida.

—Es uno de los mejores despertares de toda mi vida —dijo con voz ronca.

—¿Y cuál ha sido el mejor? —pregunté coqueta.

—Amanecer a tu lado, verte dormida, acariciar tu cuerpo hasta saciarme de ti —respondió con el deseo encendido en sus ojos y en otras partes que también me gustaban. Para qué quería engañarme, todo en él me encantaba.

—¿Y ya te has saciado de mí? —repliqué juguetona. Trepé hasta la

cama y me senté a su lado.

—Eso nunca, nena —contestó, mientras se ponía encima y me besaba hasta hacerme enloquecer.

La bandeja se tambaleó en la cama. Intentamos cogerla antes de que cayera, pero fue imposible. Entre risas, pasamos del desastre. Julio cogió la mermelada, metió un dedo en ella y cogió una gran porción que se metió en la boca, relamiéndose. Me pareció la imagen más erótica que había visto jamás. Repitió el movimiento y, al verlo, me empapé por completo. Esta vez, en lugar de metérselo en la boca, me untó con la mermelada. Comenzó por el cuello y trazó un camino pasando por mis pechos.

—Ahora voy a desayunar. No voy a desaprovechar lo que has traído. Me voy a comer toda la mermelada —dijo con la voz jadeante de deseo, mientras limpiaba mi cuerpo.

Al terminar, tuvimos que meternos en la ducha. Nuestros cuerpos estaban pegajosos. Nos reíamos por la situación mientras nos lavábamos el uno al otro bajo el chorro de agua. Saciados y felices, limpiamos el desastre. Esta vez, en lugar de desayunar en la casa, salimos para tomar algo en alguna cafetería.

Había llegado el momento de hablar con Julio. No sabía cómo se lo tomaría, pero demorarlo no iba a servir de mucho. Mejor que lo escuchara por mi propia voz, aunque reconocía que estaba nerviosa y se estaba convirtiendo en una bola de nieve cada vez más grande.

—Debemos hablar, Julio —interrumpí, mientras me contaba algo a lo que no le estaba haciendo caso por lo nerviosa que me encontraba.

—Esa frase nunca trae nada bueno. ¿Qué ocurre, no estás a gusto conmigo? —preguntó, y pude ver la preocupación en sus ojos. Estaba aprendiendo a conocerlo, ver su alma a través de ellos—. Dime qué debo cambiar y lo haré —dijo convencido.

Apoyé el dedo índice sobre sus labios para hacerlo callar. Si continuaba por ese camino, no sería capaz de contárselo y debía hacerlo.

—No debes cambiar nada. Eres... perfecto. Sé que estos días no hemos hablado de lo que ocurre en el hotel y que estamos intentando olvidar todo lo sucedido, pero debo comentarte algo. —Hice una pausa para poder coger aire e infundirme el valor suficiente para continuar—. Tenía una perrita. Se llamaba Sweet y era mi debilidad. No me la traje porque esperaba a tener un hogar y estabilizarme. En el apartamento donde viví al principio no

aceptaban mascotas y tampoco nos lo permitían a los empleados del hotel. Así que la dejé en casa de papá con Betty, mi *nani*. —Mordí mi labio inferior, no sabía cómo continuar y los recuerdos de Sweet inundaron mi mente. No quería llorar, pero mis lágrimas iban por libres.

—Nena, tranquilízate y cuéntamelo. Estoy aquí. Te escucho —dijo mientras acariciaba mi mejilla y limpiaba mis lágrimas.

—Allí estaba bien cuidada y tenía un gran jardín para jugar y correr al aire libre. Un día, poco antes de que comenzaras a trabajar, apareció muerta. —Mis lágrimas fluían solas con más intensidad. Debía contarle todo antes de que los recuerdos me lo impidiesen—. Mi padre no me lo dijo de inmediato, aunque... los autores se cercioraron de que me enterase. Me enviaron una foto al móvil. Parecía que dormía. Por lo que no les hice caso. Pensé que sería una amenaza más. Hasta que papá llamó para contarme lo sucedido y confirmarme que fue envenenada.

No pude aguantar más y estallé en un fuerte llanto incontrolable. Julio, mi chico, mi amor, se levantó como un resorte de la silla y se puso a mi lado para abrazarme fuerte. No dijo nada, solo acariciaba mi cabello y mi cuello. Me besaba de forma dulce y dejaba que soltase todo lo que llevaba dentro. Por primera vez, no me sentía sola; estaba arropada. Mi padre se limitó a enviarme a Izan y Jayden; sabía que me quería y se preocupaba por mí, pero no era una persona dada a muestras de cariño.

No sé cuánto tiempo continué llorando mientras dejaba que todo saliese, y él se limitaba a darme el apoyo silencioso que tanto necesitaba. No dijo nada. Cuando papá me confirmó la muerte de Sweet, Julio llevaba trabajando pocos días en el hotel y no tenía la confianza suficiente para contárselo, hasta que nuestra relación cambió a una más íntima y personal.

Fui al cuarto de baño a lavarme la cara y refrescarme un poco. No llevaba maquillaje. Desde el incendio no había utilizado nada, ya que se había quemado todo. Al menos, me había comprado una crema hidratante. Como pude, me adecené.

Al salir, Julio me esperaba en la puerta. Tan guapo, con sus gafas de sol, su pelo revuelto y las manos en los bolsillos, a pesar de la cara de preocupación con las arruguillas que se le formaban en el entrecejo. Me dolía verlo así. Deseaba ver su cara de felicidad, esa que tenía cuando me miraba o cuando en sus ojos se reflejaba el deseo y la lujuria. Me encantaba su rostro de concentración cuando tenía las gafas puestas cuando trabajaba, con su

barba de tres días. Pero no de esta forma.

Debía hacer algo para que olvidase ese episodio, al menos, hasta el día siguiente que nos marchábamos. Con ese propósito y paso firme, respiré hondo y me dirigí a él.

—¿Sabes que me encantaría hacer hoy?

—Dime, tus deseos son órdenes para mí —dijo, mientras se acercó, rodeó con su brazo mi cintura y depositó un suave beso sobre mis labios.

—Ya hemos visitado la playa. ¿Qué te parece si visitamos algún lugar emblemático como un parque de atracciones o Beverly Hills? —propuse con la ilusión de una niña pequeña el día de Reyes. Julio soltó una gran carcajada —. No, mejor... ¡Vamos a Rodeo Drive, pequeño! —dije, dando pequeños saltos y palmaditas. Quería hacerlo reír y que olvidase lo que acababa de contarle para que la preocupación no ensombreciese los dos días que nos quedaban aquí, en nuestro paraíso particular.

—Pequeña —dijo, imitándome—, ¿qué te parece si vamos al Pacific Park? Está más cerca, hay atracciones, lugares donde comprar buena comida basura y dar un paseo por la playa.

—¿Entonces no vamos de compras a Rodeo Drive? —pregunté, haciéndome la inocente. Julio rio. Me atrajo más a su cuerpo y posó sus labios sobre los míos.

—No me pagas lo suficiente para que me llegue, jefa. —Me dio un suave beso y se distanció un poco con cara de pícaro.

Solté una carcajada. Había conseguido mi fin.

Llegamos hasta la moto cogidos de la mano, nos montamos y nos dirigimos al Pacific Park; un parque de atracciones a pie de playa, en una especie de embarcadero, con suelos de madera. Tenía mucho encanto, sobre todo unas maravillosas vistas desde la noria, donde nos montamos en varias ocasiones, a pesar de mi miedo a las alturas. Pasamos el día paseando, comiendo deliciosos perritos de un puesto ambulante con una cerveza bien fría y montándonos en una pequeña montaña rusa, donde disfruté como una niña pequeña, gritando por hacer reír a Julio. Con él a mi lado, superaba ese miedo.

—¿Estás disfrutando?

—Mucho. Hacía tiempo que no me divertía tanto —contesté, mientras paseábamos por la playa.

Llevábamos los bañadores debajo de la ropa. Me regocijé como una

niña al ver su reacción del día anterior, cuando bromeó con mis biquinis y me hice la ofendida, pero su *tienda de campaña* me indicaba que le gustaba lo que veía. Siempre reaccionaba de igual forma al ver mi cuerpo y eso me encantaba.

Durante el resto del día lo dedicamos a pasear entre los puestos ambulantes mientras hablábamos de cosas sin importancia y nos reíamos. Vimos el atardecer desde el mirador del parque, con Julio pegado a mi espalda y nuestros dedos entrecruzados.

—Está siendo el mejor día de mi vida —susurró en mi oído. El sonido de las olas, el espectáculo de anaranjados en el horizonte, mientras el sol se escondía, y todo el ambiente en general nos envolvía en una burbuja particular, una de la que no deseaba salir.

—Nunca olvidaré este viaje —respondí con un nudo en la garganta. No quería que terminase—. Gracias por hacerlo tan especial. Por saber lo que necesito en cada momento.

Julio no contestó. Apoyó su barbilla en mi hombro y me dio un suave beso en el cuello que me produjo un temblor que recorrió mi cuerpo al completo y el habitual cosquilleo en el estómago.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Mucha —respondí. No me había dado cuenta, pero mi estómago gruñía. Me reí por comprender que había escuchado el ruido.

—¿Qué te apetece comer? Podemos ir a un restaurante o comer algo por aquí cerca. Lo que tú prefieras —sugirió de nuevo en mi oído. Su voz me sonó ronca y no sabía si era fruto de mi imaginación, pero parecía que, en lugar de preguntarme por la cena, me estaba haciendo una proposición indecente. Me mordí los labios sabiendo que no podía verme, en un intento de reprimir el gemido que estaba a punto de salir de ellos.

Esperamos hasta que el sol se escondió por completo y las luces del parque iluminaron todo, dejando un precioso espectáculo de luz y color. No teníamos prisa. Estábamos demasiado satisfechos en los brazos del otro, con nuestras manos unidas y en un silencio demasiado cómodo.

Una vez que anocheció, nos volvimos a adentrar entre las callejuelas del parque, donde las luces se entremezclaban con los sonidos y la música de las atracciones.

Llegamos hasta un pequeño restaurante, el Harbor Grill, una típica hamburguesería, donde pedimos la especialidad de la casa y nos la comimos

en la terraza, en mesas de plástico, bajo los toldos de una popular marca de refrescos.

—Hamburguesas, perritos calientes, tortilla de patatas... Está claro que, cuando regresemos, voy a tener que llevarme un mes a base de bebidas de *detox* —dije entre risas.

—Oye, que mis tortillas son muy sanas. Peor son los perritos calientes de estos puestos. ¡Cualquiera sabe lo que llevan! —contestó Julio, haciéndose el ofendido—. Además, estás perfecta como estás. Cuando llegemos a casa, te voy a hacer un buen guiso casero.

—Creo que voy a necesitar mucho ejercicio aparte de los *detox*. —Hice un mohín.

—No te preocupes por el ejercicio. Yo mismo me encargaré de que hagas mucho, con frecuencia y muy placentero —respondió, guiñándome un ojo y con cara de pícaro, mientras me abrazaba y depositaba un leve beso en mi mejilla.

Ambos estallamos en una carcajada. Me gustaba estar con Julio porque era muy divertido. Con él podía reírme, sentirme libre, cantar a pleno pulmón en una piscina o comer como una cerda en una hamburguesería; además de pasar ratos muy excitantes en la cama, me regalaba los mejores orgasmos y me hacía ver las estrellas. Todo era perfecto.

Después de cenar, compramos unos helados. Nos sentamos en la arena de la playa para comerlos con tranquilidad mientras descansábamos. Tenía los pies destrozados de tanto andar durante el día. Me descalcé y los deslicé por la arena, dejando que los refrescara, mientras comía el helado. Estaba delicioso.

—No hagas eso, por favor —suplicó Julio entre susurros.

—¿Qué es lo que no quieres que haga? —pregunté coqueta. Sabía a qué se refería. Me había relamido los labios y comía el helado como si estuviera en plena peli porno. O eso quise. Y por la respuesta de mi chico supe que funcionaba. Me encantaba llevarlo al límite.

—Saborear el puto helado como si tuvieras mi polla en la boca. Sabes lo que me provocas —contestó, mientras cogía mi mano y la llevaba a su entrepierna.

Estaba conociendo a un Julio que me gustaba demasiado. Podía ser tierno y dulce, pero también un bestia, como en ese momento. No me podía quejar, ya que fui la que lo había provocado. Me carcajeé y continué con las

caricias por encima de las bermudas mientras lamía mi helado y veía el deseo y la excitación en sus ojos. Una gota recorrió mi barbilla. Se acercó y la limpió con su lengua, de manera tan suave, que provocó que me pusiera a cien. Cerré los ojos y me dejé llevar por el momento. Tan solo quería disfrutar.

Él estaba sentado con su espalda apoyada en una de las columnas de madera de debajo del parque y yo acomodada a su lado, con la mirada puesta en la inmensa oscuridad del mar y los reflejos plateados de la luna llena. Me levanté y cambié de postura. Me senté dándole la espalda al mar. Apoyé mi cabeza en su torso y me acogió entre sus brazos; el mejor lugar del mundo.

Con suaves caricias por mi espalda y dulces besos por mi rostro, comenzó a amarme lento, pausado, recreándose en mis labios. Sus manos vagaban por mi cuerpo como si lo descubriese por primera vez. Subí los brazos hasta su cuello y le mesé los cabellos. Eso lo encendió y pronto la suavidad dejó paso a la necesidad.

En un arrebato, arrancó mi camiseta, dejando al descubierto mis pechos. No pude reprimir mi necesidad de sentirlo dentro y me senté sobre sus piernas. El desenfreno se abrió paso e, inmerso en una nube de lujuria descontrolada, rompió mi tanga. Se separó un poco, miró a su alrededor y, sin pensárselo dos veces, se levantó cargando conmigo y me llevó al mar.

Por el camino, reí al recordar el primer día que nos tiramos en la piscina y al final no llegamos a nada. Julio pareció leer mis pensamientos.

—Lo único que te puede salvar hoy es que se produzca un maremoto y, aun así, dudo mucho que te deje escapar —susurró, mientras entrábamos corriendo en el agua fría del mar.

La falda larga comenzó a flotar en la superficie, mientras nos desnudábamos con premura el uno al otro y nos besábamos con desesperación. De una sola estocada se introdujo dentro de mí, provocando que una oleada de placer recorriese nuestros cuerpos. Temblando y jadeando, llegamos al éxtasis al unísono, dejándonos casi sin fuerzas para regresar a la orilla.

—Te amo con todo mi corazón, nena, como nunca pensé que llegaría a amar a nadie. Nunca te separes de mí —dijo con voz ronca y entrecortada.

El corazón se me paró de golpe y dejé de respirar durante unos segundos. Su mirada revelaba verdadera adoración.

—También te amo con toda la fuerza de mi corazón. No pienso separarme nunca de ti —contesté con la voz rota por la emoción.

Me eché hacia atrás y, aún con mis piernas entrelazadas a su cadera,

comencé a flotar. Así era como me sentía en ese momento. Flotando en un mar de libertad y felicidad. Abrí mis brazos en cruz y permanecí así durante un rato más. Mi amor permanecía expectante mientras flotaba, y mi corazón latía a mil por hora por lo que acabábamos de hacer, por su forma de darme el espacio que necesitaba para disfrutar de ese instante que permanecería por siempre muy dentro de mí y por esas palabras tan certeras.

Así era él. Siempre sabía qué necesitaba. Incluso con esa declaración de amor que parecía previsible, me sonaron como las palabras más maravillosas porque expresaban su amor desde el corazón, pero también el miedo que sentíamos a perdernos.

Seguí flotando en el agua durante no sé cuánto tiempo bajo la luz de la luna y un manto estrellado, sostenida por Julio para que no me hundiese, hasta que el frío comenzó a calarme y empecé a temblar. Salimos con una sonrisa en la boca, en silencio. En ese momento sobraban las palabras. Éramos más que dos amantes que acababan de hacer el amor en el mar. Más que dos personas que se habían abierto en canal para declararse sus sentimientos y expresar sus miedos. Mucho más que una pareja que se amaban hasta el amanecer.

Con los sentimientos a flor de piel por los momentos que vivíamos, por los momentos que Julio me regalaba, cruzamos la playa hasta llegar al aparcamiento donde dejamos la moto. Nos limpiamos como pudimos la arena de los pies y nos calzamos.

La estrellada noche, con la luna llena, daba la claridad suficiente para ver el rostro de Julio antes de montar. Estaba segura de que pensaba lo mismo que yo. Al día siguiente, nuestra burbuja de felicidad particular nos estallaría en la cara al tener que regresar al hotel y volver a enfrentarnos a los problemas; a los miedos que, de manera consciente, habíamos obviado.

Arrancó y me aferré a él como si de un salvavidas se tratase. Aspirando su aroma que tanto me enloquecía y me llegaba directo con el viento. No podía pedir más. De vez en cuando, Julio se soltaba del manillar para regalarme suaves caricias con una de sus manos. Llegamos a la casa en poco tiempo y entramos en silencio.

Llegamos empapados por el agua, con la ropa pegada al cuerpo, y el frío de la noche nos calaba hasta los huesos. Me llevó directa a la ducha y, con suavidad, nos desnudamos y nos adentramos en el chorro de agua caliente. Poco a poco fuimos entrando en calor. Salimos de la ducha para meternos en silencio en nuestra cama, con los dedos entrelazados.

Esa cama que, durante los días que permanecimos ahí, había sido testigo directo de las veces que veíamos el amanecer, amándonos hasta la saciedad. Ninguno de los dos se quería dormir para no despertar y toparnos con la cruda realidad. Ninguno quería que llegase el momento que rompiese el sueño en el que vivíamos. El cansancio ganó la batalla y, entre sus brazos, con suaves caricias y cálidos besos, caí rendida al sueño.

El amanecer no fue como siempre. Abrí los ojos y Julio no estaba en la cama; las frías sábanas me decían que hacía tiempo que las había abandonado. Me levanté y fui directa al cuarto de baño.

Al terminar, lo busqué por la casa. Solo el silencio me dio la bienvenida.

Fui a la cocina y miré si había dejado alguna nota. Nada. Esperé durante más de una hora por si llegaba, cada vez más asustaba por su ausencia. Cerré las ventanas, la cristalera de la terraza, la puerta de entrada con llave. Con temor, regresé a la cocina y preparé café. Lo necesitaba para espabilarme y pensar con claridad.

Después de dar el primer sorbo, me tranquilicé un poco. Vi sobre la encimera de la cocina un paquete de tabaco y un mechero. Sin pensarlo dos veces, lo cogí y me encendí uno. Trataba de analizar la situación con frialdad. Sabía que Julio no me abandonaría aquí, en Los Ángeles, para regresar sin mí, sin dejar una nota, sin decirme nada. Debía tranquilizarme.

Terminé de tomarme el café con esos pensamientos más positivos y me fui al dormitorio. Comencé a recoger nuestras pocas pertenencias. Regresábamos ese día. Cuando estiré las sábanas de la cama salió una nota por los aires hasta caer a mis pies. Me apresuré a recogerla.

Nena, tengo que hacer una llamada.
No puedo hacerla desde aquí
para que no nos localicen. Volveré en un par de
horas.

Me relajé y sin saber muy bien por qué, comencé a reír con la nota entre mis manos y sentada a los pies de la cama. No sabía a la hora que se

había marchado por lo que el par de horas era relativo.

Me dio tiempo a recogerlo todo, limpiar la casa, fumarme medio paquete de tabaco y a comenzar a desesperarme por si le había ocurrido algo. No tenía móvil, por lo que no lo podía llamar. Y esos días, no había visto el suyo en ningún momento.

Mi chico protector se había cuidado de que nadie nos localizara. Y, en ese momento, volvíamos a la realidad. No era una mujer que me gustara que me sacasen las castañas del fuego, no quería a nadie a mi lado cuya misión fuese protegerme; quería un compañero, un amante y un amigo, pero no un guardaespaldas. Para eso ya tenía a Izan y Jayden. Comenzaba a molestarme cuando escuché el sonido inconfundible de su moto. Me apresuré para abrirle la puerta, aunque no sabía si para pegarle o abrazarlo.

—Nena, parece que me has echado de menos —dijo mientras me atraía hacia él, me agarraba por la cintura y depositaba un suave beso sobre mis labios que calmó al instante mis saturados nervios.

—No te creas tan importante, solo pensaba en cómo marcharme de aquí sin tarjetas, dinero ni medio de transporte —dije con un fingido enfado.

—Por supuesto. Me he asegurado de que no pudieras escapar en mi ausencia —replicó con media sonrisa en la boca. No pude determinar si lo decía en broma.

—No soy ninguna damisela en apuros, señor Díaz, quiero que le quede claro desde este instante —contesté. Comenzaba a cabrearme.

—Sé quien eres. Eres una luchadora, una persona fuerte que puede con todo, pero también una mujer, *mi* mujer, que está siendo amenazada, que han intentado quemarla y que han envenenado a su perrita para presionarla. Así que perdóname si me lo tomo todo lo serio que requiere el asunto. Porque no sé tú, pero yo estoy acojonado.

Dicho eso, se dio la vuelta y se marchó al dormitorio. No parecía demasiado contento. Y yo tampoco lo estaba. Intenté dejarle espacio para tranquilizarnos mientras fumaba un cigarrillo. Escuché correr el agua de la ducha en el silencio de la casa. Fui al dormitorio para esperar a que terminase. Mientras, me senté a los pies de la cama para no entrar en el cuarto de baño como un toro embravecido.

Cuando salió de la ducha con la toalla enrollada en sus caderas y su torso mojado, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no tirarme encima. Respiré hondo y lo miré. El muy capullo sabía lo que me

provocaba porque miró hacia abajo y levantó una ceja.

—No desvíes el tema, Julio Díaz —logré decir.

—No he dicho nada —replicó con las manos alzadas en señal de paz.

—Tu gesto lo ha dicho todo.

—Y el tuyo ha hablado alto y claro.

—¿Puedes vestirme e ir al salón para explicarme lo de la llamada? — Necesitaba con urgencia que se vistiera. No podía tener con él una confrontación estando a mi lado semidesnudo.

—Te lo puedo explicar ahora, si quieres. Pero debemos marcharnos.

—¡No me muevo de aquí hasta que me expliques qué sucede! — contesté, cruzándome de brazos en un arrebató bastante infantil—. ¡Y vístete, por el amor de Dios!

Grité mientras me ponía de pie y salía del dormitorio para dejar que terminara de arreglarse y evitar tirarme a sus brazos. Me fui al salón enfadada con el mundo. Abrí la cristalera para respirar una vez más antes de marcharnos a Las Vegas. Cuando salió del dormitorio estaba sentada en el sofá.

—¿Por qué te has enfadado? —preguntó, mientras se sentaba a mi lado y acariciaba mi pierna desnuda. Lo miré y retiró la mano de inmediato.

—No estoy enfadada —repliqué. Cambié de razonamiento—. Estoy... molesta. No quiero un guardaespaldas, Julio. Deseo una persona a mi lado que me apoye y me ayude. Quiero que me lo cuentes todo y no vivir en la ignorancia. Aunque sea tu pareja, soy autosuficiente y la directora del hotel, por lo que tienes que informarme de todo lo que ocurre. Debemos solucionar esto juntos y ser partícipe en cada decisión que se tome. Porque, aunque me estén amenazando, por mucho dolor que me produjera la muerte de Sweet, soy fuerte, adulta, y debo solucionar esto. Es mi responsabilidad y mi trabajo —expliqué con la mayor suavidad que me fue posible.

—Lo sé. Perdóname. Se me olvida que eres la jefa. Procuraré que no vuelva a ocurrir, ¿de acuerdo?

Sus palabras, a pesar de que eran suaves y correctas, me dejó un malestar en el estómago. No quería que mi posición le causara malestar. O que pensase que me aprovechaba de eso para mantenerme informada. No se trataba de eso y creo que, en el fondo, Julio no lo entendió de esa forma, por mucho que respetase mi decisión.

Un incómodo silencio se instaló entre nosotros.

—¿Has desayunado? ¿Quieres un café antes de marcharnos? — pregunté para destensar el ambiente.

—Te lo agradecería.

Fuimos hacia la cocina. Preparé una nueva cafetera y, mientras trasteaba por los muebles buscando las cosas, Julio comenzó a hablar.

—Me traje el móvil, aunque no la tarjeta, y durante estos días no lo utilicé para que no lo puedan rastrear. Fui a comprar una de prepago para llamar a Eme y hablar con él. Lo hicimos así por precaución. No queríamos que nadie te localizara después de intentar asesinarte. Aquí íbamos a estar solos aunque no teníamos la seguridad de que nos siguieran. Tampoco sabemos las tecnologías que pueden usar o si nos podían localizar por el GPS del móvil. Por eso hemos utilizado efectivo, y tomado todas las medidas de seguridad que mi amigo me sugirió. —Hizo una parada, tomó aire y me miró a los ojos—. No sabemos lo que esos cabrones son capaces de hacer, pero tenemos claro que harán todo lo posible por salirse con la suya.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Tomé sus manos entre las mías. No deseaba enfadarme con él.

—¿Qué vamos a hacer, Julio? Estoy asustada.

—Lo sé, nena. Yo también. Pero debes entender que esto se escapa de nuestras manos. No somos los indicados para averiguarlo. La policía está investigando. El señor Bellatox debería dejar que ellos se encarguen del tema. En cambio, para que no salte a la prensa y no perjudique el buen nombre de la cadena, nos encasqueta un marrón que no nos corresponde.

—Perdóname. Estoy un poco nerviosa por tener que regresar. Estos días aquí han sido...

—Fantásticos —terminó de decir por mí.

Con suavidad, me acarició la mejilla y depositó un suave beso en mis labios. Estaba asustada. Todo este tema sobresalía de un simple contador de cartas o de algún robo esporádico en la *suite* de un cliente. Se estaba cociendo algo gordo y lo sabíamos todos. Pero no teníamos ni idea de qué. Terminamos el café, ambos abstraídos en nuestros propios pensamientos.

—¿A qué hora salimos?

—Deberíamos hacerlo ya. He quedado con Eme en que daremos un largo rodeo por si alguien nos sigue. Nos llevaremos casi todo el día de viaje.

—De acuerdo. Recogeré las cosas.

—Nena —gritó, mientras me dirigía al dormitorio. Me giré y lo miré.

Mis ojos estaban empañados por la nostalgia de tener que marcharme de allí a un destino inmediato demasiado incierto—. Saldremos juntos de esta. Te lo prometo.

Asentí como pude con el nudo atravesado en la garganta. Respiré hondo y encerré muy dentro todos los sentimientos que pugnaban por salir: el miedo por los acontecimientos, por el regreso, porque sabía que esta burbuja nos estallaría en plena cara sin poder remediarlo. Miedo a enfrentarme a lo desconocido; a perder mi trabajo sin tener culpa de nada; y miedo... a perder la vida.

Agotada de todo, recogí las mochilas y las bolsas con las compras del día anterior y salí del dormitorio, no sin despedirme de él; testigo directo de nuestra plena felicidad y de las veces que nos amamos.

Cerré la puerta y sonreí por la ironía. En el fondo de mi corazón sabía que, con ese gesto, terminaba una etapa de mi vida. La presión en el pecho se intensificó. Y el agotamiento resurgió como un torrente. Y todavía quedaba un largo camino por recorrer.

Sin demorarme más y sin pensarlo mucho, salí al salón donde Julio me esperaba. Había terminado de recoger las tazas y fregarlas. Quedó con la dueña de la casa media hora después en una cafetería. Guardamos las pocas pertenencias en el baúl de la moto, nos montamos y arrancó sin más dilación.

Miré atrás sin poder evitarlo y vi cómo la casa quedaba en un lejano recuerdo. Un fantástico y maravilloso recuerdo que jamás saldría de mi memoria. Aceleró y se incorporó a la autopista. Cuando dejé de ver la casa, giré la cabeza y la apoyé en su espalda. Pensaba emborracharme con su esencia y mantenerla en mis recuerdos para siempre hasta que no llegásemos a nuestro próximo destino: Las Vegas.

Media hora más tarde, llegábamos al punto de encuentro. Nos bajamos de la moto y le devolvimos la llave. Apenas cruzamos un par de palabras con ella y no me enteré de la conversación. Había desconectado del mundo real.

Las horas en la moto se hicieron eternas. Paramos en un par de ocasiones para tomar café, fumar un cigarrillo y estirar las piernas. Julio me hablaba, pero apenas era capaz de llevar una conversación. Me dejaba guiar en todo momento.

A medida que avanzaba el día, la cara de preocupación de mi chico fue en aumento. Solo era capaz de contestarle que estaba cansada. La sensación de desasosiego crecía conforme nos acercábamos a Las Vegas, a un destino

incierto.

No quería ponerme en contacto con mi padre, pero era algo que debía hacer en cuanto llegase. Sabía que sería conocedor de todo y querría tenerme de vuelta en casa lo antes posible. Ese era otro tema al que tendría que enfrentarme, llegado el momento.

Pasadas las horas, cuando estaba anocheciendo, vi que nos acercábamos al famoso cartel de «Bienvenido a Las Vegas», ese mismo que, meses antes, cuando lo miré por primera vez, causó un efecto de emoción y alegría. Y que ahora mismo, me llevaba al mismísimo infierno.

Capítulo quince



Las vacaciones finalizaron y volvíamos a la realidad. Durante esos días nos dedicamos a nosotros, a disfrutar y conocernos, a olvidar todo lo que estaba pasando en el complejo. No dedicamos ni una sola palabra a ese tema, en un tácito acuerdo entre nosotros. Solo descansar, gozarnos y disfrutar de un entorno maravilloso.

Christine me dio una buena noticia mientras desayunábamos en la terraza el día anterior a nuestro regreso.

—Christine, no quiero que te quedes en el hotel hasta que no se aclare todo el asunto. Me da miedo que vuelvan a intentar algo y que, esta vez, lo consigan —dije con toda la suavidad posible. Ella asintió, pero no dijo nada más. Y seguimos con nuestro acuerdo de no hablar del tema.

El día anterior había sido perfecto en todos los sentidos, pero teníamos que regresar. Así que me levanté temprano para comprar una tarjeta de prepago para el móvil, hablar con Eme y que me pusiera al día.

Cuando volví a la casa, la actitud de mi chica había cambiado. Y yo estaba acojonado por lo que pudiera pasar. Tuvimos incluso una discusión. No estaba acostumbrado a todo eso y, si pudiera, la encerraría en cualquier torre y me tragaría la llave hasta que el asunto se resolviese . ¡Joder! Christine era cabezota, fuerte y luchadora. Y eso, precisamente eran las partes fundamentales de su forma de ser que me habían enamorado.

El camino de vuelta fue una auténtica tortura. No sabía qué le ocurría. Habíamos pasado unos días fantásticos y se lo repetí mil veces. Le abrí mi corazón y le declaré mi amor. También me sinceré con ella, pidiéndole que no me abandonara. Como si fuese un perrito suplicando a su dueño.

Durante el viaje pasé por varias etapas. De la preocupación al enfado y así fue como llegué al ver el dichoso cartel de Las Vegas. Ahora que habíamos regresado, teníamos un sinfín de trabajo por delante. Christine debía hablar con su padre para que la ayudase con toda la documentación nueva, que

perdió en el incendio, y tendría que ir a Nueva York para arreglar todo. La idea de separarme de ella no me gustaba en absoluto. Ni tan siquiera podía pedir el duplicado de sus tarjetas bancarias, ya que no tenía su identificación.

Necesitaba una ducha después de tantas horas de viaje. Habíamos dado tantos rodeos para regresar que llegó un momento en que no sabía ni en qué parte de Estados Unidos me encontraba. Esa idea fue de Eme. Según me dijo, estaba planeando algo para dar con los culpables, algo así como un operativo al más puro estilo militar. Me provocaba escalofríos con tan solo pensar que se pudiera colar en el hotel empuñando un arma vestido de militar. Hablé con Rebeca unos minutos, pero fue cortante y tan solo trató de tranquilizarme, aunque no lo logró. Comprendí que la pequeña Mara estaba por allí y que no quisiera hablar delante de ella. Mi amiga la tenía entre algodones.

Fuimos directos a mi casa, ya que no quería separarme de mi chica. Ni de coña la dejaría sola en el hotel. Temía que intentaran hacerle daño de nuevo. Pasé mucho miedo cuando la localicé en la cornisa de aquella ventana. No volvería a perderla de vista.

Sabía que Izan y Jayden hacían bien su trabajo y que, cuando yo no estuviera presente, se convertirían en sus putas sombras. No la iban a dejar sola ni para ir al cuarto de baño.

Era curioso cómo Christine, en esos pocos meses, se convirtió en la persona más importante de mi vida, además de mi madre. Comprendí lo que decían... Cuando te enamoras, la persona que tenías al lado era tu principal prioridad. Creía estar enamorado de *Avispa21*, pero ni tan siquiera se acercaba a lo que sentía por Christine.

Al llegar a mi casa, no quise hablar con ella. Ansiaba que comprendiera la gravedad del asunto y que colaborase. Sabía que quería estar presente en todo el proceso, formar parte de él, pero era una locura. Eme contaba con que yo ayudase en la operación. ¡Joder, ni que fuese una misión en Afganistán, Yemen o yo qué sé! Y eso ya me tenía lo suficiente nervioso como para estar pendiente de ella. La senté en la terraza que era el lugar de toda la casa que me infundía más tranquilidad. Me encantaba estar allí.

—Nena, comprendo que quieras formar parte en todo el proceso. Te prometo que te lo contaré todo, cada paso que demos, cada información nueva, cada detalle. Pero necesito saber que nada malo te va a suceder. Todo este asunto ya me tiene demasiado nervioso —dije de la forma más suave que pude, mirándola para que viera la preocupación en mis ojos.

—Julio, soy la directora del hotel. Mi trabajo consiste en saber todo lo que ocurre en él. No puedes mantenerme al margen —contestó casi con desesperación.

—No pretendo mantenerte al margen, sino a salvo. ¿No lo comprendes? Me preocupa que vuelva a sucederte algo. ¡Estos tíos no se andan con chiquitas! ¡Van a por todas! ¡Y eso solo quiere decir que lo que se está cocinando es lo suficientemente importante como para cargar con un cadáver a sus espaldas! —repliqué molesto. Era una cabezota.

—Lo siento, Julio, pero no me pidas que me mantenga al margen porque no lo haré. ¡No necesito otro padre! ¡Tampoco otro guardaespaldas, porque para eso, ya tengo a esos dos!

—¡Te recuerdo que estando con ellos intentaron quemarte! Provocaron un incendio en tu dormitorio.

—Y salí por la ventana, puse toallas mojadas en el suelo para no asfixiarme, cogí otra para cubrirme. ¡No necesito un caballero de blanca armadura que me salve! ¡Soy capaz de hacerlo sola! ¡Si no lo entiendes, tenemos un problema!

Dicho eso se levantó del sofá con paso decidido y se marchó a nuestro dormitorio. Me quedé sentado en la terraza. Teníamos que distanciarnos un poco o todo esto iba a acabar con nuestros nervios.

La dejé que se duchara tranquila y que hiciese lo necesario para tomar aire y serenarnos. Ambos estábamos estresados y esto no nos llevaba a ninguna parte, tan solo a discusiones tontas que cada vez iban subiendo más de tono.

Encendí un cigarrillo y me lo fumé en el jardín, mientras cerraba los ojos y rememoraba cada instante vivido con ella en esos días. Una sonrisa tonta asomó a mis labios. Encendí el móvil, me puse los auriculares y seleccioné la canción de Bonnie Tyler que tanto me recordaba a ella. Me recosté en la silla e intenté tranquilizarme. La música siempre estaba presente en cada momento de mi vida. La puse en modo bucle para que se reprodujera una y otra vez.

No me di cuenta de que estaba a mi lado hasta que me dio un ligero roce en el hombro. Sobresaltado, la miré. Estaba recién duchada con el pelo mojado y vestía una simple camiseta mía. Estaba preciosa

—Te he cogido la camiseta. No tengo apenas nada que ponerme. No sé si te importará —dijo con voz suave.

—Por supuesto que no, nena. Ven aquí. —Casi imploré que se sentara en mis piernas. Pareció que se lo pensaba durante unos breves instantes, pero al final lo hizo. La acogí entre mis brazos y con suaves caricias en su espalda, intenté pedirle perdón. No me salían las palabras. Dejó caer su rostro en el hombro y apreté el agarre. Quería aferrarme a ella, a esos instantes de calma que aún nos quedaban—. Mañana iremos de compras, ¿te parece bien?

Asintió sin palabras. Así nos quedamos durante mucho tiempo, hasta que su respiración se hizo más pausada y me di cuenta de que se había quedado dormida.

Con cuidado, me levanté, la llevé a nuestra cama, la arropé y salí del dormitorio. Fui al jardín y encendí otro cigarrillo. Estaba fumando más de lo habitual. Cuando lo terminé, me metí en la ducha. Tardé más tiempo, necesitaba relajar los contraídos músculos por el viaje. Tantas horas en la moto me pasaban factura. Me acosté, la abracé por detrás, y dándole mil vueltas al asunto, caí rendido al sueño.

A la mañana siguiente, los primeros rayos del sol me despertaron. Era el momento de la vuelta a la realidad, de volver al hotel y comenzar con algo que no sabía adónde nos llevaría ni cómo terminaría. La incertidumbre me infundía más temor del que ya tenía.

Me levanté y preparé el desayuno. Una vez tenía todo dispuesto, la desperté. Desayunamos en una calma rara. Sabíamos que debíamos ir a hotel, pero no lo que nos encontraríamos. Eme fue muy cuidadoso en no contar nada. Solo me dijo que disfrutara de esos días y que folláramos, que él se encargaba de todo.

Cuando terminamos de desayunar, nos vestimos. Christine apenas tenía ropa, así que se puso los vaqueros que se había comprado, una camiseta mía y las sandalias planas que traje de Los Ángeles. No era el atuendo que acostumbraba a llevar para trabajar. Ella siempre iba perfecta, con vestidos elegantes, tacones altos, maquillada y muy bien peinada. Con ese aspecto desaliñado parecía más joven y más guapa.

Llegamos al hotel y entramos por la puerta de empleados, aunque tuvimos que coger por caminos diferentes. Lo primero que hizo fue ir a una boutique para comprarse ropa apropiada para trabajar.

Nada más cambiar de pasillo y montarse en el ascensor, ya la echaba de menos. Como un lunático, fui a mi despacho y encendí las cámaras

enfocando en todas el suyo. Quería saber cuándo entraba para mi tranquilidad. Unos minutos más tarde, llegó Eme, con una deslumbrante sonrisa.

—¿Qué tal el *finde*? ¿Estuvisteis tranquilos?

—Muy tranquilos, gracias. Aunque estoy reventado por tantas horas en la moto. Creo que ha llegado el momento de que me pongas al día y nos dejemos de charla. ¿No crees?

—Cierto. Se te acabaron las vacaciones. Es hora de currar. Pero este mediodía estamos invitados a una barbacoa bastante interesante en casa de tus vecinos.

—No creo que sea el momento de socializar, Eme. Además, la casa de al lado está vacía —repliqué con bastante rabia.

—Ya no, amigo. ¡Vamos a ir y no se hable más! ¡Te recojo a la una!

—No podemos ir juntos. Llevo a Christine en la moto.

—No te preocupes por eso, alquilé otra el mismo día que os fuisteis. No pensarías que iría andando o en transporte público, ¿verdad?

Me reí por su ocurrencia, aunque estaba cabreado, confiaba en él, pero no creía que fuese el momento de una tranquila barbacoa con unos vecinos a los que no conocía de nada. ¡Tan solo quería trabajar y resolver esto cuanto antes!

La mañana pasó rápido con la programación del *software* de reconocimiento facial. Tenía algunos fallos y no sabía dónde estaban. De vez en cuando miraba las pantallas, cuya única función era enfocar el despacho de mi chica. No había llegado y ya eran cerca de las doce de la mañana. ¿Tantas compras tenía que hacer? No lo sabía, pero no me quedé tranquilo, así que decidí pasar las diferentes cámaras para buscarla por el hotel. Esa no era su función, pero para algo tenía que servir ser el único que tenía acceso a todo, además del autor de los hechos. Me enfadé más.

Recorrí todas las cámaras sin resultado alguno. Parecía que había desaparecido y la ansiedad se apoderó de mí. Me levanté de la silla, me puse las gafas para poder observar mejor y me concentré en buscarla. De repente, creí ver a alguien conocido. Me estaba volviendo loco. Enfoqué con el zoom, pero había desaparecido. No estaba seguro de que fuese quien creía. No le di más importancia y seguí buscando a Christine.

Volví a enfocar la cámara de su despacho y ahí estaba. Me quedé tranquilo y continué trabajando. Apenas quedaban quince minutos para la hora acordada con Eme y no le había dicho nada a Christine.

No quería utilizar el teléfono, tampoco el correo electrónico, por si lo habían hackeado. Estaba seguro de mi ordenador, ya que lo tenía todo encriptado. Otro cantar era el de Christine. En una decisión rápida, me metí en su ordenador, abrí una hoja de texto y empecé a escribir y borrar a la vez de manera rápida.

No te asustes, soy yo. A la una en el primer restaurante en el que cenamos.

La vi mirar la pantalla asustada y luego, unos segundos más tarde, comprender de qué iba el tema. Quedaban pocos minutos para la hora señalada. Apagué todo, lo guardé y me marché. Di varios rodeos y, cuando estaba llegando al centro comercial, distinguí el coche de Christine. Sonreí porque me había comprendido.

Alcé mi mano para llamarla. Cuando me vio, vino corriendo, con su falda de lápiz y sus altos tacones. Volvía a ser la directora del hotel, esa mujer que todos consideraban fría y altiva, pero que nada tenía que ver con la realidad.

—¿Vamos a almorzar? —preguntó al llegar a mi altura.

—Sí, pero no aquí. Nos han invitado a una barbacoa en casa de nuestros vecinos. —Puso la misma cara de sorpresa que yo cuando me lo dijo mi amigo—. No me mires así, no es cosa mía, sino de Eme.

—¿Y porque lo diga Eme tenemos que ir? —Irguió la espalda y se cruzó de brazos. La conocía lo suficiente como para saber que me iba a plantar batalla.

—Nena, no es porque lo diga Eme. Es una sugerencia y, si de verdad queremos que nos ayude, más nos vale hacerle caso. Lo conozco bien y es un cabezota. Se saldrá con la suya. Cuanto más tardemos en ir... peor.

—Entonces, ve tú. Tengo mucho trabajo acumulado en el hotel, como para perder el tiempo con unos vecinos que me traen sin cuidado —dijo mientras alzaba la barbilla. Se estaba poniendo cabezota, y yo perdiendo la puta paciencia entre los dos.

—No pienso dejarte sola, ¿no lo entiendes? —le pregunté con el poco aguante que me quedaba.

—Ya me has dejado sola en el hotel y no me ha pasado nada. No creo que vuelvan a intentarlo. ¡Lo más lógico sería pensar que, si en el hotel está la

policía, se anden con más cuidado o, incluso, que pospongan sus planes! ¡Joder! —dijo, alzando sus manos. Era la primera vez que la escuchaba pronunciar una palabrota. Aunque el tema era para decir muchas y muy seguidas.

La rodeé por la cintura y la atraje hacia mí. Quería tranquilizarla, pero no me dejó; se separó y caminó hacia su coche.

—Terminemos con esto cuanto antes. Estoy cansada. Pero tenemos una conversación pendiente, Julio. ¡No creas que te vas a salir con la tuya! — Como siempre, tenía que decir la última palabra.

Sonreí ante su comentario. Llegamos enseguida, y en la entrada vi una moto que, aunque no reconocí, pensé que sería la de Eme. Entré en casa y no había nadie. Pocos minutos más tarde, apareció mi amigo con su sonrisa y descaro.

El muy cabrón se dio cuenta de mi mal humor y soltó una carcajada. ¿No estaba preocupado ni lo más mínimo? Seguía con su habitual actitud desenfadada, mientras yo estaba acojonado.

—Colega, no te preocupes por nada. Comienza la diversión —dijo, dándome unas palmadas en la espalda.

—Terminemos con esto —contesté malhumorado.

Lo seguí hasta la puerta de entrada, no sin antes esperar a Christine, le di la mano y entrecruzamos nuestros dedos. Me miró, respiró hondo y no hizo nada para soltarse. Con pasos apresurados, cruzamos la calle y llamamos al timbre. Eme giró su rostro y sonrió. ¡Capullo! ¡Eso es lo que era, un capullo integral que solo quería divertirse!

La puerta se abrió, pero no logré ver quién lo hizo. Entramos y, de repente, una voz conocida gritó detrás de mí.

—¡Julio Díaz! ¿Se puede saber qué coño has hecho para que tenga que coger un vuelo y venir corriendo a salvarte el culo?

—¡Mamááá, esa lengua, que estoy delante! ¡Titooooo! ¡Estoy muy enfadada contigo!

En medio del salón de aquella casa, me encontré con la sorpresa más agradable del mundo. Rebeca estaba allí, con la niña y su marido. Pero también vi a George, y a Taylor con Eli. Miré a Christine que tenía las manos sobre la boca, reprimiendo las lágrimas por ver a su amiga. Ambas corrieron en busca de la otra, uniéndose en un abrazo interminable.

Mara, mi pequeña, seguía con su mismo carácter. Estaba enfadada

conmigo, de eso no había dudas. Abracé a mi amiga durante un largo rato, dejándome llevar por la calidez de sus brazos, por su cercanía y la sensación de hogar, de familia. Tenía un nudo en la garganta de la emoción. Cuando me separé, miré a la niña. Tenía que hacer algo para que sonriera. Ahora que la tenía aquí, necesitaba un abrazo suyo tanto como el que le había dado a su madre.

—¿Sabes que en mi casa tengo un unicornio enorme? Creo que es el muñeco más grande que he visto en mi vida. —Mara se acercó un poco y descruzó sus bracitos. Creo que iba por buen camino—. El tito Julio no se ha olvidado de su niña. —Me agaché para quedar a su altura y que, cuando estuviera preparada, viniera a abrazarme—. También tengo una tableta de chocolate de las que nos gustan, escondida para ti, y una caja de cereales de unicornios de colores.

Mara sonrió, una sonrisa deslumbrante, la más bonita que podía regalarme porque, a pesar de todo, era sincera. Corrió a mis brazos. Me aferré a ella en esos momentos. Quería olvidarme de todo. Era la mejor sorpresa que Eme pudiera darme. El mejor regalo. Durante mucho tiempo no quise soltarla, hasta que comenzó a forcejear. No era muy dada a las muestras de cariño y, si eran durante varios minutos, se alteraba. Digna hija de su madre.

Saludé al resto, entre risas, abrazos y golpes en la espalda. No tenía ni la más remota idea de qué hacían allí, pero tampoco me importaba. Christine saludó a Rebeca, hablaron unos cuantos minutos, pero no soltaba a Eli; se aferraba a ella. En el fondo la entendía porque yo me sentía igual.

Eli era su mejor amiga. Y tendrían mil historias que recordar, mil anécdotas pasadas juntas, recuerdos compartidos y cosas que contarse para ponerse al día. Con alegría y emoción, salimos al jardín, donde la barbacoa ya estaba en su punto.

Los chicos comenzamos a poner filetes y costillas en las brasas, mientras ellas se cambiaban de ropa y se ponían los biquinis para tomar el sol y bañarse.

Abrimos cervezas y brindamos por nosotros a la espera de que vinieran las chicas. La primera en llegar fue Mara, con un bañador, manguitos y flotador. Todo en color rosa. Salió de las cristaleras corriendo y se tiró en bomba en la piscina. Ninguno de nosotros la perdíamos de vista, hasta que llegaron las chicas.

Rebeca llevaba un biquini con estampado militar.

—Capi, ¿te has enterado de que ya no perteneces al ejército? —dijo Eme entre bromas.

—¡Comandante, capullo! ¡Que no se te olvide! ¿O es que envidias el grado, oficial? —contestó Rebeca, riéndose. Ninguno pertenecía ya al ejército, pero continuaban con las mismas bromas de siempre. Eran dos críos en plena reyerta.

—¿Envidia? ¡Ni de coña! Estoy mejor que nunca. Hago lo que me da la gana.

Todos reímos por las bromas. Hasta la pobre Mara estaba acostumbrada a ellas. Solo regañaba a su madre porque no quería que dijera palabras malsonantes. Decía que una señora como ella no debía hablar de esa forma.

Alguien puso música. Por la canción, supe enseguida quién había sido. Iris, con su *Goo Goo Dolls*, sonó por los altavoces. Era una de las canciones preferidas de Rebeca. Durante el tiempo que estuvimos comiendo y charlando, el ambiente fue relajado, aunque, tanto Christine como yo, sabíamos que debíamos volver al hotel y continuar con el trabajo.

Rebeca estaba pendiente en todo momento de la niña, que no había quien la sacara del agua. Edward en más de una ocasión, se metió en la piscina para jugar con ella e intentar sacarla, pero no había manera. Al final, terminamos bañándonos todos en la enorme piscina y jugando con ella, que se encontraba en su salsa con tanta gente a su alrededor.

Después de almorzar y recogerlo todo, preparamos café y nos sentamos en el jardín para tomarlo. El primero en ponerse serio fue Eme, cosa que llamó mucho mi atención. Mara acababa de salir de la piscina y estaba en las faldas del padre, pintándole la cara. Eme se levantó, cogió unos auriculares grandes, una Tablet y se lo entregó a la niña.

—Peque, toma esto del tito. Te he traído la peli de princesas más guay. ¿Quieres verla? —le dijo con cariño.

—Vale, ya lo he pillado. Vais a hablar de cosas de mayores. Pero hablad bajito, que luego me entero y tengo pesadillas por las noches —contestó con una sonrisa socarrona en la cara.

—¿Tienes pesadillas? ¿Y qué pesadillas tienes? —le preguntó entre bromas.

—No me acuerdo. Pero me tengo que ir a la cama con papá y mamá. Luego ellos se enfadan porque no quieren. —Se encogió de hombros, se puso

los auriculares y comenzó a toquetear la Tablet. Edward y Rebeca estallaron en grandes carcajadas—. Y si es tan divertido ¿por qué no queréis que vaya a vuestra habitación por las mañanas?

Continuamos riéndonos durante un rato hasta que todos prestamos atención a lo que Eme iba a decir.

—Bien. Creo que ha llegado la hora de organizarnos. —Christine y yo nos miramos extrañados; no sabíamos de qué iba el tema. Iba a decir algo, pero mi colega me interrumpió, levantando una mano para hacerme callar—. ¿Crees que iba a traer a todos aquí solo para que te vean el careto? No eres tan guapo, tío, no te lo tengas tan creído. Lo voy a explicar rápido porque vosotros dos tenéis que regresar al hotel. De momento, sabemos que se están dedicando a robar en las *suites*, siempre han sido pequeños hurtos hasta que se alojaron los famosos empresarios de joyas. Hay un contador de cartas que, aunque sin importancia, viene un día fijo a la semana y no sabemos qué relación puede tener. Pero lo principal es que han intentado asar viva a la directora del hotel. —Lo miré mal por el desafortunado comentario, aunque yo había utilizado unas palabras parecidas.

—Creo que eso sobra, Eme —le recriminé—. También he de deciros que Sweet, la perrita de Christine, amaneció muerta un día en su casa de Nueva York. —Eli intentó amortiguar el quejido que salía de sus labios con las manos. Me había olvidado de que ella conocía a Sweet—. Lo que nos hace pensar que esos tíos tienen los medios suficientes o algún contacto allí.

—Pero ¿qué pretenden? No creo que el botín que saquen de una *suite* sea motivo suficiente para envenenar a un perro o intentar matarme —dijo Christine. Su voz sonaba temblorosa. Le cogí la mano y entrelacé nuestros dedos. Rebeca nos miró y me guiñó un ojo.

—No debéis mirar lo ocurrido de esa manera. No se trata de pequeños hurtos, se trata de algo de mayor envergadura. Si miramos los hechos por sí solos, no creo que saquemos nada en claro. Debemos temer lo peor.

—Por mi experiencia, creo que el tema de los hurtos es solo una cortina de humo. Están probando la seguridad del hotel. Y, con el tema del fallo sistemático de las cámaras, está claro que la tienen en sus manos —concluyó Taylor—. Piensa de qué manera pueden hacerlo, Julio. Eres bueno, pero creo que estás bloqueado. Baraja todas las posibilidades. Repasa desde qué dispositivos pueden hacerlo. En ese tema, ya sabes que puedes contar con mi ayuda.

En ese instante, tanto Eli como Christine se levantaron y se marcharon dentro de la casa. Me quedé mirándolas a través de la cristalera un poco confundido. Vi a Eli consolando a mi chica, mientras esta lloraba con desconsuelo hasta que escuché la voz de Rebeca.

—Nosotros seremos el señuelo. Nos hemos alojado en el hotel con una identidad falsa. Bajaré mañana y daré la nota en recepción para que la mayor parte de los empleados sepan que, a pesar de estar alojados allí, nos vamos de viaje un par de días. Así le daremos vía libre a quien sea para que entre en nuestra *suite* —explicó Rebeca. Sonreí al imaginar la que podía liar en la recepción.

—Esta noche instalaremos cámaras en la *suite* —dijo Edward.

—¿Esta noche? ¡Ni de coña! La instalas mientras yo formo la bronca.

—¡Reb, no me dará tiempo!

—Amor, la niña se va a quedar con su tito Julio porque lo echa mucho de menos. ¿De verdad pretendes instalarlas esta noche? —le preguntó con una sonrisa pícaro a Edward.

—Vale, creo que tendré tiempo suficiente mientras la lías.

Todos nos reímos. Esos dos no tenían remedio. Sentí una punzada de celos en el pecho. Celos por la relación que mantenían, por la pareja tan compenetrada que eran. ¿Seríamos capaces nosotros de tener una conexión de ese tipo? Esperaba que sí.

—Bueno, tito julio, está claro que esta noche te toca hacer de canguro —me dijo Rebeca entre risas.

—No tengo ningún problema. Sabes que estoy acostumbrado. Además, me encanta. Y si tengo algún problema, la tita Eli, mi amable vecina, seguro que estará encantada de quedarse con ella.

—Colega, a mí no me metas en tus berenjenales —contestó Taylor con las manos en alto—. Aún no estoy preparado para ser papá, así que no tengo costumbre. —Le tiré un trozo de algo de la merienda de la niña que estaba encima de la mesa.

—Así haces prácticas para cuando llegue el momento —le repliqué.

Eli y Christine estaban en el dormitorio principal. Subí y las avisé de que teníamos que marcharnos. Mientras mi chica se cambiaba de ropa, nosotros nos quedamos en el jardín, poniéndonos al día y charlando de los viejos tiempos. Me hubiese gustado quedarme, pero tenía trabajo por delante. De todos modos, volveríamos a vernos esa noche para ultimar detalles y cenar

juntos.

Un rato después, nos marchamos hacia el hotel. No desperdicié la ocasión de besarla cuando le abrí la puerta y sugerirle el camino que debía coger.

Llegué al hotel antes que Christine y la esperé mientras me fumaba un cigarrillo. Llamé a Izan y Jayden para que estuvieran preparados y se apostasen en su puerta. Al fin y al cabo, su labor era protegerla. Les cortaría los huevos si le pasaba algo.

Apareció cerca de treinta minutos más tarde. Con todo este asunto, me saldrían canas o me quedaría calvo.

En cuanto entré a mi despacho, llamé a Oliver y Tom para que vinieran. No me fiaba de nadie, pero necesitaba su colaboración. Les pedí los informes de los últimos días. Revisaría los altercados ocurridos en mi ausencia.

Como supuse, ese día también vino el contador de cartas, tan puntual como siempre. Llamé a Eme para que se encargaran ellos. Mi sorpresa fue cuando encendí las cámaras y vi a través de ellas que Edward y Rebeca estaban en el casino. Los observé durante un rato. Estaba claro que no iban por placer, sino a analizarlo todo. En un momento dado, se sentaron al lado del contador y Rebeca le comenzó a dar charla. Cuando terminó de perder y ganar, se marchó.

Edward salió tras él unos minutos más tarde y Rebeca se quedó en el casino, llamando la atención de todos. Reía y bebía mucho. Comencé a preocuparme hasta que vi que tiraba las copas en los maceteros. Más tranquilo, me concentré en el trabajo. Estaba tan agotado que los ojos se me cerraban. Decidí ir a la sala de descanso a por un café y tomarlo en la calle. Necesitaba espabilarme un poco, y más aún, sabiendo que esa noche tendría a la niña, pero no podía negarme. Mi amiga había viajado hasta aquí para ayudarme. Era lo mínimo que podía hacer; además, extrañaba mucho a la cría.

Cuando entré en la sala de descanso, Agatha estaba allí. ¿No tenía casa? Siempre la encontraba sentada en el mismo lugar. La vi trasteando en el móvil y recordé las palabras de Taylor sobre los dispositivos. Sin sacar el café, me di la vuelta y regresé. Miré las cámaras, pero no parecía que sucediese nada. Estuve cambiando de una a otra, recorriendo pasillos, el casino, la recepción, el despacho de Christine...

Había llegado el momento de probar de nuevo el *software* de

reconocimiento facial. Le había hecho algunos cambios esa misma mañana. Esperaba que ya funcionase. Con eso en mente, metí la foto de Agatha para que me indicara, a través de las cámaras, el recorrido que había hecho hasta llegar allí.

Iba a tardar un buen rato. El proceso no es como se ve en las pelis de CSI, donde dan los resultados de inmediato. Enfoqué la cámara del despacho de Christine como un acosador. Quería asegurarme de que estaba bien.

El despacho estaba vacío, en cambio la puerta que daba al cuarto de baño estaba abierta. Pensé que estaría ahí. La imaginé retocándose el maquillaje, que había vuelto después de nuestro viaje, y sonreí como un tonto al recordar los momentos vividos con ella en Los Ángeles. Su imagen añorada con unos simples vaqueros cortos o una falda larga.

Esperé a verla, pero tardaba demasiado. Me llevé la sorpresa cuando alguien salió del cuarto de baño; era Kimani y no mi chica quien apareció. Así no me podía concentrar en el trabajo.

Llamé a Izan y le pregunté. Se suponía que ellos dos debían estar en la puerta del despacho.

—Izan, ¿dónde está Christine?

—Julio, tranquilízate. Está en la recepción. Ha venido para recibir a unos clientes importantes.

—¿Qué clientes? Se suponía que esta semana no había clientes importantes que se alojaran aquí. Revisamos mil veces la lista de las reservas.

—No vienen a alojarse, vienen para divertirse en el casino —replicó Izan con un punto de enfado—. Estamos con ella, no la agobies tanto, chico. Saldrá corriendo, te lo digo por experiencia.

—De acuerdo, pero no la perdáis de vista ni un solo minuto.

—¿Te crees que somos idiotas? Ella es nuestro trabajo. ¿Tan mal crees que lo hacemos?

—Para hacerlo bien, por poco termina quemada. —Mi nivel de impaciencia subía por momentos. Necesitaba verla y, mientras hablaba con ellos, comencé a buscarla en la recepción por las cámaras. Eso de tenerlas en mi despacho y poder verla me daba tranquilidad, aunque sabía que el día que ella se enterase mis huevos correrían peligro.

—Creo que ese comentario ha estado fuera de lugar. La dejamos en su dormitorio sana y salva. Y nadie se podía imaginar que esos cabrones llegarían tan lejos.

—Envenenaron a Sweet. ¿Después de llegar incluso a Nueva York, creíais que no iban a intentar algo más? Creo que no os tomáis todo este asunto en serio, y deberíais.

Colgué la llamada sin dejar que me replicara. Cuando enfoqué la recepción y la vi, me quedé más tranquilo. Minutos más tarde, subió de nuevo a su despacho. Parecía preocupada.

El *software* de reconocimiento facial dio, por fin, sus frutos y fue capaz de decirme por las cámaras que había pasado Agatha. Al parecer, había entrado por la puerta principal y no por la de empleados. Busqué en la hoja de cálculo donde me indicaba el momento de fichar, y aún no lo había hecho. Miré su horario y comprobé que ese día no trabajaba. En su ficha, no había número de la seguridad social. No había ningún dato de ella. Cogí toda la documentación y la guardé en un maletín. Se la daría a Taylor para que lo investigase.

Había llegado la hora de marcharnos. Dejaría todo para el día siguiente. Lo único que me apetecía en esos momentos era cenar con mis amigos, jugar un poco con Mara y dormir abrazado a mi chica. Ella me esperaba apoyada en su coche. Llevaba una pequeña maleta. Me acerqué y besé sus labios. Los necesitaba como el sediento en pleno desierto anhela el agua.

—Hola —saludé una vez que me había saciado un poco.

—Hola —me contestó ella con una sonrisa en sus bonitos labios—. He traído algo de ropa que me he comprado. Papá ha movido contactos y he podido conseguir una nueva tarjeta bancaria, aunque la identificativa tardará unos días. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no. ¿Cómo me va a importar que traigas tus cosas a casa? Sabes que de ahí no te saca nadie —contesté, mientras le guiñaba un ojo—. Venga, vámonos que se hace tarde y esta noche tenemos con nosotros a la niña.

Cada uno se montó en su vehículo y nos fuimos camino a casa. Solo nos quedaba la cena con nuestros amigos, dormir a la niña y podría disfrutar de la tranquilidad de tener a mi chica en casa y despertar a su lado. Sonreí por el plan. Esto cada vez se parecía más a un matrimonio. Y la idea, por primera vez, no me produjo urticaria.

Al llegar, la mesa ya estaba preparada y nuestros amigos nos esperaban para cenar.

—¿Has cocinado tú, Rebeca? —me burlé un poco.

—Por supuesto. Comida casera para mis amigos. Lo mejor para ellos.

—¿Tenéis preparados los antiácidos? —preguntó Eme entre risas.

—Dejad ya de burlaros de ella. La comida la hemos pedido a un restaurante. Estamos de vacaciones, nadie debe cocinar. —La defendió Eli.

Entre risas, recuerdos y anécdotas, pasamos una velada tranquila. Siempre que nos reuníamos, nos metíamos los unos con los otros, nos gastábamos bromas y escuchábamos música. Esta vez no fue diferente. Al grupo, que en un principio solo estaba Rebeca, se unió poco después Eli, adaptándose a la perfección, y ahora, Christine. Mis amigos la habían acogido como a una más. Pregunté por George, pero me dijeron que había salido. No quise ahondar en el tema. Solo deseaba disfrutar de la noche que nos quedaba por delante con mis amigos y mi chica.

Admirando cómo bailaban las tres mujeres entre risas, Mara se quedó dormida en mis brazos. El día también había sido intenso para ella. Llamé la atención de Christine con un gesto, y decidimos dar por terminada la velada.

Acosté a Mara en el dormitorio que utilizaba Eme para que durmiera con su tito. Yo tenía otros planes más placenteros.

Nos acostamos enseguida. Estábamos agotados. Con la sedosidad de su piel pegada a la mía y, entre suaves caricias por su torso, caímos rendidos al sueño. Al fin y al cabo, al día siguiente también la tendría conmigo.

Capítulo dieciséis



Al día siguiente, al despertar tropecé con las piernecitas de Mara enredadas en las mías. La niña se había pasado de la cama de Eme a la nuestra y durmió entre nosotros sin que me diese cuenta. Estaba tan agotado que ni tan siquiera percibí su presencia. Menos mal que tuve la precaución de ponerme un bóxer antes de acostarme. Miré a mis chicas y la imagen que tuve ante mí fue de lo más tierna.

Christine rodeaba con su brazo a la pequeña en un gesto protector. Ambas dormían tan tranquilas que no las desperté. Fui a la cocina, miré la hora en el móvil y era temprano. Me preparé un café que bebí en el jardín, disfrutando del frescor del amanecer, ese que da el rocío de la mañana sobre el césped. Me fumé un cigarrillo y estuve curioseando por internet durante un rato, leyendo las noticias y viendo los resultados de los partidos de fútbol mientras hacía tiempo para despertarlas. Preparé un buen desayuno, con zumo de naranja, leche, café y tostadas, además de una gran ración de cereales de unicornios para la peque.

La niña iba a quedarse con Eli, ya que nosotros teníamos que trabajar. Ese día comenzaba la operación y, como Rebeca también participaba, mantendríamos a la pequeña alejada de todo el embrollo. Pensé que Christine se podría tomar el día libre y quedarse con las chicas, donde estaban seguras. Los nervios me carcomían, pero era tan cabezota que no iba a ser capaz de convencerla.

Con todo el desayuno preparado, fui al dormitorio y las desperté con suavidad. La primera en abrir los ojos fue la niña que, al ver sus cereales, comenzó a dar saltos encima de la cama, provocando que la bandeja casi cayera al suelo. La regañé, aunque la muy *jodía* me conocía demasiado y sabía que no iba a tener consecuencias. Era una pequeña terrorista. En más de una ocasión, cuando se quedaba conmigo en casa, hacía lo mismo, provocando un enorme desastre, y encima se reía.

Christine despertó ante tal barullo. Y eso que intenté controlarla en voz baja, pero la peque gritaba y daba saltos en la cama, pidiendo que le echara los cereales en la leche. Al verlo todo, sonrió.

—Vino de madrugada. Me dijo que no era justo que ella durmiera solita mientras yo estaba en la cama con su tito —dijo con una sonrisa—. No fui capaz de mandarla de nuevo a la suya. Además, Eme no ha pasado la noche aquí.

—¿Por qué no me despertaste? Te podría haber ayudado —le pregunté, ya que Mara era mi responsabilidad, no la suya.

—Estabas agotado, Julio. Necesitas descansar más —me recriminó con una sonrisa en la cara—. Nos quedan unos días un tanto duros por delante.

Esto último lo dijo con tanta tristeza en la voz que me rompió el alma.

—¡Titoooo! ¡Quiero mi unicornio!

—Ahora mismo te lo doy.

El unicornio estaba en el vestidor. Lo cogí como pude y se lo entregué. Su cara era todo un poema cuando, al posarlo en el suelo, ella se podía montar en él. ¡Hasta yo me podía subir! Hizo toda una fiesta y, encima de él, le di de desayunar, dejando más rastros en el suelo que los que llegaban a su boquita.

Me reía y disfrutaba de su compañía. La inocencia de la niña contrastaba con todo lo malo que nos estaba sucediendo y eso era un soplo de aire fresco. Christine me ayudaba, echando más cereales a la leche e intentando que se quedase quieta, mientras le daba las cucharadas.

Al terminar, lo recogimos todo. Tuvimos que volver a calentar nuestro desayuno y, con el unicornio a cuestas, nos fuimos al jardín para disfrutar de nuestro café, mientras la niña continuaba jugando.

Envié un mensaje a Taylor para saber si ya estaba despierto. No habían dado señales de vida y debía llevarle a la niña para irnos al hotel. Como no contestaba, decidimos ducharnos por turnos. Me hubiese gustado disfrutar de esa ducha junto a ella, pero con la niña en casa era imposible.

Cuando salí, fui al jardín, donde continuaba jugando con Mara. Tomé el relevo y Christine entró en el cuarto de baño. La niña quiso pintarme la cara, jugar a las princesas, pero no tenía sus juguetes. Cuando estaba perdiendo la paciencia, sentí la presencia de mi chica. Recordé que no le había dado ni tan siquiera un beso de buenos días. Con todo el embrollo de la niña estaba perdiendo las buenas costumbres.

La miré y estaba preciosa, a pesar de llevar la ropa de mujer fría.

Tenía claro que, cuando iba al hotel, necesitaba vestir con un estilo que la hiciera parecer inaccesible; como si, con aquellas prendas, ella fuese capaz de distanciarse de todo lo que pudiese hacerle daño. En cambio, cuando estaba conmigo, en casa, relajada, con una simple camiseta se mostraba tal y como era en realidad; una mujer cercana, con sus miedos y sus alegrías. Sin ningún tipo de artificio ni máscaras que le cubrieran el rostro.

Sus ojos mostraban esa tristeza que sentía, y comprendía que todo eso la estaba superando. Me acerqué, la rodeé por la cintura y la atraje hacia mí, posando mis labios sobre los suyos con suavidad. Quería demostrarle que estaba con ella, que la amaba, que podía contar conmigo y que, por encima de todo, no estaba sola. Deseaba mostrarle tantas cosas que ese simple beso me supo a poco.

La niña nos sacó de nuestra pequeña burbuja, esa que se formaba cada vez que nuestras miradas se cruzaban y todo pasaba a un segundo plano.

—¡Dejad ya de besaros! ¡Estáis tan pesaditos como papá y mamá! ¡Además, si os besáis, vais a tener un bebé!

Ambos estallamos en carcajadas, provocando que nuestras frentes se chocaran. ¡Bendita inocencia la de los niños! No sería yo quien le explicase cómo venían los bebés. Evoqué momentos con Christine y caí en la cuenta de que en algunos no habíamos usado preservativo. Mi chica debió leerme el pensamiento, o ver el instante en que caí en ese pequeño detalle porque comenzó a reír a carcajadas.

—Tomo la píldora y estoy limpia —me susurró.

Mi desconcertada mirada le provocó más risas. Y fueron bienvenidas. Me perdí en ellas y olvidé por completo por qué estaba tan acojonado. Necesitaba esos momentos de risas para destensar el ambiente y afrontar el día que nos esperaba por delante. Confiaba que se resolviese de una vez por todas, disfrutar de los días que estuviesen aquí mis amigos y poder continuar nuestras vidas, junto a ella. Siempre con ella.

Después de dejar a la pequeña terrorista con Eli, que nos recibió con una sonrisa y nos ofreció desayunar, nos marchamos al hotel por separado, como habíamos hecho desde que volvimos del viaje. Incluso esa pequeña distancia me dolía. No quería alejarme de ella en ningún momento y esa necesidad me estaba matando.

Llegamos al hotel casi a la vez. Debía hacer algo para que ella pudiera venir conmigo. La moto estaba bien. ¡Joder, mejor que bien! ¡Me encantaba!

Pero no se montaba en ella cuando íbamos a trabajar por culpa de esos odiosos vestidos que se ponía. Le quedaban fantásticos, le hacían un cuerpo espectacular, realzaban sus pechos hasta llevarme al delirio, pero solo me acompañaba cuando vestía más informal.

Con esa idea en la cabeza, comencé a trabajar. Debía comprarme un coche. Durante más de una hora estuve trabajando. Faltaba un rato para el gran espectáculo de Rebeca. Tenía que conectarme con Edward para poner en marcha las cámaras que él instalase en su *suite*, mientras mi amiga la liaba. El problema lo tenía con la red del hotel. Necesitaba encontrar la forma de que no fuesen visibles para el que las apagaba. Esa iba a ser una de las sorpresas.

La otra era que, poco a poco, Taylor y George estaban instalando otras que parecían bombillas de led. Se corrió el rumor de que se había contratado una empresa externa para una nueva instalación eléctrica en los pasillos. Las estaban instalando vestidos del personal de mantenimiento, mientras yo configuraba el *router*. El día que teníamos que regresar, se me ocurrió la idea de contratar otra línea solo para las cámaras. Se lo comenté a Eme, que se reunió con el señor Bellatox para comentárselo. Durante el resto del tiempo, a la espera de la aparición estelar de Rebeca, me dediqué a configurar algunas de las ya instaladas y a asegurarme de que permanecían ocultas. Configuré un par de ellas. Ningún empleado debía conocer ese dato.

De repente, vi que Rebeca hacía su aparición estelar en la recepción del hotel. Activé el sonido porque no quería perderme ningún detalle. Iba con un vestido muy del estilo de Eli. Estaba seguro de que, si la viese la abuela Mara, lloraría de la emoción.

Intentaba por todos los medios parecer natural. Los que la conocíamos, sabíamos que no era así. La pamea se le caía hacia un lado y estaba incómoda encima de los altos tacones que llevaba puestos. Sonreí porque esa mujer que estaba ahí, vestida de esa forma, tratando por todos los medios de parecer alguien que no era, lo hacía por mí, por la amistad que nos unía. Había sido capaz de volar desde España para salvarme el culo. Y eso es algo por lo que siempre le estaré agradecido.

Así era Rebeca, una mujer de armas tomar, *más bruta que un arao*, como le decía su abuela, pero que, en realidad, se desvivía por los suyos. Y tenía la suerte de estar entre ellos. De momento, solo paseaba por la recepción con un perrito en los brazos. Aunque su sola presencia ya era llamativa.

Continué con el trabajo, aunque, de vez en cuando, alzaba la vista a las

pantallas. Estaba más enganchado a ellas que a las series de Netflix cuando vivía en España. Aquí no tenía tiempo ni de ver la televisión. Había cambiado tanto mi vida en tan poco tiempo que, si lo pensaba, me daba vértigo.

Recibí una llamada de la extensión de Kimani para informarme de un descuadre en las horas extras de algunos de los empleados. Debía comprobar también el funcionamiento del sistema de fichaje. Tomé la agenda y programé el trabajo para la semana siguiente. Eso me recordó el tema de Agatha. No podía con todo el trabajo y se suponía que tenía todo un equipo para realizarlo. Le enviaba un correo a Oliver para que se hiciese cargo del tema cuando escuché los gritos de Rebeca. Hablaba en español.

—*¿Señorita, es que usted no entiende lo que le estoy diciendo? Tampoco es tan difícil. Solo le pido que busque una guardería para mi niña.*

La recepcionista de ese turno no sabía español; por ello Eme había elegido esa hora para el espectáculo. La pobre muchacha con cara de espanto por no entender lo que la arpía de mi amiga le decía, se apresuró a buscar a algún compañero que la entendiese.

Ahí es donde entrábamos nosotros. Taylor, desde su ordenador, cortaba las líneas telefónicas para que no pudiera contactar con nadie, mientras yo configuraba las cámaras que Edward estaba instalando en su *suite*.

—*¿Puede darse un poco de prisa, por favor? Mi marido me espera y no es demasiado paciente, se lo aseguro.*

La pobre chica, abochornada, intentaba tranquilizarla y cogía de nuevo el teléfono; mientras yo hablaba con Edward, poniéndolo al día de lo que sucedía en la recepción y ayudándolo con el *software*. Lo instalaríamos también en todos nuestros teléfonos para vigilar la *suite* sin tener que estar en ningún sitio en concreto. Era algo bastante sencillo que ya se instalaba en cualquier hogar.

—*Me gustaría poder hablar con algún responsable. ¡Todo esto es un desastre! Me voy de viaje durante tres días* —dijo un poco más alto de lo normal, enfatizando el número tres con sus dedos—, *y no tengo dónde dejar a mi querida niña.*

Negué con la cabeza mientras sonreía. Vi cómo dejaba a la perrita en el suelo de la recepción del hotel.

—*Ataca.*

En ese momento se desató el desastre. La perrita, que parecía una preciosidad y tranquila como ella sola, comenzó a ladrar a todos los que

pasaban por allí. Rebeca no paraba de gritar que se iba de viaje tres días y que debía dejar a su *niña* con alguien responsable. Un chico se acercó al canino con la intención de calmarlo y, lejos de hacerlo, comenzó a enseñarle los dientes y a gruñir.

Todos los presentes huían despavoridos. Apareció un compañero de la chica e intentó hablar con Rebeca, que no le prestaba atención, ya que solo se preocupaba de ir tras su *niña*, repitiendo una y otra vez en español «ataca», aparentando preocupación y actuando como si fuese detrás de ella para cogerla en brazos. La escena era, como poco, cómica.

Llamaron a la directora del hotel, Christine. No sabía nada de esta parte del plan, ya que se marchó del jardín con Eli cuando lo expusimos y después no quisimos decírselo para que su cara de sorpresa fuese real. Mi chica intentaba hablar con Rebeca en español, pero esta no atendía a razones. La cara de agobio de Christine, por todo el barullo que se estaba formando, era muy creíble. Comenzó a dar órdenes de que localizaran un veterinario y una guardería canina. El revuelo en la recepción acumulaba a curiosos que observaban la escena entre divertidos y horrorizados, sin entender muy bien qué ocurría, mientras mi amiga repetía una y otra vez que salía de viaje, dando la impresión de ser una millonaria lunática y excéntrica.

Cuando terminamos de instalar y comprobar todo, Edward bajó como si tal cosa, despreocupado y con las manos en los bolsillos. Sonrió a Rebeca, cogió al canino en brazos y salieron del hotel, no sin antes advertirle a Christine que lo necesitaban para un par de horas después.

La guardería canina era Eli que vendría al hotel para recoger a la perrita y llevarla a la casa. Así pasaría el resto de las vacaciones con Mara. Ya habíamos activado el señuelo, tan solo quedaba esperar a que cayeran en la trampa. Después de eso, el hotel volvió a la normalidad. Los empleados comentaban la actitud de la excéntrica clienta y el rumor se expandía como la pólvora.

Esa noche me tocaba guardia, por lo que no iría a casa. Cené algo rápido en la sala de descanso y aproveché para salir a fumar un cigarro y despedirme de mi chica hasta el día siguiente. Mandé un mensaje a Izan y Jayden para que se aseguraran de que llegaba bien. No quería dejarla sola. Aunque sabía que pasaría por casa de Eli para estar un rato con ella; llevaban varios meses sin verse y les apetecía cenar juntas y pasar una velada tranquila; a pesar de no estar seguro de si a pasar la noche con Mara se la podía

catalogar así.

Al salir por la puerta de empleados, su cara mostraba lo enfadada que estaba. Intenté acercarme a ella para besarla, pero me lo impidió poniendo su mano en alto.

—No estoy para nada, Julio. Necesito descansar y pensar en la encerrona que me habéis hecho esta tarde —dijo con un tono duro en la voz.

—Nena, el factor sorpresa era importante. No te lo dijimos para que no tuvieras que aparentar.

—¿Sabes que el señor Bellatox me ha llamado la atención? No se puede permitir un espectáculo de esta índole en un complejo hotelero de la categoría del nuestro. No estamos hablando de un motel de mala muerte donde los clientes pagan por horas para ir a follar. —Sus duras palabras me calaron hondo. Quizá fue excesivo, pero creía que era necesario.

—No sabía nada. Lo siento. Pero el señor Bellatox debe comprender que, ante situaciones como estas, debemos actuar de manera drástica. —Intenté defenderme. Pero en sus ojos no había ni una sola pizca de comprensión.

—Julio, de verdad. Ahora no. Estoy demasiado cabreada para que hablemos. Necesito recapacitar sobre todo esto. ¡Me está superando! Y si sigues manteniéndome al margen, no podré. ¡Necesito saberlo todo para poder defenderme delante de mi jefe que, por cierto, también es el tuyo!

—Nena, te prometo que, a partir de ahora, te mantendré informada de todo —dije a modo de súplica. Detestaba que se enfadara conmigo.

—No sé por qué, pero no te creo. Ya habíamos hablado de esto, Julio. Ahora, si me permites, solo quiero descansar.

Dicho eso, se dirigió hacia su coche, arrancó y salió derrapando ruedas. Me quedé mirando la estela de humo que salió por su tubo de escape, perdiendo la noción de tiempo, hasta que me di cuenta de que ni Izan ni Jayden habían salido tras ella. Los llamé de inmediato. Necesitaba asegurarme de que llegaba bien.

—¿Dónde cojones estáis? —pregunté casi sin saludar.

—Estamos saliendo.

—¿Y por qué no lo habéis hecho antes? ¡Hace cerca de cinco minutos que se ha marchado!

Colgué el teléfono y le pegué una patada a la rueda de la moto. Sabía que no tenía culpa de nada, pero estaba muy cabreado. No comprendía por qué esos dos no habían salido de inmediato. Pocos minutos después, los vi salir

corriendo, meterse en su coche e ir tras Christine. Después de fumarme otro cigarro, dándole mil vueltas a mi mente, volví al despacho. Cuando llegué, Oliver me esperaba en la puerta.

—Otra vez está el mismo tipo de los doscientos dólares —dijo mientras me daba los informes.

—¿Está en la sala? —pregunté. Me puse las gafas, cogí los papeles que me había tendido y los revisé. Encendí las pantallas y, con el mando, activé las del casino. Puse el zoom y me quedé un rato observando—. Está bien. Yo me encargo. ¿Jack y Harris han aparecido o siguen sin venir?

—No. Vinieron esta mañana a primera hora, pero se marcharon poco después. Estos dos se están jugando el puesto de trabajo. Desde que Peter se marchó, casi ni aparecen por aquí.

—No es asunto nuestro. Redactaré un informe al departamento de Recursos Humanos. Que sean ellos los que se coman este marrón. Les he advertido por activa y por pasiva. Dedícate a estar atento a la cámara del casino. Fíjate si falla y presta atención al tipo ese.

—De acuerdo, si necesitas cualquier otra cosa, me lo dices.

En cuanto Oliver salió por la puerta, llamé a Eme. Taylor y George debían estar por el hotel, así podrían acercarse al casino y vigilarlo de cerca.

—Dime —contestó en cuanto descolgó la llamada.

—Tenemos de nuevo en la sala al que creemos que es un contador de cartas. No sé si estará relacionado con todo esto, pero creo que valdría la pena investigarlo un poco.

—No te preocupes, yo me encargo.

Colgamos la llamada y durante un par de horas, me dediqué a concentrarme en las tareas que debía realizar. De vez en cuando, miraba en el móvil la *suite* por si había alguna novedad. Se había dado orden estricta de que no entrase nadie, ni tan siquiera para realizar la limpieza diaria. De momento, no había ninguna novedad.

Exhausto, fui de nuevo a la sala de descanso, me pillé un café y bajé a fumar. En cuanto terminase toda esta locura, dejaría este vicio que no me llevaba a nada. Pensé en Christine y me pregunté qué estaría haciendo. Tenía ganas de verla, de estar con ella un rato a solas, charlar y reír, tal como habíamos hecho en esas minivacaciones el fin de semana anterior. Había sido perfecto.

Por desgracia, aún quedaban muchas horas para estar juntos. Mi turno

finalizaba a las nueve de la mañana, y Christine entraba a trabajar a las nueve y media, así que no la vería hasta la noche. Sería casualidad si nos cruzábamos por el camino.

Volví a mi despacho y envié un correo a Recursos Humanos con el informe del absentismo laboral de Jack y Harris de ese día. Añadí en la copia a Christine para que ella también tuviese constancia. Me supo mal hacerlo, pero no me habían dejado otra opción. Y lo último que deseaba era añadirle a mi chica un problema más. Pero era algo que debía saber.

Las horas pasaron volando y llegó el momento de salir del trabajo. Quería ir a casa, darme una ducha y acostarme durante, al menos, el resto de la mañana. Se me ocurrió la idea de preparar algo especial para esa noche; una cena romántica, a la luz de las velas, con una buena comida casera, que estaba seguro de que le encantaría, unas cervezas y disfrutar juntos del resto de la velada. Después de todo lo que estábamos pasando, nos merecíamos ese pequeño oasis en medio de la tempestad.

Me dirigí a un supermercado cercano, pero al pasar por la puerta del motel donde teníamos alquilada las habitaciones, recordé el tablero que había allí con todas las informaciones que íbamos recopilando. Estaba desactualizado, ya que en él no se incluía, por ejemplo, la información sobre Sweet. Paré la moto y entré. Debía descansar, estaba exhausto de trabajar cerca de veinticuatro horas seguidas, pero todo esto no paraba de darme vueltas en la cabeza. Además, mi chica estaba irascible, por lo que teníamos discusiones casi a diario y era algo que me molestaba mucho.

Entré en la habitación. Todo estaba igual que la última vez que vinimos. Miré el tablero y las fotografías que teníamos colgadas. Agatha, Jack, Harris, el contador de cartas... Un maremágnum de información inconexa entre sí, sin una clara relación aparente. Durante mucho tiempo me dediqué a observarlo, sin llegar a ninguna conclusión. Creí que estaba bloqueado por toda la situación. ¿Qué tenía que ver Agatha en todo esto? Una *stripper* y cantante metida en un follón como este. ¿Y Jack y Harris? Dos hombres con un buen trabajo y un sueldo nada desdeñable, estimados en el trabajo, no solo por sus compañeros, sino también por sus superiores. ¿Por qué de repente estaban empezando a faltar a su puesto? ¿Por qué se llevaban todo el día en el local de *striptease*? Demasiadas preguntas sin respuestas. Y mi mente estaba tan cansada que no lograba dar con ellas.

Decidí que era el momento de desmontar el chiringuito. Ahora que

teníamos la casa de Eli como punto de encuentro era absurdo mantener aquí todo esto. Fui descolgando las fotos, borrando las informaciones y guardándolo todo en la carpeta dentro del portapapeles que cogí de encima de la mesa. Dejé allí el tablero. Ya mandaría a alguien a buscarlo.

Pasé por el supermercado, compré algunas cosas que necesitaría para la cena y me marché a casa. Sonreí como un tonto al pensar en mi chica. Le gustaría que, después de un duro día de trabajo, la recibiese su hombre con una buena cena, la mesa preparada y listo para darle todos los mimos que merece.

La casa no estaba tan en silencio como esperaba. Una música atronadora rompió mis tímpanos nada más cruzar la puerta de entrada. Recordé que Eme se alojaba en mi casa, y la ilusión de pasar una velada tranquila con Christine desapareció de golpe. Unos ladridos se confundían con la música. Vi llegar a la perrita de Mara corriendo hacia mí, ladrando y enseñándome los dientes, mientras la niña corría y reía tras ella.

—¡Titooo! ¡Qué bien que hayas llegado!

—Mara, cariño, coge a la perrita que me está mordiendo los pantalones —dije, mientras intentaba apartarla.

La muy mamona se hizo pis en mis zapatos y la niña estalló en carcajadas. Respiré hondo para intentar calmar mis nervios. Nada de lo planeado iba a salir bien. Eme se acercó riendo, cogió a la perra y la soltó en el jardín.

—¡Joder, tío! ¡Llevo toda la puta mañana recogiendo pis de la perra! ¡Ahora te toca a ti! Yo me marcho con George. Nos vamos de juerga, ya que vosotros os habéis convertido en unos muermos.

—¡No digas palabrotas! —gritó Mara.

—¡A mí no me encasquetes el marrón! Llevo veinticuatro horas seguidas currando. Necesito dormir —repliqué molesto. ¿Dónde cojones estaban los padres de la criatura? Vale, además de dejar de fumar, debo replantearme mi lenguaje.

—Llegan en un rato. Han ido a comprar unos materiales que necesitamos —respondió Eme—. No te preocupes, Casanova, todos han quedado en casa de los vecinos. Estarán allí escondidos durante los días que se supone que están de viaje, y yo no volveré hasta mañana.

Eso me tranquilizó. Al menos podría pasar la velada con Christine. El tiempo que tuve que esperar el regreso de mis amigos lo dediqué a jugar con

la pequeña. Nos bañamos en la piscina, jugamos a tomar el té, a las princesas, me pintó la cara, tal y como hacíamos cuando me quedaba con ella en España. Nos divertimos y reímos. Imposible no hacerlo con ella. A pesar de todo, amaba a esa niña. Los papás llegaron y, tal y como lo hicieron, se marcharon con rapidez. Iban a hacer una barbacoa. Me invitaron, pero lo decliné, alegando estar cansado y que al día siguiente también trabajaba.

Apenas había tenido tiempo de tener una de nuestras charlas con Rebeca. La extrañaba y deseaba hablarle de Christine, de nuestras discusiones y que me diese consejos. Ella tenía muchas broncas con Edward, así que su punto de vista quizá me vendría bien. Las mejores charlas con ella eran delante de la Play, jugando una partida al Fornite, con una cerveza bien fresquita. Adoraba y extrañaba esos momentos con ella.

El siguiente en marcharse fue Eme. Aproveché que estaba solo para descansar un rato. Puse el despertador en el móvil, miré una última vez la *suite*. Sin novedades. Sin preocuparme demasiado, caí rendido en un profundo sueño, aspirando el olor de Christine en las almohadas de mi cama.

Me desperté algo más descansado y con energías suficientes para prepararle la sorpresa a mi chica. Durante un par de horas, cociné y preparé una bonita mesa, con velas y flores. Las cervezas estaban enfriándose y la cena en el horno. Estuve un rato nadando en la piscina. En los últimos tiempos no hacía nada de ejercicio y mis músculos se resentían. Demasiado tiempo sentado tras una mesa de escritorio.

Me duché, afeité y vestí con lentitud, intentando que la ansiedad no se apoderara de mí. Pero era inevitable, ya que tardaba demasiado en llegar. Por la hora, ya hacía tiempo que había salido de trabajar. Preparé el baño para que, cuando llegara, se relajase un poco. Eché en el agua sus sales preferidas. Mientras se llenaba la bañera, puse un poco de música suave y bajé la intensidad de las luces de la casa. Intentaba crear un ambiente propicio para pasar una velada maravillosa y olvidar nuestras últimas discusiones.

Pasada una larga media hora, escuché abrirse la puerta. No sabía si era Eme o Christine, porque ambos tenían copia de las llaves. Los tacones de Christine retumbaron en el silencioso suelo, mientras esperaba, ansioso, su llegada.

—Julio, ¿por qué le dijiste ayer a Izan y Jayden que me siguieran a casa? —preguntó muy enfadada, con los brazos cruzados, esperando la respuesta.

—Nena, solo me preocupaba que llegaras bien —contesté de manera suave. Me acerqué a ella para conseguir un beso y calmarla un poco.

—Ayer les di la noche libre. Había quedado con Eli para ir a tomar una copa y tuviste que decirles que me siguieran. ¿Por qué te metiste en eso? ¿No comprendes que no eres nadie para decirles a ellos qué deben hacer?

—Christine, solo intento protegerte —contesté en un vano intento de explicarme. Estaba demasiado enfadada para razonar con ella—. ¿No entiendes que me da pánico que pueda pasarte algo?

—Ya han envenenado a Sweet y han intentado asesinarme. No pienso parar mi vida por ellos. No les voy a dar la satisfacción de verme ni hundida ni encerrada. ¡Han sido capaces de llegar a Nueva York! —replicó en un tono de voz más alto de lo habitual.

—Por eso mismo me da pánico lo que pueda pasarte —repliqué.

—Julio, intentaron asesinarme dentro del hotel, en la intimidad de mi dormitorio, en el que se supone que es uno de los complejos hoteleros más seguros de Las Vegas. Desconectaron el sistema contraincendios. ¿Crees que voy a estar más segura si ellos se llevan todo el día detrás de mí como dos perros falderos? Perdóname que te lo diga, pero lo dudo mucho —contestó con una ceja alzada y voz de cansada.

Se dio la vuelta, pero se quedó parada. Los dos estábamos demasiado nerviosos con este tema. Me giré y quité el tapón del baño. El agua debía estar helada. Me quedé mirando cómo se iba por el desagüe y, con ella, arrastraba mis ilusiones de tener una velada tranquila. Mi chica era tan cabezota que no iba a ceder.

—Solo deseo que no te ocurra nada. ¡Creo que no es tan difícil de entender! —exclamé un poco más alto de lo que pretendía.

—No eres capaz de darme espacio, Julio. No necesito a mi lado a otra persona que me diga lo que tengo o no tengo que hacer. No necesito un padre, te necesito como pareja. Junto a mí, sosteniéndome y apoyándome. Si no lo entiendes, es que no eres la persona que debe estar a mi lado.

—¿Qué significa eso? —Sus palabras estaban empezando a asustarme.

—Significa que, si no eres capaz de darme mi espacio y apoyarme en las decisiones que tome, quizá todo esto sea un error—exclamó, abriendo los brazos.

—¿Un error? ¿De verdad piensas que querer protegerte es un error? Creo que estás muy equivocada.

—¡Julio! ¡El equivocado eres tú! Soy tu pareja, no una misión. ¡Por el amor de Dios! ¡No necesito otro padre! —respondió, alzando la voz.

En ningún momento me miró a la cara. Seguía dándome la espalda en la entrada del cuarto de baño. Mi cuerpo se estremeció ante sus palabras. ¿Cómo que no era mi misión? Era mi mujer. Para mí, lo era. Así la consideraba desde el mismo momento en que nuestras miradas se cruzaron, desde el instante en que la vi por primera vez, aunque en ese momento, ni tan siquiera lo supiese. Una punzada de dolor me atravesó, como si me hubiesen dado una puñalada. Por supuesto que mi misión era protegerla.

—Nena, no voy a disculparme por querer protegerte —sentenció. ¿Tan difícil era de entender?

—No me llames «nena». Creo que, si no lo comprendes, esto no va a ninguna parte. Lo siento, pero me marchó.

—¿Dónde vas? ¿Cómo que te marchas? —pregunté incrédulo.

—De momento, regreso al hotel. He venido para recoger mis cosas. — Dio dos pasos y volvió a pararse—. Necesito espacio. Me estoy asfixiando. Creo que es mejor que vuelva a Nueva York, resuelva allí todo y solicitar el traslado. De momento, he pedido una excedencia. El señor Bellatox no ha puesto ningún impedimento.

—¡No me puedes dejar solo por querer protegerte! ¡Es una locura! — exclamé desesperado. Esto no podía estar ocurriendo. Comencé a dar vueltas por el cuarto de baño, desesperado. No me podía creer que me abandonase por intentar que no la matasen. ¡Era un puto disparate!—. ¡No voy a permitir que te marches a Nueva York sola para que intenten matarte de nuevo! —grité, pero ya no la veía. Se había marchado por el pasillo.

Salí rumbo al dormitorio. A nuestro dormitorio. Ese que había sido testigo de nuestras noches de amor, de despertar enredados en el cuerpo del otro, de amarnos hasta saciarnos. Por primera vez en mucho tiempo, las lágrimas querían salir, pero no podían. Estaba dolido y la vez enfadado por no hacerla entrar en razón. Necesitaba desesperadamente que lo comprendiera y se quedara a mi lado. Necesitaba que no se marchase. Llegué al dormitorio casi a trompicones.

Christine recogía su ropa del armario, tirándola en la maleta de la mala forma. No podía ver su hermoso rostro.

—Christine, mírame.

Negó con la cabeza y siguió recogiendo todo, con prisas, sin cuidado.

—Christine, por favor, mírame. —Mi voz salió como en una súplica. Negó de nuevo.

Necesitaba que me mirase a los ojos, que volviésemos a conectar nuestras miradas y viese en la mía todo lo que sentía por ella, el amor tan profundo que le profesaba. Necesitaba que viese en ellos la desesperación y el dolor que me causaban sus palabras, que recapacitase.

Pero se negó. No me miró en ningún momento. No pude crear esa conexión tan especial que había entre nosotros cuando nuestros ojos se anclaban en el otro. No pude decirle lo mucho que la amaba. Tampoco pude decirle lo mucho que lo sentía, porque las malditas palabras se quedaban atascadas en mi garganta.

La vi cerrar la maleta mientras intentaba repetirle que me mirase. Intenté impedir que saliera del dormitorio, de nuestro dormitorio, pero estaba tan paralizado que mis piernas se negaron a moverse.

Fui testigo de cómo volvió a entrar en el cuarto de baño. Escuché cómo recogía sus enseres personales, cómo se le caían los frascos al suelo, cómo intentaba recogerlos a toda prisa. Oí cómo se caía un frasco de cristal al suelo y se rompía en mil pedazos, como estaba sucediendo en ese instante con mi corazón.

Así me sentía. Roto. Destrozado. Incapaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Los zapatos de Christine volvieron a resonar en el silencio de la casa. Alto, claro. Esta vez, alejándose de mí. Para, finalmente, ser testigo indirecto del sonido de la puerta al cerrarse. Una puerta que significaba el final de nuestra historia.

Desesperado.

Incapaz de moverme del sitio en el que estaba. De ese pasillo donde la había llevado en brazos en el viaje más placentero. El dolor del pecho se intensificó. No podía respirar. Mi garganta se negaba a que saliese el grito que tenía atragantado.

Paralizado.

Así me encontraba y así permanecí durante no sé cuánto tiempo. El tiempo es una medida jodida. Pasa lento o rápido a su antojo. Horas pueden parecer minutos, y los minutos, horas.

No podía pensar. La cabeza me estallaba. El corazón me iba a mil. No conseguía hacer nada. Como pude, me apoyé en la pared y me dejé caer hasta el suelo, en un vano intento de poner mis ideas en orden. La respiración se

aceleró y fui testigo del instante en que mi corazón se paró y volvió a latir frenético, ansioso, desesperado.

Grité.

Dejé salir la rabia y el dolor que había estado conteniendo hasta ese instante. Grité con la desesperada esperanza de que me escuchase. Grité su nombre mil veces, hasta que la garganta me dolió y su nombre se quedó clavado en ella.

El dolor dio paso a la rabia, a la desesperación. El enfado se apoderó de cada molécula de mi ser. Me levanté como un resorte y comencé a dar vueltas por la casa. No sabía adónde ir ni qué hacer.

Cada estancia, cada lugar, cada rincón me recordaba a ella. Desesperado, angustiado, rabioso, enfadado, dolido...

El olor de su perfume inundaba la casa. Se había roto el frasco y derramado su puto olor que penetraba con fuerza en mi ser, recordándome una y otra vez que ya no estaba.

Salí al jardín a fumarme un cigarrillo. Debía tranquilizarme. Vi la mesa que con tanto esmero había preparado para ella y todos los sentimientos resurgieron con una fuerza atroz. Desesperado me fui hacia ella y, de un fuerte manotazo, tiré todo al suelo.

Oí, en la lejanía, los mil pedazos en los que estallaron la porcelana, las copas y los botellines de cerveza. Todo, como mi corazón, se había hecho añicos.

Capítulo diecisiete



Christine

Hacía una semana que había regresado a casa de mi padre. Siete días desde que corté toda relación con Julio. Pensé que, con el tiempo, el dolor sordo que permanecía en mi pecho se haría más llevadero, pero la verdad era otra muy diferente. Apenas lograba respirar con normalidad. Los recuerdos se aglutinaban en mi mente, pasando una y otra vez a modo de película en bucle.

La espiral de autodestrucción en la que entré no permitía que viese más allá de mi dolor. Apenas salía de mi antiguo dormitorio, pero era peor, porque allí permanecían los mejores recuerdos con Sweet. Mi Sweet. En esa casa asumí su ausencia y se hizo realidad que mi perrita ya no vendría a buscarme para que la acariciara. ¡Cómo le gustaba que le rascara la barriguita! Una lágrima rodó por mi rostro. Mi pequeña viviría para siempre en mi maltrecho corazón.

Si escapar de Las Vegas pensé que era la mejor de las ideas, me equivoqué de pleno. Mi padre se desvivió por mí, como siempre. Procuró que no me faltase de nada. Se aseguró de que Betty me proveyera de todo lo que necesitaba sin tener que salir. Puso a sus dos mejores guardaespaldas en la puerta de nuestro hogar. Lo único que no hizo fue acercarse a mí y darme un abrazo, una palabra de aliento o permanecer, aunque fuese en silencio, a mi lado.

Me pasaba el día vagando por la gran mansión sin nada que hacer, tan solo con la presencia constante de mis recuerdos, esos que me dañaban en lo más profundo de mi corazón. Rememoraba los momentos junto a Julio, pero también con Sweet. Demasiados para mi dolorida alma.

Cuando salía al jardín era peor. Así que regresaba a mi dormitorio y me encerraba en él. Sentía que estaba en una cárcel, con grandes cristaleras y mucho lujo.

Julio había dejado de insistir. Los primeros días, tuve que apagar el dichoso móvil, por las continuas llamadas y mensajes. En ese momento, el silencio me abrumaba. ¿Tan poco le importaba que solo insistió durante una semana? ¿Tan pronto me había olvidado? ¡Qué tonta había sido! Aunque, en el fondo, era una egoísta; fui yo la que lo abandoné. Fui yo la que corrió como una cobarde y quería que él viniese a mí, después de no coger sus llamadas. Sabía que estaría preocupado, aun así, no fui capaz de responderle, ni de enviarle un dichoso mensaje.

Me reconcomía haber borrado los audios. Ahora podría escuchar su voz en cualquier momento. Y eso me mataba. En más de una ocasión cogí el móvil para llamarlo, en cambio, me fue imposible. Solo era marcar un número y volver a escuchar su voz, pero algo me paralizaba. Mi orgullo podía más.

Betty acudía a mi dormitorio con bastante frecuencia, me traía las comidas, intentaba hablar conmigo, animarme, pero nada de lo que me dijera me consolaba. Intenté salir a correr y los dos gorilas me lo impidieron por orden directa de mi señor padre; ese que no había tenido las santas narices de decírmelo a la cara porque no tenía tiempo que perder con su única hija. Demasiado ocupado con sus negocios. No sabía de qué me extrañaba porque, en realidad, mi infancia fue así.

Eli no había regresado del viaje. Y mis otras dos amigas, estaban tan ocupadas con sus respectivos trabajos que apenas tenían tiempo para venir a tomar un café. Me llamaban a diario, me mandaban mensajes, se preocupaban, pero, como todo en mi vida, en la distancia.

Durante esos días apenas probé bocado y unos feos surcos negros, que no parecían tener planes de marcharse, se instalaron bajo mis ojos. Tampoco me cuidaba mucho. Una ducha rápida y ni tan siquiera me hidrataba. No tenía ganas de nada. De vez en cuando, salía a la piscina a nadar, pero me cansaba enseguida. Ni leía, ni veía la tele, tan solo vagaba.

Ese día mi padre llegó demasiado temprano. Estaba pletórico. Se acercó a mi dormitorio y me rogó que bajase a cenar con él.

—Papá, de verdad, no me apetece cenar. Dile a Betty que me suba un sándwich. O una sopa. Con eso tengo suficiente —imploré a mi padre.

—Christine, cielo, no puedes seguir así. Estoy preocupado por ti. Baja a cenar conmigo, come en el salón lo que prefieras, pero no puedes estar todo el día encerrada en el dormitorio —me dijo con excesiva suavidad. Mi padre no era demasiado dado a las muestras de cariño, y su cambio de actitud me

puso en alerta.

—Papá, estoy bien. Un poco aburrida, pero eso es todo. No quieres que salga a la calle sola, siempre debo llevar a esos gorilas como si fueran mi sombra y, para eso, prefiero estar encerrada. ¿No comprendes que no puedo salir ni tan siquiera para tomar un café con mis amigas? Estoy cansada. Agotada de todo esto —expliqué de la mejor manera que pude.

—Cielo, mis mejores hombres intentan solucionarlo. Izan y Jayden continúan allí, averiguando lo que ocurre. No me culpes por querer proteger a la única persona en este mundo que me importa.

—No te culpo de ello. Pero todos me tratáis como si fuese de cristal, y no es así. Acepté tu sugerencia de la excedencia solo por sentirme aquí un poco más libre y, al llegar, lo único que me encuentro es una cárcel. ¡Me asfixio! ¿Es tan complicado entenderlo? —exclamé, alzando la voz.

—¿Quieres salir? Te propongo un plan. Mañana tengo que asistir a una gala benéfica. Una cena y un poco de baile. Sabes que no soy asiduo a ese tipo de eventos, pero a este no tengo más remedio que asistir. ¿Te apetece ir con tu viejo padre y ser su acompañante?

—No, papá, no me apetece —negué con rotundidad.

Mi padre salió del dormitorio con desilusión. Hacía mucho tiempo que no asistía a ningún evento con él. Cuando cumplí la mayoría de edad, durante dos o tres años, acudía a las galas de su brazo. Me hacía ilusión la atención que me mostraba en ellos, hasta que me di cuenta de que todo era una fachada. En el momento en que nos quedábamos a solas, volvía su frialdad. Nunca dudé que mi padre no me quisiera, solo que, con la muerte de mamá, cambió tanto y se refugió de tal manera en su trabajo que olvidó que tenía una niña pequeña que lo necesitaba.

En esos días recuperé mi documentación, tarjetas de crédito, carné de conducir. Con la ayuda de mi padre, lo tuve todo en poco tiempo. Decidí complacer a mi padre y bajar a cenar, aunque era lo último que me apetecía. Betty se desvivió por traerme de cenar una sopa de verduras, una de mis preferidas. La cena, como siempre, transcurrió en el más absoluto silencio. No entendía para qué quería que cenase con él, si después no iba a abrir la boca. Cuando terminamos me volvió a proponer lo de la gala benéfica. Sabía que no se daría por vencido y acepté, más por cansancio que porque me apeteciera.

Al día siguiente, una chica de alguna *boutique* apareció por casa con una enorme colección de vestidos de noche. En cualquier otro momento me

habría enfadado, pero era tal mi apatía que incluso llegué a agradecer ese gesto.

Sin muchas ganas, escogí el primero que me mostró. No me importaba en absoluto mi aspecto. Había algo que no me cuadraba en todo esto. No quería que saliese de casa sola, me tenía casi en un encierro, pero no le importaba que me mostrara frente a los focos de toda la prensa que estaba en ese tipo de eventos. Tan solo con pensarlo, se erizaba mi piel. Tenía pánico a que me pudiesen localizar. Eso era lo que consiguieron, tanto Julio como mi padre. No tenía tanto miedo a salir a la calle como a exponerme en un evento de esta índole donde mi foto saldría, casi con total seguridad, en todos los medios. Después de que la chica se marchase, me dediqué el resto del día a mimar mi cuerpo. Desde el incendio, apenas lo había hidratado.

Mi mente traicionera viajó a los días que estuve allí con Julio, recordando los paseos por la playa, los besos, la pasión contenida. Las lágrimas, mi habitual compañía, volvieron a hacer de las suyas. Como un robot, me arreglé para el evento y esperé a que mi padre viniese a recogerme.

A última hora, llegó a casa, ya preparado. Salimos en la limusina, seguidos por tres coches con guardaespaldas. Mi padre se tomaba la seguridad muy en serio, pero lo veía excesivo. Me preocupaba más que me fotografiasen y que mi cara apareciese en todos los medios. Era una forma de gritar a los cuatro vientos dónde me encontraba.

Todo lo que había luchado contra Julio no había servido de nada. Lo había perdido por tener una libertad que ahora me veía privada de ella. Había sido la peor decisión de mi vida. Cada vez lo tenía más claro. Por no ser capaz de cogerle el teléfono, había perdido una oportunidad con la única persona que había amado.

Durante todo el silencioso camino, mi mente era un hervidero de ideas inconexas. Miraba, distraída, las desiertas calles de Nueva York, el devenir de los pocos transeúntes y de los coches que nos cruzábamos. Mi padre iba bebiendo una copa de champán mientras hablaba por teléfono en una conversación a la que no prestaba atención. Cuando posamos para la prensa, la sonrisa artificial, esa que no llegaban a mis ojos, hizo presencia casi por inercia. Estaba acostumbrada a ponerme la máscara de indiferencia ante situaciones que se salían de mi control. Y esa era la peor de todas las vividas hasta ese momento.

Aparecimos ante los periodistas en el *photocall* de la entrada. Los

flashes de las cámaras me deslumbraban, aun así, la falsa sonrisa de acompañante florero se había instalado en mi rostro. Cuando entramos, nos llevó un buen rato llegar hasta nuestros asientos de la cena. Todos querían hablar con papá, salir en la foto. Saludaba con leves movimientos de la cabeza y terminé la velada con la misma copa con la que empecé. Una noche que pasó en una nebulosa.

En el trayecto de regreso a casa mi padre parloteaba sin cesar, recriminando mi actitud distraída y desgana. No estaba para nada. Por suerte, llegamos a casa y pude acostarme a descansar. Ni tan siquiera me desmaquillé. El cansancio era tal que la desgana me superaba. Como todas las noches, me quedé dormida, dejando correr libres las lágrimas por mis mejillas.

Cuando estuve preparada para afrontar un nuevo día, me fui a la ducha, dejando que el agua corriese por el cuerpo para destensar mis músculos. Durante más tiempo del necesario, permanecí allí, inmóvil, en un estado casi catatónico.

Definitivamente, huir de Las Vegas había sido peor. No solo continuaba presa en mi propio hogar, sino que había perdido el amor de Julio. Un amor puro y verdadero, pero con una pasión desbordante que nos llevaba al límite, a disfrutar del cuerpo de nuestro amante con anhelo y lujuria. Y a desesperarnos por la ausencia de la otra persona; la persona que me complementaba y me comprendía. Que me sostuvo en un momento crucial, aun sin tener la más remota idea de lo que hacía. Comprendí que había sido injusta con él. Y esa idea me frustró.

Debía hacer algo que expiara mi culpa. Mi cabezonería me llevó a actuar de una manera precipitada, dejándome llevar por lo que sentía en ese instante, sin pararme a pensar en las consecuencias que traerían mis actos. Siempre había meditado todo antes de actuar. Y, en ese preciso instante, lo hice con la persona que menos se lo merecía. Se ganó mi corazón con hechos, no con palabras que se las podía llevar el viento. Con pequeños detalles que aliviaban mi peso y lo compartía con él, aunque ni tan siquiera lo supiese en ese momento.

Salí de la larga ducha. Me costó trabajo secarme y vestirme. Sentía la tensión baja, fruto de los días que llevaba sin probar bocado y de la larga ducha con el agua demasiado caliente. El empañado espejo me ofreció una

imagen vaga y distorsionada de mi rostro, pero lo suficiente nítida para saber que los surcos ennegrecidos continuaban debajo de mis ojos, más marcados que nunca. Pero no tenía ganas de hacer el esfuerzo de solucionarlo.

Arrastrando los pies, llegué hasta la cocina. El olor del café casi logra reactivarme. Betty me preparó, en silencio, una humeante taza y la puso ante mí.

—¿Qué vas a hacer hoy, mi niña? —preguntó con su cariño habitual.

—Lo mismo que todos los días —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿Te preparo unas tostadas? Tienes mala cara —dijo mientras acariciaba mi cabello, como hacía cuando era una niña.

Afirmé en silencio y ella se puso rápida a prepararlas. El olor de las tostadas, la mantequilla y la mermelada me trasladaron a los desayunos con Julio. Su manera de mimarme, trayendo la bandeja a la cama, el destrozo que hicimos aquel día y las risas compartidas.

Definitivamente, debía hacer algo. No podía continuar de aquella manera. Muerta en vida. Así era como me sentía, aturdida, sin control alguno sobre mi vida, dejando correr el tiempo sin hacer nada por impedirlo, perdiendo por el camino los pequeños detalles que son los que, en definitiva, nos hacen felices.

Con estos pensamientos rondando en mi mente, mordisqueé la tostada. Estaba tan absorta rememorando ese día que, sin darme cuenta, me la había comido por completo, sacando una sonrisa de satisfacción a Betty. Tan buena y prudente como siempre, se acercó para sentarse a mi lado.

—¿Qué es lo que tiene a mi niña de esta forma tan apagadita? —preguntó con su voz aterciopelada—. No me digas que es el tema de estar encerrada porque no me lo creo. Te conozco desde que naciste. Recuerda que a mí no me engañas —dijo, mientras cogía una tostada y la untaba con mermelada.

—Todo es un lío. He cometido un gran error —dije escueta.

—Siempre hay tiempo para solucionar lo que sea que hayas hecho. Sé que tienes buen corazón, pero a veces tu cabezonería puede contigo. No dejes que piense por ti.

—No estoy segura de que esto se pueda solucionar. Además, papá no me deja ni respirar. ¡Ya ves cómo me tiene desde que he llegado! ¡Estoy encerrada todo el día!

—Eres tan cabezota como tu padre. Sé que, en lo más profundo de su

ser, te ama. Esta es la forma que tiene de demostrarlo, aunque no sea la más correcta. Eres la persona que más quiere, su única hija. Es lógico que quiera protegerte a toda costa. Pero, en el fondo, las dos sabemos que no estás así por eso. Ni tampoco por Sweet. Aunque todo se complique. Dime, ¿quién es él?

Mi *nani*, tan suspicaz como siempre. Cuando era una niña, siempre me pillaba las mentiras; o cuando quería hacer algo y papá no me dejaba; cuando me rebelaba, siempre era ella la que estaba ahí, la que ejercía de madre, aun sin serlo. Me conocía, incluso, mejor de lo que yo lo hacía.

—Se llama Julio. Es el experto en seguridad informática que Eli me recomendó cuando comenzó todo este embrollo. Es guapo, divertido, atento. Una persona maravillosa que siempre está a mi lado cuando lo necesito, sin preguntas. Me ha dado siempre el espacio que pedía. Y ha esperado con paciencia a que estuviera preparada.

—Parece un buen hombre

—Lo es. Y yo lo he fastidiado. Me preparaba comidas caseras. Es español y sabe hacer unas tortillas de patatas buenísimas. Sabe cocinar de maravilla.

—Y a ti te ha conquistado por el estómago —ratificó, y ambas estallamos en una carcajada. La primera en muchos días. Sabíamos que me encantaba comer y disfrutaba con ello.

—También es muy sexi ver a un hombre en la cocina, preparándote la comida.

—Me parece más sexi cuando la recoge y la deja impoluta mientras estoy sentada en el sofá. Y si luego me trae el café, no lo suelto en la vida. — Volvimos a reír. Hacía mucho tiempo que no teníamos estas conversaciones que, antaño, eran bastante frecuentes.

—Eso también. Y si luego te regala un orgasmo, ya ni te cuento.

—A mi edad, si encima me regalan uno de esos, es que se ha obrado el milagro. ¡Ya no necesito ni que me recoja la cocina!

Volvimos reír. Eran carcajadas bienvenidas después de una semana de mierda. Justo lo que necesitaba para terminar de aclararme las ideas.

—¿Qué puedo hacer? No quiero perderlo, pero me da la impresión de que he metido la pata hasta el fondo. Él siempre ha sido muy paciente conmigo. Incluso cuando me marché, continuó llamándome. Ahora ya no lo hace. Parece que se ha olvidado de mí. ¿Es posible que lo haga en tan poco tiempo?

—No lo conozco, mi niña, pero por lo que me cuentas de él, siempre ha sido capaz de darte tu espacio. ¿Por qué no piensas que en lugar de olvidarse de ti está haciendo eso, dejarte recapacitar, darte el tiempo que necesitas para que asimiles todo? Tú nunca te has dado por vencida. Siempre has luchado por tus sueños, como cuando tu padre quería que trabajases para su empresa, y tú peleaste con uñas y dientes por tu independencia.

—Creo que por primera vez en mi vida estoy bloqueada. No sé qué hacer. Por un lado, no quiero perderlo, pero por otro... me da un miedo atroz volver y encontrarme con su negativa. Estoy aterrada por todo lo que está sucediendo allí, las amenazas, el tener que salir huyendo, el incendio, la muerte de Sweet... Creo que es demasiado para asimilar y me tiene paralizada.

—Todo lo que dices es normal, hija. —Me tranquilizó con una suave caricia en mi cabello. Me trataba como una niña pequeña, como una criatura a la que cuidar y mimar—. Pero debes mirar en tu interior y sacar a esa pequeña luchadora que llevas dentro. ¿Te asusta su rechazo? Si no lo intentas, nunca sabrás si lo hará. Y, con el tiempo, te arrepentirás de no haberlo hecho. Porque en esta vida, solo lamentamos aquellas cosas que no hemos luchado hasta el último aliento. ¿Te asusta morir, las amenazas? Por supuesto. Es un miedo intrínseco en el hombre. Todos tememos morir. Pero ¿sabes?, es algo relacionado con la vida. Sin ella, no hay muerte. Solo si no vivimos, no nos asusta morir. Si solo te dedicas a ver pasar la vida, no la vives realmente. Tememos perder aquello que amamos, los pequeños momentos en los que disfrutamos con nuestros seres queridos; los pequeños detalles, como disfrutar de un helado en una tarde calurosa o una buena comida junto a esa persona especial. Son aquellas pequeñas cosas que nos regalan las que hacen que merezca la pena vivir.

Me quedé pensativa ante su discurso. Realmente había sido muy feliz con Julio, disfrutando de pequeños detalles. Almuerzos de comida rápida, que nos supieron a gloria, sin lujos; los días que pasamos en Los Ángeles, donde apenas tenía ni ropa, fueron los mejores; los recuerdos de disfrutar de un simple paseo por la playa, con nuestros dedos entrelazados y los pies mojados por el agua del mar, siempre permanecerán en mi memoria.

Nunca necesité de grandes lujos, a pesar de que mi padre se empeñara. Nací y crecí entre algodones, con personal que se encargaban de mí hasta en el más mínimo detalle, pero siempre me faltó lo más importante; un beso cuando

mi padre llegaba de trabajar, un abrazo por navidades o que viniese a ver las funciones del colegio y aplaudiera como si yo fuese una gran estrella.

No sabía qué hacer. Estaba tan bloqueada que no se me ocurría ninguna idea. Pero por primera vez, en toda la semana, había despertado del estado catatónico en el que me encontraba. La angustia que sentía en el pecho aflojó su agarre un poco, lo suficiente para que mi mente comenzara a dar vueltas, ideando la forma de salir de allí.

Lo primero que debía resolver era mi situación con Julio. Más adelante, me preocuparía por el resto. Además, las cosas en el hotel podrían haber cambiado mucho en una semana. Estuve desconectada de todo lo que sucedía allí. No le cogí el teléfono a nadie, y en ese momento me arrepentí de todo lo que había hecho. Me avergoncé por mi actitud de niña mimada que huía de los problemas a la primera de cambio.

Cuando llegué a mi dormitorio, después de desayunar, di varias vueltas barajando las posibilidades. Podía llamarlo, pero no quería hablar con él sin mirarlo a los ojos y viese en los míos todo lo que sentía por él. Eso me dio las energías suficientes para tomar la decisión.

Me conecté a internet y busqué vuelos a Las Vegas. Sabía que esto supondría una batalla con mi padre, que no permitiría que regresase poniendo mi vida en peligro una vez más. Pero más adelante, pensaría cómo convencerlo. En ese instante solo me importaba regresar y recuperar a mi amor. Tan solo esperaba que no fuese demasiado tarde. Con el billete del vuelo comprado para el día siguiente y el cosquilleo usual por no saber qué deparará el futuro, hice las maletas una vez más.

Ya que tenía claro lo que iba a hacer, me quedaba un largo día por delante. Nada de lo que había metido me convencía para llevarlo puesto justo en el momento de encarar a Julio. No quería presentarme delante de él con ropas caras, ni con los vestidos que utilizaba para ir trabajar. Quería mostrarme tal y como él me conocía, sin tapujos ni maquillajes. Me miré al espejo que me devolvió la imagen de la novia cadáver. No estaba en mi mejor momento. Necesitaba hidratar mi piel con urgencia y que desapareciera los rastros del llanto; de esos surcos negros que habían sido mi compañía en los últimos días.

Necesitaba relajarme y decidí que usaría los lujos que mi padre se empeñaba en ofrecerme. Llamé al *spa* al que solía acudir cuando vivía aquí para concertar una cita para ese mismo día; uno de esos lujosos lugares donde

ofrecían todos los tratamientos de belleza que pudieras imaginar.

Entré en el establecimiento con los dos guardaespaldas pegados a mis talones. Todos me conocían y siempre trataba con las mismas chicas. Durante horas, me dedicaron todo tipo de tratamientos que hicieron que mi piel resplandeciera y estuviera lo más suave y sensual posible. Sonreí cuando pensé en la reacción que tendría Julio cuando paseara sus manos por mi cuerpo, cuando aspirase mi aroma. Rememoré el suyo como si lo tuviera delante. Me envolvió y erizó toda mi piel, hipersensible en ese momento por todos los tratamientos. Salí del local con mejor color, las energías renovadas y con más seguridad de la que entré. No era todo eso lo que me había cambiado, sino la certeza de saber lo que tenía que hacer y dedicar un rato a mimarme. Para que alguien te quiera, debes comenzar por amarte a ti misma.

Entré en el coche y le di la dirección de una tiendecita de ropa que conocía por Eli, situada en Manhattan, en el barrio del SoHo; un barrio que en el siglo pasado se caracterizaba por ser bohemio y estar plagado de artistas y jóvenes. Aunque con el tiempo se transformó, aún quedaban algunas tiendas de las antiguas. Y a la que iba era una de ellas, especializada en ropas desenfadadas y divertidas con un estilo bohemio y un tanto *hippie*.

Entré y comencé a mirarlo todo con la ilusión de una niña pequeña. Me encantaba lo que veía, hasta el encanto que rezumaba la tienda en sí. Faldas largas, vaqueros rotos, todo tipo de leggings, sandalias, pantalones multicolores, bisutería hecha a mano y lo que iba buscando: camisetas con mensajes. Aún no tenía claro qué quería y comencé a pasarlas todas.

—¿Ve alguna que le guste? —preguntó la chica que estaba detrás del mostrador.

—Me gustan todas, aunque vengo buscando algo especial, un mensaje divertido para una persona especial.

—Si no encuentras lo que buscas, podemos hacértela personalizada. No tendríamos ningún problema.

—La necesitaría para mañana. Me voy de viaje y me la quiero llevar —le expliqué, encogiéndome de hombros.

—No habría problemas. ¿Qué deseas que ponga en la camiseta? —Me ofreció un papel y un bolígrafo para que lo anotase.

—¿Se podría elegir también el dibujo? —pregunté esperanzada.

—¡Claro, por supuesto! Se puede escoger el color, la talla, el dibujo y el mensaje. Son únicas.

Pensé durante un rato. Cuando lo tuve claro, escribí en el papel lo que quería de manera rápida. Me ofreció un *book* con fotografías y elegí una. Sonreí porque estaba segura de que iba a comprender el significado. Me llevé varios vaqueros, otras camisetas y varias faldas. Me fijé en unas sandalias planas que me habían llamado la atención y también las puse encima del mostrador. Con todas mis compras ya preparadas, las pagué y quedé con la chica para recogerlas al día siguiente.

El día pasó con mayor lentitud de la habitual. Los minutos parecían horas, y las horas, días. Esperaba con ansias y temor la llegada de mi padre. Aunque era una mujer adulta e independiente, debía convencerlo para que se quedase tranquilo y volar a Las Vegas. A pesar de todo, era un buen hombre, pero demasiado protector y más cabezota que yo.

Llegó tarde como era su costumbre. Trabajaba demasiado. Su aspecto desaliñado, mostraba el cansancio y agotamiento del día. No debía ser fácil dirigir una cadena de hoteles a nivel mundial. Aunque los suyos eran más modestos que el Bellalux, también se incluían en el *ranking* de los hoteles más importantes.

—Papá, me gustaría hablar contigo —dije una vez entró en el salón y había soltado su maletín.

—Por supuesto, dime —me contestó. Le preparé una copa de *whisky* mientras buscaba las palabras más adecuadas para decírselo sin que pusiera el grito en el cielo. Se la tendí y lo miré a los ojos.

—Durante el tiempo que estuve en Las Vegas comencé una relación con un chico...

—Julio Díaz —me cortó

—Sí, ¿cómo lo sabes? —pregunté. Mi padre me miró y levantó una ceja. Por su gesto deduje que había sido a través de Izan y Jayden.

—Hija, aunque no lo creas, te quiero con locura. Eres mi pequeña y todo lo que hagas me preocupa. Izan y Jayden no fueron para espiarte, sino para protegerte. Cuando supimos de la existencia de ese chico, lo mandé a investigar. Debía asegurarme de que no tenía ninguna conexión con todo lo que sucedía. Ninguno me dijo que mantenías una relación con él, pero no hay que ser muy listo para darse cuenta.

—¡Papá! ¡No tienes derecho a inmiscuirte así en mi vida! ¿No lo entiendes? Ya soy mayor, no una niña pequeña. Estas cosas que haces son... son controladoras. ¡Me asfixian! No me hablas, pero sí mandas a

guardaespaldas para que me controlen. A veces, no entiendo tu actitud.

—Eres mi única hija y me preocupo por ti, aunque no lo parezca. Siempre haré todo lo posible para que seas feliz y pondré todo mi empeño en protegerte y que no te ocurra nada. Y ahora, cuéntame, ¿qué ha pasado con ese chico?

Suspiré con desgana. No iba a sacar nada en claro y no quería discutir más con él respecto a su «control» sobre mí.

—La cuestión es que tuvimos una bronca. Todo lo que estaba sucediendo me sobrepasó... Terminé con él y regresé de la peor manera —expliqué. No sabía cómo continuar. Respiré hondo y decidí decírselo sin preámbulos. Como decía Julio, debía coger el toro por los cuernos. Sonreí al recordar esa frase tan suya—. Voy a regresar. He comprado el billete a Las Vegas. Me marcho mañana.

Mi padre se quedó en silencio durante unos largos segundos. Nunca decía nada sin sopesarlo todo. Su penetrante mirada me ponía nerviosa. Me recordaba a los días de mi infancia cuando le pedía quedarme más tarde o le entregaba las notas.

—No. Solo deseo que seas feliz, Christine, y me preocupa que alguien esté amenazándote. No me quedo tranquilo...

—Me voy a ir de igual modo, papá. No tienes derecho a pedirme o exigirme que haga nada. Siempre he sido muy independiente. No estaba pidiendo tu permiso, solo te informaba de que mañana me marcho. —Me levanté porque no estaba dispuesta a discutir. Había tomado una decisión; me marchaba, aunque él no lo aprobase. Me cogió del brazo.

—Espero que comprendas lo que voy a pedirte. Me gustaría que John te acompañe en el viaje. Sé que vas a estar protegida; allí estarán todos los amigos de Julio, exoficiales del ejército, y también Izan, Jayden y, por supuesto, Julio. Pero me preocupa el viaje. —Asentí en señal de aprobación. Me pareció lógico lo que me pedía, aunque no estuviese de acuerdo. Al menos, había conseguido que no se opusiera a mi marcha—. Pero también te pido que sigas sus recomendaciones y no te expongas más de lo debido.

—Te lo prometo.

Dicho eso, me abalancé sobre él y le di un fuerte abrazo; uno que me supo a gloria y que necesitaba con urgencia. Aproveché ese momento para mantenerlo en mi memoria.

Apenas pude pegar ojo en toda la noche, dándole mil vueltas a todo.

Esperaba que no fuese tarde y me perdonase. Sabía que había metido la pata, pero reconocía mi error y estaba dispuesta a subsanarlo. En cuanto la luz comenzó a entrar por las ventanas, me levanté dispuesta a terminar de ultimar todo y marcharme a Las Vegas para reencontrarme con mi amor.

Lo preparé todo con premura. No podía negar que estaba nerviosa y, en ese estado, me daba por comer más de lo habitual. Bajé a la cocina y Betty había horneado una tarta de manzana como regalo de despedida. Me supo deliciosa, pero también tenía un sabor agridulce, ya que suponía una nueva separación. Después de charlar durante unos minutos y desayunar fuerte, fui a la tiendecita del SoHo, acompañada de mis guardaespaldas. Recogí mi camiseta y le agradecí las molestias por tenerla en tan poco tiempo. Tan solo quedaban un par de horas para coger el avión, así que me dirigí al aeropuerto.

Llamé a mi amiga Eli para que me recogiese en Las Vegas. Estuve unos minutos hablando con ella. No deseaba que Julio se enterase de mi llegada, ya que quería darle una sorpresa. Rogaba que no me la llevase yo al no conseguir su perdón. También le pedí que no me contara cómo estaba el tema respecto al hotel. No deseaba que nada empañase ese momento.

La llegada al aeropuerto fue muy diferente a la vez anterior. Los dos señores que iban conmigo no se separaron hasta que Eli y Taylor me recogieron. No sabía cómo ni cuándo iban a regresar, pero tampoco me importaba. Solo tenía una cosa en mente y había regresado con ese objetivo. El resto ya se vería con el tiempo.

Nos fuimos directos a la casa de mis amigos. No podía quedarme en el hotel y, de momento, tampoco en casa de Julio. Al menos, los tendría a ellos si la cosa no salía como esperaba.

—Por fin has recapacitado. Sabía que lo harías. Eres muy cabezota, aunque un pedacito de pan —dijo Eli, una vez instalados en la terraza, tomando un refresco.

—Solo espero que Julio no sea tan cabezota como yo y sea capaz de perdonarme. ¿Cómo está? —pregunté con cautela.

—Insoportable y gruñón. Está jodido, pero nada que no soluciones cuando hagáis las paces —me dijo con una sonrisa pícaro, mientras me guiñaba un ojo. Las dos reímos. Era un alivio hacerlo, aunque hasta que no me reconciliase con Julio, no reiría sinceramente.

—¿Y los demás? —pregunté por precaución. Debía planear el reencuentro con Julio. Hasta ese momento no lo había pensado. No sabía si ir

al hotel o esperar a que saliese de trabajar.

—Están en el hotel. Pero no quieres que te cuente nada, ¿verdad? — preguntó con precaución.

—No. Solo quiero saber a qué hora sale Julio. Estoy un poco nerviosa. No sé si llamarlo y quedar con él en algún restaurante, o presentarme en su puerta y pedirle que me perdone. —Me encogí de hombros, sopesando todas las posibilidades. Quería hacer algo que recordase el resto de sus días, que le hiciese olvidar mi metedura de pata y no dudara al hacerlo.

—Creo que sale de trabajar a las siete, aún te quedan un par de horas para decidirlo.

—Me parece que ya lo sé, pero voy a necesitar vuestra ayuda. —De repente, una idea un tanto loca cruzó por mi mente. Iba a necesitar, sobre todo, la ayuda de Taylor, que era el informático del grupo, para que utilizase sus dotes como parte del plan. Sonreí porque era algo que jamás olvidaría.

—Ya sabes que puedes contar con nosotros para lo que quieras. Tan solo tienes que decir qué necesitas y lo haremos —contestó con una enorme sonrisa en la boca.

Nunca había hecho una cosa así. Esperaba que saliese bien.

—Lo debemos organizar todo para mañana. Hoy va a ser demasiado precipitado, aunque me muera de ganas por verlo. Os pido, por favor, que no se entere de que estoy aquí, o se nos va a fastidiar la sorpresa.

—Por nosotros no hay ningún problema. Ya lo sabes. Peor va a ser Mara. Todos los días cenamos aquí. Y la peque duerme con su tito Julio para animarlo. No es una niña que sepa guardar secretos. ¡Ya sabes cómo se las gasta! —explicó, mientras las dos estallábamos en carcajadas.

—Es una pequeña granuja, aunque es encantadora. Se me ocurre que podéis cenar en cualquier restaurante —sugerí, para que Mara no me viese y ellos continuaran con su rutina.

—No es buena idea. Debemos evitar que nos vean juntos, por eso quedamos aquí. Rebeca y Edward se supone que todavía están de viaje, por lo que se llevan todo el día en casa con la niña. Hoy no han venido porque la han llevado a un parque de bolas para distraerla un poco. Estaba ya demasiado aburrida —explicó mi amiga sin perder la sonrisa de la cara—. Fue sugerencia de Julio.

Mi mente viajó hacia el día que nosotros estuvimos en el parque de atracciones. Había sido demasiado tonta. Estaba perdiéndome muchos

momentos de esos a su lado; no había nada en el mundo que deseara más que pasar el resto de mis días con él. Me dolió en el alma saber que estaba tan jodido como yo, porque había sido la culpable de su estado. Si solo lo hubiera pensado un poco más, nos habríamos ahorrado muchos disgustos. Todo por mi maldita cabezonería.

No quise darle más vueltas al tema. Solo conseguiría enfadarme y entristecerme, y lo que tenía que hacer era enfrentarme a lo que había hecho mal y poner solución. Y que no me viese esa noche la peque para evitar que se fuese de la lengua y fastidiase mi plan de reconquista. Sonreí ante tal pensamiento.

—¿Cómo podemos evitar que vengan esta noche? Porque está claro que no tienen otro sitio donde alojarse. —Mi mente daba mil vueltas buscando una solución.

—No te preocupes. Ahora mismo lo soluciono. Llamo a Taylor, le digo que no me encuentro bien y le pido que esta noche no vengan los chicos. Le diré que se quede aquí Eme; que Rebeca y Edward se queden en casa de Julio, para que haya menos gente. Estoy segura de que Taylor, en cuanto crea que no me encuentro bien, no permitirá que venga nadie.

Las dos estallamos en carcajadas. Cuando nos poníamos en plan maléfica, éramos unas brujas de mucho cuidado. La dejé hablando por teléfono con su marido, mientras subía a mi dormitorio para cambiarme de ropa y pasar el resto de la noche en una velada tranquila.

Al día siguiente quedaba mucho trabajo que organizar y esperaba que todo saliese bien.

Capítulo dieciocho



Eme

Hacía poco más de una semana que Edward había colocado las cámaras en su *suite* y por allí no entró ni la señora de la limpieza. Se suponía que serían unos tres días como máximo, pero la cosa se alargó y, por eso, el ambiente cada vez estaba más caldeado; sobre todo el de Julio, que desde que su chica lo dejó, no había quien le hablase. ¡El muy mamón estaba insoportable! Rebeca comenzaba a cansarse del tema, quería regresar a su casa. La niña se llevaba todo el día con Eli y se aburría mucho. Siempre nos quería acompañar a todos, cosa que no permitíamos por su seguridad.

Todos nuestros movimientos hasta entonces habían sido infructuosos. Nos llevaban a un jodido callejón sin salida. Seguimos al contador de cartas hasta su casa y lo averiguamos todo sobre él. Vivía con su madre enferma.

Era un profesor de matemáticas de la universidad, al que habían despedido hacía unos meses, sin nada que hacer en todo el día, salvo cuidar a su madre. Mucho tiempo libre y un cerebro desperdiciado. Contacté con el FBI y con un amigo del ejército que podría sacar información hasta del cubo de la basura, pero el tipo era de lo más respetable, no tenía ni una puta multa de tráfico. Con toda la información recopilada, un día que estuvo por allí, lo pillé y lo llevé al despacho de Julio. El personal de seguridad del hotel ya lo había hecho con anterioridad, sin obtener ningún resultado. Pero este no sabía mis dotes para los interrogatorios. ¡Iba a cantar como un jodido canario! Entré en el despacho, haciendo crujir mis nudillos. ¡Me encantaba la cara que ponían cuando me veían haciendo ese sencillo gesto!

—Muy bien, señor... —Fingí mirar unos papeles que había encima de la mesa a la espera de que me dijese su nombre. Sabría si iba a hablar o por el contrario se mantendría callado.

—Nikolay Popov, señor. Al igual que he comentado en otra ocasión a sus compañeros, nada de lo que hago es ilegal —explicó de forma tranquila.

—Que yo sepa, hasta el momento, contar cartas es ilegal. Aquí y en Rusia. ¿Estoy en lo cierto? ¿O me he perdido alguna actualización del Código Penal que legalice esa acción? Por favor, ilústreme, señor Popov —dije, mientras cruzaba los brazos, erguía mi postura y ponía cara de enfado. Comenzaba el baile y eso me encantaba. Llevaba unos días sin ir al club y estaba tenso. Para ser sincero, no era ilegal, pero a los casinos no les gustaba que los contadores de cartas anduviesen por allí. Pero jugaba con la ventaja de que él no lo sabía.

—Por supuesto que es ilegal. Por ese motivo yo no lo hago.

—¿Y cómo es posible que siempre gane y pierda la misma cantidad?

—¿Suerte?

—¿Suerte? ¡Y una mierda! —grité al dar un fuerte manotazo en la mesa, provocando que se encogiera. Bien, íbamos por buen camino. Estaba empezando a darse cuenta de que hablaba en serio—. Las casualidades no existen. Así que va a contarme cómo lo hace para que siempre salga el mismo resultado. —Me acerqué a él, pegando mi nariz a la suya, con mis brazos a su lado, en una postura intimidatoria. Quería percibir su miedo y comenzaba a ver cómo la cara le demudaba de color.

—No tienen pruebas.

—Lo tenemos grabado en las cámaras.

—¿Y que tienen grabado? ¿Un hombre que llega, juega, gana, pierde y se marcha? —Estaba comenzando a ponerse chulo. Debía llevarlo a mi terreno de nuevo. Había comprobado que se asustaba con facilidad. Pegué otro manotazo en la mesa. Demasiado fuerte, lastimándome la palma de la mano.

¡Joder! ¡Qué dolor! Se volvió a encoger.

—Tenemos grabado a un cliente que viene un día fijo a la semana, que pierde y gana siempre la misma cantidad de dinero. Creo que será un dato bastante curioso para el FBI. Le encantan este tipo de... comportamientos. ¿Tiene todos los papeles en regla, señor Popov? Porque estoy seguro de que le podrán sacar algo para que lo deporten antes de que se dé cuenta. —Un leve temblor en el labio superior lo delató. Comenzaba a estar nervioso. Decidí atacar por el lado de la madre. Lo sabía, era un cabrón sin escrúpulos, pero en peores plazas había toreado—. Sería una lástima que tu madre se quedase sin esos tratamientos tan caros que requiere para su enfermedad —comenté. En

ese momento, una bombilla se me encendió. ¿Cómo podía costear un tratamiento de ese tipo?—. Me pregunto cómo es posible que lo haga cobrando usted el seguro de desempleo —dije más para mí que esperando una respuesta. El señor Popov cada vez estaba más blanco.

—Tenía ahorros guardados —se apresuró a decir.

Sin decir nada más, salí del despacho con el móvil en la mano, hablando con Taylor. Le pedí que accediera a sus cuentas y volví a entrar. Esperaba una respuesta de mi amigo, que tardaría un rato en hacerlo. En ese momento, entraba Julio por la puerta, que llegaba de almorzar.

Durante un rato, estuvimos charlando, poniéndolo al día de mis sospechas. Mi amigo estaba apagado, intenté gastarle un par de bromas, pero no hubo manera de sacarle ni una sola sonrisa. Estaba claro que enamorarse era una mierda muy grande. Habían caído casi todos los del grupo. Solo quedábamos George y yo. Bueno, y Julio, que de momento volvía a estar sin pareja. Aunque sabía que sería por poco tiempo. En el momento que todo este follón terminara, Julio iría a reconquistarla. Sabía por las conversaciones que habíamos tenido que no lo había hecho por miedo al peligro al que se pudiera enfrentar. Solo esperaba que esto terminase pronto. En ese momento me sonó el teléfono. Taylor.

—Dime —contesté escueto, no estábamos para perder el tiempo.

—¡Bingo, amigo! En sus cuentas hay ingresos todas las semanas, los lunes por la mañana, de trescientos dólares. Proviene de una cuenta en una isla, un paraíso fiscal. Cuentas que no son rastreables y la cantidad no sobrepasa el límite para ser ilegal.

—Gracias. —Iba a cortar la llamada, pero me interrumpió Taylor. ¡Cómo me conocía el cabrón!

—Eli no se encuentra bien. Esa es la versión oficial. La otra es que está aquí Christine. Quiere prepararle una sorpresa mañana a Julio. Necesita que no vengáis por aquí esta noche para que no la vea nadie y ultimar los detalles.

—Está bien, que Rebeca y Edward se queden en casa de Julio con la niña. Esta noche tengo planes. ¿Qué se le ha ocurrido? —pregunté con precaución. Miré a Julio, pero estaba distraído con el móvil. No prestaba atención, como era habitual en la última semana.

—Cualquiera sabe lo que se les puede ocurrir a estas dos locas juntas. —Rio y colgó el teléfono, dejándome una sonrisa en la cara. Tenía la certeza

de que volverían a estar juntos, pero me gustó que fuese ella la que viniera después de todo lo ocurrido.

Entré en el despacho con paso firme y con rostro serio. Debía infundirle miedo. Con esa nueva información comenzaba a aclararse algo. Alguien le pagaba. Pero ¿para qué?

—Señor Popov, tenemos nueva información sobre usted. Sabemos que alguien le paga una cantidad fija todas las semanas. ¿Me lo va a decir por las buenas o tendré que llamar al Departamento de Delitos Financieros? Creo que recibir dinero de una cuenta extranjera sin tener facturas ni nada que lo justifique no está bien visto. A mi parecer, tenemos dos opciones: la primera, usted habla, me cuenta todo respecto a ese dinero, y yo lo dejo en paz. No sé nada y nadie se ha enterado de nada. De ese modo, usted podrá seguir costeando el costoso tratamiento. La segunda opción es que usted no me dice nada, yo descuelgo el teléfono, hablo, y mañana, su querida mamá estará en un avión rumbo a Rusia, sin terminar el tratamiento. ¿Qué me dice?

Supe el instante en que comenzaría a hablar. Me encantaba este trabajo. Podía ser un cabrón sin remordimientos. Siempre que me encargaba de algo así, el índice de éxito era brutal.

—No sé quién me paga. —El pobre hombre comenzó a temblar—. Hace un año, diagnosticaron a mi madre la enfermedad, cáncer. Al principio podía costearlo, tenía un sueldo aceptable y algunos ahorros. Esos ahorros mermaban bastante rápido y el colmo fue cuando me despidieron, por faltar al trabajo más de lo debido para quedarme a cuidarla. Ahí desaparecieron. ¡Estaba desesperado! Mi madre aún es joven, tiene sesenta y cinco años. Un día, vine con los pocos ahorros que me quedaban. Desde pequeño se me ha dado bien contar cartas, aunque nunca quise hacerlo en un casino, siempre era algo entre amigos íntimos.

—Y decidió probar suerte. Pero no entiendo por qué lo pierde y después lo gana.

—No vine para contar cartas, sino para despejarme de todo lo que tenía encima y ganar algunos dólares, poca cosa, lo suficiente para poder ir a tomar una copa. Estuve charlando con el crupier, gané veinte dólares y me marché. Al día siguiente, recibí una llamada de un número oculto con una voz que me dio miedo. Me propuso que viniese todas las semanas con la misma cantidad, y que perdiese el dinero y lo volviera a ganar. Ellos, a cambio, me pagarían trescientos dólares semanales.

—Y aceptaste.

—¡Estaba desesperado! ¡Y el dinero me vendría bien para mamá!

—¿Sabe quién es?

—No. Además, no hemos vuelto a hablar desde entonces. Siento, de verdad, no poder ayudarles más, pero es todo lo que sé.

Ví que me decía la verdad, así que decidí dejar que se marchara. Podríamos investigar de dónde salía el dinero y pedir los permisos para averiguar a quién pertenecía. Al menos, era algo. Tenía la seguridad de que le pagaban para distraernos, como una cortina de humo, y que la seguridad del hotel centrara su atención en él, ya que, en los casinos, se tomaban muy en serio esos temas. El hombre se marchó con las piernas temblorosas. Casi sonreí.

—¿Qué hacemos esta noche? —pregunté a Julio. Me apetecía bromear un poco.

—Yo no sé tú, pero yo cenaré en casa de Eli y después me marcharé a descansar. Estoy reventado —dijo con su habitual apatía.

—Pues no va a ser posible. Te vas a tener que hacer la cena, si no te apetece venir con nosotros. —Sonreí enigmático.

—¿Y eso?

—Al parecer, Eli está enferma, y Taylor no va a permitir que nadie la moleste.

—¿Qué le ocurre?

—Nada, seguro que es alguna estratagema de los dos tortolitos para quedarse en casa solos.

Ambos comenzamos a reír, pero Julio continuaba apático.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? Cenaremos y luego nos iremos a tomar algo. Rebeca y Edward no vienen, se quedan en tu casa. Seguro que cuando llegues, tu amiga te tiene preparada una succulenta cena casera. —Bromeé más para hacerlo cambiar de opinión. Julio puso cara de asco y volvimos a reír.

—Estoy seguro. Jugaré un rato con la niña y luego me iré a dormir.

—Te estás convirtiendo en un muermo. Seguro que no duermes nada con los gemidos de esos dos.

—Uf, ni me lo recuerdes. Tengo que poner música en mi dormitorio para que Mara no se entere de nada. Y con eso, la *jodía* de la niña me dice que sus papás están divirtiéndose de nuevo y que ella quiere jugar con ellos.

Ambos estallamos en carcajadas. La niña era todo un elemento que siempre nos sacaba una sonrisa. Era impresionante la verborrea que tenía. Nos despedimos en la puerta del hotel y Julio cogió su coche. En esa semana, se compró un deportivo negro con una franja roja, un Audi de alta gama, que encontró a buen precio de segunda mano. El coche era una maravilla y el ronroneo del motor me tenía fascinado. Pero no había forma de que me lo dejase.

Arranqué mi moto y me fui al club Sacks, donde parecía que estaba abonado en las últimas semanas. Siempre iba con la idea de poder repetir la experiencia con Kimani, pero no había sido posible. Unas veces porque no la encontraba y, cuando lo hacía, ella parecía que se negaba. Tenía claro que esa noche era mi objetivo. Me ponía de mala leche ver que se iba con cualquiera del club mientras me excluía. ¿No le había gustado la experiencia? Sus gemidos me decían lo contrario. Y yo me ponía duro con solo imaginar su piel de ébano; deseaba volver a recorrer su espalda con mis manos y acariciar sus perfectas nalgas. Más me valía pensar en otra cosa.

Llegué al club y me tomé una copa en la barra a la espera de encontrar una *presa* fácil para esa noche. Durante el camino tuve claro que quería pasar la noche con ella, pero al llegar, cambié de opinión. Si no lo deseaba, no era quien para intentar nada.

Oteé la sala y algunas de las caras ya me eran familiares. Asiduos al local que venían en busca de algo de diversión. Divisé a una mujer preciosa que lucía un vestido de noche dorado. Era elegante y sensual. Nuestras miradas se cruzaron. Levanté mi copa y ella imitó mi gesto. Durante un buen rato, estuvimos dedicándonos miradas lujuriosas que dejaban claro nuestras intenciones. Necesitaba que alguien más se uniera a la fiesta.

La invité a una copa de champán, la misma bebida que estaba tomando. Se acercó en señal de agradecimiento y me pidió fuego. Ya tenía plan para esa noche. Aquí era fácil. No se necesitaban charlas banales, ni pedir nombres; ni tan siquiera fingir interés por la otra persona más allá de lo sexual. Una copa, un brindis, una mirada lasciva y te marchabas a las habitaciones para pasar las siguientes horas abandonándote al puro hedonismo.

La sala estaba más abarrotada de lo normal. Había muchas preciosidades donde elegir. Le ofrecí un cigarrillo que aceptó de inmediato. Nos fuimos a la pista a bailar algo que ni tan siquiera recuerdo, alguna canción del tipo que arrimabas mucho la cebolleta, calentando motores. Comencé a

recorrer sus muslos con mis manos hasta llegar a mi objetivo, sus nalgas. Es mi parte favorita de la anatomía de la mujer; unas buenas nalgas donde agarrarme cuando estuviera bamboleando mi polla en su interior. Me volvían loco. Y las de Kimani se llevaban el premio gordo. Eran perfectas, firmes y redondeadas. Una puta locura.

Una chica, que ni tan siquiera miré a la cara, se unió a nuestro baile particular. No era yo quien se quejaría. Ya éramos el número perfecto para comenzar una noche de pasión desenfrenada y locura. Del placer por el placer. Poco a poco me fui dirigiendo hacia la puerta de la sala que daba a las habitaciones. Ellas aceptaron de inmediato y, agarrado a las dos, cada una a un lado, acariciando sus nalgas y besando sus cuellos para comenzar a calentarlas, fuimos recorriendo los pasillos en busca de un lugar donde dejar salir nuestros instintos más primarios.

Abrimos varias puertas antes de llegar. A pesar de venir en muchas ocasiones, aun no controlaba el local. Cuando por fin llegué a mi objetivo, miré el cartelito de la puerta y vi que, aunque no estaba libre, buscaban gente para unirse a ellos. Entramos directamente. La sala era enorme, con jacuzzi, espejos en todas las paredes, incluido el techo, y una barra repleta de bebidas. Nos dirigimos allí para servirnos más copas. Por el espejo vi la cruz de San Andrés que tenía a mi espalda y un hombre, con el torso desnudo y fuertes brazos, prodigaba caricias al cuerpo de su acompañante. Los gemidos de ella gritaban lo mucho que disfrutaba.

No podía ver a la chica, pero me quedé hipnotizado observando la escena. Esos gemidos me estaban poniendo cachondo. *Mis* chicas, esperaban a que les sirviese las copas mientras acariciaban mi erección por encima de los vaqueros. El chico se acercó a su pareja y se agachó para besarla entre sus muslos.

Lo que vi me dejó paralizado. Kimani, amarrada a la cruz, con la cabeza hacia atrás, sus carnosos labios entreabiertos, sus muslos abiertos al placer, sus duros pezones llamaban a gritos reclamando mi atención, sus ojos cerrados... Preciosa. Como un resorte, no pude evitar dar unos pasos hacia ella. Me estaba volviendo un puto loco ver en su piel una ligera pátina de sudor brillante, que me incitaba a recorrerla con la lengua.

Las manos del otro me provocaron enfado. Quise ser yo quien recorriese su cuerpo con las mías, con mi lengua, quien le procurase el placer. El hombre intentó conquistar su boca, pero Kimani giró su rostro justo en ese

momento. Comprendió al instante que no deseaba sus besos, por lo que comenzó a besar su cuello para probar poco a poco cada centímetro de su perfecta piel.

Estaba duro como una piedra. Las otras dos chicas continuaban trabajándome el cuerpo, bajaron el pantalón y me deshice de ellos. Comencé a tocarme frente a esa imagen tan erótica. Una de las chicas bajó a mi polla y se lo impedí. De momento, no estaba dispuesto a que participara nadie más. Estábamos solos los dos. Esto era nuestro, solo nuestro. Seguí recorriéndola con movimientos suaves, sin dejar de mirarla.

Abrió los ojos y sonrió. El hombre seguía arrodillado con la cabeza entre sus redondeados muslos y Kimani se retorció de placer. Di un paso al frente. Quería ver su reacción. Miré a las chicas y estaban entretenidas desnudándose entre ellas. ¡Mejor! Así no tendría que participar, al menos, de momento.

Envalentonado porque no me hubiese parado la primera vez, tal y como ocurrió las veces anteriores, me atreví a dar un par de pasos más. En esta ocasión no podía pararme con la mano, ya que las tenía atadas a la cruz. La simple idea de tener su cuerpo a mi merced provocó que casi me corriese. Dejé de acariciarme para prolongar el momento.

Volví a acercarme y acaricié su cuerpo con mi mirada, mientras ella imitaba mi gesto. Gimió con intensidad cuando el otro hombre metió un dedo en su centro. Un sentimiento de ira inundó mi cuerpo. No quería que la pareja la tocara en ese instante. Era un momento nuestro. Caminé los escasos tres pasos que me quedaban para llegar a ella. Desatado por la locura, pude, por fin, acariciar con mis manos su perfecta piel, arrancándole los mismos gemidos de excitación de la primera vez, aquellos que tanto había recreado en mi mente y me habían puesto cachondo en las situaciones menos propicias.

Durante horas nos dejamos llevar por la pasión, la lujuria y el desenfreno. La bajé de la cruz porque deseaba que agarrase mi cabello como la vez anterior, que clavase sus uñas en mis nalgas y se retorciera de placer bajo de mi cuerpo. No sabía dónde estaban nuestros acompañantes y, para ser sincero, tampoco me importaba. Miré alrededor de la habitación, pero estábamos solos.

Exhaustos, sudorosos y saciados, terminamos en la cama, tomando una copa para refrescar nuestras reseca gargantas, después de haberla hecho mía en todos y cada uno de los espejos, fijando mi mirada en las diferentes

posiciones, viendo su cara a través de ellos cuando llegábamos al brutal orgasmo. Eso sí, sin cruzar ni una sola palabra.

Cuando salí del local, los primeros rayos de sol me deslumbraron. Me puse las gafas de sol, arranqué mi moto y, satisfecho, me fui hacia a casa de Julio para darme una ducha y dormir un par de horas, aunque tendría que hacerlo en el sofá.

No sabía qué me depararía ese día. Tenía que ayudar a Taylor con la reconciliación de los dos tortolitos, y el pensar qué se les había ocurrido a las dos locas me hizo sonreír. Llegué a casa de Julio, entré directo en el cuarto de baño y, muy a mi pesar, me quité los rastros de sudor y fluidos de la noche anterior, desapareciendo con ellos la inconfundible esencia de Kimani. Cuando salí de la ducha me encontré con Julio, tan mustio como en la última semana, preparando una cafetera.

—¿Quieres café? —preguntó con una ceja levantada.

—Más tarde. Ahora mismo necesito dormir un par de horas. Estoy reventado —contesté sin dar más giro a la conversación.

—Intuyo que fue una noche apoteósica —afirmó sin más, cogiendo su taza de café y marchándose hacia el jardín. En la última semana, cuando estaba en casa, siempre se pasaba las horas allí con la mirada perdida.

—Sí. Perfecta —contesté escueto.

Fui al dormitorio, pero la puerta estaba cerrada. No quise molestar a la parejita, por lo que me acosté en el sofá con una toalla en mis caderas. Puse el brazo por encima de mis ojos para evitar que la claridad me molestase y me quedé dormido.

No sabía el tiempo que había pasado, pero la niña saltando a mi alrededor, mientras gritaba y reía, me despertó de golpe. Intenté convencerla para que se durmiera de nuevo conmigo en el sofá y fue imposible. Me levanté y preparé sus cereales mientras hacía café. El día anterior no había bebido demasiado, pero lo suficiente para que la mezcla de alcohol, sexo y la falta de sueño me mantuviesen dormido.

—Podemos gastarles una broma a los papis. ¿Qué te parece si entras en su dormitorio y saltas encima de ellos? Vamos a despertarlos a lo grande. Me parece que ya han dormido mucho —intenté animar a la niña para que se fuera con los padres y dormir un poco más.

—No me dejan entrar en su dormitorio si la puerta está cerrada —dijo

Mara, mientras se cruzaba de brazos. ¡Eran listos los jodidos! Mientras, me comía el marrón de la niña, que era encantadora y me gustaba estar con ella, pero estaba demasiado exhausto, aunque tampoco quería dejarla sola y que la liase. Era una pequeña granuja.

—El tito Eme va a dormir un poquito más. Te pongo una peli y la ves tranquila en el sofá mientras lo hago, ¿te parece? —propuse.

—Vale, pero no duermas mucho porque me da miedito estar sola —dijo, mirándome con carita de pena. ¡Vaya embaucadora era!

—A mí sí que me da miedito —le contesté, mientras me marchaba hacia el cuarto de baño.

Después de no poder dormir casi nada más, lo único que conseguí fue acrecentar el cansancio que llevaba acumulado. Casi arrastrando los pies, llamé a Taylor para saber qué era lo que necesitaban las chicas que hiciéramos para que los dos tortolitos se reconciasen y Julio se sacara el palo que tenía metido en el culo desde que Christine se marchó. Solo dijo que fuéramos al hotel y que no le comentase nada a Julio.

Al llegar, me encontré con Taylor en la puerta, con su portátil en la maleta y una sonrisa del que sabe que va a cometer una travesura. Nos saludamos y entramos, recorriendo los pasillos que tanto trabajo me habían costado aprender. Lo único que sabía de todo el plan era que necesitábamos el despacho de Christine, un lugar donde no íbamos a tener ninguna distracción y nadie nos vería, ya que aún estaba sin ocupar. Me encontraría con Kimani cara a cara después de lo sucedido la noche anterior. Al volver a recordarlo, no pude evitar sonreír. Había sido una experiencia maravillosa y tenía muchas ganas de repetir.

—Tío, te has quedado con cara de pasmarote. ¿Qué te ocurre? —preguntó, mientras me daba un pequeño empujón en el hombro, devolviéndome a la realidad de golpe.

—Nada. Cosas mías —respondí escueto. No quería que nadie supiera mi relación con ella.

Llegamos a la recepción del despacho. Kimani estaba en su escritorio con el pelo desaliñado y un aspecto muy diferente al que solía tener en el Sacks. Allí rezumaba sensualidad por todos sus poros, mientras el estilo cuando venía a trabajar era diferente. Estaba preciosa de cualquier manera, pero desnuda rozaba la perfección. Pensé en Mara y su colección de unicornios de colores para alejar cualquier pensamiento de ella debajo de mí

o encima o en cualquier postura que la implicase.

—Bueno días, Kimani —saludó Taylor. Al parecer, iba a ser quien llevase la voz cantante. Lo dejé hacer y la saludé con una enorme sonrisa.

—¿En qué os puedo ayudar? —preguntó con cara molesta.

—Necesitamos un favor —respondió mi amigo con una mueca en la cara para hacerla sonreír. Kimani se quitó los auriculares que tenía puestos y nos prestó atención.

—Vosotros diréis. Pero, por favor, que sea rapidito. Estoy cargada de trabajo hasta que nombren al nuevo director. Que Christine se haya marchado, me ha fastidiado.

—Necesitamos utilizar su despacho. Tienes que encargarte de que ni Julio ni nadie entre; y, sobre todo, nadie puede saber que estamos aquí. Es importante.

—Desembucha. ¿No pensarás que voy a hacer algo así sin saber qué tramáis? —preguntó, mientras se recogía el cabello con un lápiz y nos prestaba toda su atención. Me encogí de hombros en cuanto sus preciosos ojos avellanados se cruzaron con los míos—. No me mires así. No pienso acatar las órdenes de dos tíos que vengan aquí sin ninguna explicación. Si pensáis eso, os habéis equivocado conmigo —respondió, alzando las manos.

No pude evitar sonreír de nuevo. Esta mujer me encantaba. No se trataba solo de su perfecto cuerpo, que me ponía como un cerdo, sino de su manera tan descarada de decir las cosas. Mostraba seguridad en todo lo que quería y hacía, y eso me fascinaba.

—¿Quieres que Christine vuelva o prefieres que el señor Bellatox continúe por aquí mientras busca un sustituto que podría ser peor que ella? —pregunté, mientras me apoyaba encima de su mesa y me acercaba a su cara.

Pretendía que fuera una pequeña amenaza velada, pero más lejos de la realidad. Quería volver a aspirar su aroma y recrearme en él. La miré fijamente que, lejos de apartarla, me la mantuvo.

—Ya es el segundo director que aguanto, además de las continuas visitas del señor Bellatox, y el carácter de vuestro amigo. No me vengas con esas porque no funciona conmigo —replicó de manera desafiante, mientras me guiñaba un ojo. ¡Joder, su respuesta me la puso dura!

—¿Y si el director que designan no es tan benevolente como Christine? Hay mucho capullo por ahí suelto que, en cuanto le dan un poco de poder, se cree alguien —respondí en un tono un poco más chulo de lo que pretendía.

Taylor nos miraba a uno y otro como en un partido de tenis.

—Sabré domarlo, no te preocupes por eso —aseguró con una sonrisa angelical en la cara. ¡Joder! ¿Seguíamos hablando de un director o de otra cosa? Porque tenía un claro problema al sur de mis pantalones bastante molesto. Rio ante mi cara de desconcierto y me guiñó un ojo. La muy capulla sabía lo que me provocaba y jugaba con ello. ¡Cómo me ponía!

—¿Y cómo lo harías? —pregunté. Me interesaba saber su respuesta.

—Chicos, me parece muy interesante vuestra charla, pero creo que nos estamos desviando del tema, ¿no creéis? —interrumpió Taylor.

Salí del estado en el que me encontraba. Se me había olvidado por completo por qué estábamos allí, pero también la presencia de mi amigo.

—¿Y cuál es el tema por el que estáis aquí? —preguntó, haciéndose la inocente.

—Necesitamos utilizar el despacho para hacer algo, que no sé muy bien qué es, y así provocar un acercamiento entre Christine y Julio. Ella quiere disculparse —aclaré para que nos dejara pasar.

—Un plan muy elaborado, sí señor. Estoy segura de que no tiene ningún fallo —ironizó ante mi falta de información, y estallé en carcajadas.

—Solo estoy de refuerzo, ya me explicarán qué es lo que tengo que hacer —me defendí como pude, pero me di cuenta de que no sabía qué pintaba en todo aquello.

Así era nuestra amistad. Hacíamos las cosas porque el otro nos las pedía, sin explicaciones, y eso, fuera de nuestro círculo, parecería una locura, pero para nosotros era lo más lógico.

—Está bien. Entrad, solo con la condición de que quiero estar presente. ¡Esto no me lo pierdo! Además, debéis tener en cuenta la cámara de su despacho. Graba de manera continua y sé que Julio las revisa con bastante frecuencia. Es más, si queréis saber mi opinión creo que siempre las está observando —nos dijo, bajando la voz.

—¿Por qué crees eso? —pregunté interesado.

—Cosas mías y pequeños detalles —contestó, enigmática, con un gesto de su mano para restar importancia.

Ahí teníamos un problema. Si era verdad lo que decía Kimani, no podríamos entrar en el despacho sin que Julio nos viese.

—¿Puedes entrar en el sistema sin que se entere, grabar cinco minutos del despacho y poner la cámara en bucle? —pregunté a Taylor, sopesando las

opciones.

—Imposible. Es un *crack*. Me estuvo enseñando los sistemas nuevos que ha instalado y es casi imposible entrar.

—¿Entonces cómo cojones lo hacen los capullos?

—Imbécil, recuerda que estuvimos instalando cámaras nuevas en una línea diferente. Una de las primeras cámaras que nos hizo instalar fue la de este despacho. Julio no es tonto. Y recuerda que es muy bueno en lo suyo — contestó Taylor.

—¿Necesitáis estar en el hotel? —preguntó Kimani.

—Necesitamos estar conectados a internet para lo que vamos a hacer. Por eso mismo, no nos hemos quedado en casa con Eli. Allí no tenemos — aclaró.

—Podemos ir a mi casa. Yo sí tengo conexión a internet. —Ofreció Kimani. Me apeteció ir allí, conocer el lugar donde vivía y ver cómo era. Me daría la oportunidad de saber algo más de ella.

Mi teléfono sonó. Miré la pantalla y comprobé que era Julio quien nos llamaba.

—Dime —contesté.

—Agatha ha entrado en la *suite* de Rebeca. Está abriendo la caja fuerte. Otra cosa, las cámaras antiguas han dejado de funcionar. George va de camino al casino, hay tres tipos diferentes ganando una fortuna. Están desplumando a la banca. Hay un hombre con sombrero y falsa barba, muy lograda, pero que, con el reconocimiento facial, hemos logrado saber su identidad. He llamado al FBI y vienen de camino. George ha pedido refuerzos —relató de manera atropellada

—Tranquilo. Vamos de camino. —No quería que Julio supiera que estábamos en el hotel. ¡Joder, todo a la vez! Esto no era casualidad. Había llegado el momento.

Le expliqué todo con rapidez a Taylor y corrimos hacia el casino. Con el teléfono en la mano, Julio me daba las indicaciones para saber quiénes eran y dónde ubicarlos. Mientras tanto, mi acompañante llamaba a Edward para que viniese. Necesitábamos toda la ayuda posible, ya que teníamos cuatro fuegos que apagar.

—También hay una mujer asiática jugando al *blackjack*. Está contando cartas, puedo verlo desde aquí. Incluso, creo que está utilizando algún método matemático al estilo de Edward Thorp —explicó. Había que detenerlos

mientras no llegaba el FBI—. El tercero es un hombre con aspecto envejecido. Está en la ruleta. La suerte no puede estar siempre de su parte. Lleva ganados unos quinientos mil dólares.

Silbé al escuchar la cantidad. Cruzamos corriendo la recepción hasta la zona del casino. Al llegar, nos paramos y ralentizamos el paso. Oteamos la sala en busca de los sospechosos. Al pasar al lado de un cliente, tropecé y me giré para pedir disculpas. Me resultó bastante familiar, no obstante, di varios pasos sin alejarme demasiado.

—Varón, peluca rubia, pelo largo y bigote. Camisa hawaiana — describí al tipo en voz baja para que Julio lo buscara a través de las cámaras.

—Lo tengo —dijo.

—Pásalo por el reconocimiento facial —pedí.

—No hace falta. Sé quién es. Lo reconocería de lejos.

—¿Quién puñetas es?

—Peter, el anterior director. ¡Tiene algo en la mano! ¡Algún tipo de dispositivo! No será capaz de haber puesto alguna bomba, ¿verdad?

—¡No digas tonterías! —Toda la situación me crispaba. Taylor se acercó a la chica asiática que jugaba al *blackjack*, mientras George estaba al lado del hombre del sombrero y la barba—. ¿Agatha continúa en la *suite* de Edward?

—Sí. Intenta abrir la caja fuerte. Ha cogido el maletín con el dinero que dejamos como señuelo y todas las falsificaciones. Se está tomando su tiempo. Acabo de hablar con Edward, están entrando. Os cubriré, mientras Rebeca sube a su *suite*.

—Ni de coña. Dile a Edward que suba él y que Rebeca venga con nosotros. Aquí estará más segura. ¿No se le ha ocurrido al señor súper protector «con mi mujer no te metas»? —pregunté exasperado. Sabía que Rebeca podría con ella, pero no sabíamos si Agatha iba armada.

—Se lo diré de inmediato.

—Me falta el tercero en discordia. Descríbemelo —exigí. Debía tener controlada toda la sala. Hasta ahora, solo me había hablado de dos.

—El tercero está en otra mesa de *blackjack*. Lleva sombrero y botas tejanas —explicó Julio, mientras visualizaba la sala en busca de alguien que encajara

—¿Lleva un tatuaje en el brazo?

—Sí. Una telaraña con una araña en el medio.

—Lo veo. Está justo detrás de la chica asiática.

—Sí —corroboró Julio.

—De acuerdo.

Colgué la llamada para fijarme en Peter. Él no me conocía. Me puse a su lado mientras mirábamos cómo el jugador ganaba a la ruleta. Parecíamos dos meros espectadores, salvo por el pequeño dispositivo que Peter pulsaba de vez en cuando y el movimiento de piernas que, a simple vista, podría parecer un tic. A lo lejos, visualicé a Jack y Harris. Este último llevaba un equipo de transmisión. Desde mi posición lo distinguía a la perfección. Sonreí. Busqué por la sala quién era el receptor. La adrenalina recorrió mi cuerpo cuando vi entrar a Rebeca. Estábamos todo el equipo, como en los viejos tiempos. Taylor hizo una señal a George, mientras Rebeca me la hacía a mí. Como siempre, nos entendíamos a la perfección. Seguíamos siendo el mismo equipo bien engrasado. Volvimos a concentrarnos. Miré a Rebeca y, con un leve movimiento de cabeza, señalé al vaquero. Asintió, comprendiendo lo que quise decirle.

Mi amiga recorrió las mesas con tranquilidad, mientras miraba distraída a los diferentes jugadores, acercándose cada vez más a su presa. George dio un paso más en dirección al hombre de la falsa barba, mientras Taylor lo hizo con la chica del *blackjack*. Controlábamos a cuatro de los seis individuos. Nos faltaban Jack y Harris, pero no teníamos a nadie más. El FBI aún no había llegado. No podíamos actuar por separado o se darían cuenta y se escaparían. Llamé a Julio.

—Tenemos que tener la identidad de todos. Pon tus juguetitos a funcionar. Somos cuatro, y ellos, seis. Si no queremos que esto termine a balazos, debemos ser lo más discreto posible. Si se escapan, que al menos tengamos la identidad para dársela al FBI.

—Me pongo de inmediato —contestó Julio.

—Observa todo, graba con cada una de las cámaras y que quede todo registrado. Avísame cuando tengas localizadas todas las identidades. Ahora te llama Taylor para que te conectes a la base de datos del ejército. ¡Es la hostia!

—Está bien. Espero su llamada.

Primero debíamos saber quiénes eran y proporcionar al FBI todas las pruebas necesarias para que los empapelasen. No debíamos dar un paso en falso o todo se iría al garete. No queríamos dar un espectáculo y, por el bien del complejo, teníamos que ser discretos para que no se enterase ningún

cliente.

Capítulo diecinueve



—Está bien. Espero su llamada. —Colgué el teléfono y me puse de inmediato con mi parte del trabajo.

Activé el zoom para grabar lo más cerca posible. Según Eme, debíamos registrar todos los movimientos. Esperaba ansioso la llamada de Taylor para que me diese acceso a la base de datos del ejército, que era mucho más completa que la nuestra. Mientras, las estudiaba con atención, viendo todo lo que sucedía en el casino como si se tratase de una peli de acción. Solo esperaba que no se solucionase a balazos. Un temblor me recorrió por completo. Allí estaban mis amigos; sabía que eran los mejores en su campo, acostumbrados a mil combates, pero no era lo mismo que lo contasen en una reunión, tomando una cerveza, que estar viéndolo en primera línea. ¡Joder! Solo faltaban las palomitas y que Bruce Willis o Arnold Schwarzenegger hiciesen su aparición con las recortadas en mitad del vestíbulo.

No podía creer lo que estaba sucediendo. En un principio, cuando me mudé, la idea de llevar el tema de seguridad del hotel y creación de nuevos *softwares* para mejorarla me parecía algo excitante. Lo que menos imaginaba era que me viese implicado en una serie de sucesos peligrosos. Ya no por mí, sino por Christine.

Cuando la recordé, la presión en el pecho fue en aumento. Mi mente pasaba de un tema a otro sin poder concentrarme en ninguno en concreto. Intenté alejarla de mis pensamientos justo en ese momento, pero era imposible. Mi mente rememoraba cada segundo pasado junto a ella, en ocasiones, incluso podía evocar su perfume. Me costaba conciliar el sueño, intentaba leer, escuchar música, pero todo era inútil.

Mara se quedaba la mayoría de las noches a dormir conmigo, lo cual era peor. Para colmo, la última noche la pasé escuchando el concierto de gemidos de sus queridos papás. Llevaba una semana de mierda desde que

Christine se marchó. Bien es cierto que la prefería en Nueva York, tranquila en la seguridad de la casa de su padre, que en plena línea de fuego. Otro escalofrío me recorrió la espalda.

Había cogido la suficiente confianza tanto con Izan como con Jayden como para que me informaran de su estado. El día siguiente de su marcha fue bastante duro. Me llevé todo el día con las cámaras que enfocaban su despacho. Tenía la ilusión de volver a verla, aunque fuese a través de ellas. Cuando me confirmaron que se había marchado a Nueva York, al llegar a casa, destrocé todo lo que se me puso por delante para después beberme una botella de *whisky* que no sabía ni que tenía. La mañana siguiente, en lugar de amanecer con nuestras piernas enredadas, en lugar de ver su sonrisa, esa que me dedicaba nada más despertarse, me levanté en una de las tumbonas de la piscina, dándome el sol en la cara y con un dolor de cabeza bestial.

Estaba claro que era mejor que se hubiese marchado. Allí estaba segura y me lo repetía una y otra vez, cada segundo del día, en cada ocasión que descolgaba el puto teléfono para *exigirle* que volviese, aunque no contestaba a mis llamadas, o con cada impulso de volar a Nueva York y traerla de vuelta, pero no lo hacía. Al fin y al cabo, era una tranquilidad para mí. Tenía claro que en cuanto terminase todo esto, cogería el primer vuelo y no descansaría hasta que volviésemos juntos. No habría excusas.

Parecía que cada vez estábamos más cerca. Esperaba tener suerte y que se solucionase todo en ese día, así podría dedicarme a lo que de verdad deseaba con toda mi fuerza; pedirle perdón de todas y cada una de las formas que fuesen necesarias.

Sonó el teléfono, sacándome de mis pensamientos. Miré de nuevo las pantallas y todos estaban más cerca de sus víctimas. Kimani llamaba para comentarme que el señor Bellatox quería verme al día siguiente, tener una reunión conmigo para cambiar algunos protocolos de seguridad y tratar el tema de Jack y Harris, ya que serían despedidos de manera inmediata. Me pidió que restringiera sus permisos como empleados al complejo y anulase sus contraseñas del sistema. Todo ello me llevaría un buen rato. Al menos, me despejaría de la tensión al ver a mis amigos en plena acción. Me fijé en Rebeca y supe que iba armada, al igual que todos ellos. No me acostumbraba a ver cómo soltaban las armas y las guardaban en la caja de seguridad cuando llegaban a casa. Tenían bastante cuidado con eso por Mara. Taylor me llamó.

—Apunta —me dijo escueto. Debía darme una contraseña. Abrí un

archivo en blanco para anotarlo. No quería dejar rastro en papel. Y mi ordenador era seguro—. Te deletreo: P-E-P-E-O-R-D-O-N-E-Z-E-S-E-L-P-U-T-O-A-M-O. —Me reí ante la ocurrencia de la contraseña. No sabía si era el puto amo, pero ingenioso lo era—. A mí no me digas nada. Pepe es un español bastante cachondo. Pero vamos, estoy acostumbrado a contraseñas más raras, como la de tu amiga.

Ambos carcajearnos recordando los «Papá pato» y «Mamá pato» de ella y sus motes. Mientras reíamos, introduje la contraseña.

—Estoy dentro —afirmé, regocijándome de ello.

—¿Espero a que me des los resultados? —preguntó.

—Pueden tardar un buen rato. Son varias fotografías —expliqué pensativo. El ordenador pasaba los datos con rapidez.

—¡Déjate de rollos! Tan solo son tres. Del resto sabemos la identidad.

—¡Joder! ¡No me metas prisa! Por mucho que quieras, esto no va a ir más rápido. Está procesando los datos. —La imagen paró y dio un resultado—. ¡Bien! Tenemos la identidad del primero. Bill Hender. Varón, cuarenta y cinco años.

—De acuerdo. Recopila toda la información que puedas de cada uno de ellos. Se empiezan a mover —dijo. Miré las pantallas y observé que la chica asiática pedía una copa al camarero, mientras me dedicaba a buscar información del tal Hender. Taylor y yo continuábamos al teléfono.

La chica asiática se giró y le hizo una señal al vaquero que, para cualquier otro, podría pasar desapercibida. Fue un ligero movimiento de mano que llamó mi atención.

—Taylor, la asiática —le advertí.

—¿Qué pasa con ella?

—Acabo de ver cómo le hace una señal al tipo del sombrero vaquero.

—Me acerco.

—Ten cuidado. Esto no me gusta ni un pelo —dije temeroso.

—Julio, estamos acostumbrados a cosas peores —me respondió como si fuera un niño.

—Lo sé. Pero nunca lo había visto en primera fila —repliqué molesto.

Taylor dio apenas dos pasos hacia la asiática mientras llamaba a un camarero. En ese momento, el ordenador arrojó el segundo resultado. La chica se llamaba Sheila Smith, con veintiocho años. Llegó a América junto a sus padres, a la temprana edad de siete. Leí su ficha al completo y busqué más

información sobre ella, mientras observaba las pantallas.

Vi que el hombre del sombrero y la barba falsa se levantó de la mesa. Peter lo siguió de cerca, mientras Eme paseaba tras ellos, disimulando. Las miradas entre todos no me pasaron desapercibidas. Sabían que los habíamos descubierto e intentaban salir.

—¿Los ves? —pregunté a Taylor—. La chica se llama Sheila Smith.

—Busca información —me replicó.

—Ya estoy en ello.

En ese momento, un hombre con traje de chaqueta, un abrigo largo y mucha gomina en su pelo perfectamente peinado interrumpió en mi despacho.

—¿El señor Díaz? —preguntó con voz indiferente.

—Soy yo. ¿Y usted es ...?

—Soy el agente O'Connor, del FBI. Me han llamado porque, al parecer, tienen algo relacionado con los robos del hotel.

—No tenemos algo. Está sucediendo algo —expliqué—. Taylor, el agente O'Connor, del FBI, ha llegado —le dije a mi amigo.

Rápidamente le expuse al agente todo lo que sucedía, mientras estábamos atentos a las pantallas y le daba todas las pruebas recopiladas hasta ese momento. El agente pidió refuerzos.

—Solo me han enviado a mí. En la central no esperaban que esto se complicase tanto.

—Pues le puedo asegurar que cuando llamé, expuse hasta el más mínimo detalle —repliqué cabreado.

—¡Julio! ¡Necesitamos refuerzos! —oí gritar a Taylor, al teléfono.

De repente, todo lo que sucedía a través de las cámaras parecía sacado de una mala película de acción. El vaquero sacó una pistola y, de un rápido movimiento, apuntó directo a la sien de Rebeca. Todo lo que ocurría alrededor dejó de existir. Tan solo podía mirar la imagen de mi amiga. Ella negaba con la mano a Taylor, que había tirado el teléfono al suelo, destrozándolo, mientras Eme se acercaba a ellos. Me olvidé de respirar ante la imagen que tenía frente a mí. Los segundos parecían minutos, y los minutos, horas. Comencé a dar vueltas por el despacho sin dejar de mirar las pantallas. ¡Joder! No podía hacer nada. No se me ocurría nada. Estaba bloqueado.

¡Edward! Recordé a su marido que, ajeno a todo lo que ocurría en el casino, se ocupaba de Agatha. Me aterroricé cuando recordé que había venido solo por salvarme el culo.

Llamé a Edward desesperado, pero me saltó el buzón de voz. Sin dejar de mirar las pantallas, cambié una de ellas a la *suite* de mis amigos. Quería saber qué ocurría allí. Agatha, en cambio, continuaba con su trabajo como si nada.

Pasé a la cámara del pasillo, pero no vi ni rastro de Edward. Mis ojos no paraban de pasar de una cámara a otra, roto por la impotencia de ser un mero espectador y no poder hacer nada para ayudar. Recorrí cada rincón del pequeño despacho, no podía salir y no se me ocurría nada. ¡Joder!

De repente caí en la cuenta de que el agente del FBI ya no estaba en el despacho conmigo. No podía dejar de mirar la pantalla donde mi amiga se debatía con un tipo que le sacaba dos cabezas y que la apuntaba con una puta pistola.

Recordé a Mara, y las lágrimas corrieron por mis mejillas. No podía ser el culpable de que mi niña se quedase sin su madre, aquella a la que adoraba por encima de todas las cosas. No podía ser el culpable de que su abuela Mara tuviese que enterrar a su adorada nieta. La impotencia y el dolor se instalaron en mi pecho. No podía hacer nada por sacarla de aquel lío. ¡Todo era culpa mía! Desde el principio, desde que hablé con ella, desde que me mandó a Eme y ella cogió un puto avión para venir a ayudarme.

Volví a llamar a Edward. Y esta vez, me cogió el teléfono.

—¡Rebeca! —grité. No podía hablar. Todo lo que sentía se amontonaba en mi garganta, impidiendo que las palabras salieran de ella.

Edward colgó la llamada y me quedé mirando el móvil. No comprendía el motivo por el que lo había hecho. Miré el ordenador, donde salía el resultado del tercero en discordia. El hijo de puta se llamaba Clay Allison, un expresidiario perteneciente a una banda dedicada a cualquier acto ilícito, desde narcotráfico a trata de mujeres. El miedo por lo que había descubierto me paralizó. Hablábamos de palabras mayores, aunque eso ya lo imaginábamos en cuanto tuvieron el alcance para envenenar a Sweet en Nueva York.

Me sentí como el ser más cruel y repugnante cuando agradecí a Dios que Christine no estuviera en Las Vegas. Era bastante egoísta por mi parte recordar eso cuando mi amiga estaba dando su vida por salvarme.

De repente oteé a Edward a lo lejos. Iba decidido hacia el interior del casino, por detrás del vaquero, empuñando su arma con decisión. Lo vi apuntar sin mover ni un solo músculo de su cuerpo, mientras lo rodeaban Eme

y Taylor.

Rebeca, con el semblante serio, parecía tranquila. Hacía señas con la mano para tranquilizar a su equipo. Sabía que estaba acostumbrada a esto. ¡Joder, no era lo mismo verlo en directo!

Lo siguientes segundos pasaron en un mar de dudas. Todo sucedió de forma tan rápida que apenas fui consciente de ello. Vi a Rebeca sonreír. ¿Sonreír? ¡Esta mujer estaba loca! Aparté mi mirada de la pantalla una milésima de segundo, intentando coger el aire que me faltaba y, cuando volví a ellas, lo que estaba sucediendo me dejó sin respiración. Rebeca tenía al vaquero casi desarmado. Luchaba contra él, mientras Edward corría en su ayuda.

El casino se volvió un caos de personas corriendo de un lado a otro. Gritos, empujones y caídas en un intento de huida desesperado. Mis ojos volaban de un lado a otro en un vano conato de localizar a mis amigos. Necesitaba saber. Escuché un disparo y mi corazón se paró de repente.

Ya no había vuelta atrás, era imposible que esto se solucionase sin que el casino se viese involucrado en un escándalo, aunque en ese momento todo eso me importaba una mierda. Solo quería localizar a mis amigos en aquel caos de personas en el que se había convertido ese casino. De repente, por las puertas comenzaron a entrar no sé cuántas personas enfundando armas, apuntando a todos lados, sopesando la situación. Habían llegado los refuerzos, pero no encontraba ni a Rebeca ni al resto.

No sabía qué había pasado. Enfoqué a Jack y Harris que, de manera apresurada intentaban salir de allí pasando desapercibidos. Cruzaron la puerta del casino hacia el vestíbulo, y supe que iban hacia el aparcamiento de empleados. Tenía memoria fotográfica y recordé haber visto el coche de Harris aparcado esa mañana al entrar.

Sin apenas pensarlo, salí del despacho corriendo, crucé todos los pasillos y me dirigí a la salida para coger mi coche, aquel que me había comprado esa semana. Vi como ellos se montaban en el suyo y arrancaban a toda pastilla.

Salí de allí derrapando ruedas y comencé a perseguirlos sin apenas saber lo que estaba haciendo. Solo pensaba en detenerlos. Cruzamos la avenida principal, sorteando vehículos y peatones. Me temblaba todo el cuerpo. No estaba acostumbrado a nada de eso y, en cambio, me estaba viendo en plena persecución para impedir la huida de dos de mis compañeros de

trabajo. ¡Todo esto era una puta locura! Cuando dije que quería algo de adrenalina en mi vida, no me refería a nada de esto. ¡Me cago en la puta madre de mi suerte! Pegué varios golpes al volante y seguí tras ellos.

Esperaba que Rebeca se encontrase bien. Perdí el control del coche durante unos instantes, pudiendo recuperarlo al momento. Cambié de marcha y aceleré. Los intenté adelantar por la izquierda, pero el coche que venía de frente impidió mis intenciones. En realidad, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Solo quería impedir que esos dos se escaparan, pero no tenía un plan. ¿Los volvía a adelantar y me cruzaba en su camino? Es lo que había visto en las pelis de acción, esas que tanto me gustaban. El protagonista siempre salía ileso de todo; de los balazos, de los accidentes y hasta de las explosiones. ¡Joder, esto era la vida real! Y yo no estaba preparado para algo así.

Continué mi particular persecución hacia un destino desconocido. No tenía ni la más remota idea de por dónde andaba. Volví a acelerar para acercarme a ellos todo lo que pudiera. La potencia de mi coche superaba al suyo, veía cómo se revolucionaba, escuchaba el motor que parecía que iba de paseo, mientras me acercaba a ellos cada vez más. ¿Y ahora qué?

Pegué un fuerte manotazo al volante. Estaba frustrado por todo lo que estaba pasando. Las calles, los peatones, todo pasaba a mi alrededor con rapidez, sin lograr saber muy bien por dónde iba. Mi vista fija en el vehículo donde iban esos dos, que tantos dolores de cabeza nos habían dado. No entendía por qué lo habían hecho.

Pero eso no importaba en ese momento; solo debía impedir que huyeran. Aceleré, me metí en el carril de la izquierda, aprovechando que no venía ningún vehículo, y logré ponerme a su lado. Durante unos minutos intenté adelantarlos. Hasta que comencé a escuchar unas sirenas. Miré por el espejo retrovisor y vi que venía la policía a toda pastilla. Miré al frente, respiré hondo y frené un poco para ponerme detrás de ellos. A lo lejos divisé más luces de coches policías. ¡Estaba salvado!

Poco a poco, todas las patrullas se acercaron a nosotros, provocando que Harris tuviera que aminorar la marcha. De repente, nos vimos acorralados; coches de policías, una cadena con pinchos en la carretera, agentes apuntando con armas. Harris paró el coche y yo hice lo mismo.

Salí con las manos en alto. No quería que pasase nada. Ya tendría tiempo de explicarlo todo. Mientras me ponían las esposas en las muñecas, de

cara al coche, con las manos atrás, vi cómo el vehículo de Harris estaba rodeado de agentes apuntándolos con sus armas. El agente leía mis derechos, pero no lo escuchaba. Solo era un leve rumor en la lejanía, mientras mi atención se centraba en lo que sucedía ante mí. Todo pasó muy rápido. Escuché una ráfaga de disparos y mi corazón se encogió con angustia y miedo. Estaba aterrado.

La ventanilla del conductor del coche de Harris se tiñó de rojo y la sangre resbalaba a través de ella. El pánico se apoderó de mi mente. Me quedé inmóvil y entré en *shock* Demasiado para mí.

Rebeca, Edward, Taylor, George, e incluso, Eli y Mara, que estaban ajenas a todo lo que estaba ocurriendo, desfilaron por mi mente una y otra vez. No sabía lo que estaba pasando en el hotel, pero agradecí, una vez más, que Christine estuviera a salvo de toda esta puta locura.

No opuse resistencia cuando me metieron en el coche de policía. Me imaginaba que me llevarían a la comisaría. Salí de mi estupor y comencé a preguntar a los agentes.

—¿Qué ha pasado en el Bellalux? ¿Están todos bien? Mis amigos están allí, impidiendo que suceda algo —grité, mientras los agentes no me hacían ni caso y continuaban hablando por radio con la central.

Repetía eso una y otra vez, siempre con el mismo resultado; no se dignaban ni tan siquiera a mirarme. La reseca garganta me dolía por los infructuosos intentos de explicarles la situación a los agentes. Gritaba desesperado, sin obtener nada.

Llegamos a la comisaría y, como si de un delincuente se tratase, me llevaron a una celda donde varias personas me miraron con indiferencia al entrar. Intenté no mirarlos, me senté en una especie de banco alargado y me dediqué a observar las paredes manchadas de pintadas y humedades. El insoportable olor penetró con fuerza en mis fosas nasales, causándome fuertes arcadas.

Al fondo vi un pequeño retrete. Me acerqué con rapidez. Estaba sucio, pero en ese momento me dio igual y vertí todo el contenido de mi estómago. Necesitaba agua para enjuagarme la boca del sabor de la bilis, pero no tenía nada.

Volví a sentarme allí, mirando a mi alrededor y evaluando a mis casuales acompañantes. Éramos un total de cuatro. Todos permanecían a la espera. Algunos dormían, otros caminaban alrededor de la pequeña celda.

Había un tipo que gritaba en la puerta.

De repente, una agente vino y dijo mi nombre. Me levanté como un resorte y caminé los escasos cuatro pasos hasta la salida. Abrió la celda, la volvió a cerrar y, con el semblante serio, me dijo que la siguiera. Cruzamos varios pasillos hasta que me dejó frente a otra puerta, la abrió y entramos. Di dos pasos hacia el interior y vi a Rebeca dentro. La alegría recorrió mi cuerpo al completo, me fui hacia ella y la abracé fuertemente. No quería soltarme. ¡Estaba viva! ¡Mi amiga estaba bien!

Me separé un poco de ella y la miré con atención. Quería comprobar que no tuviera ni un solo rasguño.

—¡Señor Díaz, al parecer se alegra de verme! —me dijo con su característico sarcasmo. ¡Cuántas ganas tenía de volver a escuchar sus pullas!

—¡No lo sabes bien, capulla! —le dije con emoción contenida. Volví a abrazarla con fuerza. No quería soltarla jamás. Había pasado un miedo atroz. De repente, me vinieron a la mente el resto—. ¿Todos bien? —pregunté con temor. Quería saber todo lo que había ocurrido, pero primero eran mis amigos.

—Todos perfectamente. No te preocupes por eso. Ahora vamos a intentar gestionar que salgas de aquí sin cargos, pero creo que lo llevas crudo. Al menos, te imputan alteración del orden público.

—Eso me importa una mierda ahora mismo. Lo que más me preocupa es que todos estéis bien —respondí mucho más aliviado.

—Te repito que todos estamos bien. Al final, siempre ganan los buenos. Te lo he dicho muchas veces, pero no me haces caso —replicó, guiñándome un ojo.

—Me da terror que te ocurra algo.

—¿Tan mala crees que soy en mi trabajo? —preguntó, mientras reía.

—No. Pero tampoco eres inmortal, Rebeca. En cualquier momento te puede pasar algo y, si eso sucediera, yo...

—Basta de sentimentalismos, señor Díaz, no tengo todo el día. Aún me queda mucho por hacer —me cortó rápidamente, pero comenzó a reírse—. Hasta que no esté todo solucionado, tienes que quedarte aquí. Volveré a recogerte. ¿Necesitas algo?

—Un poco de agua. Tengo la garganta seca.

—Ahora mismo te la traigo. No te preocupes por nada. Déjalo todo en nuestras manos.

—De acuerdo. ¿Qué ha pasado en el hotel? ¿Por qué estaban haciendo

eso?

—Uf, es muy largo de explicar. Ya tendremos tiempo de ponernos al día. El dinero es muy goloso. La avaricia rompe el saco. Es algo complicado, influyen muchas cosas. El FBI está desmontando ahora mismo una red de narcotráfico.

—¡Joder!

—Era más peligroso de lo que se pensó en un principio, pero todo ha salido bien. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? —Me tranquilizó, mientras dejaba un beso en mi mejilla y salía por la puerta. Ya la extrañaba y acababa de marcharse.

La agente de policía me trajo un botellín de agua que bebí con demasiado ímpetu. Tenía la garganta seca y el sabor a bilis, pero ya estaba mucho más tranquilo con lo que mi amiga me había contado. Al menos sabía que todos estaban bien.

Con esa tranquilidad volví a la celda, donde mis compañeros me recibieron con la misma indiferencia que antes. Al menos no eran conflictivos. Ahora que lo pensaba, estaba tan asustado por lo que podía haber pasado, que no tuve miedo a enfrentarme a la cárcel. Me senté de nuevo en el pequeño banco y puse mis codos en las rodillas con las manos en la cara.

El cansancio por todo lo que había sucedido, la angustia, el miedo y el estrés comenzaban a hacer mella en mí. Necesitaría dormir tres días seguidos, pero sabía que aquí no lo lograría.

El tiempo transcurría demasiado lento, sin nada que hacer, con tan solo los pensamientos. Me dolía la cabeza al pensar en el papel de Harris y Jack en todo este asunto. Mi mente viajaba de uno a otro sin darle sentido a nada; sin lograr formar todo el rompecabezas. Eso era lo que estaba logrando, romperme la jodida cabeza sin llegar a ninguna conclusión. Lo único que tenía claro era el motivo: el dinero. Pero ¿qué llevó a Harris, Jack y Peter a meterse en un lío como ese? Tenían un buen sueldo y, aunque Peter ya no era el director del hotel y lo habían reemplazado por Christine, no tenía motivos aparentes.

La ambición siempre es el motor que mueve la maldad en el mundo. El dinero y el poder corrompen. Con esos pensamientos rondando en la cabeza, no oí que la agente de policía que vino antes volvía a llamarme. Sentí como seis pares de ojos se posaban sobre mí, además de un pequeño empujón, cortesía de uno de mis compañeros de celda. Subí el rostro y observé que la agente me esperaba.

—Señor Díaz, acompáñeme, por favor —dijo con voz amable. Me levanté y me despedí de mis compañeros de celda, de aquellos con los que no había cruzado ni una sola palabra.

—Gracias —contesté.

Tras firmar toda la burocracia y los papeles pude, por fin, poner los pies en la calle. Había anochecido. No sabía las horas que había pasado allí encerrado, pero tenía que ser mucho tiempo. Taylor me esperaba apoyado en mi coche. Me acerqué, me apoyé también en él y, sin decir nada, encendí un cigarrillo, dejando que el humo traspasara mis pulmones y los inundara para volver a dejarlo en libertad. Toqué mis muñecas, donde varias horas antes había tenido las esposas, en un acto reflejo. Durante varios minutos permanecimos en silencio, concentrados en el cigarrillo. Me dejaba el espacio que necesitaba para asumir todo lo acontecido. Ahora mismo, me importaba una mierda, estaba exhausto. Tiré el primer cigarrillo y encendí otro casi de inmediato. No me calmarían los nervios, pero daba la falsa apariencia de tranquilidad, tan solo delatado por el leve temblor de mis manos.

—Tranquilo. Tómate el tiempo que necesites —dijo Taylor, mientras me palmeaba la espalda. Tan solo asentí. No podía decir nada más.

En ese instante fue cuando tomé conciencia de la gravedad del asunto, de todo lo que había ocurrido y de lo que podría haber pasado. Necesitaba una ducha con urgencia. El olor del encierro, junto con el sabor de la bilis, no hacía que me sintiese mejor. Tiré el segundo cigarro y me monté en el coche en el asiento del copiloto. Ni tan siquiera le pregunté si quería conducir, lo di por hecho.

Hice en silencio todo el trayecto hasta casa. Me limitaba a mirar por la ventanilla, abstraído en mis propios pensamientos y Christine acudió a ellos a raudales. Solo agradecía una y otra vez que se hubiese mantenido en la lejanía. De ese modo, era un problema menos del que preocuparme. Recordé que Eli estaba enferma.

—¿Cómo está Eli? —pregunté a Taylor. No sabía muy bien qué le ocurría.

—Está algo mejor —contestó con una sonrisa.

—¿Qué le ocurre? No estará embarazada, ¿verdad?

Taylor soltó una carcajada. Ambos lo hicimos y fue un pequeño gesto bienvenido, a pesar de no tener ganas de nada.

—No —respondió, riéndose, pero no me dijo qué le pasaba. Si no me

lo quería contar, no era yo quien para preguntar más de la cuenta. Nunca fui el amigo cotilla.

Llegamos a casa y todos estaban allí, a excepción de Eli, que continuaba sin encontrarse bien. Me recibieron entre abrazos, sonrisas y golpes en la espalda por parte de los chicos. Mara vino hacia mí corriendo y se abrazó a mis piernas con sus pequeños bracitos, gritando y riendo.

—Disculpadme, chicos, pero necesito una ducha con urgencia —dije mientras iba camino del cuarto de baño. Me paré y los miré a todos. Faltaba Eme. Me imaginé que estaría en ese club que frecuentaba con tanta asiduidad en las últimas semanas, disfrutando y celebrando que todo había salido bien—. ¿Por qué no pedimos algo de cena y comemos en el jardín? Necesito aire. Así, después, me contáis qué ha pasado con todo lujo de detalles.

Todos sonrieron.

—¡Anda, vete a la ducha que hueles como un presidiario! —exclamó Rebeca, mientras hacía aspavientos con las manos. Miré a Mara que se tapaba la pequeña nariz con sus deditos.

Reí por la imagen y me fui al cuarto de baño. Me di una larga ducha caliente, recreándome en la sensación mojada de mi piel y limpiándola a conciencia del lugar donde había estado. Me lavé los dientes y, lejos de sentirme más aliviado, el cansancio hizo presencia de manera brutal. Necesitaba dormir con urgencia, aunque también la idea de meterme algo en el estómago era bienvenida.

Al salir al jardín, todos estaban reunidos alrededor de la mesa, excepto Eme y Eli. Me senté entre George y Mara, que no quería despegarse de mi lado. La pequeña me cogía de la mano. Estaba más callada de lo habitual.

—¿Qué le ocurre a mi princesa, que está tan calladita?

—Me he dado un susto de muerte. Nunca más hagas algo malo para que te lleven a la cárcel. No quiero tener un tito al que tenga que visitar tras unas rejas —me sermoneó la peque. Intenté aguantar la risa, manteniendo el semblante lo más serio que pude—. Mañana estás castigado sin salir y nos tienes que dar tu móvil. Papá, cuando me porto mal, me quita la Tablet, y eso que yo nunca he estado en la cárcel...

No pudimos más y estallamos en carcajadas. A la niña no había por dónde cogerla.

—¿Cómo sabes que el tito ha estado en la cárcel? —pregunté con

sigilo.

—Fácil. A veces, las conversaciones de los mayores vienen a mí sin yo quererlo. No quiero escuchar, pero las paredes son muy finas. Escuché cómo mamá hablaba con la tita Eli, que está malita. No sé qué le pasa porque estos mayores siempre quieren escondérmelo todo. Lo que no saben es que, en cualquier momento, esa conversación vendrá a mí y me enteraré, aunque ellos no quieran —exclamó, cruzándose de brazos. Se estaba cabreando...

Todos reímos y cenamos entre risas. Cervezas y el ambiente un tanto enrarecido. Pensé que sería al cansancio que todos teníamos y no quise darle mayor importancia. Además, esperaba que la pequeña cayese dormida para charlar con tranquilidad con ellos y que me contasen todo lo sucedido. A Rebeca le sonó el móvil, se levantó de la mesa y se marchó hacia el interior de la casa.

Durante un rato estuve observándola a través de los cristales que daban al salón. Su semblante era serio. Edward cogió a la pequeña en su regazo que comenzaba a dar las primeras señales de cansancio. Como todos, estaba exhausta. Poco a poco, sus ojos se cerraban, pero se resistía, como siempre.

Rebeca volvió al poco tiempo. Me fijé en su rostro demacrado y con ojeras. No me había fijado hasta ese momento. Cogió a la pequeña Mara en brazos y la llevó hacia el interior de la casa para acostarla en su cama y que descansara. Había llegado el momento de hablar con ellos y, por fin, saber qué había ocurrido.

—¿Podéis contarme ahora qué ha pasado? —pregunté, mirando a todos los presentes.

—Por supuesto. Antes, si no te importa, ponme algo fuerte de beber. Necesito algo más que una simple cerveza —dijo George con semblante serio.

—Aún no se saben los motivos. En este instante se está encargando el FBI de interrogarlos a todos —replicó Edward.

—Escuché tiros a través de las pantallas. No pude quedarme más tiempo, ya que Jack y Harris huyeron. No me lo pensé dos veces y salí tras ellos —expliqué, aunque era algo que ya sabían—. ¿Quién disparó? Habíamos quedado en llevarlo todo de la forma más discreta posible. —Los miré de modo reprobatorio. Les debía estar agradecidos por su ayuda, pero un tiroteo en mitad del casino no era la solución más discreta. Recordé al señor Bellatox y la que me habría liado Christine de haber estado aquí.

—¡Eh, macho! ¡No nos mires así porque nosotros no fuimos! — exclamó George con las manos hacia arriba—. No tenemos la culpa de que el FBI hiciese una aparición estelar.

—Aunque me quedé con las ganas de pegarle un tiro en mitad de la frente al capullo del vaquero cuando vi que tenía a mi Reb encañonada. No sé lo que me entró por el cuerpo al verlo. Te juro que me lo comía —explicó Edward.

—La cuestión es que se lio gorda. ¡De buena te libraste! Creo que, en un momento dado, volaban las balas sin dirección alguna. Demasiado poco ha pasado —contestó George.

—Otra más de la que hemos salido ilesos. —Taylor y George chocaron sus bebidas.

—¿Se sabe la conexión entre ellos? —pregunté.

—Ya no es cosa nuestra. Supongo que nos enteraremos mañana. Al menos, esta noche, dormirán entre rejas. Ahora están en manos del FBI, ya poco nos queda por hacer. Solo esperar —respondió Taylor.

En ese momento Rebeca salió al jardín, se sentó junto a su marido y le dio un tierno beso en el cuello. Recordé a Christine; la extrañaba mucho y en ese instante hubiese deseado que estuviese con nosotros, a mi lado. El cansancio hacía estragos en mí y, al igual que Mara, estaba empezando a quedarme dormido en la silla. Todos comentaban lo ocurrido, con un tono de voz cada vez más apagado. Me negaba a entrar en la casa. Necesitaba estar al aire libre y eso que solo había permanecido unas horas en la comisaría. No quería pensar lo que sería estar encerrado una larga temporada.

No sonaba música y fue algo que me llamó la atención. Siempre que mis amigos se reunían, la música estaba presente. Cañera o suave, pero siempre inundando el ambiente con sus sonidos.

—¿Qué más sabéis? —pregunté con voz somnolienta. Me quedaría dormido de un momento a otro—. Le di al agente del FBI toda la información que recabé de los tres individuos, pero no encontré un nexo en común.

—Bueno, sabemos que la chica asiática, la tal Sheila Smith, trabajaba en el Ships, por lo que deducimos que ahí fue donde conoció a Jack y Harris. Como bien sabes, en las últimas semanas, habían trasladado su oficina allí — aclaró George—. Aunque los seguí en varias ocasiones no los vi juntos nunca. No sé, en esto hay algo más que no vemos.

—Si Sheila y Agatha trabajaban juntas, no tenían más remedio que

conocerse. Si lo hubiesen planeado juntas, habrían involucrado a los otros dos para que las ayudasen. Agatha sería el nexo en común —dije, aunque era más una reflexión en voz alta.

—¿Crees que Jack y Harris son los cabecillas de todo este lío? —preguntó Edward.

—No lo creo. Ellos son de ejecutar órdenes, son capaces de provocar que se apaguen las cámaras, pero no los veo capaces de organizar un plan como este. De todos modos, los otros dos tipos, ¿qué pintan en todo el asunto? Uno es un expresidiario, sin relación aparente con el tal Hender. ¿Cómo llegaron a conocerse? Y Peter, un director de hotel respetado, ¿por qué tendría que meterse en un lío como este? Creo que hay demasiados interrogantes en todo esto —dijo Taylor.

También estaba seguro de eso. Había algo que se nos escapaba. En ese momento, llegó un mensaje al móvil de Rebeca. Esta se levantó, miró a todos y dijo con voz solemne:

—Ya ha salido del quirófano. Vamos.

Capítulo veinte



Eme

Me desperté y estaba desorientado. ¡Joder, me dolía todo! Parecía que me había pasado un tren de carga por encima. Miré a mi alrededor y no sabía dónde me encontraba. Volví a fijarme en los detalles, habitación blanca impoluta. ¿Qué era ese ruido? ¿Por qué no lo apagaban?

Los ojos me pesaban. Regresé al mundo de los sueños con el ruido taladrándome en los oídos. Pi, pi, pi, pi... No sé cuánto tiempo pasé en ese estado. Apenas era consciente de lo que ocurría a mi alrededor. Recuerdos en forma de sueños acudían a mi mente, sin distinguir la realidad del mundo onírico. *Flashes* de Kimani gritando, Rebeca dando vueltas cerca de mí, Edward al teléfono, un devenir de caos a mi alrededor donde apenas le daba sentido a nada... Todo negro.

Abrí los ojos y no fui consciente de si había alguien a mi lado. Intenté girar la cabeza, pero todo me daba vueltas.

¡Joder! Comencé a recordar algo. Estábamos en el casino. El vaquero cogió a Rebeca y le apuntó a la sien. Me dio un escalofrío y quise incorporarme. Unas manos suaves y pequeñas me lo impidieron. ¡Gloria! Intenté abrir los ojos, pero estaba tan cansado que no podía. Deseé preguntar por Rebeca, pero tenía la garganta tan seca que apenas podía articular palabra alguna.

¡PUM! El silbido de una bala que tan conocido me era, un dolor sordo en el vientre... Los recuerdos acudieron en tropel a mi memoria; los paramédicos, la sangre que salía de mí a borbotones, el llanto de Rebeca, las voces en la lejanía de mis amigos, el sonido de la ambulancia, las luces del techo del largo pasillo del hospital... ¡Joder! ¡Estaba en un puto hospital! Giré el rostro, quería ver quién se encontraba a mi lado. La vi sentada en el butacón

junto a mi cama. Tenía el rostro bañado en lágrimas, grandes surcos negros bajo sus bonitos ojos y su cabello tan alborotado que parecía un nido de buitres.

—¡Morena! —la llamé con la voz tan ronca que no lograba reconocerla.

—¡Hombre, el señor héroe! —exclamó con una sonrisa triste en sus labios. Quise contestarle, pero no podía.

—¡Agua! —exclamé. Era la única palabra que podía emitir. La garganta me dolía horrores cada vez que intentaba hablar.

Kimani cogió un vasito de plástico, vertió un poco de agua y puso una cañita.

—Bebe en sorbos pequeños —explicó. Me ayudó a hacerlo y, aunque reclamaba más, me lo quitó enseguida—. Voy a hacer una llamada y a avisar a las enfermeras. Ahora vuelvo. No te muevas.

—Estaré aquí, esperando tu regreso. —Kimani sonrió y salió de la habitación.

Miré por el ventanal y estaba todo oscuro. No sabía la hora. Podrían haber pasado horas o días desde que entré aquí. Pero tampoco era lo que más me importaba en ese momento. No era mi primera herida de bala. A lo largo de los años que estuve en el ejército, varias veces, me llevé un trofeo de guerra. Por suerte, ninguna fue grave. Esto era la vida real, no una peli en la que al bueno le disparaban, se ataba un nudo en la herida y seguía pegando tiros. No era un jodido héroe, sino un simple hombre que luchaba por sus ideales y su patria. Con sus errores y sus aciertos.

Volví a quedarme dormido, hasta que la voz de mi amiga Rebeca me sacó del estado de duermevela. Abrí los ojos con pereza. Estaba demasiado cansado.

—¡Capi! —exclamé al verla. Me hizo especial ilusión su visita. Sabía que debía estar atareada con la pequeña Mara.

—¡Capullo! ¡Mira que dejar que te peguen un tiro! ¡Estás perdiendo facultades! ¡Si es que ya eres mayor para esto! —bromeó. Aunque sus ojos reflejaban la angustia y el cansancio.

—¿Qué ha pasado al final?

—No te preocupes por eso. Están todos entre rejas. El FBI se encargará de ellos —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Y Julio? —pregunté. Lo último que supe de él fue que salió

corriendo detrás de Jack y Harris.

—Se creyó un piloto de carreras y se enzarzó en una absurda persecución contra esos dos. La policía lo detuvo. Ha pasado algunas horas en la comisaría, pero ya está en casa. Todos estamos bien. Mara está deseando que regreses para jugar contigo a tomar el té. Así que, ya sabes, recupérate pronto. ¡Es una orden!

Asentí con la cabeza y, más tranquilo por saber que todos estaban bien, volví a quedarme dormido. Es lo que tenía estar en el hospital tras una operación, te ponen de calmantes hasta las cejas.

Cuando volví a abrir los ojos, la claridad entraba por la ventana a raudales. Kimani dormía en el butacón junto a mi cama. Su semblante era en apariencia sereno, no obstante, la preocupación se reflejaba en su bello rostro. La dejé descansar durante un largo tiempo, hasta que una enfermera irrumpió en la habitación, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Cómo se encuentra el herido? Le traigo el desayuno. Servicio de habitaciones.

—¿Un todo incluido? —bromeé.

—Calle, pillín, que se va a enterar su novia —replicó zalamera. Era una chica joven y bastante atractiva, además, con un gran sentido del humor y una bonita sonrisa.

—No soy su novia, eso quisiera este casanova de pacotilla —contestó Kimani con una sonrisa triste. Intentaba bromear sin resultado alguno.

Kimani movió la mesilla, la puso frente a mí y me ayudó a incorporarme un poco, para que pudiera desayunar más cómodo. Bebí el té y comí las tostadas a pequeños trozos. Apenas tenía hambre, pero quería recuperarme cuanto antes. Sabía, por las veces anteriores, que, si no había tocado ningún órgano interno, podría marcharme a casa ese día. De las curas ya me encargaría yo, me había vuelto todo un experto entre mis heridas y las de mis amigos. Recordé la cantidad de balazos que sumábamos entre todos. Algunos más complicados, por estar en lugares donde no había ni un triste hospital de campaña, tan solo el médico de la misión. La verdad era que llevábamos un gran bagaje juntos.

De repente, la puerta se volvió a abrir y, como si los hubiese invocado, aparecieron todos, con sus habituales sonrisas y bromas. Mara iba con ellos. La niña enseguida corrió en mi dirección y se subió en la cama.

—Tito, la próxima vez que te pongas enfermo, yo seré tu enfermera. No

quiero que estés aquí. Este sitio es muy triste. Deja que yo te dé el té —dijo con su sonrisa.

—De acuerdo, pero a pequeños sorbos. El tito debe hacer las cosas despacio —dijo Kimani.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la pequeña con su habitual chulería y cruzándose de brazos. Cada día me recordaba más a la abuela Mara.

Todos estallaron en carcajadas. Los miré mal porque no sabía cómo explicarle la verdadera índole de nuestra relación. No podía decirle que era la chica con la que me encontraba en un club liberal y me ponía como un cerdo follarla delante de todos. Descarté ese pensamiento por dos razones. La primera era bastante obvia y saltaba a la vista. La segunda, Rebeca me mataría.

—Una amiga de tu tito —atajó Kimani.

—¿Y por qué, si eres tan amiga de mi tito como para estar aquí cuidándolo, no te conozco? —replicó la granuja. Permanecía callado a la espera de la contestación de Kimani. Veríamos cómo salía de esa.

—Porque soy una amiga bastante especial. Nos conocemos desde hace poco tiempo. También soy amiga de tu tito Julio —respondió, pero me puso de mal humor que comparara nuestra amistad a la de Julio. Negué con la cabeza para sacar esos pensamientos de ella.

Durante un rato jugué con Mara a que me curaba las heridas, mientras Taylor y George bromeaban con otro tipo de disfraces de enfermeras y Rebeca les hacía recriminaciones veladas. Así era nuestra amistad, siempre buscándonos las cosquillas para enfadarnos y burlarnos del otro, pero siempre juntos.

Aunque en los últimos años, nuestra amistad se había distanciado y cada uno había elegido un camino, en el fondo, seguíamos siendo los de siempre. Estábamos allí, para lo bueno y para lo malo, a un golpe de teléfono para hacer piña. Fue un sentimiento que me reconfortó porque ellos eran mi auténtica familia, a pesar de que cada uno tenía la suya.

¿Cuándo estaría listo para tener la mía? Casi con total seguridad... nunca. Tenía muy claro que no servía para enamorarme. Pude hacerlo de Gloria, una mujer de bandera, y aunque puse todo mi empeño, no lo logré. No sabía qué me depararía el futuro con Kimani. De momento disfrutaba de un magnífico sexo sin ataduras. Aunque ella estuviera aquí, cuidándome, sabía que no lo hacía por amor. Ella era otra alma libre. No estaba dispuesta a las

ataduras de una relación seria. Disfrutaba del sexo sin más. Y eso era lo que más me gustaba de ella, que fuese capaz de disfrutar de ese cuerpo creado para el pecado.

Mis amigos permanecieron todo el día junto a mí. Comieron bocadillos, bebieron refrescos de la máquina de bebidas y no se separaron ni un segundo. Kimani aprovechó para marcharse a casa a descansar. Estaría agotada después de pasar toda la noche conmigo, durmiendo en ese incómodo butacón.

Entrada la tarde, el médico pasó a verme y, tras darme las indicaciones necesarias, me dio el alta hospitalaria. Podría regresar a casa. Al menos, allí estaría más cómodo y la comida sería mejor.

—Eli ha hecho un asado de carne para esta noche. Quiere que comas algo casero para que recuperes fuerzas pronto —dijo Taylor con orgullo en su voz. Eli era una cocinera excepcional y su asado era una de mis comidas preferidas. Salivaba solo con pensarlo.

—Ya estamos tardando en llegar. El restaurante de este hotel deja mucho que desear —bromeé.

Taylor me ayudó a incorporarme, quitarme el ridículo camisón del hospital donde se me veía todo el culo y vestirme con la ropa que habían traído de casa. De repente, recordé a Christine y su plan de reconquista. Había todavía muchos cabos sueltos. No comprendía nada de lo que había pasado en el hotel ni los motivos por los que los llevaron a realizar tales actos. Y tampoco sabía si los dos tortolitos se habían reconciliado. Miré a Mara.

—Mara, cariño, ¿por qué no vas con mamá a comprar patatas en la máquina mientras el tito se viste? —pregunté ansioso por interrogar a Taylor sobre los otros dos.

—¿Por qué? ¡Ya te he visto la churra! —exclamó. Todos estallamos en carcajadas. La niña no tenía remedio.

—Mara, cariño, vamos a la cafetería a merendar. Te voy a comprar uno de esos gofres bañados en chocolate que tanto te gustan —dijo Rebeca, cogiendo la mano de su hija, sabedora de que ese ofrecimiento no lo iba a rechazar.

Ambas salieron por la puerta. Miré a Taylor, interrogativo.

—¿Y bien?

—Nada. Con todo este lío, Christine decidió esperar un poco. Sigue escondida en casa mientras no vuelvas y se aclaren las cosas. Izan y Jayden

están en la puerta de casa, escondidos, como dos gorilas, desde que ha llegado. Menos mal que Julio aún no ha preguntado por ellos ni por ir en busca de Christine. Hacemos auténticos malabares para que no se dé cuenta de que está en mi casa, macho —respondió Taylor. Ambos reímos.

—Entonces, se supone que el plan continúa adelante —pregunté con una sonrisa en la boca. Me alegraba de que, por fin, tuviéramos que organizar una especie de operativo para algo bueno.

—Por supuesto. No vamos a dejar que estos dos no se reconcilien. Julio, a pesar de haber salido ileso de todo esto, parece que tiene un palo metido en el culo.

—Está así desde que ella se marchó. Menos mal que no estoy enamorado. ¡Os volvéis gilipollas! —exclamé, riéndome.

Terminé de vestirme, pasamos por la cafetería para recoger al resto de la panda y, por fin, pudimos salir del hospital. Mara me recibió con una enorme sonrisa embadurnada de chocolate. Estaba para comérsela. Me reí ante su imagen y la abrecé con cuidado de no hacerme daño, manchándome la camiseta de chocolate. Estalló en una carcajada como si fuese inocente.

Cuando llegamos a casa de Julio, me acomodé en una de las hamacas de la piscina. Estaba anocheciendo y el frescor era bienvenido. Estábamos todos allí. Unos se encargaban de las bebidas, de poner el cesto con el pan, o de los platos y cubiertos. Hasta Mara ayudaba, mientras yo dirigía todo desde mi cómoda posición. Aún permanecían los restos de los calmantes en mi organismo, por lo que me negaron que tomase cerveza, así que tuve que conformarme con un botellín de agua.

Disfruté cada instante de esa escena. Eli trajo una gran fuente con un perfecto asado que olía de maravilla. La salsa de arándanos era mi preferida. También pusieron en la mesa un par de tortillas de patatas. Todos habían colaborado, de alguna forma, en esa cena tan especial. Reí porque no me pasó desapercibido el detalle de que, tanto a la tortilla como al asado, les faltaba una porción. Arqueé una ceja a modo interrogativo hacia Eli que me respondió con una sonrisa y se encogió de hombros. De repente, sonó el timbre de la puerta. Julio se apresuró a abrir.

—Señor Díaz, tenemos que realizarles unas preguntas. —Escuché una voz seria. Todos nos quedamos callados a la espera—. Soy el inspector O'Connor, del FBI.

—Pase, por favor. Estábamos a punto de cenar.

Un inspector del FBI de mediana edad entró con paso firme hacia la zona del jardín. Llevaba en las manos una libreta con tapas de piel negra y una estilográfica. Recorrió con su mirada a todos los que estábamos allí y carraspeó.

—Por lo que veo, están todos. Mejor así. Podré hacerles las preguntas sin tener que dar más viajes —aclaró con un tono de voz algo brusco.

—Pregunte todo lo que quiera —contestó condescendiente Julio. Este chico siempre era correcto, aunque estaba molesto no solo por el tono de voz empleado por el agente, sino por la situación con Christine. Lo conocía lo suficiente como para saber que le estaba costando la propia vida no coger un vuelo para ir en su busca.

—Lo primero que quería preguntarle era por qué no llamaron al FBI en cuanto comenzó todo esto. —No era una pregunta, sino una acusación directa. No se andaba con rodeos.

—Cuando comencé mi trabajo en el hotel, en un principio, pensé que se trataba de un simple error de las cámaras de seguridad. No tenía constancia de la relación entre ese fallo y el pequeño hurto que hubo en una de las *suites* —contestó Julio, haciendo acopio de toda la paciencia que le quedaba.

—¿Y las amenazas a la directora del hotel no lo estimó lo suficientemente grave como para interponer una denuncia? —preguntó altivo, elevando una ceja—. Según tenemos entendido mantienen una relación amorosa.

—No supimos de las amenazas hasta mucho después. Le repito que llevaba poco tiempo incorporado a mi nuevo puesto. La directora del hotel no se molestó en hacerme partícipe de esas amenazas hasta varias semanas después, cuando cometieron el robo de las joyas, ya era algo más importante, por lo que procedimos a llamarles. Es todo lo que sé —replicó molesto, obviando el tema de la relación entre ellos.

—¿Tampoco que hubieran envenenado a... —miró la libreta y alzó el rostro, mirando fijamente a los ojos de mi amigo— Sweet? ¿No era suficiente para interponer la denuncia?

—Con su permiso, le diré que la muerte de su perrita Sweet sucedió antes de mi llegada. Si ella no me lo contó, no lo podía saber.

—¿Y dónde se encuentra la señorita Williams en estos momentos? Me gustaría poder hacerle unas preguntas.

—Se marchó. Así que en eso no puedo ayudar. Si todo lo que tiene que

recriminarnos es que no denunciáramos antes, le diré que, cuando se cometió el robo de las joyas, ya era algo más importante, por lo que pusimos la pertinente denuncia en la policía, le dimos todos los detalles de lo que estaba ocurriendo, a pesar de que nosotros continuáramos con nuestra propia investigación. ¿Y sabe cuál fue el resultado? El mismo que obtuvimos nosotros, ninguno —contestó Julio bastante molesto. Todavía le dolía demasiado recordar la marcha de Christine. Me estaba empezando a tocar los cojones.

Rebeca cogió a Mara de la mano y la llevó dentro de la casa. Se excusó, alegando que iba a acostar a la niña. No queríamos que se enterase de nada. Era muy pequeña para que estuviera en medio de esto. Entre todos deseábamos que viviera en su propio mundo de unicornios rosas durante el mayor tiempo posible.

—Lo que no comprendo es el motivo por el que la señorita Williams se ha cogido una excedencia, precisamente en este momento...

No lo vi venir, pero tampoco podía hacer nada para impedirlo. De repente, Julio se abalanzó contra él y le propinó un puñetazo en el pómulo, provocándole una pequeña herida que comenzó a sangrar. El inspector O'Connor lo miró, cogió un pañuelo de su bolsillo y se limpió la herida, alzando una ceja.

—¿Qué está insinuando? Como bien sabe, la estaban amenazando y envenenaron a su perrita Sweet, por la que sentía adoración, así que no vuelva a insinuar nada de ella como si fuese una delincuente. Su marcha no tiene nada que ver con todo este embrollo y, si no saben por dónde cojones tirar para solucionar todo esto, no impliquen a personas inocentes. Los inútiles son ustedes —dijo casi gritando, apuntándolo con un dedo amenazante.

Todos permanecemos a la espera, casi aguantando la respiración. El momento era lo bastante tenso como para no saber qué ocurriría a continuación. El inspector respiró con un gesto de cansancio.

—¿Puedo? —pidió permiso para sentarse, señalando una silla. Julio tan solo asintió, y el señor O'Connor se sentó en ella. Julio lo hizo en la silla de enfrente y se encendió un cigarrillo. Nos ofreció al resto. Cogí uno ante la mirada reprobatoria de Taylor y Edward. Intentábamos calmar los nervios—. Todo este asunto nos ha llevado hasta el dueño del Ships, el señor Murdork.

Todos nos miramos, ya que ninguno lo conocíamos. No teníamos ni idea de quién se trataba.

—¿Y qué tiene que ver Christine en todo este asunto? —preguntó Julio. De momento dejábamos que fuese él quien llevase la conversación. Nosotros nos limitábamos a apoyarlo; por eso mismo, me levanté, no sin esfuerzo, de la hamaca en la que estaba estirado y me senté a su lado. En realidad, todos estábamos alrededor de Julio, atentos a todo lo que pudiera pasar y dispuestos a saltar a la mínima. Preparados.

—Como sabrán, el padre de la señorita Williams es un reconocido empresario de la hostelería. Posee una cadena hotelera casi tan importante como la del señor Bellatox. —Alcé una ceja porque eso no me lo esperaba. Miré a mi alrededor y parecía que todos lo sabían, menos yo. Últimamente no me enteraba de nada. Quizá se me había pasado por mi continua obsesión por el club liberal y el sexo—. El señor Murdork poseía un hotel en Nueva York. Las influencias del señor Williams provocaron que se lo cerraran y quedase en sus manos. Está metido hasta las cejas en negocios no muy limpios, como trata de blancas, narcotráfico y prostitución, entre otros. Creemos que uno de los motivos puede ser la venganza.

Nos quedamos petrificados ante sus palabras. Julio empezó a temblar, cogió otro cigarrillo y, con trabajo, se lo llevó a la boca y lo encendió sin decir ni una sola palabra. Nosotros estábamos acostumbrados a tener que tratar con jefes de bandas de narcotraficantes cuando estuvimos en algunas de las misiones, pero no el pobre Julio. Él apenas había salido de España. A lo máximo que se había enfrentado era a *hackers* en una auténtica guerra de información empresarial. Todo, desde la seguridad de su despacho.

—¿Qué tiene que ver el señor Murdork con todo este tema? —pregunté lo que a Julio no le salía. Sabía que ahora mismo estaba aterrado. Le di una palmada reconfortante en la espalda.

—Hemos podido establecer algunas conexiones a raíz de la información que nos dio el señor Díaz. Tanto Agatha como la propia Sheila Smith trabajaban en el Ships, haciendo bailes... subidos de tono.

—Eso ya lo sabíamos —interrumpí.

—Ahí se conocieron ellas. Los otros dos, Bill Hender y Clay Allison, también trabajaban para el señor Murdork.

—De acuerdo. ¿Y qué tienen que ver Jack, Harris y Peter en todo esto? Es algo que no comprendo —pregunté con mi cabeza dando mil vueltas a todo el asunto.

—En realidad, han sido cómplices forzosos. Son los que primero han

largado. Al parecer, hace varios meses, antes incluso de que Peter, el antiguo director, dejase su puesto, empezaron a realizar pequeños hurtos en habitaciones de huéspedes. Nada serio, para no llamar la atención. Jugaban con el factor de que conocían el sistema de seguridad, ellos investigaban y todo se quedaba en nada. Peter hacía la vista gorda y se repartían el botín entre los tres.

—Comenzaron a jugar con el fallo de las cámaras de seguridad — aclaró Julio.

—Exacto. Y como eran pequeñas cantidades, el seguro del hotel se hacía cargo, sin hacer prácticamente preguntas. Ellos se ganaban un poco de dinero extra y ni el hotel ni los clientes perdían. Todos contentos.

—¿Entonces? Sigo sin comprender cómo unos pequeños hurtos los han llevado a todo esto. Entiendo que la avaricia y el dinero son bastante llamativos, pero no tanto como para echar su vida por la borda. Tenían un buen puesto de trabajo, eran valorados dentro del hotel y les respaldaba un buen sueldo —volvió a interrumpir Julio. Estaba impaciente.

—Deja que termine de contarlo todo, Julio —intercedí. El pobre inspector vino para a interrogarnos y, en vez de hacerlo, en un principio, nos acusó y ahora nos aclaraba todo lo que estaba ocurriendo.

—Como he dicho antes, eran pequeños hurtos sin importancia. En una ocasión, robaron el portátil de un cliente, creyendo que podrían sacar algo en el mercado de segunda mano, con la desafortunada suerte de que era el del señor Murdork.

—No veo que sea un motivo tan importante como para obligarlos a eso.

—Contenía toda la información de sus negocios, la mayoría no tan legales.

—¿Y no hubiese sido más lógico que ellos tres lo chantajearan?

—Hubiese sido más lógico si ellos supieran la información tan valiosa que tenían entre manos, pero no era así. Se limitaron a formatear el disco duro y venderlo de segunda mano para sacar algo de dinero.

—Sigo sin comprender el motivo por el que terminaron haciendo esto —volvió a interrumpir Julio.

—Los chantajeaban con contarlo todo al señor Bellatox. Además, este tipo de personas, como el señor Murdork, no se andan con medias tintas. Me la haces, me la pagas. Es así de simple. No tienen ningún tipo de escrúpulos.

En ese momento, Rebeca salió al jardín con un botellín de cerveza en la mano. El asado debía haberse enfriado. Todo seguía en la mesa igual que antes de que llegara el inspector. Les ofreció uno al resto, que aceptaron encantados, menos el señor O'Connor, que alegó que estaba de servicio.

—Vale, entiendo que Jack, Harris y Peter debían pagársela por el tema del portátil y demás, pero ¿planear un robo de este tipo? Es un hombre que, por lo que cuenta, tiene negocios bastante lucrativos en otras áreas.

—Creemos que esto ha sido un acto de chulería, creerse por encima del bien y del mal. Desbancar al casino que dirige la hija de su enemigo, del señor Williams, y vengarse de su padre a través de ella. Con la ayuda de ellos tres, les era más fácil cometer diferentes delitos, creando varios focos para desviar la atención. E intentaron asesinar a la señorita Williams, no por las amenazas, ni porque ella no le pasase los informes de los futuros huéspedes, sino por venganza a su padre por quitarle el hotel que tenía en Nueva York. Es una de las teorías que barajamos. Aún no está cerrada la investigación. Por eso he venido. Debemos interrogarla para aclarar el asunto. Sabemos que salió de Las Vegas antes de que sucediese todo y que sus últimos días los pasó aquí.

—Ella no está involucrada. Su marcha fue por motivos personales — saltó Julio con cara de enfado. Rebeca le puso una mano en el hombro para intentar calmarlo.

—¿Tan importante era ese hotel como para querer incluso asesinar? — preguntó Rebeca, que ya se había incorporado a la conversación, sentándose en el regazo de su marido, que hasta ahora, permanecía tan callado y atento como el resto. Julio los miró con una sonrisa triste.

—Según nuestros informes, se encontraba bien situado, convirtiéndolo en el centro neurálgico de todas sus operaciones. Allí era donde llegaban las chicas provenientes, sobre todo, de la zona de la Europa del este y comenzaban su formación; las preparaban para lo que iban a hacer. Elegían si se convertían en bailarinas, ejercerían la prostitución en la calle o, *las más afortunadas*, como señoritas de compañía para señores de la misma índole que el señor Murdork. Allí esperaban su traslado a las diferentes ciudades donde tenían negocios, además de tener sus oficinas centrales.

—Por eso Jack y Harris se pasaban el día en el Ships, planeando todo —continuó Julio.

—Exacto. Sin embargo, su llegada como nuevo miembro del equipo de

seguridad informática, les dio bastantes dolores de cabeza. Una vez que tenían todo planeado, tuvieron que cambiar la estrategia para que usted no se diese cuenta de que estaban jugando con ellas.

—Pero cambié todas las contraseñas y accesos a las cámaras en el momento en el que me di cuenta de que estaban fallando. Había repasado todo el *software*, línea por línea, y comprobé el cableado. Les quité el acceso a ellas —aclaró Julio.

—Sin embargo, no lo hizo con Peter. Como antiguo director del hotel, tenía todas las contraseñas, acceso a todo. Cuando dejó el cargo, nadie se encargó de restringir ese acceso.

—Puede ser lógico. En una ocasión, Christine me dijo que ella sí tenía las contraseñas a todos los sistemas —dijo Julio, pensando en voz alta con el ceño fruncido.

—Con el cambio de dirección, Jack y Harris fueron los encargados de restringir el acceso a Peter que, por supuesto, no hicieron.

—Pero para poder hacer eso, debía estar dentro del hotel, en sus instalaciones. Le puedo asegurar que desde el exterior es imposible acceder a la red por los sistemas de seguridad que instalé. ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta de su presencia en todo este tiempo? —preguntó Julio desconcertado.

—Peter estaba en el hotel desde que lo sustituyeron. Se escondía en su antiguo dormitorio de personal. Como se suponía que estaba libre, nadie se encargaba de la limpieza, ni entraban, y él podía vivir allí con total tranquilidad. La señorita Agatha Steven se encargaba de llevarle comida todos los días del comedor de empleados. Hemos encontrado allí un portátil desde el que se conectaba, jugaba con las cámaras y le decía a la señorita Steven cuándo era el mejor momento para que pudiera llevarle la comida sin ser vista.

—Lo tenían todo bien atado —comentó Taylor.

—Sí. Además, al trabajar allí, conocían a todos los empleados, sus horarios, sus costumbres, todo... —dijo, encogiéndose de hombros.

—Pues fueron un auténtico dolor de cabeza. Nos estaban volviendo locos.

—Lo que no comprendo, señor Díaz, es por qué llamó a sus amigos en lugar de hacerlo al FBI —preguntó el inspector con una ceja levantada.

—En un principio no les llamé. Vino solo Eme para descansar y

ayudarme, ya que, tras una reunión, el señor Bellatox dejó claro que quería que esto se resolviese de la forma más discreta posible. Después del robo de las joyas, empezó a venir la policía por allí, haciendo preguntas tanto a empleados como a clientes del hotel, molestándolos, e incluso, hubo algunos que se marcharon antes de tiempo. Nuestro complejo hotelero se anuncia como uno de los más seguros de Las Vegas, por lo que no nos podíamos permitir un escándalo de esta magnitud. Van a ser pérdidas millonarias —respondió Julio, mucho más calmado.

—Lo que ocurrió en el casino ayer por la mañana fue un error que se cometió por parte de un novato del FBI. No deberíamos haber abierto fuego, pero el chaval se puso nervioso cuando vio que alguien encañonaba a una mujer —explicó el inspector, mirando a Rebeca.

—Teníamos la situación controlada, si no hubiese sido por vosotros, se habría solucionado sin ningún herido —replicó Taylor, mirándome.

—Para ser sincero, no sabíamos qué nos íbamos a encontrar, ni que teníamos a exmilitares controlando la situación. Ha sido una serie de desafortunadas casualidades. Si no sabéis dónde podemos encontrar a la señorita Williams, creo que va siendo hora de que me marche. Me parece que tengo las respuestas que vine buscando.

—Prácticamente no nos ha hecho ninguna pregunta —aclaró Julio.

—No, pero debía cerciorarme de que vosotros no sabíais nada más de lo que declarasteis ayer. Me alegro de que se haya recuperado —dijo mirándome, mientras se levantaba y se colocaba el abrigo, alisándolo con sus manos.

—¿Qué va a pasar con ellos?

—Todos pasarán una buena temporada en la cárcel, sobre todo el señor Murdork y sus dos esbirros, a los que se acusan de una lista interminable de delitos. Llegar a un acuerdo con la fiscalía, será trabajo de los abogados de Jack y Peter. Al fin y al cabo, gracias a ellos, se ha desmantelado una de las bandas más importantes.

Julio lo acompañó a la salida. El resto nos quedamos en silencio, intentando asimilar la información que nos había dado el inspector. Era todo demasiado enrevesado. Aunque, por fin, se había aclarado.

Cuando nos quedamos un poco más tranquilos, volvimos a calentar la comida. Se había enfriado y era una auténtica pena desaprovechar el asado que me mantenía salivando desde que el inspector nos interrumpió. Fue una

cena de las típicas nuestras, aunque sin música, ya que la pequeña se había quedado dormida y no queríamos despertarla. Risas, buena compañía, cervezas, aunque yo no las probase, y una estupenda comilona era todo lo que nos hacía falta para ser felices. Ahora que todo había pasado, estábamos mucho más relajados. Siempre me ocurría lo mismo. Cada maldita vez que me habían disparado, disfruté de estas reuniones nuestras con más intensidad, valorando la amistad que teníamos. Aunque la vida cambiaba con el tiempo y nuestras costumbres también, esto se perpetuaba cada vez que teníamos la mínima ocasión.

No volví a irme de viaje con Rebeca como lo hacíamos antes de que se casara con Edward; aunque los extrañaba mucho, entendía que sus viajes los reservase para hacerlos con su familia. Esa complicidad nuestra nunca cambió a lo largo de los años, pero me dolía no poder repetir nuestros improvisados viajes para surfear o escalar. Rebeca decía que Edward le había dado otro punto de vista más divertido a la escalada. No sabía a qué se refería, pero tampoco pretendía entenderlo. Nos lo pasábamos bien sin necesidad de ataduras. Cada vez que sacábamos el tema, ellos se miraban cómplices y se reían. Eran como dos adolescentes con las hormonas revueltas y, en parte, me daban envidia. Nunca tuve esa complicidad con Gloria.

Miré a Julio, que parecía absorto en sus pensamientos. Cada vez estaba más mustio. El pobre no sabía que su chica estaba tan solo a unos pocos metros, esperando la oportunidad para pedirle perdón.

Imaginé que el plan seguiría adelante, aunque se hubiese atrasado un poco. Conocía demasiado bien a Eli y sabía que, si se había propuesto algo, lo haría hasta las últimas consecuencias. Era una chica genial y muy dulce. Mi amigo Taylor tenía una gran suerte de poder contar con ella, de tenerla en su vida, al igual que Rebeca y Edward tenían la suerte de tenerse el uno al otro.

Los miré a todos. Mis amigos. Esos que estaban en lo bueno y en lo malo. Esos que a veces no necesitaban tener una larga charla contigo, sino una simple palmada en la espalda que te dijera que estaban ahí y que podías contar con ellos. Que cogerían un puto avión y se colarían donde fuese para prestar su ayuda. Esos con los que tantos momentos malos había vivido a lo largo de los años. Los que cruzaban una línea de fuego porque sabían que tú estabas cubriéndoles las espaldas solo para dar algo de comer a un chiquillo o salvar a una mujer de un tiroteo. Esos que daban su vida intentando salvarte el culo. Como hice ayer, cuando intuí que iban a disparar a Taylor y me lancé sin

pensarlo, solo porque Eli no supiera cuál era la sensación de ver a un ser querido herido.

Observé a todos cómo reían, cómo chocaban sus botellines de cervezas y estuve orgulloso de ellos, de la amistad que teníamos pese al paso del tiempo. Estaba más que seguro de que, en la próxima reunión, también se uniría Christine. No entendía muy bien por qué no venía aquí, se disculpaba y listo. No creía que a Julio le hiciese falta nada más, solo una mirada de ella. Ni tan siquiera el perdón. Con una mirada y un beso, todo se resolvería. O quizá fuese yo, que soy más simple que el mecanismo de un chupete. Con total probabilidad era yo, que no tenía ni idea de las relaciones y por ello fracasé estrepitosamente con Gloria.

No sabía qué pasaría en un futuro con Kimani; de momento, solo disfrutaba con ella. Aunque me iba a pasar unos días sin poder hacerlo. Eso me puso de mal humor, peor que el no poder tomar cerveza. ¡Jodida vida!

Con esos pensamientos, pedí ayuda a Taylor y nos marchamos para que pudiera acostarme. Estaba exhausto. Entre las emociones, el esfuerzo, por mínimo que fuese, y los calmantes, me quedaría dormido en la silla. Me despedí de todos hasta el día siguiente y nos dirigimos a su casa. Iba andando porque me negaba a ir en una silla de ruedas. Fue un acto de valentía del que me arrepentí. Podía haberme callado la boca cuando me la ofrecieron.

Al cruzar la puerta, nos recibió Eli con su dulce sonrisa. Me abrazó, me susurró al oído que me debía una muy grande y ayudó a Taylor a llevarme al dormitorio.

—¿Y Christine ha desaparecido de nuevo? ¿Ya se ha arrepentido? — pregunté bromeando.

—No digas pamplinas. La pobre estaba tan exhausta que se ha quedado dormida en el sofá. No tuve más remedio que despertarla para que se acostara en su cama. No para de llorar, y con todo esto, lo ha pasado muy mal —me respondió, encogiéndose de hombros—. También se siente culpable de todo lo que ha sucedido. Piensa que, como directora del hotel, debía estar allí y no haber huido a Nueva York.

—Ella no podía hacer nada. Incluso Julio se alegra de que estuviera allí, lejos de todo esto y en la seguridad de casa de su padre —le respondí, mientras subía las escaleras tan lento como un anciano.

—Eso mismo le he explicado. Pero esta chica es terca como una mula —agregó con una sonrisa en la cara. Esa misma que tenía siempre.

No hablamos más en el resto del camino. Cuando llegamos a mi dormitorio, ese que compartiría con George, ya que Christine ocupaba el otro, Eli se marchó, cerrando la puerta y dejándome con Taylor, que me ayudó a cambiarme de ropa y a acostarme como si fuese un inútil. Así me sentía en ese momento.

Cuando por fin pude estirarme en la cama, todos mis músculos se relajaron. Taylor se encargó de traerme la medicación y, casi inconsciente, me la tomé y caí en un profundo sueño, donde las balas volaban y no era capaz de determinar de dónde provenían. Las mismas putas pesadillas de siempre desde hacía años.

Capítulo veintiuno



Christine

Hacía tres días que regresé a Las Vegas dispuesta a pedirle perdón a Julio, hacer todo lo posible por recuperar su confianza y continuar mi vida junto a él. No me permitiría cometer el mismo error y perder al amor de mi vida.

Ideé un plan para reconquistarlo, me compré una camiseta personalizada, conté con la ayuda de sus amigos para que no supiera que estaba aquí. Eli y Taylor me recogieron del aeropuerto, me cobijaron en su casa y, en ocasiones, fue difícil por la presencia de la pequeña Mara, que parecía una detective en potencia.

El mismo día que llegué fue fácil. El tema se complicó al día siguiente, justo cuando íbamos a ejecutar el plan, Taylor llamó a su esposa para anularlo porque estaba ocurriendo algo en el hotel. No le dio muchas explicaciones por lo que nos pusimos nerviosas por la incertidumbre. Todo empeoró cuando Rebeca tuvo que dejar a la pequeña Mara con nosotras para unirse al resto. Y a la perrita, de la que Mara se había encariñado y se dedicaba durante el día a ponerle lacitos, jugar con ella a tomar el té e, incluso, a decirle que era un unicornio. Quiso pintarla de rosa.

Me llevé toda la mañana escondida en el dormitorio. No queríamos que la niña se diese cuenta de que estaba allí y se lo dijera a su tito Julio. Ya teníamos suficiente con intentar que él no se acercara por allí. En varias ocasiones, Taylor tuvo que interceder para que no lo hiciera, ya que mi chico estaba preocupado por la salud de Eli. La perrita subió las escaleras y comenzó a ladrar en la puerta de mi dormitorio, seguida de la niña que le preguntaba a Eli.

—Tita, ahí dentro debe de haber alguien, porque Bolita no para de ladrar —escuché decirle a Eli. Para la niña, todos eran sus titos y titas. Era muy cariñosa y zalamera. Sabía que, llamándolos así, ya podría hacer con

ellos lo que quisiera.

—¿Quién va a estar ahí, tesoro? Solo estamos nosotras y Bolita. Anda, vamos al jardín y te doy un helado, ¿te parece? —intentó camelársela, aunque la niña no se quedó muy conforme.

—Tita, no puedo tomar helados antes del almuerzo. Papá no me deja —dijo.

—¿Qué tal si es un secreto entre nosotras? —respondió Eli, bajando el tono de voz. La niña rio. Las voces las escuchaba ya más lejanas, por lo que deduje que se estarían marchando hacia la piscina.

Me relajé y, con lo poco que podía hacer encerrada en el dormitorio, puse un poco de música en mi móvil con los auriculares e intenté calmarme tumbada en la cama. Tenía los nervios a flor de piel por no saber qué ocurría en el hotel. Y todo era culpa mía por haber huido en lugar de enfrentarme al problema. Mi cabeza daba mil vueltas a todo. A mi relación con Julio, a las palabras de Betty, a lo que estaba sucediendo en el hotel... No podía quedarme parada y tampoco quería precipitarme como lo hice la vez anterior. Las palabras de Taylor taladraban en mi mente una y otra vez, diciéndome que era mejor que estuviera escondida, a salvo de todo, para tranquilidad de Julio. Pero ¿y la mía? ¿No contaba? Por supuesto que sí, claro que contaba, pero de nuevo estaba siendo una egoísta.

Las voces y las risas amortiguadas, tanto de Eli como de la niña, me llegaban a través de la pequeña rendija de la ventana que tenía abierta. Me apetecía unirme a ellas en el jardín y disfrutar de esos pequeños momentos. A pesar de que me crié en una gran casa con piscina, nunca tuve momentos así. Deseché la idea, no debía sumirme de nuevo en la autocompasión.

El día parecía que no avanzaba. Estaba pendiente de que Taylor llamara para darnos alguna noticia, cosa que no sucedía. A la hora del almuerzo, Eli hizo algo rápido. Siempre le había gustado cocinar, no como a mí que, aunque lo hacía, no me gustaba demasiado. Recordaba los momentos que, estando en mi casa cuando éramos unas adolescentes, preparábamos juntas el almuerzo o la cena, experimentando con sabores y texturas. A veces nos creíamos grandes chefs. La pobre Betty nos dejaba hacer, aunque luego nos tocaba limpiar todo el desastre que habíamos armado. Eran momentos divertidos.

Volví al instante donde estaba encerrada en un dormitorio sin nada que hacer. Decidí que tenía que salir, aunque la peque me viese. Ya intentaría

sobornarla con algo. Seguro que un helado obraría maravillas. No podía pasarme todo el día encerrada entre esas cuatro paredes o, de lo contrario, me volvería loca. La pobre Eli intentaba distraer a ese torbellino con pinturas, piscina y jugando a tomar el té. Ni tan siquiera había tenido un instante para traerme la comida. Había hecho *pizza* casera y el saberlo provocaba que mi estómago protestase por las horas que llevaba sin probar bocado.

Al final, salí de mi encierro y bajé las escaleras, mirando hacia todos los lados como si fuese una ladrona. Cuando llegué al salón, estaban almorzando mientras veían una peli en la televisión. La niña hablaba y comentaba todo lo que iba viendo, mientras Eli, con la paciencia de un santo, le respondía con una sonrisa en la cara.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que había alguien en la casa! ¡Bolita siempre ladra cuando hay alguien! ¡Además que la tita Eli hizo otra *pizza* más! —exclamó la niña, dando palmadas al tiempo que saltaba como si se tratase de un descubrimiento de vital importancia.

—¡Mara! ¡Mara! ¡Tranquilízate! —pidió Eli.

—Ahora con vosotras dos será más divertido jugar a tomar el té. ¡También podemos jugar a las peluquerías y a pintarnos las uñas de los pies!

La perrita se acercó y empezó a olisquearme. Me agaché y acaricié su suave cabecita. Eli me miró con reproche por haber salido. Me encogí de hombros, pidiendo disculpas, con una sonrisa para que no se enfadase. Avancé hacia la mesita del centro para coger un trozo de esa *pizza* que olía de maravilla. Me alegraba por salir de esas cuatro paredes, aunque eso supusiera que la pequeña Mara se fuese de la lengua. Ya inventaríamos algo.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Eli.

—Sí, por favor. —Me moría por tomarme una bien fresquita.

Mientras masticaba, me acerqué al gran ventanal que daba al jardín y miré a través de los cristales. Sabía que ahí, por algún lugar escondido, estarían Izan y Jayden. Conocía lo suficiente a mi padre, para saber que, aunque me dejó regresar, no permitiría que me expusiese.

Eli se marchó a la cocina y me pregunté si, al verlos, Julio me relacionaría con ellos. Por supuesto que sí. No era tan tonto como para no sumar uno más uno. Suspiré y deseé que llegase ya el momento de poder hablar con él.

Después de almorzar, las tres nos tumbamos en las hamacas a tomar el sol. Estábamos en relativa tranquilidad, ya que la niña, cada dos minutos, nos

preguntaba si podía bañarse en la piscina. Me encantaba la sensación del sol acariciando mi piel. Me producía sosiego y paz; una paz que era efímera porque mi cabeza daba mil vueltas a todo lo que pasaba. De momento, no teníamos noticias de Taylor y era algo que nos alteraba. Pero debíamos fingir esa tranquilidad por la pequeña. La tarde pasó entre baños en la piscina, juegos de maquillaje y de mesa, de los que se cansaba a los dos minutos, y tomar el café; hasta fingimos ser unicornios y se montaba en nuestros lomos para llevarla al país de Nunca Jamás.

Pasada la media tarde, cuando tanto Eli como yo estábamos exhaustas de tanto jugar con la niña, llamó Taylor. Eli se marchó al salón y cerró la cristalera para tener algo de intimidad. Durante unos minutos, que se me antojaron eternos, hablaba y escuchaba, con su rostro cada vez más demudado. Algo malo había sucedido y me mataba la ansiedad por saberlo. Disimulé como pude, pero nunca se me dio bien fingir. Mi cara siempre era un espejo fiel de lo que me sucedía. Al rato, regresó y mandó a Mara a bañarse en la piscina con uno de sus flotadores preferidos, mientras nosotras nos sentábamos en la mesa a vigilarla y tomar las dos cervezas que Eli traía en sus manos.

Las puso en la mesilla y con gesto serio se sentó a mi lado.

—Eli, por favor, dime qué está sucediendo —supliqué en voz baja para que la niña no se enterase de nuestra conversación.

—Al parecer, ha ocurrido algo en el hotel —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Julio está bien? ¿Están bien todos? —La impaciencia por saber algo más me llevó a interrumpir y no dejarla explicarse.

—Tranquilízate, así es muy difícil explicar lo sucedido —me regañó Eli.

—Está bien, me callo. —Claudiqué como una niña enfurruñada.

—Al parecer, han intentado desbancar al casino a través de tres jugadores, haciendo trampas o algo así. No entiendo muy bien lo que me ha explicado. La cuestión es que han intervenido todos, después ha llegado el FBI y se ha armado una muy gorda en el casino. —Hizo una parada en su discurso para que fuera asimilando sus palabras. Aunque no entendiese bien lo que me contaba, tan solo era capaz de asentir con la cabeza—. La cuestión es que, por un lado, ha habido disparos, pero tranquila... —No pude dejar que terminase de relatar lo sucedido. Me levanté como un resorte, intentando tragarme la exclamación que salía de mis labios.

—¡Julio!

—A Julio no le ha pasado nada. Ha sido a Eme. Le han disparado y lo llevan camino del hospital. —Eli cogió mi mano e hizo que me sentase de nuevo—. Tu chico salió del hotel persiguiendo a dos que se habían escapado. Después de una persecución, la policía se los llevó detenidos. —Volví a ahogar el grito que tenía atravesado en la garganta y que no podía dejar que saliera porque la niña estaba presente—. No te preocupes, Rebeca ha ido a comisaría para aclarar todo el tema —dijo, cogiendo mis manos por encima de la mesa y acariciando mis nudillos en un vano intento de infundirme una tranquilidad que no lograba tener en ese momento.

Di varias vueltas alrededor de la mesa, intentando pensar en algo. Estaba tan nerviosa que apenas era capaz de hacer nada. La niña me sacó de mis cavilaciones cuando comenzó a mojarme con el agua de la piscina. Respiré hondo porque ella, al fin y al cabo, no tenía culpa de nada. Tan solo era una niña pequeña en busca de algo de atención. La miré y forcé una sonrisa, esa misma que días antes había puesto cuando acudí a la fiesta con papá. Una sonrisa postiza. Mara me miró con curiosidad, pero no dijo nada. Era una cría muy intuitiva.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté al rato, cuando mis nervios y mi mente habían asimilado todo lo que Eli me había contado.

—Nada, tan solo nos queda esperar. Taylor me ha dicho que nos mantendrá informadas.

La tarde avanzaba tan lenta que parecía que el reloj se hubiese parado. Tenía tantos pensamientos rondando en mi mente que no era capaz de hilvanar ninguno con claridad. Las manos me temblaban y nada lograba tranquilizarme. Preparé una jarra de infusión de tila, que nos tomamos en el jardín mientras veíamos cómo Mara jugaba con sus muñecas. Teníamos que hablar con la pequeña para que no se fuese de la lengua. Así que decidí ser yo la que tomase la iniciativa.

—Mara, cariño, ¿puedes venir un momentito? Ahora sigues jugando.

La niña me miró y, con una sonrisa en sus labios, tiró sus muñecas en el suelo, vino corriendo hacia mí y se sentó en mi regazo. Le besé el cabello con cariño.

—Cuando venga el tito Julio no debes decirle que me has visto aquí. Quiero darle una gran sorpresa y, si se lo dices, ya no podremos hacerlo. ¿Sabes lo que es una sorpresa? —pregunté para hacer hincapié de que no

debía irse de la lengua.

—Claro, es como los regalos de papá y mamá por mi cumpleaños, que nunca quieren decirme qué es, pero yo me entero. Para que no se pongan tristes, hago como si no supiese nada.

Reí tanto por la explicación que me dio como por la cara de satisfacción que puso al hacerlo.

—Exacto. Pues esto es lo mismo. Le voy a dar una sorpresa al tito. Pero él no sabe disimular tan bien como tú, que eres muy lista, así que debemos hacerlo bien.

—¿Es el cumpleaños del tito Julio? —preguntó entusiasmada.

—No, tesoro, no es el cumpleaños del tito.

—Entonces, ¿por qué le queremos dar una sorpresa? —preguntó dubitativa.

—Porque ha trabajado mucho en el hotel en las últimas semanas y se lo merece —respondí lo primero que se me vino a la cabeza.

—Yo también he trabajado duro durante el curso, he sacado buenas notas y mis papás no me compran nada porque dicen que es mi obligación. Trabajar en el hotel sería la obligación del tito. ¿Por qué él se merece la sorpresa y yo no? —preguntó de nuevo.

¡Madre mía! Esta niña tenía respuestas para todo. Y me dejó sin saber qué contestarle. Menos mal que Eli me sacó del aprieto.

—Digamos que es un regalo de cumpleaños tardío —respondió Eli, guiñándole un ojo y zanjando la conversación.

—Está bien, no diré nada, al igual que vosotras tampoco le diréis a papá que me he comido un helado bien grande de chocolate —dijo con una gran sonrisa. Nos reímos por su chantaje, aunque Eli se levantó y se marchó a la cocina a prepararle la tan ansiada recompensa.

Intentamos seguir como si nada, pero la ansiedad se apoderaba de nosotras, a pesar de llevar tomada una jarra de infusión. Nos salvaron Rebeca y Edward, que vinieron un rato para ver a la niña. Rebeca se marchó con Eli a su dormitorio para poder hablar con mayor tranquilidad. Edward se sentó junto a mí en el jardín y Mara en su regazo.

—Mara, ¿te has portado como una niña mayor? —preguntó Edward.

—Sí, papi, me he portado muy bien.

—Me alegro. Ahora ve al cuarto de baño y límpiate los restos de chocolate que tienes en la cara y en las manos —dijo Edward, intentando

esconder una sonrisa.

—Pues no sé cómo habrán llegado los restos de chocolate, papi, porque no he comido nada —contestó, fingiendo. Enseguida se levantó del regazo de su padre y se marchó dentro de la casa.

Nosotros compartimos varios minutos charlando, esperando que llegase alguien y me aclarase la situación.

—¿Cómo está Eme? —pregunté ansiosa.

—Está en el quirófano. Todos están allí. De momento no sabemos nada. Ahora vamos hacia el hospital. Acabamos de ir a comisaría para aclarar el asunto y que Julio pueda salir lo antes posible —me explicó, tranquilizándome un poco.

—¿Rebeca ha visto a Julio? —pregunté, y Edward asintió con la cabeza—. ¿Cómo está?

—Dentro de lo que cabe está bien. No te preocupes, es cuestión de algunas horas que salga y lo tengas por aquí —respondió, guiñándome un ojo.

En ese momento llegó la niña como un remolino y se llevó al padre para jugar con él. Me quedé sentada, mirando la escena tan tierna que tenía ante mí. Nunca me planteé tener hijos, pero ahora tampoco era una idea que descartase. Imaginé a Julio con su propio hijo y se me empañaron los ojos. Estaba segura de que iba a ser un padre cariñoso, de esos que jugaban con sus hijos a lo que fuese. Nunca tuve un referente de ese tipo. Para mi padre, todo se basaba en darme bienestar económico, pero no recuerdo que jugase conmigo nunca. Deseché esa idea de la cabeza y me centré en la imagen, evadiéndome del estado de ansiedad en el que me encontraba.

Un poco más tarde, Rebeca y su marido se marcharon, prometiéndonos volver y ponernos al corriente del estado de Eme, dejándonos de nuevo a las dos solas, sin nada más que hacer que pensar en Julio, en las ganas de que llegase el momento de mi reencuentro con él, en todo el lío que se había montado, en el disparo de Eme y mi preocupación por su estado de salud. Sin poder remediarlo, las lágrimas corrieron libres por mis mejillas.

Ya estaba atardeciendo, por lo que nos dedicamos a duchar a la niña y prepararle algo de cena, esperando a que se quedara dormida cuanto antes, pero fue misión imposible. Horas más tarde, Rebeca nos envió un mensaje en el que nos decía que aún no tenían noticias de Eme.

Venían de camino para recibir a Julio, ya que Taylor había ido a recogerlo. La ansiedad por tenerlo tan cerca se apoderó de todo mi cuerpo. No

podía esperar más y quería también ir a recibirlo. ¡A freír monas el plan de reconquista! Solo deseaba tirarme a sus brazos y esperar que me aceptase.

Rebeca llegó casi sin aliento, cogió a la niña y se la llevó, no sin antes sellar nuestro pequeño pacto de silencio con la cría. Cuando Taylor llegó a casa, veíamos la televisión. Con sinceridad no sabría decir qué era lo que estaban emitiendo, ya que lo único que tenía en mente era saber que Julio estaba en casa, sano y salvo. Era tremendista, lo sabía. Solo había estado en una comisaría unas pocas horas, pero no podía evitar la desazón. Y, desde que Mara no estaba, ya no escondía mis lágrimas.

Taylor se sentó entre nosotras, le dio un suave beso a su esposa, un momento tierno con el que me sentí testigo de algo íntimo, algo que también quería tener con Julio.

—No te preocupes, Christine. Tu chico está bien. Un poco cansado, pero eso es todo. Lo único que necesita es descansar un par de días y estará como nuevo.

—Necesito verlo —casi imploré.

—Y lo harás. No te preocupes. Pero déjalo sosegarse.

Taylor se marchó de nuevo a casa de Julio. Solo había pasado un instante para ponernos al día.

Seguí su recomendación y me acosté. Aunque tuviese la tranquilidad de que mi chico ya estaba en casa, no pegué ojo en toda la noche, llorando por la cantidad de sentimientos que se arremolinaban en mi corazón y la culpabilidad por lo sucedido a Eme. La espera se me hacía eterna. Necesitaba ponerme frente a él y abrazarlo. Era lo único que necesitaba. Aspirar su aroma y empaparme de él. Sentirme rodeada por sus brazos. Volver a probar el sabor de sus besos. Comprendía que necesitaba descansar, pero también podría hacerlo entre mis brazos.

Ni tan siquiera supe la hora en que me quedé dormida, pero desperté demasiado temprano. Aún no había amanecido. Me tomé una tila para calmar mis nervios y volví a acostarme.

Cuando desperté lo hice con la noticia de que habían subido a planta a Eme. Me alegré mucho por él. Esa misma mañana iban todos al hospital para verlo. Kimani había pasado la noche con él. No sabía qué pasaba entre ellos, pero intuía que había algo. Me alegraba porque Kimani era una mujer íntegra, divertida, trabajadora y muy luchadora. Era una gran mujer.

Todos ellos pasaron el día allí, menos Julio que, al parecer, aún no

había despertado. Se llevaron a la pequeña Mara con ellos, por lo que pudimos estar un poco más tranquilas. Eli pasó todo el día cotorreando, dándome conversación a través de los múltiples recuerdos que teníamos juntas. Sabía que intentaba distraerme.

Cuando, por fin, nos dijeron que Eme estaba despierto y que muy probablemente le dieran el alta ese mismo día, nos pudimos relajar un poco más. Nos entretuvimos en hacerle un asado al horno y lo aderecé con mi salsa preferida de arándanos. Así, en la cocina, entre cervezas y charlas, preparamos un festín para todos. Al cocinar las tortillas de patatas, recordé el día que Julio la hizo para mí. Esa noche fue muy especial. Desde entonces, la tortilla se ha convertido en uno de mis platos favoritos. Sencillo pero con el encanto de la mejor compañía que pude tener en ese momento. Todo lo que hacía me recordaba a él, a sus caricias, a sus besos apasionados, suaves, a sus manos recorriendo cada centímetro de mi piel, a su voz ronca. Todo giraba en torno a él.

Eli se lo llevó todo para recibir a su amigo, no sin antes cortar un trozo para nosotras y reservarlo para la cena.

Me asomé al jardín solo por escuchar las voces de todos. Pero me recibió el silencio. Los jardines no colindaban y eran lo suficientemente grandes como para no escuchar al vecino. Ante la decepción, entré de nuevo en la casa, cenamos algo mientras hablábamos del plan para el día siguiente. No había vuelta atrás ahora que las aguas habían vuelto a su cauce. Necesitaba pedirle perdón a Julio y lo haría por todo lo alto. No quería esperar ni un minuto más. Con todas las emociones que estaba viviendo, no podía remediar llorar por todo. Estaba enloqueciendo, lo mismo reía ante el recuerdo de nosotras dos en la cocina de casa, que lloraba por la distancia que tenía con Julio, cuando estaba tan cerca y tan lejos a la vez. Exhausta y echa un mar de lágrimas, me quedé dormida.

Al amanecer me desperté con las energías renovadas y un cosquilleo en el estómago provocado por la ilusión del reencuentro. Me duché y bajé a desayunar donde mis amigos me esperaban.

—¿Preparada para liarla parda? —preguntó Taylor con la sonrisa de siempre.

—¡Preparadísima! —contesté con emoción.

—Me voy, entonces. Cuando tenga todo preparado, os llamo. ¿Cómo

vais a ir hasta allí? —preguntó Taylor, mirando a su esposa.

—Rebeca nos va a acercar. No te preocupes por eso —repliqué de inmediato. No quería que se retrasase ni un minuto más de lo preciso.

—La pena es que no podemos contar con Eme. Hubiese sido divertido —dijo como si se tratase de una reflexión en voz alta.

—¿Quién va a hacer el trabajo de Eme?

—He hablado con Edward y George. Todos van a participar de una forma u otra. De todos modos, ahora mismo tenemos que concretar algunos flecos que tiene el plan.

—¿Flecos? —pregunté nerviosa. No quería dejar nada al azar.

—Pequeños detalles. No te comas el coco. Cosillas sin importancia.

—¡Madre mía! Miedo me das cuando dices que todavía quedan algunos detalles —dije entre risas nerviosas, poniéndome las manos en la cara.

Terminamos el café y Taylor se marchó, dejándonos a solas con los nervios a flor de piel y sin mucho que hacer. Solo esperar a que nos llamaran para decirnos que todo estaba listo y emprender la marcha hacia el lugar indicado. No tenía demasiado claro que el plan funcionase, pero debía intentarlo.

Quería decirle lo mucho que lo amaba y demostrarle que deseaba su perdón por encima de todo y lo haría cantándole la canción que para nosotros era tan importante. Me marché a mi dormitorio y comencé a maquillarme un poco, lo justo para quitarme los rastros de ojeras que tenía debido a las malas noches sin dormir y los continuos llantos de días anteriores.

Me recogí el cabello en una coleta alta y me pinté los labios de un rojo intenso. Me encantaba ese color y me hacía sentir segura. No me maquillé más, porque sabía que a Julio le encantaba mi rostro al natural, sin pizca de maquillaje. Decía que era el modo de mostrarme ante él tal y como soy, sin esconderme detrás de ninguna máscara, como hacía en el hotel.

Cuando me sentí preparada, terminé de vestirme. Los vaqueros que había comprado en aquella tienda del SoHo, junto con la camiseta de tirantes del perdón, aquella que diseñé especialmente para ese día y que la chica preparó con tanta premura.

Bajé al salón y encontré a Eli sentada en el sofá con un libro en las manos. Al escucharme, levantó la cabeza de la lectura y sonrió. Me senté junto a ella.

—¿Nerviosa? —preguntó con una sonrisa en la cara.

—Mucho. Me conoces desde hace años. Sabes que soy una persona que comete locuras sin pensarlo la mayoría de las veces y que meto la pata con bastante frecuencia, pero este tema me tiene un poco alterada. Creo que voy a cometer la mayor locura de mi vida.

—La mayor locura de tu vida. Te he escuchado decir tantas veces esa frase que ya ni me lo creo. También lo fue la vez que te marchaste de casa para vivir en una caravana, o recorrer Europa sola, con los dos guardaespaldas y una mochila. —Comencé a reírme al recordar aquellas anécdotas—. También, cuando te fuiste a vivir con el innombrable. Esa sí fue la mayor locura. ¿Recuerdas el día de mi boda cuando estuvimos hablando el día anterior entre mojitos? —Volví a reír y asentí—. Te dije que iba a cometer una locura y me respondiste que las mejores son aquellas que se hacen por amor.

—Estaba borracha. Eso no vale, llevaba ya unos cuantos mojitos en el cuerpo. —Volvimos a carcajearnos al recordar ese día. Fue memorable. Eli decía que iba a llegar a su boda con resaca y no podría cumplir con su hombre.

—Borracha o no, me dijiste una gran verdad. Las locuras por amor son las que merecen la pena, aquellas que recordarás para siempre, aunque todo salga mal, porque, al menos, lo intentaste.

Sonreí ante sus palabras y nos quedamos de nuevo en silencio. El teléfono de Eli sonó, despertándonos de los recuerdos. Todos estaban preparados. Llegó el momento de ponernos en marcha..

Respiré para intentar calmarme, pero me fue imposible. Todo iba a salir bien. De eso estaba segura. ¿Lo estaba? ¿Iba a salir cómo esperaba? No creía que Julio me rechazase después de todo el despliegue que estaba formando tan solo para pedirle disculpas. Pero tampoco lo descartaba.

¡Dios! ¡Era una tortura! ¡Mierda, me iba a volver loca de tanto pensarlo!

—No le des más vuelta al tema —dijo Eli—. Casi puedo ver los engranajes de tu mente dando vueltas. Estás preciosa. Y esa camiseta le va a encantar.

—Eso espero. Pero no puedo evitarlo. Se me va a salir el corazón por la boca.

—Sabes que eso es imposible, ¿verdad? Creo que todavía no se ha registrado ni un solo caso. Así que tranquila porque tu corazón no se va a salir

de su sitio —replicó, guiñándome un ojo.

Ambas reímos, y me relajé un poco. Ese era el efecto que Eli ejercía en mí. Era capaz de tranquilizarme con tan solo una frase. A veces, con un simple mensaje de WhatsApp o con un *gif*, que me provocaba una sonrisa. Ella era como la hermana que nunca tuve.

A los pocos minutos, Rebeca llegó para ir hasta el lugar donde me encontraría con Julio. Un lugar importante para nosotros. Un sitio que, aunque pasase el tiempo, siempre permanecería en nuestros corazones y, a partir de ese instante, esperaba que ocupase un trocito privilegiado: el parque de atracciones al que fuimos cuando estuvimos en Los Ángeles.

El camino hasta allí no fue, ni por asomo, tan especial como la primera vez. Fueron unas cuatro horas de camino en silencio, cada un asumida en sus propios pensamientos, a pesar de que tanto Rebeca como Eli intentaron animarme. Pero los nervios me impedían disfrutar de algo tan sencillo como el camino en coche hacia Los Ángeles con un par de amigas y la radio a todo volumen, flotando en el aire música cañera como nos gustaba a todas.

Después de parar un par de veces para tomar café, por fin llegamos a nuestro destino. Ahora tocaba esperar de nuevo a que el plan funcionase. En un principio, íbamos a hacer que Taylor jugase con los semáforos y desviar a Julio de su camino para llegar a un pequeño escenario que había en el centro de Las Vegas, pero luego pensé que sería más romántico e impactante hacerlo allí, en ese parque de atracciones donde vivimos momentos mágicos.

El problema era tener una excusa creíble para llevarlo hasta allí sin que pusiese ningún impedimento. Y esa excusa fue Mara. La pequeña era su debilidad y todos estaban de acuerdo en que cuanto ella se lo pidiera, no habría nada que lo impidiese. De esa forma, idearon una excursión solo de chicos para llevar a la pequeña. Taylor, Edward, George y Julio pasarían el día allí, mientras Eli y Rebeca se relajaban en un *spa*.

De lo que Julio no se dio cuenta fue de que Rebeca no era asidua a ese tipo de establecimientos. Y esa carta la jugamos a nuestro favor.

El plan estaba en marcha. Subida a una pequeña tarima, con mi camiseta, un micrófono y una pequeña mesa donde había un ordenador a la espera de darle al *play* y que comenzase mi función. Una que esperaba que no olvidase jamás.

Capítulo veintidós



Al día siguiente de aclarar todo el tema, a mis amigos se les ocurrió la feliz idea de llevar a la pequeña Mara al parque de atracciones. Según ellos, ya que todo se había esclarecido, querían dar a la cría un día de diversión. Y no había otro puto parque de atracciones en todo Estados Unidos que el mismo en el que estuve con Christine.

Me negué a ir, sobre todo porque tenía planes. Deseaba coger un puñetero avión, volar a Nueva York e intentar por todos los medios traer a mi chica de vuelta. Aunque fue una cabezota de mucho cuidado, le pediría perdón por estar tan obsesionado con su seguridad. Era una mujer adulta y no tenía derecho a decidir por ella, aunque estuviese acojonado por si le ocurría algo. Llevaba razón. No podía protegerla de todo, a pesar de que fuese algo que me saliese de forma innata. Un troglodita. Eso era.

—Rebeca, no estoy dispuesto a ir. Por favor, ¿no entiendes que deseo ir tras mi chica y traerla de vuelta? —casi supliqué cuando me lo propuso.

—Es solo un día, Julio. No te pido más. A la niña le hará mucha ilusión. Eli ha estado enferma los últimos días y necesita relajarse un poquito, y yo también. Tu chica seguirá en Nueva York mañana, podrás ir y quedarte el tiempo que necesites.

—¿Desde cuándo te gustan tanto los *spa*? —pregunté molesto.

—Al igual que tú lo vas a hacer por mí, yo lo voy a hacer por ella. Es algo que ambos soportaremos solo por un día. —¡Jodida Rebeca, que siempre se salía con la suya!

—¿No puede ser otro parque de atracciones? —comencé a claudicar. Siempre era igual.

—Mara quiere ir a ese porque está en la playa. Es un parque de

atracciones precioso.

—Si ella quiere, después de que haga las paces con Christine, la llevo a Eurodisney.

—Ya la hemos llevado. ¿Recuerdas que su abuela materna vive en Francia? Vamos todos los veranos.

—No deberíais consentirla tanto —respondí enfurruñado, cruzándome de brazos en un gesto bastante infantil, para qué me iba a engañar. Tenía ganas incluso de hacer una pataleta, al estilo de mi querida sobrina. Pero eso ya sería demasiado. Estaba exhausto—. Debería quedarme con Eme. No podemos dejarlo solo. —Quemé el último cartucho.

Ambos nos carcajamos. Estaba dando excusas bastante pobres. Ya no tenía argumentos para no ir, por lo que al final claudiqué. A partir de ese momento, todo fue un torbellino de planes. Todos preparaban algo, mientras era testigo silencioso de cómo lo hacían, con una presión instalada en mi pecho por saber que tardaría un día más en ver a Christine. A pesar de todo, no pude negarme. No era justo. Rebeca había volado desde España para ayudarme. Era lo mínimo que podía hacer por ella. Se lo debía. Aunque, en realidad, le debía algo más que un viaje a Los Ángeles para ir a un parque de atracciones con su hija.

El viaje hasta allí fue tan distinto al que hicimos nosotros que casi me vuelvo loco por el camino. Parecía que evocaba hasta la última piedra y el recuerdo de Christine permanecía en mi mente de tal forma que era imposible sacarla de allí; estaba grabado a fuego. Paramos por el camino para tomarnos un café. Ellos cuatro iban en el coche de Taylor, mientras que yo llevaba mi moto. Necesitaba respirar la libertad que me daba al notar la velocidad en mi rostro. Lo que menos necesitaba era encerrarme en un coche.

Paradójicamente, quisieron parar en el mismo lugar donde lo hicimos nosotros. Me negué en rotundo y continuamos el camino hasta encontrar una cafetería donde sirviesen los helados más grandes para Mara.

Todos hablaban con emoción y hacían planes para cuando llegásemos. La peque estaba encantada. Hablaba por los codos y se regocijaba de tener la atención absoluta de todos sus titos, aunque también nombrara a Eme con la nostalgia de no estar allí con nosotros. Continuamos el viaje, aunque en más de una ocasión pensé en darme la vuelta y no parar hasta Nueva York. A pesar de las ganas, no lo hice y continué mi ruta. Quería también aprovechar los pocos momentos que me quedasen con ella y disfrutarla.

No sabía cuándo los volvería a ver después de eso. Debía retomar mi trabajo en una semana y no tenía ni idea de cuándo tendría vacaciones para regresar a España y estar con ellos. Una semana era el tiempo que tenía para convencerla de que volviese a mi lado. Una semana para que se decidiese mi destino.

Al llegar a Los Ángeles, la niña estaba pletórica. No paraba de dar saltitos y palmaditas con sus pequeñas manos y a todos nosotros, cuatro hombres fuertes y curtidos en mil y una batallas —sobre todo ellos tres—, se nos caía la baba solo por verla tan entusiasmada. Todos teníamos tal sonrisa que parecíamos bobos. Y lo que era indiscutible es que esa niña de dulce mirada y lengua viperina nos tenía a todos comiendo de su mano.

Primero quería montarse en la noria. Nos dirigimos todos allí, casi sin protestar. Los recuerdos con Christine acudieron a mi memoria de nuevo, sin esperarlo, y el nudo que tenía en la garganta, desde que salimos de Las Vegas, se apretó un poco más. Tuvimos que hacer cola un buen rato para poder montarnos en la atracción. Taylor decidió ir a por algunas bebidas mientras nosotros esperábamos. Hacía un calor casi insoportable y las bebidas frías serían bienvenidas.

Mara quiso subirse conmigo en la atracción. La agarré fuerte de la mano para que se sintiese segura, aunque ella no le tenía miedo, no quería que hiciese una de las suyas. No negaría que disfrutaba del momento, con unas maravillosas vistas desde lo alto de la noria, con las risas de la niña y su continuo parloteo.

Cuando bajamos de la atracción, Taylor aún no había regresado, por lo que fuimos a buscarlo para tomarnos las cervezas. Estuvimos un rato dando vueltas, sin que hubiese rastro de él. A lo lejos, había un pequeño escenario casi improvisado, donde una chica estaba subida en él.

—¡Tito Julio, vamos allí! ¡Quiero ver si canta! —gritó entusiasmada.

Miré a mis amigos para saber si estaban de acuerdo con el plan, pero lo único que hicieron fue encogerse de hombros. Estaba claro que no eran de mucha ayuda. Caminamos lento hacia esa dirección, entre risas por las cosas que decía la niña y las respuestas de ellos. Me costaba reír, pero lo hacía por la pequeña. Ella no tenía culpa de mi pésimo estado de ánimo.

Imaginé cómo sería tener a mi propia hija. Era algo que, hasta ese momento, no me planteé nunca. Aunque me di cuenta de que, si era con Christine, no me importaría y me llenaría de felicidad. Una pequeña

correteando por casa, jugando a los videojuegos, en la piscina o haciendo un picnic en el jardín. Me imaginé a Christine embarazada y no pude reprimir mi sonrisa. Fantaseé con la idea de mi madre con mi hija en brazos. Siempre quiso que tuviese un hijo, un pequeño o pequeña a quien malcriar. En el fondo, yo quería tener una niña, mi niña, a quien colmar de unicornios de colores como a Mara. Jugar con ella a las princesas, ver de nuevo las pelis de Disney, que ya me sabía de memoria, comprarle mil de muñecas o jugar a la Play. Tenía mucha práctica con Mara.

Conforme nos acercábamos a ese pequeño escenario, estaba más absorto en mis propios pensamientos. Desconecté de todo lo que me rodeaba solo por centrarme, durante unos breves instantes, en mis sueños.

De repente, una voz me sacó de ellos. Una preciosa voz que me era conocida pero, a la vez, tan distinta que no sabía discernir si era real o no. Llevaba la cabeza agachada casi de forma inconsciente.

Al escuchar las primeras notas de *Total Eclipse Of The Heart*, la levanté rápido y solté la mano de la peque. La imagen que tenía ante mí me dejó sin aliento.

Turn around...

Christine, enfundada en unos vaqueros y una camiseta con la imagen del Capitán América sobre sus pechos, con la frase «no fue mi intención herirte» y su larga cabellera al viento, me gritaba que me diese la vuelta. Entonaba la canción que tanto me gustaba, aquella que ella eligió ese día en mi casa, con la que probé por primera vez el sabor de sus labios y me hizo adicto a ellos; esa canción que bailamos aquel día, cuando la quise hacer mía y, en lugar de ello, la sostuve entre mis brazos, ofreciéndole la oportunidad de una noche de tranquilidad. Esa misma que tarareó en mi oído de modo casi suplicante y que, si antes me gustaba, desde ese día se convirtió en mi canción preferida.

Turn around...

Estaba tan fascinado por la imagen que tenía ante mí que era imposible que me moviese del sitio. Quería subirme a ese escenario, cogerla por la cintura, acercarla a mí y besarla hasta robarle el último aliento. Pero mis piernas se negaban a colaborar. Tan solo podía admirar cómo cantaba, cómo su cuerpo se movía al ritmo de la música, mientras, entre lágrimas, me suplicaba que me diese la vuelta y la mirase. Me suplicaba que hiciese algo. Y yo, como un tonto, no podía quitar mi mirada de ella, con las manos metidas en

los bolsillos de los pantalones, sin poder mover ni un solo músculo de mi cuerpo, incapaz de acercarme cuando era lo que más deseaba en ese momento.

Turn around...

Cantaba de maravilla, o eso me parecía a mí. No estaba muy seguro. La música resonaba en mis oídos y sus palabras se repetían una y otra vez en mi atrofiado cerebro. Inconscientemente, comencé a tararear la canción con ella.

Turn around...

Se dio la vuelta y, en su espalda había otra frase.

«Callar es de sabios.

Amar, de humanos.

Llorar, de valientes.

Y perdonar, de humildes.

Lo siento».

No pude evitar sonreír ante el mensaje que me estaba dando. No podía creerlo. Ella me pedía perdón cuando era yo el que quería coger un puto avión y suplicarle hasta que volviese conmigo. Había liado todo ese tinglado solo por pedirme perdón y yo era un estúpido que no podía moverme del sitio. Solo la contemplaba sin llegar a creer que estuviera ante mí. Todo parecía un sueño del que no quería despertar.

Una manita jalando de mi pantalón me hizo regresar a la realidad. Mi chica me había eclipsado el corazón.

Miré hacia abajo donde Mara me recibía con una enorme sonrisa. Algo me decía que ella lo sabía todo. Volví la mirada hacia mis amigos, que me sorprendieron con unas enormes carcajadas. Todos formaban parte en esa encantadora locura. Pero mis piernas se negaban a avanzar. Mientras, mi chica seguía entonando esa canción tan especial para nosotros.

Di un paso en su dirección y me quedé contemplándola en el momento álgido de la melodía. No puede resistirme y sonreí, de forma tan verdadera, como hacía días que no podía. Poco a poco, di pequeños pasos hasta llegar a los dos escalones que me separaban de ese diminuto escenario. Dos escalones y me reencontraría con la que, sin duda, era el amor de mi vida. Los subí con premura hasta quedar a su lado.

Christine, con sus preciosos ojos aguados de la emoción, me esperaba expectante en el escenario. Ahora me tocaba dar el paso. Con premura reduje la distancia que nos quedaba. Tan solo un par de pasos más y sería mía para

siempre. Me acerqué, limpié sus lágrimas con suavidad, mientras con mi otro brazo le rodeaba la cintura, atrayéndola hacia mi cuerpo para abrazarla. Deseaba fundirme con ella, que nuestros cuerpos fueran uno solo, creando una burbuja donde solo teníamos cabida ella y yo. Acerqué mis labios a los suyos, apenas un roce que nos incitaba a más, pero que me negaba a dárnoslo, deseaba alargar ese momento todo lo que pudiese. Nuestros ojos fijos en el otro, los labios apenas separados unos milímetros, aspirando el aliento del otro y embebiéndonos de él. Subió sus manos a mi cuello, con una caricia que me provocó un placentero escalofrío por todo el cuerpo.

En ese momento, el amargo sabor de la desesperación por no tenerla desapareció, dejando paso al dulzor de sus labios, que necesitaba comérmelos como el hambriento el alimento.

Poco a poco metí mi lengua en su boca para explorar cada rincón, saborear cada parte, mientras mis manos acariciaban su espalda, recreándome en la sedosidad de su piel y dibujando cada parte hasta memorizarla. Había algo que me impedía soltarla y que se volviera a escapar. Quería cautivarla con mis besos de tal forma que le fuera imposible. Deseaba dejar en cada poro de su piel la señal inequívoca de mi presencia, de mis caricias, del rastro de mi saliva, de las yemas de mis dedos, tanto que fuese imposible que me olvidase. Dejar el rastro de mi presencia y que me necesitase tanto como yo la anhelaba a ella.

—¿Me perdonas? —preguntó entre beso y beso.

—Ya lo había hecho, mujer de hielo.

Seguí besándola con desesperación mientras la atraía más hacia mí, que no hubiese ni un solo centímetro de separación entre nuestros cuerpos. Los vítores de nuestros amigos me sacaron de mi particular ensoñación y deseé con toda mi alma que esto se hubiese organizado en algún lugar más íntimo como, por ejemplo, mi casa.

—¿Todo lo tienes que hacer a lo grande? —susurré. No pude evitar observar embobado sus preciosos ojos, y limpiar los rastros del llanto, que ahora brillaban de absoluta felicidad. Me miró sin entender a qué me refería. Me reí y volví a besarla por el simple placer de hacerlo. No deseaba desaprovechar más tiempo—. Me refiero a que cuando llegaste como directora del hotel, lo hiciste a lo grande, tanto que, incluso, provocaron un incendio en tu habitación y, cuando saliste ilesa de él, fue con un simple albornoz saltando desde la cornisa. —aclaré con una sonrisa en los labios, sin

creerme aún que la tenía, por fin, entre mis brazos—. Y ahora esto —murmuré, mientras señalaba el escenario.

Sus carcajadas me llegaron al alma. Era perfecta. Perfecta para mí. No necesitaba nada más para calentarme el alma que verla reír todos los días de mi vida.

Volví la mirada hacia donde estaban nuestros amigos, que continuaban con su particular celebración entre aplausos y vítores. Al darse cuenta de la situación, se sonrojó. No podía creer que todo lo que había armado, con la colaboración de ellos, provocara que se sonrojase. Después de haber cantado frente a un montón de personas una canción como esa, con una voz tan rota como la de Bonnie.

Bajamos del escenario abrazados y sonrientes; solo necesitaba escuchar su risa para alcanzar la felicidad.

—¡Tito! Ahora que te has reconciliado con la tita Christine, ¿podemos montarnos en algo más? —preguntó impaciente. Todos reímos ante su ocurrencia.

—Peque, Christine y yo debemos hablar. Mucho —dije mientras le revolvía el pelo con cariño. Tampoco deseaba que la niña se enfadase.

—¡Jo! ¡Qué aburridos sois los mayores, que solo queréis hablar! —exclamó enfurruñada, cruzándose de brazos con ese gesto tan suyo.

Miré a mi chica, que me devolvió el gesto, entrelazamos nuestros dedos y, con un silencioso gesto, les indiqué a mis amigos que nos marchábamos. Necesitábamos estar solos para hablar y, sobre todo, necesitaba saber que era real lo que estaba viviendo. Aún no podía creer todo lo que mi chica había organizado para pedirme perdón, cuando en realidad, lo único que necesitaba para perdonarla era que tocase a mi puerta y me besase. Con eso era más que suficiente.

No negaría que la idea de que cantase subida en un escenario, en mitad de ese parque de atracciones, no fuera algo maravilloso, espectacular e inolvidable. Era una declaración de amor en toda regla que me alegró el corazón y lo colmó de una felicidad absoluta donde nada ni nadie podía enturbiarlo y, menos, en ese momento que todo se había resuelto.

En un silencio cómodo, como eran los nuestros, donde sobraban las palabras porque solo necesitábamos el roce de nuestros dedos entrelazados, bajamos a la playa dando un paseo. Necesitaba distanciarme de mis amigos, relajar el nudo de sentimientos que tenía instalado en mi corazón y sincerarme

con ella. Quería aclararle que, a partir de ahí, no volvería a haber ninguna separación entre nosotros, que estaríamos juntos hasta el fin de nuestros días, y no solo hasta el amanecer. Eso me parecía poco. Con ella quería toda una vida. Hasta el amanecer no me parecía una opción porque se había quedado corta. La quería para siempre, caminando juntos el resto de nuestras vidas, averiguando qué nos depararía el futuro, e incluso eso se me quedaba corto. Necesitaba toda una eternidad para saciarme de ella y, aun así, no creía que eso sucediera jamás. Porque el amor que sentía por ella era tan infinito que me costaba ponerle palabras.

Llegamos a la playa y nos descalzamos. El contacto de mis pies con la arena me recordó a aquella primera vez que la pisamos juntos. El mar siempre había sido muy especial para mí. En la playa siempre tuve momentos mágicos, pero ningún recuerdo igualaba al nuestro en ese mismo lugar, semanas atrás. La miré y no tenía tanta facilidad como la vez anterior que llevaba una falda larga y pude arrancarle el tanga para llevarla al agua y hacerla mía. Los vaqueros suponían una barrera importante. Pareció leer mi mente porque rio coqueta y me guiñó un ojo.

Deseé en ese instante arrancarle la ropa con mi boca y comérmela entera por descarada. Colmarla de besos y caricias hasta caer exhaustos. Pero era demasiado temprano. Todavía había muchas familias en la playa, y podíamos terminar en comisaría por escándalo público. Y no me apetecía repetir la experiencia. Me acerqué a la orilla con la intención de mojar mis pies y que el frescor del agua despejase mi mente para hablar con ella

—Siento haber sido un egoísta y no entender que necesitases esa libertad que te estaba quitando —le dije para comenzar a hablar y tener una conversación verdadera que nos llevase a algo más que un polvo rápido y dejar en el tintero tantas palabras no dichas. Deseaba decirle, sobre todo, que la amaba.

—Los dos nos obcecamos, Julio. Tú en mi seguridad y yo en mi libertad, sin intentar, siquiera, llegar a un acuerdo entre las dos partes. Tú intentabas protegerme, escondiéndome cosas sobre el hotel y yo, en parte, hacía lo mismo, sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta de que nos llevaba hacia una separación —dijo, mirándome a los ojos, con su eterna sonrisa; esa que me llenaba el alma y lo colmaba de calidez, de hogar, satisfacción y felicidad.

La besé porque sí, sin que existiera una razón aparente para hacerlo,

por el simple placer de saber que podría hacerlo cuantas veces quisiera, tal y como había soñado tantas veces durante estos largos días de separación. Un beso que nos supo a poco, pero que debía parar, aunque me costase la propia vida. Antes de hacerlo, me recreé en su sabor, en la dulzura y suavidad de esos labios que tanto había extrañado. Me separé de ella, jadeante y loco de deseo. Vi la excitación en sus ojos y eso me encendió aún más, si eso era posible.

Me separé de ella con todo el dolor de mi corazón y con todo el esfuerzo sobrehumano del que era capaz de tener, en un acto de total contención. O paraba en ese instante o me importaba una mierda lo que hubiese alrededor. Acerqué mi frente a la suya, subí mis manos a sus mejillas y me recreé en acariciarlas. Deposité un último beso suave.

—Debemos parar ahora mismo o no soy dueño de mis actos —dije en contra de todo lo que deseaba en ese momento.

Christine metió la mano en el bolsillo de su vaquero. Estábamos tan juntos que, por el camino, rozó cierta parte de mi anatomía que, aunque separada por las telas de nuestra vestimenta, no necesitaba ninguna estimulación más. Sacó algo de él, se separó un poco y me mostró una llave.

—He alquilado la misma casa donde estuvimos la vez anterior —susurró, mientras la balanceaba ante mí.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto te amo? —pregunté, saltándome por el camino todo el puto discurso que estaba dispuesto a soltarle para decírselo.

—Una vez, pero me encanta que me lo digas. Además —murmuró, bajando el tono de voz hasta convertirlo en apenas un susurro—, me pone que me lo digas —añadió junto a mi oído, produciendo un cosquilleo en toda mi piel. No pude evitar reírme de felicidad.

—Nena, si te pone cachonda que te diga que te amo, no dudes ni por un instante que te lo repetiré cada mañana al despertar, cada noche al acostarnos y alguna que otra vez en medio —repliqué en su oído, en voz baja, mientras todo eso me colmaba de felicidad, deseando llegar a esa casa donde habíamos disfrutado de los mejores días de nuestras vidas.

Agarrados de las manos, llegamos hasta el aparcamiento para coger la moto y regresar al lugar que vio nacer nuestro amor, que lo afianzó y dejó tal marca en nuestros corazones que sería duradero y eterno.

Nos montamos en la moto y, como siempre sucedía cada maldita vez que ella lo hacía, su olor me llegó fuerte. Aspiré su aroma, recreándome en él, mientras sentí que ella hacía lo mismo con el mío.

Al poco tiempo llegamos, por fin, a nuestro destino. Gracias a los astros que estaba cerca o no respondería de mis actos. Parecía un puto adolescente hormonado de tanto que la deseaba. Entre risas por la premura de los dos, cruzamos la puerta. Esperé justo el momento en que escuché que se cerraba para atacar sus labios de nuevo, con premura y desesperación. Mis manos exploraban todo su cuerpo sin saber dónde posarlas. Estaba tan ansioso que no sabía ni por dónde empezar. Sentí su mano recorrer mi erección.

—¡Para, fiero! —le dije entre jadeos, mientras atacaba su cuello, con suaves besos desde la parte trasera del oído hasta llegar a su clavícula. Debía tranquilizarme si quería disfrutar del momento—. Te amo, mujer de hielo.

Me separé de ella apenas unos milímetros, apoyando mis manos en sus mejillas, la miré fijamente, aspirando sus jadeos, viendo en sus hermosos ojos el deseo contenido, la excitación del momento y el amor que me correspondía. Apoyé mi frente en la suya de nuevo para relajar el momento.

Algo más calmado, seguí besándola despacio, suave. No quería que terminase la noche. Quería que fuese perfecta para los dos, algo que jamás pudiéramos olvidar. Bajé las manos en una caricia eterna hasta llegar a sus muslos, mientras atacaba su boca. La alcé y enroscó sus piernas alrededor de mi cintura, mientras rodeaba con sus brazos mi cuello y mesaba mis cabellos. Aún no habíamos encendido las luces de la casa, ni falta que nos hacía, con la luz de la luna que entraba por el ventanal que daba al jardín era suficiente. Como pude, avancé con ella hasta el sofá. No podía esperar hasta llegar al dormitorio.

La dejé tumbada, boca arriba, con sus labios entreabiertos y la respiración agitada, tan hermosa que no pude evitar admirarla durante unos segundos. Sus pechos me llamaban a gritos, me puse encima y, con una mano, bajé un poco el escote que tan loco me traía, sacando sus pechos, exponiéndolos ante mí como el manjar más exquisito.

—¡Julio, te necesito ya! —imploró con la voz ronca por la excitación y la respiración falta de aliento, justo en el mismo estado en que yo me encontraba.

—Tus deseos son órdenes, mujer de hielo.

Le desabroché el botón del pantalón, bajándolo poco a poco, acariciando sus piernas y recreándome en la sedosidad de su piel. Cuando logré quitarle los estrechos vaqueros que llevaba, con más esfuerzo del que en un principio pensé, al verla solo con las braguitas y sus pechos por fuera de la

camiseta del Capitán América, casi sufro un infarto. Respiré hondo porque, de lo contrario, no lograría entrar en ella. Era la imagen más erótica que jamás había tenido ante mis ojos.

—Creo que te sobra ropa —comentó, mientras se movía debajo de mí, buscando un roce con el que darse placer. Estaba enloquecido con sus palabras, sus caricias, sus movimientos... incluso, teniendo las manos por encima de su cabeza, atadas de la peor forma posible con una camiseta. Preciosa.

Me quité la camiseta de manera apresurada y bajé de nuevo para atacar sus labios. El contacto de piel con piel, su pecho con el mío me encendió de tal forma que no podía quitarme el puto botón del pantalón, que intentaba desabrochar mientras la besaba. Me incorporé y lo hice de manera rápida, provocando las carcajadas que tanto me gustaban en ella; esa risa que hacía que me pusiera más cachondo y que fuera feliz. Bajé mis vaqueros, arrastrando por el camino el bóxer y me quedé de nuevo obnubilado, admirándola y contemplando cómo la tenía ante mí.

Me tendí sobre ella, con cuidado, bajé mi mano para comprobar si estaba lista. ¡Por supuesto que lo estaba! Su humedad me recibió cuando la acaricié, y Christine, mi chica de hielo, me miraba fijamente, mientras jadeaba ante mi contacto.

Sin querer demorarme más, entré en ella de una sola estocada. Ante ese contacto, jadeamos, robándonos el aliento y cubriéndonos de sensaciones placenteras. Nada en el mundo se igualaba a la sensación de plenitud que sentía cada vez que entraba en ella.

Durante toda la noche nos amamos, de diferentes formas, despacio, fuerte, entre caricias, besos y risas, hasta que amanecemos en un amasijo de piernas entrecruzadas, exhaustos pero felices. Sin ninguna duda, el mejor despertar de todos.

Me levanté para prepararle el desayuno, sin caer en la cuenta de que allí no había de nada. No quería despertarla, pero tampoco marcharme sin decírselo. Así que salí al jardín y encendí un cigarrillo, que me fumé despacio, disfrutándolo mientras recordaba todo lo sucedido el día anterior; la diferencia de cómo me había despertado y cómo me había acostado. Lo rápido que cambian las cosas en un instante, haciendo que sea decisivo para el resto de tu vida. Hay cambios que pasan desapercibidos. Otros, te arrollan como un

tren y provocan que tu vida de un giro de ciento ochenta grados. En este caso, fue para bien, pero también hay momentos que marcan un antes y un después y es que, el destino puede ser caprichoso.

Me levanté un día y casi sin pensarlo me trasladé a Las Vegas, encontrando no solo el peligro y un trabajo que me fascinaba, sino también el amor verdadero; porque si algo tenía claro era que Christine, mi chica de hielo, era eso, el amor de mi vida.

Epílogos



Seis meses después

Seis meses han pasado desde aquel día en el que mi chica cantó en un escenario, pidiéndome perdón por algo que ya hice desde el primer minuto. A partir de ese momento, no volvimos a separarnos. Al regresar a Las Vegas, ella se vino a vivir conmigo, a nuestra casa. Todas las noches cenábamos en el jardín y amanecíamos con nuestros cuerpos enredados. Era perfecto.

Nos casábamos en poco más de una semana y, ese sábado, celebrábamos nuestra despedida de solteros. Era reacio a separarme de ella, pero también era de lo más normal salir con los amigos. Como era habitual entre nosotros, nos recompensamos antes y después de la despedida. ¡Y vaya con la recompensa! Mi chica, mi mujer de hielo, me hizo un *striptease* que me rio yo del de *Nueve semanas y media*. Y yo le hice el amor como nos gustaba. Mi erección lo confirmó al recordarlo. Tuve que obligarme a pensar en mi madre y en las ganas que tenía de verla.

Al final tuvo razón cuando me dijo que me casaría en Las Vegas, aunque no en una noche de borrachera con una chica a la que no conocía apenas de nada. No. Mi boda había sido planificada hasta el más mínimo detalle. Mi chica se encargó de todo, con la ayuda de Eli y Rebeca. Hasta Mara participó en los preparativos, aunque no llegaría hasta dentro de dos días, junto a la abuela Mara y Mati, la madre de Rebeca. No negaría que estaba nervioso por la despedida. Las chicas por un lado y nosotros por otro. La mía la había organizado Eme, que aún no había regresado a España. Decía que no estaba preparado. Alquiló un pequeño apartamento y vivía de pequeños trabajos de guardaespaldas privado cuando algún cliente importante del hotel así lo requería. Poco a poco se estaba afianzando allí.

Salí de mis pensamientos cuando Christine entró en el dormitorio para prepararse e irse con las amigas. Me acababa de duchar, pero me apetecía hacerlo con ella y volver a perderme en su cuerpo, en ese que tenía el poder de hacerme perder la puta cordura. Deseaba que se quedase a mi lado, pasar una velada tranquila y ver su sonrisa cuando despertase.

Christine se desnudó con sensualidad en nuestro dormitorio, cogió una toalla y entró en el cuarto de baño. Al verla, no pude reprimir mis ganas de hacerla mía una vez más, como el loco en el que me convertía cada vez que me enterraba en su cuerpo, un loco por su sonrisa, por ella al completo.

La seguí hasta el cuarto de baño, desnudándome por el camino para no perder tiempo. Me moría por volver a besarla, por señalar con las yemas de mis dedos todos y cada uno de los rincones de su piel, desgastar sus labios y beberme su adictivo sabor. ¡Que celebrasen la despedida nuestros amigos! Se me ocurrían mil formas placenteras de terminar con nuestra soltería y en ninguna de ellas nos separábamos ni un solo instante. Entre besos robados, jadeos entre el vapor del agua caliente y caricias interminables, nos amamos una vez más, con la infantil idea de que se quedase conmigo. Cosa que no ocurrió, porque la muy arpía, entre risas, me preguntó si estaba más relajado.

—¿Más relajado? Ahora tengo más ganas que nunca de ti —respondí, mientras me acercaba a ella y la rodeaba por la cintura. Nunca me saciaba de ella.

Una hora después, aparecieron nuestros amigos para llevarnos a un destino incierto que no me apetecía nada. En cambio, ella parecía encantada. Tenía una preciosa sonrisa instalada en su rostro, con sus mejillas aún sonrosadas por el polvo de la ducha. Perfecta. Hermosa. Tanto que me dolía que ella estuviese tan entusiasmada por separarse de mí. Absurdo, lo sabía, pero no podía remediarlo. Y no eran celos. Trabajábamos tantas horas en el hotel que los pocos momentos que teníamos libres, los quería aprovechar al máximo junto a ella.

Llegó el momento de separarnos y parecía que, más que a mi despedida, iba a la guerra. Tenía que cambiar el chip. Ya que no iba a estar con ella, al menos, disfrutaría de una noche tranquila, una cena en buena compañía y algunas copas con brindis incluido. Luego me iría a casa y esperaría a mi chica.

George, Taylor, Edward, Eme y yo nos marchamos en el coche de Taylor. Las chicas habían alquilado una limusina que las llevaría de un lado a otro; así, si bebían más de la cuenta, no tendrían que conducir. Habían venido varias amigas desde Nueva York y habían sido las artífices de prepararle la fiesta.

Christine estaba eufórica y, tan solo con verla feliz, ya merecía la pena pasar por toda esa tortura. También pensaba en el reencuentro que tendría esa noche después del deseo y la lujuria contenida.

La cena fue tranquila. Todo lo que podía ser teniendo en cuenta la boca de Eme y sus salidas de tono. En los últimos tiempos estaba demasiado desmadrado. En varias ocasiones lo había hablado con Rebeca y siempre me

decía lo mismo, que debía darle tiempo para que se asentara, pero... ¡joder!, que había cumplido los cuarenta, ya no era un niño.

Como era típico en Las Vegas, después de la cena nos fuimos a un casino. Apostar o jugar no entraba en mis planes, pero todos hicieron lo posible para que lo hiciese, sin tener en cuenta que me llevaba todo el día trabajando en un hotel donde la seguridad era una de mis funciones principales. Estaba hasta los cojones de estar encerrado en uno. Pero no quise quitarles la ilusión o ser un aguafiestas, así que les seguí la corriente. Pedimos unas copas y apostamos durante un rato, donde los ánimos cada vez se encendían más provocados por el nivel de alcohol en vena, hasta el punto de que comencé a disfrutar de una simple partida de dados. Una chica, bastante ligerita de ropa y con un cuerpo de esos que te quitaban el hipo, se puso a mi lado, me pasó la mano por el muslo mientras esperaba mi turno.

—¿Juega de hombretones? —preguntó con voz demasiado sensual.

—Despedida de soltero —respondí, guiñándole un ojo.

—¿Y cuál de tus amigos se casa? —volvió al ataque.

—Yo.

—Una lástima. ¿Estás seguro de querer hacerlo? —preguntó, mientras me acariciaba el cuello, de manera bastante descarada y provocativa.

—Bastante seguro.

—Una última noche de diversión no le hace mal a nadie —replicó, intensificando sus caricias. Miré a mis amigos, que me miraban de forma divertida.

—¿Ves a ese de ahí? —Señalé a Eme—. Es el soltero de oro del grupo. Estoy seguro de que no rechazaría una oferta como la tuya.

—¡Eh! ¡Aunque sea el soltero de oro soy muy selectivo con mis conquistas! —respondió Eme entre carcajadas, levantando ambas manos.

La chica se marchó casi enfadada y al rato lo hicimos nosotros, para ir a un bar de copas, a un reservado que concertaron mis amigos. El local estaba atestado, con gente bailando en la pista, música cañera, y tanto las camareras como los camareros bastante ligeritos de ropa.

Entramos en el reservado. Había una pequeña barra donde nos podíamos servir las copas sin necesidad de irnos a la otra parte de la discoteca y tener más intimidad. Mucho temía que tenían algo preparado. Y lo que no sabía era si yo estaba dispuesto a algo así. La verdad era que no me apetecía y fue lo primero que les pedí cuando me la organizaron: nada de

strippers. Con Agatha había tenido más que suficiente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordarlo. Y pensar que me la había tirado al principio supuso que me entrara un sudor frío. Mejor pensar en otra cosa.

Me serví una copa y brindamos por mi boda. Ya tenía ganas de coger a mi chica y marcharme con ella de viaje. Le tenía preparada una sorpresa: un recorrido por Europa, que planeé al milímetro. Nuestra primera parada eran las playas de arena blanca de Cádiz. Quería que conociera mi país e íbamos a recorrer varias ciudades como Valencia y Barcelona. Después, la llevaría a París, Venecia y Viena. Un mes de vacaciones disfrutando solo de la compañía del otro, por diferentes ciudades, a cuál más bonita.

El cambio de ritmo en la música me hizo girar la cabeza hacia el otro lado, donde entraba una chica con un cuerpo espectacular, disfrazada de diablesa sexi, con un antifaz que le cubría el rostro, una peluca de pelo rojo y unas medias del mismo color que llegaban hasta las ligas. Mi erección despertó de momento, cosa que me cabreó. No quería estar así por otra mujer que no fuese la mía.

—Solo disfruta —escuché decir a Eme, aunque de repente, sentí cómo me cogían y ataban a una silla.

Todo quedó oscuro. Me habían amarrado porque me conocían lo suficiente como para saber que me marcharía. Ahora tendría que soportar ver un espectáculo que me recordaba a todo lo que habíamos pasado hacía unos meses. Aunque mi *amiga*, esa capulla que en aquel momento estaba dura, se mostraba de acuerdo con los planes de los cabrones de los chicos. La música comenzó a retumbar en mis oídos y, aunque no quería nada de esto, la caricia que me dio la chica nada más comenzar a contonear sus caderas, y que tan familiar me era, hizo que me quedara con ganas de más. Cerré los ojos porque no quería eso, pero mi cuerpo reaccionaba de manera independiente.

Me costaba trabajo respirar. Abrí de nuevo los ojos y la chica, que se acercaba demasiado para mi gusto, comenzó a desnudarse con tanta exquisitez que era hipnótico. Tenía toda mi atención, aunque no quería. De verdad que no deseaba nada de lo que estaba sucediendo y los remordimientos me sobrevinieron en tropel, arrollándome como un tren de mercancías.

Su mano bajó hasta mi entrepierna, donde mi dureza la recibió. Quise mirarla a los ojos, pero se dio la vuelta y continuó desnudándose con tal sensualidad que solo pensaba en desatarme los nudos y cogerla en mis brazos. Moví la cabeza para alejar tales pensamientos de mi mente. No podía serle

infiel ni tan solo con los pensamientos. Cerré de nuevo los ojos, giré la cabeza y los abrí para mirar a mis amigos. No estaban. Los muy capullos me habían dejado solo. Mi cabeza comenzó a dar vueltas. Estaba en el reservado de una discoteca, atado a una silla, con una chica bastante hermosa desnudándose para mí. Ese era el sueño húmedo de cualquier tío. En cambio, tenía tales remordimientos que no lograba disfrutar lo que se suponía que debía. No estaba haciendo nada malo. Sonreí porque conseguí estar un poco más relajado.

La chica bamboleaba sus caderas con una sensualidad extrema, imposible no tener fantasías con ella, sobre todo con esas nalgas tan perfectas, redondas y con ese lunar igual que el de mi chica... Ese lunar... Reí porque sí, porque había sido un idiota al no darme cuenta antes de que aquella chica que iba disfrazada de demonio no era otra que Christine, mi mujer de hielo, que provocaba que me derritiera al primer contacto o con una sonrisa; aquella que, con tan solo un movimiento de sus caderas, me tenía jadeando tras ella. Ella era la que había organizado todo esto. Para mí este era el broche de oro a una noche que, sin duda, se iba a convertir en memorable.

Con el calentón que tenía, me dejé llevar e intenté devolverle un poco la broma que me había gastado, haciéndome el despistado al no haberla reconocido. Cuando comenzó a besarme, me dejé hacer. Simplemente disfruté de todas y cada una de sus caricias, de sus besos robados y de ese baile que provocaba que, al rozarme en cualquier parte de mi cuerpo, repercutiera siempre en la misma.

Cuando terminó por desnudarse, quedó sentada en mi regazo, de espaldas a mí, sin saber que había conseguido desatarme los nudos.

—Christine —susurré en su oído.

Subí mis manos en una caricia eterna a lo largo de toda su espalda. Sin decirme nada, desabrochó el botón de mi pantalón dejando a la vista lo cachondo que me ponía. Con lentitud, torturándola un poquito, bajé mis manos hasta el centro de su placer, comprobé si estaba lista y, de una sola estocada la penetré, provocando en ambos fuertes jadeos.

No fui suave, ni en las penetraciones, ni al atacar en besos y mordiscos su espalda y pechos, aunque ella tampoco se quedaba corta al moverse de la forma que lo hacía. ¡Iba a morir de placer, si es que eso era posible!

—Te amo, Christine —le dije con la voz entrecortada cuando ambos llegamos al más brutal de los orgasmos.

—¿Cuándo has descubierto que era yo? —preguntó con una enorme sonrisa en la boca.

—Te reconocería ante un millón de demonios —afirmé, mientras le daba un suave beso en la boca.

—¿El lunar?

Asentí y ambos nos reímos. Después de vestirnos y tomar una copa para refrescar nuestras gargantas, nos marchamos a casa, con nuestros dedos entrecruzados, donde volvimos a hacer el amor, esta vez con suavidad, retrasando el momento y disfrutando de nuestros cuerpos. Porque con Christine siempre hacía el amor. Podía ser de mil maneras diferentes, pero siempre era eso: hacer el amor, por muy cursi que quedase decirlo.

Una semana después



Christine

Recogía las carpetas desperdigadas de encima de la mesa de mi despacho de manera compulsiva, después de tener la enésima bronca con mi padre a cuenta de la boda. Me casaba esa noche y todavía no había salido de Nueva York. Cuando se lo conté, quiso celebrarlo por todo lo alto; una boda donde alardear de sus contactos, organizada para cerrar acuerdos comerciales, sin tener en cuenta lo que yo deseaba. ¡Era mi boda, no una fiesta de las que él solía organizar! No tuvo en cuenta mi opinión para comenzar con los preparativos. Ahí fue cuando surgió el primer problema, en cuanto le comenté que quería algo íntimo.

—¿Quieres que te case un Elvis en alguna capilla de Las Vegas? — gritó al teléfono. A lo que yo respondí colgando y dejándolo con la palabra en la boca. Me crispaba los nervios cuando se ponía de esa forma.

Algo íntimo no quería decir eso. Deseaba que fuese solo para la familia y los amigos, algo para disfrutar, un bonito recuerdo, no una boda de alto postín donde no conociera ni a la mitad de los invitados. Pero tampoco significaba casarme en una capilla con Elvis oficiando la ceremonia. Pero mi padre era muy obtuso, y yo, demasiado cabezota.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que Kimani entró en la oficina, con su bonita sonrisa y una taza con una infusión en las manos.

—Creo que te sentará bien. He escuchado los gritos desde mi mesa. No te preocupes, ya verás, llegará a tiempo. —Intentó tranquilizarme.

Sabía que llegaría a tiempo, pero la cuestión no era que llegase justo a tiempo para llevarme al altar, la cuestión era que yo anhelaba que estuviese allí un par de días antes por el simple hecho de pasar algo de tiempo conmigo. Tampoco era tan difícil de entender. La madre y la abuela de Rebeca llevaban

cerca de una semana, al igual que la madre de Julio, una mujer encantadora y muy divertida. Las tres se marchaban todos los días de paseo para conocer Las Vegas. La abuela Mara era todo un personaje que, junto a la bisnieta, tenían ocurrencias muy divertidas. Nunca te aburrías con ellas. Betty había llegado el día anterior y no paraba de llorar de emoción. El teléfono sonó y la mala leche se me disipó en cuanto vi el nombre de Julio en la pantalla. Era el efecto que mi chico provocaba en mí.

—¿Preparada para que te recoja? —preguntó en cuanto contesté.

—No seas malo, ya sabes que hoy no nos podemos ver.

—Hasta que cruces el pasillo y seas mi mujer para toda la eternidad —respondió con una voz tan suave que incluso me pareció erótica. O era yo, que lo extrañaba demasiado.

—Hasta que cruce el pasillo y seas mi esposo para el resto de la eternidad y, aun así, me faltarían vidas para pasarlas a tu lado —repliqué.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó, aunque él sabía que lo había hecho. Miré hacia la cámara que había en mi despacho y saludé—. Estás preciosa. No te preocupes, llegará a tiempo.

—Lo sé, pero está tan ocupado que no tiene tiempo para su única hija y me hubiese gustado que ya estuviera aquí.

—Lo sé. Pero estoy aquí, contigo, junto a ti. Somos un equipo, ¿recuerdas? —repitió las palabras cuando, unos meses atrás, nos dimos cuenta de que papá no ayudaría en nada a la celebración de nuestra boda, si no se hacía del modo que él creía conveniente.

—Un equipo, juntos y unidos. Uno al lado del otro. Para ayudarnos.

—Para complementarnos —terminó él.

Algo más tranquila, colgué el teléfono, después de algunos minutos más en los que ninguno de los dos queríamos dar el primer paso, de algunos «te amo» que sonaban con el corazón, pero que deseaba con toda mi alma que me los dijera mientras su lengua invadía mi boca y me robaba el aliento. Me giré y contemplé por el ventanal la inmensidad del desierto que se mostraba ante mí como una fotografía gigantesca, donde los anaranjados predominaban y contrastaban con los azules del cielo. Pronto, estaría celebrando mi enlace en el jardín del complejo.

Suspiré y me obligué a tomar la infusión que me había traído Kimani. Después de un rato, me marché a la *suite* que tenía para prepararme. Ya me esperaba la peluquera y la maquilladora, y llegaba un poco tarde. Todas las

emociones estaban haciendo mella en mi estado de humor.

Desde que llegué a la *suite*, todo fue un sinfín de movimientos por parte de todos, mientras me dejaba hacer. Las chicas estaban reunidas, y a la tila, que me habían obligado a tomar antes, se sumó una jarra de mojitos que nos tomamos mientras nos peinaban. Reíamos y llorábamos a partes iguales. Cuando llegó el momento de ponerme el vestido, mi padre todavía no había llegado, pero gracias a los mojitos y a las chicas casi me daba igual. Si no deseaba estar conmigo en ese momento tan importante de mi vida, era su problema, no el mío.

El vestido de novia me encantaba. Era de corte sirena, con un escote de infarto que realzaba mis pechos y una abertura trasera que llegaba hasta el infinito. Estaba segura de que, en cuanto me viese, Julio querría sacarme de allí y encerrarme en la *suite* para disfrutar juntos de nuestra larga luna de miel. Lo elegí pensando en que quería sentirme muy *sexí* pero, a la vez, que contrastase con el toque romántico del peinado y pequeñas flores enlazadas en el cabello. Me miré en el espejo satisfecha con el resultado.

Había llegado el momento de bajar. Mis amigas, aquellas que eran mis damas de honor, estaban preciosas, incluida Rebeca, a pesar de las burlas de sus compañeros y las bromas sobre las botas militares. La pequeña Mara, con un precioso vestido rosa, abría el cortejo, dejando un reguero de pétalos de flores por el camino. Al llegar a la puerta del jardín, escuché la voz de mi padre. Más justo no podía llegar, pero ya no me importaba, porque mi familia real, aquella que se preocupaba por mí, aunque no nos uniesen lazos sanguíneos, estaba allí para ayudarme y apoyarme. Gracias a Julio no solo había encontrado el amor verdadero, sino también una familia a la que aferrarme, algo que siempre extrañé en todos los momentos importantes de mi vida. Y mi chico me lo regalaba en bandeja de plata.

Entrelacé mi brazo al suyo para salir al jardín y llegar hasta el que iba a ser mi marido lo antes posible. Los primeros acordes de *Stand By Me* comenzaron a sonar y, en cuanto di el primer paso, mi padre me paró un momento, me miró a los ojos y me acarició la mejilla. Un «lo siento» salió de sus labios, como siempre, un poco vacío. Sabía que con eso siempre me conformaba. Pero ya no. Ahora había experimentado en mi propia piel lo que era tener una familia que te apoyase y te quisiese, una que no te dejaba atrás por cuestiones de negocios o donde el dinero no era lo más importante. Una que disfrutaba junto a ti una simple barbacoa en un jardín y brindaba con un

botellín de cerveza sin necesidad de vinos caros o aviones privados. Le sonreí porque era lo único que deseaba hacer. Nada podía enturbiar la felicidad de tener a Julio esperando por mí en ese altar, que con tanto mimo habían preparado Eli y Mati, buscando las flores más bonitas, con los comentarios jocosos de la abuela Mara, implicada hasta las cejas en los preparativos de la boda del que decía que era como su nieto. Un nieto postizo, pero al que amaba y por el que era capaz de coger un vuelo para estar junto a él los últimos días de soltería.

Cuando por fin llegué a mi chico, su rostro de felicidad, sus ojos brillantes por la emoción, al igual que los míos, y su recorrido por todo mi cuerpo, comiéndome con los ojos, fue lo único que necesité para saber que estaba haciendo lo correcto y que, por fin, sabía lo que era la felicidad completa. La ceremonia fue cortita, aunque muy emotiva. Llegaron los votos de Julio.

—Christine, desde que te conocí, mi vida gira a tu alrededor. No soy capaz de concebirla sin ti a mi lado. Junto a ti, soy capaz de enfrentarme al mundo, porque juntos formamos el mejor equipo. Te ofrezco no solo mi infinito amor, sino también amigos y una familia que, a partir de este momento, también será la tuya. Te prometo que, desde este instante, jamás te faltará un «te quiero» o una caricia. Nunca volverás a estar sola, porque juntos somos más. Te amo.

Las lágrimas se arremolinaron en mi garganta, impidiendo que pudiese hablar. Tenía tantos sentimientos de felicidad y agradecimiento que estaba a punto de explotar y ponerme a llorar de manera irremediable. Mi ya recién estrenado marido, se dio cuenta y, con una sutil caricia por mis mejillas, arrasó con todo mi estado de nerviosismo, dejando solo cabida a la alegría por tenerlo a mi lado. Me dejé llevar y lo besé incluso antes de tiempo, un beso que pretendió ser dulce, al principio, pero que pronto se convirtió en arrollador y lujurioso, provocando las risas de los asistentes.

El reportaje de fotos no quise que fuera demasiado largo. Me aburría tener que posar delante de una cámara, pero fue en lo único que cedí ante la insistencia de mi padre, una foto posada sin que saliese nada del complejo para los medios de comunicación. El resto serían fotografías tomadas de manera inesperada, en poses divertidas y naturales, sobre todo porque deseaba disfrutar del momento y no estar pendiente de que todo saliera a la perfección. Una boda donde lo principal era pasarlo bien, sin protocolos ni formalismos.

Después de numerosos brindis por el amor, la felicidad, la familia y todo lo que se le ocurría a Eme por la cabeza, pudimos abrir el baile con aquella canción tan nuestra, que tanto significaba para nosotros; porque a partir de ese momento, no éramos individuos, éramos más, porque juntos formábamos un equipo y nos completábamos.

Con esa felicidad, bailamos nuestra canción entre besos, caricias furtivas y un sinfín de «te amo» que sabían a más. Y teníamos toda una eternidad para demostrárnoslo a diario, porque hasta el amanecer se había quedado corto.

—Tengo ganas de llegar a casa y arrancarte este vestido a mordiscos. Estás tan hermosa... —dijo, mientras dejaba un dulce beso sobre mis labios y seguía la costura trasera del vestido hasta llegar justo a mis nalgas.

Un mes más tarde



Eme

Julio y Christine acababan de regresar de su luna de miel. Un mes de recorrido por Europa. Los envidiaba en el buen sentido. Estaban enamorados, y el brillo en los ojos de ambos cuando se miraban daba fe de ello. En ese mes, me dediqué a realizar algunos trabajos como guardaespaldas privado de clientes del hotel que así lo requerían. No era un trabajo demasiado peligroso, solo hacer de niñera. Se ganaba bien y eran pocos días, lo que me daba la libertad suficiente como para divertirme.

Acababa de salir de un servicio y habíamos quedado en vernos esa tarde en su casa para cenar. George se había marchado ya de Las Vegas. Rebeca, junto a su familia, había regresado a su casa en España. Mi amiga me imploró que regresase con ellos, pero no estaba preparado. Aún necesitaba aclarar mis ideas y saber qué hacer con mi vida. Estaba demasiado perdido desde que dejé el ejército, pero la edad era un hándicap para continuar de misión en misión.

Me duché en el pequeño cuarto de baño de mi diminuto apartamento, aquel que alquilé para tener la intimidad suficiente y que los dos tortolitos disfrutasen de su nidito de amor. La lavadora no funcionaba, el agua caliente se gastaba con demasiada facilidad y tenía compañeros de apartamento bastante desagradables y nada bienvenidos.

Quitó el vaho del espejo mientras miraba la cabeza y los cuernos de la cabra que me había tatuado bajo del ombligo. Nunca me había dado por hacerme tatuajes, a pesar de que en el ejército era lo más común. El reflejo que me ofreció no me gustó ni un pelo, solo un hombre bastante perdido y que sentía un vacío en su interior que no sabía cómo llenarlo. Lo había intentado de todas las formas posibles. Me aferré al ejército, a los amigos, a Gloria y, por último, al club liberal, pero nada me llenaba lo suficiente. Incluso Kimani, que al principio me pareció bastante apetecible, terminó por aburrirme.

Debía afeitarme, pero no me apetecía nada. Nunca había sido un hombre de llevar la barba demasiado rasurada, pero en el último mes, menos aún. Terminé de vestirme, cogí la moto y me marché a casa de mis amigos. El camino era corto, por lo que enseguida estaba llamando al timbre.

La dulce sonrisa de Christine me dio la bienvenida al abrirme la

puerta. Julio tenía suerte; era una mujer preciosa, con carácter y muy divertida, aunque a primera vista podía parecerle una pija de mucho cuidado.

—Entra, Eme. He preparado el asado que tanto te gusta con la salsa de arándanos —explicó, mientras me daba un beso en la mejilla.

—Además de guapa, sabe cómo tratar a los amigos. Julio, yo de ti, no me fiaría, creo que podría enamorarme de tu mujer —respondí entre risas.

—Te corto esos huevos que llevas como llavero —atacó Julio, ganándome un pequeño puñetazo en el antebrazo. Ambos reímos y nos dimos un abrazo con palmadas en la espalda.

Salimos al jardín donde tenían preparada una mesa con limonada. Allí se estaba bastante bien. Recordaba las veces que habíamos estado todos allí cenando en los últimos días. ¿Qué me quedaba en Las Vegas? No me unía nada aquí. No tenía nada. Estaba Julio, pero él había hecho su vida. Tenía un trabajo estable, una mujer preciosa y era feliz. Con Kimani no había vuelto a mantener relaciones, a pesar de verla en más de una ocasión en el club. Tampoco me quedaba nada en ningún lugar en concreto, pero estaba claro que algo debía cambiar, porque mi vida no podía continuar de esa forma. Y el cambio debía empezar por mí, coger el rumbo de mi vida y decidir de una vez por todas qué quería hacer con ella. Pero hasta eso me daba pereza.

La cena fue fantástica. Envidié cada segundo que pasé con ellos, cada foto que me enseñaban de su viaje en las playas de Cádiz, surfeando en Tarifa, en Valencia, en Port Aventura, en París, en Venecia, en Viena. Estaban sonrientes, felices y enamorados. Me encantaba verlos de esa forma y me alegraba por ellos.

Dejaron una foto para el final. La más especial para ellos. En blanco y negro, donde lo único que podía reconocer eran manchas. Pero para mis amigos era la confirmación real del fruto de su amor: una ecografía. Me alegré mucho, les di la enhorabuena, brindamos con refrescos y limonada, nada de cervezas, y abracé a Julio porque estaba feliz.

Después de la cena, me fui de allí con sentimientos bastante encontrados. Me alegraba por ellos y también quería eso para mí. Por una vez en mi vida, deseaba que alguien me amase, que me mirase como ellos se miraban, como mis seis amigos lo hacían. Tres parejas que eran la pura estampa de la felicidad. Me desvié del camino hacia mi casa. No tenía ganas de volver a ese apartamento tan deprimente.

Me dirigí al club casi sin pensarlo. Era una forma de sentirme querido

de alguna forma durante unas horas, de olvidarme de todo. Por ese motivo había elegido tirarme a varias mujeres a la vez. Me ponían a tono, pero también tenía más atención. Al ser nuevo, todas querían participar en mis sesiones y no me quejaba por ello. Todas, menos Kimani, que cada vez la sentía más lejos; aunque, para ser sincero, tampoco me importaba.

Después de varias horas en el club, casi al amanecer, me marché a casa, me di una ducha y me acosté, exhausto, para poder dormir, aunque fuesen cuatro o cinco horas del tirón.

La mañana siguiente pasó igual que el resto cuando no tenía ningún servicio, con mucho tiempo libre para darle vueltas al coco y dejarme llevar por la monotonía, el aburrimiento y la apatía. Al menos, en España, cuando no tenía trabajo me iba a la playa a surfear. El mar siempre lograba calmarme, evadirme y disfrutar de la soledad.

Durante cerca de dos semanas no tuve ningún servicio, lo cual acrecentaba ese sentimiento de hastío que cada vez era mayor. Todas las noches acudía al club, me tiraba a varias mujeres y luego a casa. Cuando Christine me llamó para un nuevo trabajo, se lo agradecí. Se trataba de un congresista que venía con su amante. Debía evitar a toda costa que saliesen en alguna foto, ni que se les viese juntos, ya que podría ser un escándalo si salían en prensa.

Los tres días que estuvieron allí pasó sin ningún tipo de percance, tan solo estar pendiente de los caprichos de la pareja. Cuando por fin se marcharon, tuve claro lo que tenía que hacer. No podía seguir de esa manera.

Estaba seguro de que no quería regresar a mi antiguo puesto de trabajo con Rebeca, pero la idea de volver a España me gustaba. Durante días, lo estuve meditando hasta que, después de una conversación con Julio, seguí su consejo.

—Nuestro destino no está escrito, Eme, somos nosotros quienes lo buscamos. Nunca hay que rendirse. Nadie sabe lo que nos deparará el futuro. Mírame, vine a Las Vegas buscando un trabajo que me llenara más del que tenía en España, y no solo encontré eso, sino también una mujer que me complementa y me hace feliz. Incluso un hijo que viene en camino. Si alguien me lo hubiese dicho meses atrás, lo habría mandado al psiquiatra.

Esas palabras resonaban una y otra vez en mi cabeza. Nunca había tenido miedo a cambiar de ciudad, de destino, ya que estaba acostumbrado por mi trabajo en el ejército. Casi vivía con el petate a cuestas. No lo pensé más.

Me metí en internet y compré el billete de avión para España. No tenía trabajo, pero contaba con los ahorros suficientes para poder mantenerme durante, al menos, varios meses sin preocupaciones. Aunque el tema del trabajo en España estaba mal, con mis contactos y mi experiencia, esperaba no tener demasiados problemas.

Tres semanas más tarde, aterrizaba en el aeropuerto de Barajas Adolfo Suárez, con una única maleta a cuestas repleta de ilusiones y energías renovadas. Me dirigía hacia una vida nueva, donde iba a poner todo mi empeño para que, en esta ocasión, saliese bien.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Cuando puse punto final a la historia de *Reb*, a principios de febrero de este año, lo hice con mucha ilusión, pero también con miedo a que la historia no gustase. El mismo miedo que tengo ahora mismo con *Próximo destino: Las Vegas*. *Reb* era una historia independiente, con un final cerrado. De hecho, después de terminarla, comencé con otra muy diferente e incluso cambié de género porque simplemente me apetecía. Lo que nunca se me pasó por la cabeza fue la acogida que le habéis dado a ella y su escuadrón. Comenzaron a lloverme mensajes por privado pidiendo la historia de unos personajes secundarios que, de repente, reclamaban la suya. La mayoría de vosotros me habéis pedido la de Eme y estoy segura de que, después de leer a Julio, me la reclamareis más. Paciencia, está en camino. Comencé a pensar cómo podía enfocarla cuando en un principio la había cerrado. Y Julio llamó a mi puerta. De repente, sin avisar.

Mi primer agradecimiento siempre es para mi familia, los moradores de mi casa, que aguantan mis locuras e incluso mis enfados cuando estoy totalmente inmersa en un proyecto y casi respiro para él. No lo entienden, pero ahí están. Os quiero con locura.

No puedo olvidarme de mis lectoras cero: Niusha y Bea. Aquellas que me han dado por todos lados, que me han criticado, se han burlado y nos hemos reído. Esos buenos momentos no los cambio por nada en el mundo. Siempre digo que disfruto creando a mis personajes, pero cuando les mando la historia y comienzan a destriparla, es algo que no tiene precio. Porque lo hacéis con cariño, pero diciendo la verdad, con las bromas me dais siempre sumando, siempre para mejorarla. Y contando siempre con vuestro apoyo incondicional, algo para lo que, en muchas ocasiones, no estoy preparada porque me abruma pensar que pueda gustar algo que ha salido tan dentro de mí, donde he dejado parte de mi esencia o un trocito de mi alma. Por todo ello, millones de gracias. Sois geniales. Os adoro y siempre estaréis en mi corazón. Por cierto, Bea, he llamado al número que me diste, después de escribir estos agradecimientos, desde la cocina de mi casa tras poner la lavadora e impregnarme del olor a suavizante. No he podido remediar aspirar el aroma e

inundar con él mis fosas nasales.

A Marisa Gallén, por ser lectora cero, beta y ojo avizor; ser un remix, como ella dice. Por sus audios en los que tengo que utilizar Tena Lady. Por sacar tiempo de dónde no lo tiene. Siempre la pillo en mal momento, pero está ahí. Mil gracias, te **amodoro**.

A mi correctora, Elisa Mayo. Porque es una persona que cree en mí, incluso cuando yo no lo hago. Porque siempre está ahí y su apoyo es fundamental para todo este proyecto. Cuando le mando algún mensaje a las tantas y siempre me contesta con una sonrisa. Por las mil preguntas que le hago y que siempre está dispuesta a contestar. Porque sí, porque soy un verdadero coñazo y lo reconozco. Por involucrarte en el proyecto tanto como yo, por ser algo más que una simple correctora. Por eso y por lo que me aportas en mi día a día, gracias. No voy a tener vidas para agradecerte tanto.

A Carmen RB, por ayudarme con todo el tema de las cámaras y de la informática y cómo enfocarlo en la historia de Julio, por las charlas, por las quedadas a tomar café, por la sonrisa tan dulce que transmites, por tu apoyo incondicional, aunque a veces se me olvide. Por tus recomendaciones de lecturas que me aportan tanto y conocer autoras que, si no llegas a contarme sobre ellas, no les habría dado la oportunidad. Por estar siempre disponible para mí, a pesar de todos los inconvenientes que tenemos. Te has instalado en mi corazón y te lo has ganado día a día. Solo espero estar a la altura. Te quiero mil, y lo sabes.

Al grupo de la lectura conjunta de *Reb*. Porque me disteis risas, pero mucho más de lo que pensáis, ya que, aun sin saberlo, me disteis la historia de Julio y su banda sonora. A ellas, sobre todo a ellas, va dedicada esta historia. A la lectora que recibió el libro de *Reb* como premio de la lectura conjunta y que me pide hasta la saciedad la de Eme. Vendrá, no te preocupes. Paso a paso. Gracias. Por todo. A Vanessa Lucas y Eve Romu, por organizar esa lectura que tanto me ha dado. Por vuestro apoyo incondicional, por vuestras palabras siempre amables. Nunca lo olvidaré (o eso espero) y, si lo hago, me dais un bofetón, tenéis mi permiso. Fuera bromas, sois geniales.

A la chica que, por primera vez en mi vida, se acercó con mi libro en las manos en el evento de Armilla para que le firmase el ejemplar. Me subiste a una nube y me hiciste la mujer más feliz del planeta ese día y muchos días más. Creo que aún estoy allí.

A mi gallega, que tanto apoyo me da en las redes. A mi Rubia

sevillana, Yoli, que tanto me ha aportado. No solo con su apoyo fundamental, sino con sus risas, con sus comentarios siempre sinceros, aunque a veces puedan ser molestos (es broma). Por sus «esto no me gusta», que siempre son un apoyo y una ayuda importante. Te has convertido en una persona especial en mi vida. Tengo ganas de volver a verte y darte en persona un gran achuchón.

A todas aquellas personas que se han tomado un minuto de su tiempo para poner una reseña en Amazon o hacerme un comentario por privado, preguntándome para cuándo la historia de Julio y Eme. De verdad que estoy muy feliz por su acogida. Y espero que acojáis a Julio de igual forma. Aunque es un gamberro de mucho cuidado, también es un sol y un poquitín sensible.

A las Purpusoks. Siempre a ellas. Les estaré eternamente agradecida por su acogida, por su cariño, por las risas que me sacáis, incluso en momentos muy jodidos, por estar ahí. Por vuestro apoyo. Por ese viaje a Armilla que tanto me dio y que será un recuerdo inolvidable que siempre guardaré en mi memoria. Por las conversaciones divertidas o en ocasiones absurdas, solo por reírnos, por los *good boy*. Por esas recomendaciones de lecturas que, de otra manera, no sería capaz de enterarme. Por los sábados de *wenorros* para empezar el *finde* de la mejor manera posible. Por el buen rollo y el día de chistes que, aunque son bastante malos, te ríes con ellos. Sois geniales. Espero poder contar con vuestro apoyo también en este nuevo proyecto. Sin todas vosotras, mis días serían más grises. Por cierto, la historia tiene tres epílogos, no os acostumbréis. Es bromita. Eme también tendrá tres epílogos: boda, bautizo y comunión de la criatura.

No quiero, ni puedo, olvidarme de mis niñas de La patrulla Chocho. Por las quedadas de emergencias cuando alguna está mal, por los largos cafés en nuestro lugar favorito, por estar siempre que os necesito, por sumar sin juzgar, por esos mensajes de «buenos días». Por nuestros desastres compartidos, bien tomando café o por mensajes, porque sabemos que somos desastres con patas, lo asumimos y nos reímos de ello. Por cambiaros el nombre y reírnos. Por tantas razones que podría escribir un libro. Sin vosotras, mi vida no sería igual. Y estaré eternamente agradecida al destino que hizo que nuestros caminos se cruzaran y que, poco a poco, nuestra relación fuera cada vez a más. Entre nosotras sobran las palabras.

A esos compis de letras que se han tomado un minuto para compartir mi publicación o se han leído a *Reb* y han comentado algo en su muro. Por ayudarme a dar mis primeros pasos en un mundo que sabemos que no es nada

fácil.

A ti, lector, siempre a ti, porque sin ti, esto no tiene ningún sentido. A ti ,que me lees en silencio. Quizá no hagas reseña, quizá ni tan siquiera me des tu apoyo por redes y se quede en un silencioso lector que simplemente ha disfrutado con la lectura, gracias. A ti, que has llegado hasta aquí, a todos los que habéis leído a *Reb* y esperasteis con ilusión esta nueva historia. Espero no defraudaros.

Espero no haberme olvidado de nadie. Si es así, pido disculpas de antemano. Sois tantos los que me habéis aportado algo en este mundo, que creo que mi cabeza no da para más.

Esto no es una despedida, es un hasta luego. Espero poder contar con vuestra confianza en la siguiente historia. ¡Nos vemos en las redes!

SOBRE LA AUTORA



Dani Vera nació en Cádiz, el 25 de abril de 1973. La lectura ha sido su gran pasión desde muy pequeña y siempre tuvo claro que quería estudiar una carrera relacionada con las letras. Comenzó Filología Hispánica, aunque no los pudo completar a falta de unas pocas asignaturas, por razones personales. A pesar de tener que trabajar como administrativa para una empresa durante más de diez años, continuó leyendo y soñando con finalizar algún día sus estudios y poder dedicarse a su gran pasión.

Siempre escribía pequeños textos que escondía al resto como si fuesen su tesoro máspreciado. Eso la llevó a crear su primera novela. Un día, animada por unas amigas, decidió dar el salto y autopublicar en Amazon. Ahora cuenta con *Reb y Próximo destino: Las Vegas* en su haber y sueña con poder dedicarse íntegramente a esta pasión, mientras lo compagina con otros trabajos.

Madre de tres hijos a los que adora, vive en Cádiz. Le encanta cocinar y formarse en el campo de la narrativa.

Puedes encontrarla en:

Facebook: Daniv Escritora

Instragram: @danivescritora



[1] CCT: abreviatura de Circuito Cerrado de Televisión.

[2] **Arpels** Van Cleef & Arpels fue fundada por Alfred Van Cleef y su suegro, Samuel Arpels, en París durante la era Art Déco. La joyería Van Cleef & Arpels es conocida por sus impresionantes diseños y sus exquisitas joyas. Uno de sus diseños más famosos es el “Mystery Setting”, patentado en 1933, que se fabricó con tanta delicadeza que las púas que sujetaban las piedras eran casi invisibles. La creación de un entorno misterioso puede requerir hasta 300 horas por pieza, y sólo se producen unas pocas piezas cada año. La joyería Van Cleef & Arpels ha sido usada por iconos del estilo como Elizabeth. La joyería como tal sigue existiendo, aunque he cogido el nombre de uno de sus fundadores, para dar vida a estos personajes.

[3] El **twerking** es un estilo de [baile](#). En los [Estados Unidos](#) se lo conoce también como *grinding*, sinónimos también de *freak dancing* o *booty dancing*. Puede ser rápido y agresivo o lento. En cualquier caso, la actitud de los participantes es de bailar como si estuvieran tratando de seducir a la pareja en medio de la pista de baile con movimientos de cadera y muslos. Referencia: Wikipedia.